

EN CUALQUIER CASO, NINGÚN REMORDIMIENTO



Pino Cacucci

Chófer de sir Arthur Conan Doyle, atracador de bancos, sindicalista, anarquista, apasionado de los motores y de las armas, Bonnot dio nombre a la célebre banda que, a bordo de uno de los primeros automóviles de la época, declaró la guerra a la sociedad burguesa, mientras sus golpes eran aplaudidos por las clases populares parisinas.

Tras un exhaustivo trabajo de documentación, Pino Cacucci reescribe en forma de novela negra la apasionante vida de este singular personaje que, hoy en día, aún pervive en la memoria colectiva francesa como arquetipo del rebelde romántico.

«En la biblioteca de mis libros más bellos reservo un espacio para esta pequeña obra maestra.»

DARÍO CAPUZZELLI, *La Repubblica*

«Una novela intensa, seca y verdadera como la dura historia de su protagonista, y una sugerente manera de acercarse a la otra cara del anarquismo.»

JUAN BOLEA, *El Periódico de Aragón*



PINO CACUCCI

**En cualquier caso,
ningún remordimiento**

TRADUCCIÓN DE MÓNICA LOBATO BARREIRA

Pino Cacucci

EN CUALQUIER CASO, NINGÚN REMORDIMIENTO

Traducción de Mónica Lobato Barreira

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

NOTA DEL AUTOR

Los personajes de este libro han existido realmente, y los hechos que se narran han realmente acaecido. Todo lo demás es ficción. Es decir, los diálogos, algunas ambientaciones y sucesos que acompañan, algunos figurantes útiles para llenar los vacíos dejados por las crónicas. Así pues, se trata de una novela, y nada más. Una novela que no puede ni siquiera ser definida como «histórica», porque la Historia la escriben siempre los vencedores, y los protagonistas de las páginas que siguen, en cambio, lo han perdido todo. Batallas, trabajo, amigos, ideales, su propia vida. Lo único que han conseguido no perder es la dignidad.

Pero han tenido la mala suerte de vivir en una época en la que la dignidad era la última de las cualidades necesarias para pasar a la Historia.

El libro podría estar dedicado a la memoria de Sundance Kid, de Etta Place, de Butch Cassidy, de Severino di Giovanni y de Francisco Sabaté. Y también de Paolo Casaroli. Y de muchísimos otros, como ellos, condenados por el destino a transformar la sensibilidad en violencia.

Incluso antes de salir de la infancia, me parece haber tenido, muy claro, este doble sentimiento que habría de dominarme durante toda la primera parte de mi vida: el de vivir en un mundo sin evasión posible, donde solo cabía luchar por una evasión imposible.

VÍCTOR SERGE

No reniego de nada: he actuado siguiendo mi corazón.

ALBERT CAMUS

Brindo por las mujeres que no he conocido, por los bancos que aún no he asaltado, por los nietos que no he tenido. Brindo por los viejos camaradas, y por sus huesos que blanquean al sol...

PACO IGNACIO TAIBO II, *Cuatro manos*

CHOISY-LE-ROI, SUBURBIOS DE PARÍS

DOMINGO 28 DE ABRIL DE 1912

El carro chirriaba y gemía, atravesando con una lentitud exasperante los sesenta metros de campo yermo. Desde el otro lado de la calle, entre los árboles, cientos de fusiles apuntaban hacia la casa. Tras el último tiroteo, un silencio absoluto petrificaba la escena: los hombres tumbados en el terraplén y agazapados tras los troncos seguían el movimiento del carro que retrocedía, tan cerca ya del objetivo que invadía la visual de las miras.

En aquel momento el caballo se plantó cansado de retroceder con su carga de paja: sacudió la cabeza y lanzó un relincho que se propagó en el aire inmóvil agarrotando los dedos en los gatillos. El oficial que avanzaba parapetado tras la caja del pescante hizo un gesto al ayudante, que descargó la fusta. Luego, con algunos golpes ligeros en los flancos, logró hacer recuperar al caballo aquel movimiento innatural, y el carro recorrió los pocos metros restantes. Los muros de la vieja casa estaban acribillados a balazos, ningún cristal de las ventanas quedaba intacto. El oficial se asomó tras el cerco de la rueda y miró hacia la escalera de madera. Después se decidió: aferró la mochila llena de dinamita y se tumbó bajo el carro, reptando hasta el muro. En ese instante temía más la reanudación del ataque que la reacción desde el interior de la casa. Alcanzó el paquete depositado en el intento anterior, constató que la mecha se había apagado a pocos centímetros del detonador y blasfemó entre dientes. Colocó la segunda carga e hizo una señal al ayudante, que rápidamente le pasó la mecha Bickford. El oficial se secó el sudor de

la frente con el dorso de la mano. El sol estaba ya alto, y la tersa mañana de primavera se anunciaba más calurosa de lo previsto. Durante unos segundos pensó en cuán irreal era aquel silencio: las golondrinas habían desaparecido del cielo, los perros habían dejado de ladrar, y hasta los insectos parecían inmóviles a la espera de que acabase aquel infierno. Con dedos temblorosos, enfiló la mecha en el detonador. Apretó con los dientes el borde de aluminio para exorcizar un segundo fracaso, e introdujo el cilindrito en la carga de cartuchos. Luego comenzó a desenrollar la Bickford con extrema cautela, atento a dejar la mecha lo más libre posible, sin tensarla. De nuevo a cubierto, lanzó una mirada al ayudante, que hizo avanzar al caballo a pequeños pasos. El retorno fue aún más lento a causa de los sesenta metros de mecha que había que extender hasta quedar fuera de tiro.

Cuando el carro estuvo en el medio de la calle, demasiado lejos de la casa para que una bala pudiese alcanzarlo, el oficial se arrodilló, soltó un profundo suspiro y encendió la cerilla. El coro de voces que se alzó entre los árboles rompió de repente la tensión, y la inicial manifestación de alivio se convirtió en una explosión de gritos, incitaciones y aplausos, que aumentaban de intensidad ante los progresos de la llamita libertadora, de la serpiente de humo y chispas que corría velocísima hacia la vieja casa situada al borde del campo. Transcurrieron minutos interminables, eternos, y cuando la mecha se consumió, tornó el silencio. Apenas unos segundos y ya la desilusión bloqueaba la garganta de los policías, de los soldados, de los miles de curiosos llegados precipitadamente de París. Pero fue un lapso de tiempo tan breve como para resultar incalculable.

El estruendo azotó la campiña inmóvil, hizo temblar el arrabal de la periferia y alcanzó los tejados de la capital; la onda expansiva

plegó el follaje de los árboles y los inmaculados parasoles de las damas, lanzó al aire hojas muertas, cintas de seda, pañuelos húmedos de sudor y guantes de algodón ligeros abandonados sobre los asientos de las carrozas y sobre los capós de los coches. Una inmensa nube gris de polvo, tierra, enlucido y humo se elevó hasta impedir la visión de la casa, y las densas volutas envolvieron el campo de maleza rodando hacia la carretera. Cuando un viento ligero deshiloó la nube hasta convertirla en una neblina, la vieja casa reapareció, como un fantasma socarrón e irreverente. No había caído. Había resistido. Y de los fusiles apostados entre los árboles partió una descarga rabiosa, que añadió kilos de plomo inútil al azote de la dinamita sobre aquella fachada espectral.

El hombre sentado en el suelo miraba los detritos a su alrededor. Un fragmento de techo le había herido en la cara. Miró fijamente las dos pistolas con una expresión extraña, casi como si las viese por primera vez. Movi6 la cabeza, sonrió. Abrió lentamente los dedos y las pistolas giraron sobre sí mismas, manteniéndose suspendidas por los índices. Siguió viéndolas oscilar, con los cañones dirigidos a su cara. En el fondo de aquellos pequeños túneles oscuros estaban las cabezas relucientes de dos balas preparadas para disparar hacia sus sienes. Quizás había llegado el momento de liberarlas, de dar un blanco seguro a su trayectoria. Al corazón, pensó, hipnotizado por el movimiento ondulatorio del acero reluciente. Mejor apuntarlas al corazón. Detener finalmente aquel corazón maldito, que había bombeado durante años una sangre espumosa de sensaciones

dolorosas, llenando las arterias de rencor por las humillaciones, las mismas que tantos soportaban sin enloquecer, mientras que en él habían provocado una sed de venganza inextinguible.

Se preguntó por qué oscura maquinación del destino nacen unos hombres diferentes a otros, a todos aquellos que mantienen la cabeza gacha desde el primero hasta el último de sus días en una resignación muda, que vuelve todos esos días iguales y las noches inexistentes. Se preguntó por qué a algunos les toca en suerte no encontrar la paz cada vez que se pone el sol, condenados a la espera de un alba que llega siempre demasiado pronto, preparada para demostrar que cada hoy será peor que cada ayer. La pistola pendida del dedo derecho la apuntaré al corazón, pensó, y la otra al vientre. Porque las vísceras tenían aún más culpa, con aquel fuego suyo que le quemaba dentro desde niño, alimentado por el hambre, por las palizas, por la inutilidad de cualquier esfuerzo cumplido para huir de la marca de la miseria. Pero no habían sido las privaciones las que lo enardecieron. Esto lo sabía, era inútil intentar negar las evidencias. Millones de seres humanos nacen pobres, pero son pocos los que se consumen y se retuercen en aquel fuego encendido por una sensibilidad nefasta, que hace arder la piel, que nubla la razón, que se transforma en necesidad de matar cada vez que se siente herida.

Y otras dos balas se las merecerían los ojos, pensó, estos ojos enemigos de mi supervivencia, que se han fijado en todo aquello que me reportaba sufrimiento, rechazando discurrir por la vida como ante un espectáculo ajeno. Ojos que habían escrutado la vulgaridad de rostros insoportables, que rezumaban arrogancia, caras de vencedores soberbios y convencidos de la propia invulnerabilidad. Ojos que se habían creído con el derecho a formular comparaciones hasta el infinito: a cada cara obscenamente saciada le sobreponían

otra enjuta y triste. Como la de Justin, de una palidez insana que el tiempo había convertido en fantasmal, un recuerdo congelado en la imagen de su decimoquinto cumpleaños...

Su hermano Justin. Ni siquiera siguiendo el féretro tirado por aquel rocín esquelético había sido capaz de llorar. Sus ojos abiertos de par en par al horror cotidiano estaban secos desde la infancia, desde el día en que no habían permitido a las lágrimas brotar mientras él echaba un puñado de tierra sobre la mísera caja de Justin. Se había preguntado qué habría sentido su hermano en el momento de dejarse caer al río. Suicidarse a los quince años. La mente no había encontrado una respuesta razonable, pero el corazón y las vísceras habían decidido autónomamente: y tras aquel carro negro que transportaba a Justin, él había sentido por primera vez el instinto de la venganza. La primera de tantas, innumerables veces multiplicadas hasta el infinito, por cada instante de vida vivida. Justin se había matado, y alguien debía pagar también por ello. La razón no servía para explicar nada. Bastaba aquello que veían sus ojos fijos en el ataúd, y aquel grumo de granito en el vientre, para justificar la necesidad de hacer llorar a los otros, aquellos habituados desde siempre a reír.

Bajó los párpados hasta cerrarlos con fuerza. La oscuridad anhelada no llegó. Con los ojos cerrados, volvía a ver aquello que la luz de la mañana conseguía mantener alejado. Reconoció a Plátano, con su sonrisilla desdeñosa, la falsa alegría corroída por el resentimiento: volvió a retumbar su voz, eternamente provocadora, el sarcasmo de cada una de sus palabras.

Lárgate, Plátano. Déjame en paz al menos ahora, que está por acabar todo. Dame una tregua. Has estado siempre a mi lado, no has dejado de infligirme tu locura sutil, tu maraña de pensamientos

sucios, me has perseguido cada noche transcurrida escuchando los sonidos de la calle, has hecho interminables los días sin esperanza... Has ganado tú. Eras genial. Solo tú sabías cómo arrastrarme incluso a mí a la ciénaga de tu locura. Ha sido bueno, matarte. Bueno para ti, que has obtenido aquello que querías: destruirme, y a manos de otros. Y ahora me gustaría que estuvieses aquí, para compartir estas horas largas como dos vidas, la tuya y la mía. No has sido nunca mi amigo, pero eras el único cómplice verdadero. Y ahora, entre estos muros que se desmoronan golpe tras golpe, me gustaría encontrar tu cara. Y olvidar la que tenías cuando la bala te apagó el odio de la mirada. Ahora puedo finalmente aceptar la idea de que no fue una desgracia, una cruel broma del destino: aquella pistola disparó porque lo quisimos ambos. Quítate del medio, Plátano. Lárgate, porque no te regalaré mi último pensamiento. Es en ella en quien pensaré ahora. En Judith, a quien borraste de mi vida cuando estaba a punto de ilusionarme con que hubiese también para nosotros un rincón limpio, silencioso, en este mar de fango putrefacto que me ensordece con su borboteo de voces. No lo soportabas. No podías aceptar que te dejase solo como un perro abierto en canal. Y conseguiste arrastrarme a mí también. Y te dejaste matar en el mismo camino que me alejaba de ella.

Es para ella que escribiré mi testamento, Plátano. Puedo dejarte ir, diciendo que te he echado de menos en estos meses de caída irrefrenable, que me faltaba tu maldad retorcida e irracional. Porque no estabas loco, Plátano, lo sé: eras solamente un malnacido, genial e insustituible. ¿Ves cómo está acabando? Confórmate. Y vete, para siempre. A ti no te dedicaré ni siquiera una palabra de lo que estoy a punto de escribir. Es la única satisfacción que puedo darme, maldito Plátano...

Abrió de nuevo los ojos. Y solo entonces se dio cuenta de las esquirlas que se arremolinaban por la habitación. Otra descarga de fusilería. La madera de las paredes absorbía el plomo sin hacerlo rebotar, y en el rincón donde estaba sentado no podían alcanzarlo con un tiro directo. Cogió un folio, le limpió el polvo, buscó el lápiz y lo encontró bajo un retazo de tapicería desgarrada. Después comenzó a escribir: «Yo, Jules Bonnot...». Se paró. Sosteniendo el folio con dos dedos, arrancó el renglón con su nombre. Ellos sabían perfectamente cómo se llamaba, más valía no ridiculizarse con aquel encabezado de burócrata. Continuó escribiendo, indiferente a los cascotes que le caían sobre la espalda.

[...] No pedía gran cosa. Caminaba con ella bajo el claro de luna por el cementerio de Lyon, ilusionándome con que no hubiese necesidad de nada más para vivir. Era la felicidad que había perseguido toda la vida, sin ser capaz ni siquiera de soñarla. La había encontrado y descubierto lo que era. La felicidad que me había sido siempre negada. Tenía el derecho de vivir aquella felicidad. No me lo habéis concedido. Y entonces ha sido peor para mí, peor para vosotros, peor para todos... ¿Debería lamentar lo que he hecho? Quizás. Pero no tengo remordimientos. Arrepentimientos, sí, pero, en cualquier caso, ningún remordimiento.

MONTBÉLIARD, 1891

Se detuvo a mirar la avalancha de metal fundido que bajaba en un torrente de luz cegadora. Curvado bajo el peso de la cesta de virutas, observó fascinado aquella escena de maremágnum infernal: espaldas desnudas lúcidas de sudor que reverberaban el rojo fuego de la avalancha, rostros semejantes a calaveras por los ojos hundidos y los dientes al descubierto del esfuerzo, y luego el ruido, ensordecedor e in crescendo, y el calor, el aire incandescente que bajaba hasta los pulmones sin extinguir la necesidad de oxígeno... Con un golpe de cadera, Jules se colocó la cesta sobre la espalda y siguió caminando velozmente, evitando a pequeños saltos los obstáculos y esquivando por poco las aristas cortantes de las placas amontonadas. Volcó de golpe la cesta en el carrito y se concedió los tres segundos de respiro que consideraba su derecho al final de cada viaje. Estaba a punto de regresar cuando un obrero anciano le rozó la espalda. Jules se giró y el hombre le dirigió una sonrisa burlona.

—Eh, chiquillo... mira que por hacerlo a la carrera no es menos cansado.

Jules torció la boca con una mueca de autosuficiencia. A los quince años ya estaba convencido de que los consejos de los adultos no servirían para mejorar la vida, o al menos no la suya, que se presagiaba destinada a reproducir la del padre: durante el día en la

fundición y por la noche en un camastro, a la espera de que la sirena anunciase un nuevo día en la fundición.

El operario le alborotó los cabellos con un gesto rudo y añadió:

—Si caminas rápido, la cesta pesa lo mismo. Pero te rompes la espalda antes, eso seguro.

Después se dio cuenta de un moratón que atravesaba la frente del muchacho hasta la sien. Probó a rozarlo con el pulgar pero Jules se retrajo girando la cara hacia el otro lado. El obrero lo miró serio.

—Te has caído aquí o...

Jules resopló, bajando la mirada. El hombre asintió y se rascó la larga barba de las mejillas pegajosas de sudor y hollín.

—Me parece que has hecho enfadar otra vez a tu padre, ¿eh, Jules?

El chico rebatió a regañadientes:

—Mi padre no necesita de mi ayuda para enfadarse. Le sobran los motivos para hacerlo.

—Ya —suspiró el trabajador—, pero es contigo con quien se desahoga, ¿verdad?

—Conmigo es más fácil. Los cobardes se desahogan siempre con los que tienen al lado.

El hombre le dio un ligero empujón en el pecho, un gesto de afectuosa reprobación.

—Déjalo, Jules... No me gusta oír ciertas cosas. Menos aún si se trata de tu padre. Es un pobre diablo, lo conozco bien. Pero esta vida

infame... En fin, Jules, con el tiempo entenderás tú también lo que significa hacer sacrificios para dar de comer a los hijos...

Jules sonrió de medio lado, echándose la cesta vacía a la espalda. Y fue en aquel momento cuando un golpe en la nuca lo hizo rodar dos metros hacia adelante, haciéndole golpear con la cara el polvo de hierro y cenizas que cubría el suelo. Se levantó de golpe, vio al capataz en pie con los brazos en jarras que lo miraba fijamente esperando su reacción. Jules sintió la sangre en las sienes, que pulsaban enloquecidas, un velo de sangre le ofuscó la vista y rebuscó rabiosamente entre el polvo hasta encontrar una barra de hierro. La empuñó e intentó incorporarse. El trabajador, que estaba aún mirando desconcertado al capataz aparecido de repente de entre los montones de hierro a sus espaldas, se lanzó sobre Jules bloqueándolo.

—No, muchacho, no hagas tonterías... así te buscas la ruina.

—Déjalo —gritó el capataz—. Veamos si esta vez es la buena... Venga, mierdecilla, levántate, que te doy el resto...

Jules intentó una segunda acometida, pero los brazos musculosos del obrero estaban apretados a su tórax como una tenaza.

—Cálmate —le murmuró al oído—. ¿No entiendes lo que quiere este? Pero no ahora, estúpido, ¡no ahora!

Jules permaneció unos instantes tenso y rígido como un resorte listo para saltar. Después pareció aflojarse lentamente, y al final dejó caer la barra entre el polvo. El capataz emitió una risilla de decepción, sacudiendo la cabeza.

—Sé cómo enderezar a los que son como tú, Bonnot. La próxima vez que te pille perdiendo el tiempo de cháchara no te librarás con un bofetón, te lo aseguro.

—Es culpa mía —intervino el obrero poniéndose delante del muchacho—. Le he pedido ayuda con aquella palanca que se encastra siempre y él se ha parado solo para echarme una mano. No estaba cotorreando...

—Anda ya, Garmont —lo interrumpió el capataz—. Hay también para ti en mi informe semanal. Trata de andar derecho en los próximos días si quieres convencerme de que eres todavía útil para la fundición. ¿Entendido?

Garmont tragó la saliva negra de hollín junto a las palabras que le oprimían la garganta, aquellas que le habrían costado el puesto si las hubiese pronunciado. Jules recogió la cesta y se encaminó cabizbajo hacia la montaña de virutas. Durante doce horas al día, hundía aquella cesta en el cúmulo de chatarra que al atardecer se reducía a un montoncillo y que al alba del día siguiente alcanzaba de nuevo el techo. Era inútil esperar que se agotase. Para los Bonnot, desde innumerables generaciones, esperanza era una palabra sin significado. La miseria, pensaba Jules caminando encorvado, es una marca a fuego con la que cargas encima durante toda la vida. A los quince años no tenía todavía claro cómo se podía eliminar, pero sentía que debía de haber un modo. Más tarde, decidiría que aquella marca solo podía borrarla quemándola con otro fuego.

El día de paga, Jules estaba en fila ante la ventanilla para retirar el salario que correspondía a los aprendices. Si hubiese resistido en la fundición otro par de años, tres como máximo, habría recibido casi la misma paga que llevaba a casa su padre. Con dos sueldos quizás

habrían puesto fin al eterno débito con la abacería del barrio obrero. La fila avanzaba lentamente y él tenía tiempo para preguntarse para qué resistir algún año si después la perspectiva era excavar la montaña de virutas durante el resto de la vida.

El tipo de la ventanilla se echó hacia atrás y lo escudriñó ladeando la cabeza.

—Jules Bonnot, ¿eh? Has perdido el tiempo, porque aquí en el registro no hay nada a tu nombre.

Miró al empleado a los ojos para saber si estaba bromeando, pero este hizo el gesto de dirigirse al obrero en la cola detrás de él, como si el asunto estuviese cerrado. Jules intentó ojear el registro pero el tipo añadió en tono agresivo:

—¿Estás sordo, muchacho? Te he dicho que no hay nada, y quítate de en medio, que estás bloqueando la paga de todos.

—¿Y eso?... No he faltado ni siquiera un día...

Jules no acabó de hablar cuando una mano lo aferró por el cuello arrastrándolo hacia atrás. Era un guardia de las fundiciones, que lo empujó hacia la escalera y dijo:

—Te esperan en Dirección. Por las buenas llegas entero, tú eliges.

Jules forcejeó, pero un segundo guardia le golpeó en el costado con la punta del bastón y no le quedó más remedio que subir los escalones a empujones y patadas.

El director estaba detrás de su escritorio de caoba, concentrado en el estudio de algunos documentos. Oyéndolo entrar, lo miró con ojos inexpresivos, luego se dirigió a los dos gendarmes que esperaban en un rincón de la oficina:

—Ah, aquí está. Cumplan con su deber.

Los policías se acercaron: uno le puso la mano en la base del cuello para mantenerlo inmóvil, el otro le dobló los brazos hacia atrás. Jules se inclinó hacia adelante para intentar alcanzar el escritorio, un gesto instintivo hacia los documentos que quizás explicaban el motivo de aquella pesadilla. Pero el segundo policía le torció la muñeca obligándolo a retroceder. El director se ajustó los quevedos y echó una ojeada distraídamente a los folios que tenía delante.

—Jules Bonnot... Insubordinación, falta de respeto a los superiores... Tentativas de hostigar a los aprendices del reparto...

El director alzó la mirada, apuntando con sus pequeños ojos gélidos al rostro de Jules.

—Todo esto te ha sido perdonado hasta la fecha. Pero tu ingratitud hacia la mano que te da de comer ha superado cualquier límite. Y ahora hemos descubierto que eres también un ladrón.

Jules se afanó por buscar las palabras en el marasmo que confundía su mente, pero solamente logró negar con la cabeza, sin emitir ningún sonido. El director se levantó y caminó hacia la vidriera. Abajo estaban los obreros en fila, y él comenzó de nuevo a hablar en voz alta de modo que lo escuchasen todos:

—Has robado virutas de cobre para revenderlas a algún bribón de tu calaña. Tú, Jules Bonnot, eres una ofensa para la empresa. Y es a ellos, a tus compañeros, a quienes has robado. ¡Porque robar a la empresa significa poner en peligro el trabajo de todos, y cuantos más ladrones hay en una fábrica, más aumentan las probabilidades de que quiebre, dejando en la calle a muchos honestos padres de familia por culpa de unos pocos delincuentes!

El sermón del director resonaba en la nave, donde los obreros habían enmudecido repentinamente. Jules abrió la boca para gritar su inocencia, pero en aquel momento vio al capataz apoyado en la balaustrada de las escaleras: había salido antes de que él llegase, pero no había querido perderse el espectáculo. Jules cerró de nuevo la boca. Era inútil perder el tiempo en defenderse.

El director se giró hacia los gendarmes y con un gesto dio por concluida definitivamente la cuestión. Otra torsión de muñecas y Jules fue empujado fuera. Pasó al lado de la fila con la cabeza baja. Alguno pensó que evitaba sus miradas porque era culpable. Él, en aquel momento, no pensaba en nada.

En el cuartel de la Gendarmería le dieron algunos bofetones, un brigadier le tiró de los cabellos hasta arrancarle un mechón, pero cuando lo condujeron ante el jefe del destacamento no tenía las esposas en las muñecas ni le habían quitado los cordones y el cinturón. El oficial lo observó atentamente durante unos largos segundos. Era un hombre que se acercaba a los cincuenta años, robusto y con la cara alargada, donde brillaban unos ojos grises e inexpresivos. Tenía el cabello corto y espesos bigotes rubios de los que debía de estar orgulloso, visto su continuo alisarlos entre el índice y el pulgar. Jules mantuvo la mirada del policía y este se convenció de tener ante sí a un irrecuperable.

—No pareces arrepentido de lo que has hecho.

—No tengo nada de lo que arrepentirme —respondió en voz baja. Pero esta vez alejó la mirada, sin saber por qué.

El policía mostró los dientes en una sonrisa fría. Se levantó, giró alrededor de la mesa, fingió pasear por la habitación, y cuando estuvo detrás del muchacho le soltó un revés detrás de las orejas.

Jules cayó al suelo, apretándose la sien con ambas manos. Se esforzó por recuperar el equilibrio, y cuando estuvo de nuevo en pie, el policía dijo en tono neutro:

—El señor director es demasiado blando y no ha querido presentar denuncia. Pero en cualquier caso nos veremos de nuevo, tú y yo. Y la próxima vez, señorito Bonnot, tendremos una charlilla más profunda...

Cuando su padre volvió a casa ya lo sabía todo: se había parado a beber un vaso de vino en la taberna, y algún obrero de la fundición le había contado toda la historia. No dijo nada durante al menos una hora, pero Jules comprendió inmediatamente que él lo sabía. Comió el potaje de patatas, recogió cuidadosamente las migas alrededor del plato de aluminio, replegó el cucurucho de papel con el pedazo de pan restante. Luego, de repente, se llevó las manos al rostro y comenzó a sollozar. Jules no había visto nunca llorar a su padre. Excepto, quizás, cuando había muerto la madre, pero él tenía solo cinco años y el recuerdo de aquel día se había confundido y deshilvanado por la necesidad de contener el sufrimiento. De la madre recordaba solamente la cara, pero algunas veces se desvanecía incluso aquella, y entonces iba a abrir la artesa de la cocina y remiraba la foto descolorida que los mostraba el día de su boda.

—Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza...

La voz gutural del padre lo hizo estremecer. Estaba habituado a sus gritos, a las blasfemias, a verlo hincharse de la rabia cada vez que le golpeaba la espalda; pero no le conocía aquel tono dolorido y roto de desesperación. No se movió, esperando que la mano ennegrecida por los ácidos y deformada por los callos se levantara de repente

para caer sobre su cabeza. Pero su padre permaneció inmóvil. Y lo miró entre los dedos de las manos abiertas sobre el rostro.

—Se han reído de mí, ¿entiendes? Fingían consolarme y mientras tanto reían. Y uno ha dicho incluso: «Quizás hará mejor carrera él robando que nosotros escupiendo sangre...», y se han reído.

Jules entreabrió los labios, emitió un sonido inarticulado y, una vez más, no le salieron las palabras para explicar lo que sentía. Comenzaba a aprender la resignación del silencio. A aceptar la inutilidad de cualquier defensa. Hablar era un esfuerzo sin sentido.

Encontró otro trabajo, en una fábrica de Bourguignon. Aguantó algunos meses, taciturno y esquivo. Después hubo un accidente, murieron dos obreros y él cometió el error de renunciar al silencio: dijo que aquello no era una desgracia, que habían muerto por culpa de los turnos extenuantes, por la prohibición de descansar entre una carga de los vagones y la siguiente, y que el arnés de los tubos había cedido porque los dueños de la fábrica les obligaban a usar el material hasta que se rompía. Dijo también algo contra los capataces, los llamó «perros guardianes» y «siervos infames». Todo esto lo dijo en un corrillo de obreros, lejos de las oficinas, pero la dirección tenía en todas partes algún oído atento. Y así, al cabo de pocas semanas, Jules fue el culpable perfecto para un pequeño hurto en los vestuarios. Aquella vez consiguieron volver el asunto aún más sucio, acusándolo de haber robado de los bolsillos de los compañeros la calderilla destinada a la bebida del fin de jornada. Y, además de la excusa para poder despedirlo, obtuvieron también el desprecio de los otros obreros.

Dado que no era la empresa la que había sufrido el daño, la Gendarmería se mantuvo al margen. Y él se marchó, sin decir nada para defenderse.

A inicios de 1893, Jules se trasladó a Besançon, donde su padre había encontrado un trabajo un poco mejor pagado que el precedente, lo necesario para mantener a su segunda mujer. Se casó de nuevo, tuvo otros hijos, y Jules no consiguió conectar demasiado con la nueva familia.

Durante las manifestaciones del Primero de mayo de aquel año, el 145º Batallón del Ejército abrió fuego sobre los trabajadores en Fourmies, en el norte de Francia. Doce manifestantes resultaron muertos y treinta y ocho, heridos gravemente. Jules, que había comenzado a trabajar en una fábrica de Besançon, fue pronto despedido por haberse adherido a la huelga de protesta. En la zona era ya imposible para él conseguir otro contrato: cada director tenía la ficha de Jules Bonnot, «subversivo», divulgador de opúsculos anarquistas, agitador e «individuo de peligrosas tendencias antisociales». Se desahogó a su manera: en un local de baile donde había estallado una riña, Jules reconoció a un capataz de la fábrica y, en lugar de escabullirse como estaba a punto de hacer, se lanzó sobre él dándole una paliza de muerte, indiferente a la Policía que irrumpía y distribuía porrazos furiosamente. Acabó entre los detenidos. Y se reencontró con el gendarme de dos años antes, que entretanto había sido promovido y trasladado a Besançon.

—Extraño, habría jurado que no pasaría tanto tiempo —dijo el oficial sarcásticamente—. Eres más astuto de lo que pensaba. Pero, como ves, hete de nuevo aquí...

Sopesó la carpeta que contenía sus datos y añadió:

—Has hecho carrera. Ya no te contentas con robar, ¿eh, señorito Bonnot? Ahora nos damos a la política, a los grandes ideales...

Y volvió a mostrar los dientes en aquella sonrisa gélida suya. A una señal del oficial, los dos gendarmes que lo sostenían por los brazos le arrancaron la camisa. Jules estaba aún mirando fijamente los botones que rodaban por el suelo cuando el primer latigazo le laceró la piel entre las paletillas. Recibió una veintena, sin abrir la boca y sin dejar escapar un lamento. Dado que tampoco esta vez había una denuncia, todo acabó con unos pocos días de celda en el cuartel. En el momento de la restitución de los cordones y el cinturón, Jules alzó la mirada al oficial, que lo observaba a algunos metros de distancia. Y había una luz de odio tan profundo en sus ojos como para paralizar la broma que el gendarme estaba a punto de pronunciar. El hombre no dijo nada y, mirándolo mientras se alejaba, pensó que si una bala hubiese detenido cuanto antes a aquel muchacho, la sociedad civil se habría ahorrado problemas mucho mayores.

En la familia, las dificultades aumentaban en proporción al número de nuevas bocas que alimentar, y la segunda mujer del padre comenzaba a considerar a Jules como un parásito, solo capaz de perder el tiempo leyendo libros y «periodicuchos subversivos». El padre decidió transferir el hogar doméstico a Neuves-Maisons, cercano a Nancy, donde había encontrado turnos de trabajo más frecuentes que hacían la paga menos ligera. Jules consiguió hacerse contratar en la fundición de Pont-Saint-Vincent, esforzándose por mantener la boca bien cerrada y la propaganda anarquista lejos de los ojos de los espías. No le sirvió. Con el cerebro podía evitar incluso las imprudencias en la fábrica pero, antes o después, el corazón o las vísceras lo traicionaban. Y en una taberna alguien dijo que los anarquistas eran «la escoria de la nación», los traidores de la patria.

Otro añadió que el Ejército era culpable únicamente de no haber disparado más cartuchos en Fourmies y lamentó la falta de masacres mucho más radicales. Jules no cayó en la trampa de los provocadores pero la pelea estalló de todos modos. Él intentó mantenerse al margen; sin embargo, cuando un amigo se arriesgó a recibir una cuchillada, rompió una botella contra el mostrador y se arrojó a la refriega. Al día siguiente, en la Mosella, se halló un cadáver. Jules Bonnot no fue acusado formalmente, pero en cualquier caso estaba siempre entre los sospechosos. Sabiendo de cuánto servía intentar defenderse con la palabra, decidió cambiar de aires.

En marzo de 1897, apenas tres meses después, hubo un enfrentamiento en Nancy entre anarquistas y patriotas: la Policía intervino rápidamente y Jules no escapó, sino que se quedó para responder con una manopla a los bastonazos de los gendarmes. Los golpes que consiguió dar le valieron días y noches de esmeradas y científicas palizas, infligidas a intervalos regulares, que cesaron solamente poco tiempo antes de comparecer ante el tribunal para evitar que las marcas fuesen demasiado evidentes. Lo condenaron a tres meses por «ultraje, atentado y rebelión contra la autoridad».

NANCY, 1897

El sol de julio iluminaba el pan sobre los mostradores de madera, y el resplandor dorado le atrajo irresistiblemente. Se acercó a la vitrina y contempló las cestas, las bandejas, los tarros de cristal colmados de galletas y los rostros de las mujeres que indicaban una cosa u otra con gesto indiferente. A través de la puerta abierta le llegó la fragancia del horno: fue como una bofetada desdeñosa para su estómago, víctima de contracciones y gorgoteos. Había hecho mal dirigiéndose a los barrios acomodados con la ilusión de llenarse la panza vagabundeando entre la abundancia, como si la visión de la riqueza hubiese podido darle alguna idea. Pero el único pensamiento que había llegado a atosigarlo era la convicción de tener el derecho a robar aquello que los otros derrochaban.

Vio su imagen reflejada en el cristal: la camisa floja, el rostro enflaquecido, el pelo estropajoso y el bigote a mechones descuidados. Habían pasado tres días desde que gastara las últimas monedas en un café con leche con pan de centeno y mantequilla. En aquel momento, incluso el recuerdo de la bazofia que daban en la cárcel asumía un sabor de añoranza.

Dos manchas oscuras en la calle soleada llamaron su atención: eran unos gendarmes aparecidos por la esquina de la acera de enfrente, que paseaban jugueteando con las porras. Jules apretó el fardo bajo el brazo y se encaminó con la cabeza baja a ras del muro.

Con aquel aspecto de hambriento le habrían llevado dentro por vagabundeo. Estaba permitido tener hambre, pensó, con tal de que no se mostrase por ahí.

Cuando volvió a los callejones que conocía bien, los de las tascas y los tugurios donde ni siquiera el sol de verano conseguía secar la humedad malsana, fue a buscar un lugar resguardado donde pasar la noche. Comenzaba a oscurecer, y los recovecos más oscuros se poblaban de sombras harapientas y encorvadas, espectros de seres que una vez fueron humanos a punto de compartir el jergón con ratas y cucarachas. Al fondo de una callejuela divisó un carro abandonado, torcido por la falta de una rueda y apoyado en un cúmulo de escombros. No hacía frío, pero la debilidad comenzó a generar escalofríos que desde lo profundo de los huesos se transmitían a todo el cuerpo. Temblando, abrió el fardo y se puso la chaqueta que apestaba aún a prisión, una mezcla de moho, sudor y orina, de los que el suelo de tierra batida de las celdas de aislamiento estaba impregnado. Después se acostó de lado, llevando las rodillas al vientre y apretando el fardo de ropa sucia contra el pecho. No tenía sueño, pero el cansancio le ayudaría a no pensar, a deslizarse en un estado de semiinconsciencia que acortaría la espera del alba.

Un estruendo de cristales le obligó a girarse. A pocos metros había una masa negra que avanzaba tambaleándose. Jules se levantó y la cabeza empezó a darle vueltas por el esfuerzo repentino. El hombre que había tirado la botella se encontraba ahora a pocos pasos: el rostro ennegrecido por la suciedad, la barba rala, costras de arañazos en la nariz y en la frente, una llaga que le brillaba sobre la comisura de los labios, de la cual salía un aliento afanoso que apestaba a vino barato. Alargó los brazos tratando de golpearlo

mientras emitía un sordo gruñido animalesco sin articular ni una palabra. Era su sitio, aquel, y se estaba enfrentando al intruso que había invadido su madriguera. Jules buscó a tientas un pedazo de madera entre los escombros, lo agarró, pero antes de poderlo usar, un segundo despojo humano apareció en el callejón, lanzándose furiosamente sobre el primero.

—Bastardo, has roto mi botella, mi botella —gemía el agresor con voz lacrimosa, desesperada, golpeando con los puños y a patadas la espalda y los costados del desgraciado. Este cayó de rodillas y continuó recibiendo una paliza sin intentar la más mínima defensa. Jules permaneció inmóvil en su rincón, observando la escena con mirada alucinada, incapaz de tomar ninguna iniciativa. Luego, el hombre acosado a patadas emitió una especie de aullido, un lamento de perro moribundo, y el otro paró. Repitiendo mecánicamente: «Mi botella, mi botella», resbaló en los adoquines, se acurrucó contra el muro y comenzó a llorar. El aullido del primero se apagó en un borbotar de tos sofocada que desembocó en un conato de vómito. Llegados a aquel punto, Jules, empujado por una náusea violenta, asió sus ropas arrebujaadas y escapó corriendo, golpeándose la espalda contra el muro viscoso, tropezando, tiritando de frío, hambre y rabia.

Caminó sin rumbo durante al menos una hora. Delante de una tasca débilmente iluminada con lámparas a gas, fue casi embestido por un borracho arrojado a la calle por el mesonero, que, antes de volver a entrar escupió a los pies de Jules. Fue un segundo. La sangre volvió a pulsar con energía imprevista, un dolor agudo en las sienes le ofuscó la vista y se echó hacia adelante con los brazos extendidos, los puños apretados, golpeando en medio de la espalda al mesonero, que ya se había girado hacia la puerta de la tasca. El hombre enarcó

los riñones y se golpeó la cara contra la jamba de madera. Después giró la cabeza y miró a Jules: había más estupor que miedo en su rostro enrojecido y brillante por el sudor.

—¿Qué narices te pasa?... ¿Qué quieres de mí, hijo de perra roñosa?

El mesonero extrajo lentamente una navaja del bolsillo del delantal, la abrió con dos dedos y levantó el brazo. La hoja brilló bajo la débil luz del ventanal.

—Ven aquí, muchacho, que te hago un bonito bordado.

Jules dejó caer la chaqueta de su espalda con un movimiento rápido y se la enroscó alrededor del brazo. La calma apenas recuperada fue suficiente para aclararle la mente, para darse cuenta plenamente de la absurdidad de la situación que había creado. Pero era demasiado tarde para dar marcha atrás. El mesonero avanzó dos pasos y él se agachó para coger una piedra, manteniendo siempre la chaqueta enrollada ante sí.

—¡Fernand! ¿Pero qué diablos estás haciendo?

El grito venía de la puerta de la taberna: una mujer pelirroja, desgredada, de maquillaje exagerado y con un vestido chillón de generoso escote. Una prostituta, pensó Jules, sin distraerse de la hoja reluciente que ahora estaba parada a media altura. El mesonero no se había girado y continuaba mirando fijamente la piedra en manos del adversario, preparado para esquivarla. La mujer se echó a reír, una risotada falsa que intentaba romper la tensión entre los dos. Se acercó contoneándose y susurró al oído del mesonero:

—Bravo, Fernand. Tú aquí divirtiéndote con estos jueguecitos de machotes y mientras tanto allí dentro hay quien alarga la mano detrás del mostrador...

El hombre apretó los dientes con una mueca rabiosa.

—Este bastardo... Es culpa suya, ¡me ha agredido sin motivo!

La mujer se metió en medio, dando la espalda al mesonero. Examinó a Jules y le guiñó de un modo extraño, como si quisiese manifestarle complicidad.

—Déjalo ya, Fernand. Lo conozco. Es un buen cliente. No querrás hacerme perder trabajo, en estos tiempos...

El mesonero retrocedió hacia la puerta acristalada, imprecando.

—Entonces trata de bajarle los humos, Nicolette, que si me lo vuelvo a cruzar se los bajo yo de una vez por todas.

El hombre desapareció en su tasca después de haber escupido al suelo, con una última mirada amenazante.

La mujer sonrió y cogió el mentón de Jules con un gesto delicado, zarandeándolo ligeramente después.

—Dime, muchacho... ¿no has tenido ya suficientes líos como este?

Jules la escrutó con atención. Era una cara conocida, pero no conseguía recordarla. Y mientras tanto, observaba el centelleo de sus ojos color avellana claro, ofendidos por el pesado maquillaje, vulgar, y los labios carnosos, demasiado rojos, y el grácil cuello ceñido por una cinta de seda negra rasgada, ya opaca por el sudor...

—Eh... ¿en quién estás pensando? —le preguntó en voz baja, ronca.

—¿Por qué?...

—Porque tienes la mirada soñadora. Y son peligrosos los soñadores. Portan desgracia. No me gusta cómo me miras.

La mujer se giró, dio algunos pasos hacia la puerta acristalada, luego se paró y volvió a observarlo, esta vez seria y con una expresión indescifrable.

—¿Nos conocemos? —preguntó Jules.

Ella hizo un gesto irónico y respondió:

—Yo también estaba hace tres meses en aquel local... Estaba con un cliente, y tú tuviste la brillante idea de golpear a un policía con el puño de hierro. No creí que te fuera a ver de nuevo en la calle tan pronto. Eres un gran gilipollas, muchacho. Los demás se largaron y tú te quedaste.

Jules la alcanzó, y cuando estuvo cerca levantó una mano para cogerla del brazo. Ella lo miró con aire desafiante, alzando las cejas, y él se detuvo.

—Yo... Nicolette... ¿es así como te llamas? Bueno, Nicolette... gracias.

Le había costado un gran esfuerzo pronunciar aquella palabra. Y ella rio, con aquel modo suyo falso y sin alegría.

—Pero, ¿qué te has pensado? Cuando paré a Fernand ni siquiera te había reconocido. Y creo que habría hecho mejor no inmiscuyéndome. Quizás necesites una lección, para aprender a comportarte en la vida.

—Te he dado las gracias, pero eso no significa que tuviese necesidad de tu ayuda. Sé cómo apañármelas, no te preocupes — asibiló Jules, repentinamente agresivo.

—Oh, vaya... ¡el gallito levanta la cresta! Mejor, dime... ¿cuánto tienes en los bolsillos?

Jules la observó desconcertado, sin entender a qué se refería.

—Por tu culpa he plantado a un cliente que quizás se habrá buscado otra. No cuesta mucho y lo mínimo que puedes hacer es resarcirme. Oh, entendámonos... tendrás a cambio todo lo que está incluido en el precio.

Y le puso el dedo índice bajo el mentón, alzándole el rostro. Jules desvió la mirada y se encogió de hombros.

—Si tuviese dinero no lo gastaría en una puta —dijo con voz dura.

Ella entreabrió los labios con una sonrisilla de escarnio y lo miró de la cabeza a los pies con conmisericordia.

—Ya, lo imagino. Mirándote bien, debe de hacer mucho que no comes, ¿eh? Y apestas, muchacho, permite que te lo diga. Apuesto a que acabas de salir de la cárcel...

Jules asintió.

—¿Y no tienes casa?

Él hizo un gesto evasivo y se giró, encaminándose hacia la oscuridad del callejón.

—¡Eh!

La mujer lo paró.

—Si continúas así volverás pronto allí adentro. Escucha...

Jules la miró fijamente a los ojos. Ella levantó los suyos al cielo, maldijo entre dientes y suspiró:

—¡Oh, al diablo! Quizás me arrepienta, es más, seguro... Pero al que defendiste era un amigo mío. Y él se largó a tiempo. Debo de ser muy tonta, pero... en fin, solo por esta noche: tengo un camastro en casa. Puedes quedarte a dormir. Pero mañana desapareces. ¿Entendido?

Jules apretó los labios y no fue capaz de decir nada. Tenía necesidad de una cama, de un techo, de algunas horas de paz. Y de algo que llevarse al estómago, cualquier cosa.

—Venga, muévete —dijo ella, agarrándolo bajo el brazo y poniéndose en camino—. A esta hora se consiguen solo borrachos. Más vale irse a dormir.

Jules la siguió cabizbajo y respiró su perfume barato, mezclado con sudor. Y descubrió que era un olor atrayente, caluroso, de un cuerpo amigo. Ella, en cambio, frunció la nariz y exclamó:

—Dios mío... apesta totalmente a hambre negra, muchacho. Antes de nada será mejor que te des un buen baño, que no quiero pulgas en mi casa.

Luego lo miró con aire severo y añadió:

—Y que quede claro: yo no lo doy gratis ni siquiera al párroco. No te montes historias raras en la cabeza, porque acaban mal.

Un carretero gritaba algo en la calle. La ventana abierta inundaba de sol la pequeña habitación de la buhardilla, y los ruidos del día llegaban tan nítidos que Jules abrió los ojos de par en par y se sentó

de un brinco. Miró alrededor, tratando de entender dónde se encontraba. Las sienes latían dolorosamente y recordó la noche anterior cuando, tras haberse lavado, había caído en un sueño agónico, un desvanecimiento por la debilidad del hambre. Miró las sábanas gastadas pero limpias y casi blancas. Y vio la mesa en el centro de la habitación, con la botella de leche y el pan.

Saltó fuera del catre y por poco no cayó de bruces al suelo. Alcanzó la leche, bebió hasta atragantarse, luego se atiborró de pan y metió los dedos en la mantequilla del platillo chupándoselos ávidamente.

Unos minutos después, se calmó. El estómago emitía extraños ruidos, casi un festejo bullicioso por la comida encontrada. Sintió regresar las fuerzas a las piernas y a los brazos. El dolor en las sienes disminuyó y la vista se aclaraba lentamente. Había una puerta entreabierta. Se acercó tratando de no hacer ruido. Pero las bisagras chirriaron.

Nicolette estaba de espaldas, desnuda hasta la cintura, y se peinaba sentada ante un espejo opaco y manchado de oscuro. Se giró con un movimiento natural, sin aprehensión por el ruido repentino. Y Jules se quedó mirándole fijamente los senos, grandes y todavía turgentes, con los pezones rosas que apuntaban apenas hacia abajo. Podía tener alrededor de treinta años, y sin maquillaje era mucho más bella de como la había visto en la calle. Nicoletteladeó la cabeza y sonrió de modo malicioso.

—¿Qué te pasa? Por solo tres meses que has pasado encerrado no deberías haberte olvidado de cómo están hechos estos...

Y pasó sus manos bajo los senos, levantándolos.

Jules tragó saliva. Ella se dio cuenta de su embarazo. Salió del paso con una risita divertida y se levantó para coger el corsé de la silla. Se lo puso en el pecho, esperando a que él la ayudase a abrocharlo.

—Eh... me quieres echar una mano, ¿o no?

Jules se acercó y apretó delicadamente los cordones. Pero le temblaban los dedos, y no sabía ni siquiera cómo debían entrelazarse. Ella lo miró seria.

—Ahora apestas a leche como un recién nacido, que ya es un adelanto respecto a ayer. Pero pareces bastante crecido, diría yo...

Examinó su torso desnudo, bajando hacia los calzoncillos arrugados y sucios.

—Vamos, coge estos cordones y tira fuerte —añadió con aire cansado.

Jules lo intentó de nuevo, y ella se inclinó hacia adelante.

—Más fuerte, ¡por Dios! Y ponme una rodilla en la espalda si no eres capaz.

Él obedeció y esta vez tiró hasta cortarle la respiración.

—Ya está, ¿ves? Un poco de leche y mantequilla y vuelves a ser un hombrecito.

Las manos de Jules se entretuvieron con su espalda, rozándole primero la piel para luego acariciarla en la base del cuello. Nicolette se puso rígida.

—Eres bella —murmuró él—. ¿Por qué te embadurnas la cara con eso?

Nicolette se alejó un poco y le dio un golpecito con el dedo en medio de las piernas.

—Despacio, Jules... no te olvides de lo que te dije ayer por la noche: gratis, ni bajando un arcángel por la chimenea.

Él sonrió, emocionado al oírla pronunciar por primera vez su nombre. Pero Nicolette resopló, y añadió:

—Yo cuesto poco... pero para ti es siempre demasiado. Visto que en los bolsillos tenías solamente polvo y pulgas, ciertamente no puedes permitirte gastos a tontas y a locas.

Jules retrocedió instintivamente, a la defensiva. Ella hizo un gesto impaciente.

—Oh, santo cielo, tranquilízate: he metido en agua aquel asco de ropa que llevabas puesta, así que debía mirar qué había dentro, ¿no?

Después se puso rápidamente color en los labios, se maquilló los ojos, se empolvó de colorete las mejillas y el cuello y finalmente se ató los zapatos, levantando una pierna y luego la otra con gestos apresurados. El vestido le subió hasta los muslos y Jules no pudo evitar observar el blanco de su piel que contrastaba con los ligeros rojos. Tenía las piernas robustas, musculosas, bien torneadas y ágiles. Nicolette lo miró fijamente y él no desvió la mirada. Entonces ella levantó todavía un poco más la falda y dijo riendo:

—Con estas podría incluso bailar en un café-chantant, ¿no te parece? En cambio... hago de puta... —Y se bajó la falda, ajustándose el corpiño sobre los senos—. Así que, dentro de media hora como máximo, espero encontrar a un tipo con más liquidez que tú. Con lo cual, procura no hacerte ver en casa. ¿Entendido?

Y agarró el bolsito, saliendo sin mirar atrás. Por las escaleras, gritó:

—Hay un par de pantalones y una camisa en el armario. Póntelos y lárgate, que esto no es el dormitorio comunal.

Por la noche volvió. Debía recuperar su ropa. O al menos, aquella era la excusa. Durante todo el día había rumiado las duras palabras de ella, preguntándose el porqué de aquel repentino alejamiento, de aquella necesidad de restablecer la distancia. Él no pretendía nada, en el fondo. No le había pedido nada. Y se sentía ofendido. Pero era la primera vez que la rabia dejaba lugar a la melancolía desde hacía mucho tiempo. Así, un poco por fortuna y un poco porque probablemente su cara se mostraba menos agresiva y rencorosa, había encontrado una especie de trabajo ocasional echando una mano descargando sacos de cal en una obra. Ningún sueldo a cambio, sino una comida abundante que le había hecho recuperar definitivamente las fuerzas. Pero la melancolía no le había abandonado ni siquiera con el estómago lleno, es más, el torpor de la digestión la había hecho aún más densa, pesada. «Es solo una puta», se había repetido mientras trepaba por los tablones de madera con los sacos de cal a la espalda. «Una puta. ¿Qué demonios se puede esperar de una puta?».

Sin embargo, había sido amable, y no porque esperara sacar provecho. Nadie le había ofrecido nunca hospitalidad sin conocerlo. Y el que lo conocía... peor aún. El padre lo había echado de casa porque deshonraba a su nueva familia, porque era carne de prisión. Su padre... Pero una puta, una mujer habituada a venderse y a frecuentar la escoria de los bajos fondos, lo había acogido en casa sin pedirle nada. El recuerdo de la espalda desnuda y los grandes senos, que imaginaba suaves, dulces, agudizaba aquel sentimiento extraño y casi desconocido, aquella tristeza envolvente, profunda, que lo atormentaba privándolo del odio y del anhelo de venganza.

Descubría el placer malsano de abandonarse a una imagen obteniendo a cambio impotencia y desilusión. No podía amar a una puta, y mucho menos amarla sin ni siquiera conocerla, de esto era consciente. Pero era posible la añoranza, aunque no entendía de qué ni por qué. La añoranza y la melancolía eran una tregua temporal al dolor en el pecho y a la quemazón de las vísceras.

Por las escaleras encontró un hombre que se abotonaba apresuradamente la camisa. Tenía la cabeza baja y dejó tras de sí un olor agrio, a cerveza fermentada. Jules se paró a mirarlo de espaldas y le pareció una gran rata que trotaba marchándose saciado y arrogante hacia otra inmundicia y otra suciedad. Antes de llamar a la puerta, Jules se alisó el cabello y se pasó las manos por los ojos, respirando profundamente para calmar el frenesí que de repente volvía a correrle por las venas. Oyó ruidos de agua vertida y de una jarra que golpeaba en un barreño. Luego, una maldición. Y los pasos sobre el suelo de madera. La puerta se entornó chirriando. Jules estaba en penumbra y ella necesitó algunos segundos para reconocerlo. La expresión cauta y los rasgos rígidos por una agresividad defensiva se disolvieron de repente en una especie de sonrisa.

—Estúpido muchacho... ¡eres tú!

Pareció aliviada, como si esperase una visita menos agradable. Abrió de par en par la puerta, y cuando Jules entró, cohibido, ella le pasó velozmente la mano por la nuca, rozándole a ras de los cabellos cortos.

—Ya iba a tirar tus trapos.

—Había... había venido para recoger mi ropa, de hecho.

Nicolette suspiró, alzando los ojos al cielo.

—Ah, ya, olvidaba que el señorito está lleno de amor propio... ¿qué pasa?, ¿te haces el ofendido? Era lógico que te esperara, si no ¿por qué razón te habría prestado estos? —Y le pellizcó los pantalones por la parte delantera.

Jules permaneció inmóvil en el centro de la estancia, con aire enfurruñado, indeciso y sin saber qué hacer. Se limitó a mirarla. Nicolette llevaba puesta solamente una bata gastada y descolorida que mantenía cerrada con la mano apoyada en el vientre.

—Has vagabundeado todo el día, imagino —dijo ella con un tono extrañamente amistoso—. Así que tendrás más hambre que ayer... ¿o me equivoco?

—No, no... —dijo él, esforzándose por sonreír—. He trabajado. Y la comida era abundante.

—¿Trabajado? ¿Tú?

—Sí. Pero... ni un franco. Solo la comida.

Y Jules bajó la mirada. Nicolette se acercó. Le pasó el dorso de la mano por una mejilla, casi una caricia.

—No me gusta esta barba larga. Y menos aún les gusta a los gendarmes. Hay una navaja de afeitar en aquel taquillón.

Se lo indicó, yéndose después tras la cortina que separaba el lecho del resto de la estancia. Jules encontró la navaja, e incluso un trozo de jabón de afeitado y una brocha desgastada. Se paró a escuchar el crujido de la ropa, fijándose en la propia imagen reflejada en el espejo. Los cabellos estaban resecos y apelmazados por la cal, los ojos enrojecidos, las mejillas hundidas y cubiertas por una sombra de

barba hirsuta... El rostro de Nicolette apareció junto al suyo. Jules levantó la navaja pasando el filo por la palma de la mano.

—¿Es tuya? —le preguntó con sarcasmo.

Nicolette se giró de golpe, dirigiéndose a la puerta.

—No es de nadie. Tú úsala y basta —dijo sin mirarlo—. En la despensa hay pan y un poco de queso. Si sales, no te olvides de esta.
—Y tiró una llave sobre la mesa.

—¿Y... si no salgo? Quiero decir...

Ella hizo un gesto con la mano.

—Haz lo que quieras. Por la noche no los traigo nunca aquí. En los portales es más cómodo... Acaban antes y no se paran a buscar consuelo para sus chorradas.

Había pronunciado las últimas frases con maldad, como si quisiera desafiarlo o herirlo. Cuando la puerta se cerró de nuevo, Jules se quedó mirando durante unos segundos el vacío dejado por Nicolette.

Cuando regresó, hacía varias horas que Jules dormía. Faltaba poco para el alba. Nicolette no encendió la lámpara. Atravesó la estancia con cautela, tratando de no hacer crujir las tablas del pavimento. Pero tropezó con el barreño que él había dejado en el suelo después de haberse lavado y afeitado. Jules abrió los ojos pero no se movió. Fingió dormir, observándola en la penumbra. Nicolette se sentó al fondo del camastro y permaneció cabizbaja, con la respiración entrecortada, como si el cansancio le quitase la fuerza para desvestirse y alcanzar el lecho. Jules sentía el contacto de sus piernas en los pies, y una inquietud creciente hacía que le resultase cada vez más difícil no moverlos. Era como un calor que se difundía desde

aquel pequeño punto hasta alcanzar el pecho, donde el corazón aumentaba el ritmo martilleándole los tímpanos, haciéndole sudar las manos, obligándolo a apretar los dedos bajo las sábanas. Nicolette hurgó en el bolso, sacó algo y se lo llevó a la boca. Una petaca de licor, de la que bebió durante algunos segundos.

—¿Quieres? —preguntó al final, ofreciéndosela.

Jules se levantó y cogió la botella plana y ya casi vacía.

—Te brillan los ojos. Debías haberlos mantenido cerrados si querías que me fuese pronto —murmuró Nicolette.

Jules dio un sorbo rápido de lo que parecía ser coñac barato.

—Precisamente porque tenía miedo de que te marchases pronto fingía dormir —dijo.

Ella se giró para mirarlo, manteniendo la cabeza ligeramente inclinada. Después le apoyó la mano sobre una pierna y apretó fuerte.

—Hay algunas noches... que no acaban nunca —suspiró con voz incierta, agotada.

Jules alargó la mano para acariciarle el cuello y le soltó los cabellos pasándole los dedos por la nuca. Nicolette se abandonó, deslizándose en su abrazo, haciéndose un ovillo en busca de silencio, de oscuridad, de cualquier cosa que pudiese parar el tiempo, hacerle olvidar la proximidad del alba y el comienzo de un nuevo día igual a los otros.

Le gustaba su indecisión. Él no le saltó encima, no la apretó hasta hacerle daño, no trató de mostrarle fuerza en modo alguno, determinación, decisión... Al contrario. Todo ello era nuevo para

Nicolette, habituada a clientes a los que la miseria había hecho toscos y brutales. Nuevo, quizás, o solamente lejanísimo en la memoria. Ella tenía unos diez años más, pero veía en él la misma vejez que acompaña a la falta de esperanzas. Jules le besaba los senos con la delicadeza de quien tiene miedo de resquebrajar algo frágil, y cada uno de sus gestos era torpe, de una timidez casi infantil. Nicolette no fingió sentir placer y le ofreció solamente aquello que realmente podía darle: una cercanía amiga y la calidez de un cuerpo que durante algunas horas alejaba el frío de la soledad.

En la obra únicamente se necesitaban brazos un par de días a la semana, cuando llegaban los carros de arena, ladrillos y grava. No era un trabajo de verdad, pero Jules sacaba lo suficiente para comprar el vino o las patatas para la sopa, e incluso un trozo de carne cocida en los días de fiesta. Nicolette pensaba en todo lo demás. Y él no se consideraba un explotador sino solamente un huésped, un amigo que, algunas noches diferentes a las demás, compartía el lecho con ella, unas veces para defenderse del otoño llegado anticipadamente, otras para continuar ilusionándose con la idea de que siendo dos fuese menos difícil esperar el alba. Y con Nicolette llegaba incluso a sonreír, a encontrar entretenido el charlar por charlar, incluso el contarse las desgracias del pasado para ironizar sobre ellas como si les hubiesen ocurrido a otros. Ella bromeaba acerca de su manía de leer durante horas, consumiendo petróleo y velas, libros impenetrables y papeles repletos de amenazas y propósitos de truculentas revanchas sociales, pero había notado que a Jules, aunque dispuesto a reírse de todo y de todos, no le gustaba que le tomasen el pelo con las cosas de la «política». Las raras veces que había aceptado discutir seriamente acerca del tema, ella sostenía que ideas de ese género servían solamente para brillantar la hoja de la guillotina, y que la única esperanza de

mejorar su vida consistía en tropezarse con un cliente con la cartera bien llena, para aligerarla y recomenzar en otro lugar. Quizás en esas tierras de ultramar, donde se decía que era fácil levantar un negocio si llegabas con ahorros considerables.

—Yo no me pudriré aquí —concluía siempre Nicolette—. Y en cuanto a la suerte de los oprimidos... conozco incluso demasiados, y me dan tanto asco como los opresores. Son todos iguales a la hora de levantarte la falda y follarte contra el muro...

Jules no insistía y la miraba fijamente con gesto perplejo, sacudiendo la cabeza. También él sabía cuán difícil era hablar de igualdad y solidaridad teniendo ante los ojos la bajeza de aquellos mismos miserables a los que se quería rescatar. Él, que había recibido latigazos de policías pobres, porrazos de carceleros igualmente pobres, humillaciones por parte de jefecillos pagados solamente con unos francos más que sus subordinados, insultos y crueldad por parte de la mayoría de los desgraciados que había encontrado por el camino. Pero sentía que debía de haber algo, un medio, un método, para convertir las ideas abstractas de sus libros en conciencia, en espíritu de hermandad, algo que transformase la miseria en revuelta, que no se detuviese en la simple violencia gratuita a desahogar entre marginados. Los condenados de la tierra poseían una gran fuerza pero no eran conscientes de ello: la potencia devastadora que deriva del no tener nada que perder. Con la propaganda, con aquellos periódicos y aquellos libros, quizás...

—Vives de ilusiones, Jules —murmuraba Nicolette masajeándole los músculos contraídos y retorcidos en la base de la nuca—. Y con ilusiones, en estas calles llenas de bastardos y traidores, solo se consigue morir joven...

Los días transcurrían en un clima que se asemejaba a la serenidad. Jules tenía necesidad de una tregua, y Nicolette, de alguien que no la tratase como una puta. Mientras durase, para ambos no había necesidad de otra cosa; las ganancias de ella bastaban para comer y pagar el alquiler y los sentimientos de culpa de él permanecían privados de concreción: Jules no aceptaba nunca dinero de Nicolette, y con los trabajos ocasionales podía permitirse añadir algo a la mesa o comprarse un chaquetón usado para el invierno. Ciertamente, continuaba advirtiéndole un sentimiento de insatisfacción, y de vez en cuando pensaba que se tendría que haber buscado otro sitio y un trabajo de verdad, pero al final prevalecía aquel vacío y anestésico transcurrir del tiempo, que no encendía el entusiasmo pero tampoco infligía sufrimiento.

Un día volvió de la obra, después de una jornada particularmente dura, con la espalda dolorida y las manos agrietadas por la cal que corroía la piel entre los dedos. Por doce horas de cubos transportados a través de vigas suspendidas en el vacío le habían dado lo suficiente para comprarle un regalito a Nicolette. Le daba vueltas desde hacía tiempo, y sabía que a ella le habría gustado poner cortinillas en la ventana del desván para evitar tener que cerrar siempre las desvencijadas contraventanas cada mañana, cuando se levantaba e iba a preparar el café para ambos. Nicolette dormía desnuda, y la ventana daba a la fachada de una casa donde, a aquella hora, al menos un par de viejos esperaban puntuales su despertar. Una vez había incluso descubierto a un grupo de chiquillos apostados en el ático de enfrente que se empujaban para alcanzar el puesto de observación. Ella se había reído. A Jules, en cambio, aquello no le había gustado nada.

«Tienes razón», le había tomado el pelo. «Gratis, ni siquiera a los chiquillos. Pero no deja de ser un modo de publicitar la mercancía...».

Jules no estaba en realidad celoso de los clientes que cada día le baboseaban encima. Pero sentía fastidio si ella, incluso bromeando, se complacía con su oficio.

«Cuando estoy yo aquí tú no eres una puta», le había dicho una vez, muy serio. Y Nicolette, para castigarlo por aquel intento de posesión, había pasado fuera toda la noche y buena parte de la mañana siguiente.

De todos modos, Jules habría comprado las cortinillas al día siguiente gracias a aquel dinero que tenía en los bolsillos del chaquetón.

El primer garrotazo le golpeó en el centro del pecho, paralizándole los pulmones. Alargó los brazos por instinto y salvó los dientes del impacto contra la barandilla. Rodó de lado por las escaleras y el segundo bastonazo le alcanzó en la espalda. Anduvo a tientas hacia el fondo pasillo, tratando de ponerse en pie. Una patada en el costado lo hizo rodar hasta la pared opuesta y acabó con la cara en la basura. Tosió, escupió, y la bocanada de polvo que se le coló dentro le quemó el tórax como un chorro de hierro fundido.

—Para, Pierrot. Dame un momento para decirle un par de cosas...

Jules se giró hacia la voz, manteniendo las manos en la cabeza a la espera de otro golpe. Entrevió una figura que ondeaba en la bruma y entornó los ojos tratando de controlar el vértigo del estómago. Debía impedir el vómito. Si permitía a las vísceras rebelarse, otro bastonazo y se habría arriesgado a ahogarse en su propio vómito.

Enfocó al más gordo, el que debía de ser Pierrot: sujetaba la maza con las dos manos, suspendida a media altura, preparada para calársela en el cráneo. El otro era delgado, alto, engominado hacia atrás con brillantina, a su manera bien vestido, y con un vistoso fular al cuello que le daba un aire de chulo con sed de ambición. Pierrot alzó a Jules aferrándolo por el cuello con una sola mano y lo inmovilizó contra la pared. El tipo grasiento se acercó, sacó una navaja y sonrió, apoyándole la punta de la hoja bajo la oreja izquierda.

—No me gusta tener que recurrir a estos métodos —susurró con expresión de enojo—. Yo me ocupo de mis asuntos, y no quiero líos. Aquí todos me respetan, porque no piso a nadie y estoy siempre dispuesto a poner paz cuando surge algún problema en el barrio...

Apretó la hoja plana sobre el pómulos y le acercó todavía más la cara. Olía a loción de afeitado dulzona, y Jules notó otra contracción en el estómago. Si le vomitaba encima lo mataría, estaba seguro.

—Y mira, jovencito... entre mis asuntos... está también Nicolette. Tú a lo mejor no lo sabías, y ahí puedo entenderte: has pensado que era un desperdicio, todas esas bendiciones que porta entre las piernas sin un hombre que las cuide...

Suspiró, asintiendo lentamente.

—La conozco bien. Es culpa suya. De hecho, no tengo nada contra ti. Así que te dejo seguir tu camino. Un camino largo que te llevará a un lugar lejísimos de aquí, donde nunca tendrás la desgracia de encontrarme por segunda vez.

Se echó hacia atrás y le hizo una señal al energúmeno que sujetaba a Jules agarrándolo por el cuello. Pierrot era gordo y tenía

cara de deficiente, un aspecto que no dejaba entrever lo rápido que era con los puños. Le soltó una descarga en el vientre digna de un púgil bien entrenado. Jules ni siquiera se percató de cuántos le había encajado en los pocos segundos que empleó en retorcerse por el suelo. Pierrot añadió un golpe de tacón en el centro de la espina dorsal y Jules vio un destello de luz roja, como un estallido de fuegos artificiales, seguido inmediatamente de un silencio absoluto. En ese momento vomitó, y para su fortuna estaba acurrucado boca abajo, así no se ahogó cuando, justo después, perdió el sentido.

El dinero que tenía en los bolsillos de la cazadora no serviría ya para comprar las cortinillas de Nicolette. Caminaba aún un poco encorvado pero ahora la visión volvía a ser casi nítida. Había tenido la cabeza bajo la fuente durante algunos minutos, con el agua que le corría por el cuello empapando la camisa y buena parte de la chaqueta. Pero ello había servido para aclararle la mente y para detener las convulsiones de las vísceras. Atravesó el barrio en un aliento, con la mirada fija al frente y las manos ceñidas al cuello de la chaqueta para protegerse del frío, y cuando entró en el angosto taller, alejado varios kilómetros de la zona donde habitaba Nicolette, el afilador lo escrutó con recelo.

Jules estaba empapado y temblaba hasta el punto de hacer incomprensibles las palabras que intentó pronunciar. Entonces apretó los labios y miró alrededor. Eligió un cuchillo con el mango de cuerno de buey, con la hoja puntiaguda y gruesa, de esas que usan los corsos para degollar a las ovejas. Se lo mostró al afilador. El hombre permaneció indeciso por un instante, luego le dijo el precio. Jules metió la mano en el bolsillo, sacó un puñado de billetes arrugados, los tiró sobre la mesa y añadió las monedas, contando todo con gestos febriles. Faltaban unos pocos céntimos. El afilador

pasó la palma de la mano abierta sobre la mesa e hizo caer el dinero en el cajón, encogiéndose de hombros. Jules hizo un gesto con la cabeza para agradecerle el pequeño descuento. Luego se giró bruscamente y salió.

Aquella noche no volvió a casa. Manteniendo la cabeza baja y la cara hundida bajo el cuello levantado, se deslizó por las calles y los callejones donde Nicolette solía encontrar clientes, y hacia medianoche la entrevió delante de la tabernucha de Fernand. Estaba con otra prostituta y parecían a la espera de una última ocasión antes de irse a dormir. Jules se quedó apoyado en un árbol, en la oscuridad, controlando la cristalera de la taberna. Casi media hora más tarde, pasó un tipo tambaleándose, un poco borracho, que no se dio cuenta de su presencia y se dirigió directamente hacia las dos mujeres. Tras una breve contratación, el hombre eligió a Nicolette y le mostró el dinero. Ella lo hizo desaparecer con un gesto rápido, luego saludó a la amiga y se encaminó con el nuevo cliente hacia un portón. Jules los siguió, manteniéndose a distancia. Transcurrieron solamente diez minutos, quizás menos, pero a Jules le parecieron interminables, y cuando el hombre se escurrió fuera metiéndose la camisa por dentro de los pantalones él sintió de repente un dolor agudo en el labio que había comenzado a morderse en el momento en que los dos habían desaparecido en la oscuridad.

Nicolette recorrió el breve trayecto lentamente, dando patadas de vez en cuando a un guijarro, y cuando llegó frente a la taberna la otra mujer ya no estaba. Entonces entró en el local y permaneció allí cerca de un cuarto de hora. Cuando salió, se encaminó hacia casa, esta vez a paso rápido, frotándose los brazos por el frío.

Jules esperó al menos una hora, contando una docena de prostitutas que entraron y salieron sin entretenerse más de cinco

minutos dentro. Sus dientes castañeteaban, el temblor aumentaba hasta hacerse incontenible. Después, en el instante mismo en que lo vio asomarse a la calle, se volvió de repente lúcido y tranquilo. El hombre había terminado de recoger la recaudación y, tras un último trago, se disponía a regresar a casa. No tenía prisa, y el grueso abrigo lo resguardaba de las ráfagas de viento gélido que azotaban la calle. Con él estaban dos tipos ruidosos que risoteaban y de vez en cuando se paraban para acentuar con grandes gestos la historia de alguna correría reciente. Luego, en la esquina de una plazuela, se separaron. Y el hombre quedó solo.

Vivía a pocas manzanas. Y, además, en un callejón estrecho y mal iluminado. Jules acortó la distancia corriendo a brincos, atento a posar los pies sin hacer el más mínimo ruido. El tiempo que el hombre empleó en buscar la llave e introducirla en la cerradura del portón fue suficiente. Jules había sacado ya el cuchillo y lo empuñaba manteniendo el brazo extendido a lo largo del costado. En una fracción de segundo, le pasó el brazo izquierdo alrededor del cuello apretándolo contra la boca y, al mismo tiempo, le hundió la hoja en un glúteo. El hombre emitió un gemido prolongado, un grito de dolor que ahogó en el tejido áspero y grueso de la manga. Jules continuó apretando para impedirle gritar y acercó la boca a su oído, murmurando:

—¿Cómo se siente el hierro en la carne? ¿Quema? ¿Es frío? ¿O quizás... no te lo he clavado lo suficiente para sentirlo...?

Y giró la empuñadura, empujando con más fuerza, para después hacer palanca primero hacia arriba y luego hacia abajo. El hombre parecía recorrido por una descarga eléctrica. Se enarcó, golpeó varias veces la frente contra el portón y Jules soltó la presa para agarrarle el pelo de la nuca. El conato de grito se estrelló, junto con

los dientes, contra el batiente de bronce, y tras una serie de cabezazos contra la jamba, el hombre flaqueó con un gorgoteo. La sangre salía a borbotones de la boca destrozada y Jules extrajo la hoja del glúteo. Luego se la clavó tres veces en el muslo derecho y tres en el izquierdo, manteniéndolo bloqueado con la frente contra el peldaño.

—¿Me oyes? ¿Puedes entender lo que te digo?

Le apoyó la hoja ensangrentada en la carótida. El hombre se apresuró a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Bien. Entonces escucha, y no te pierdas ni una palabra, porque no tengo tiempo para repetirlo: continúa tú también ocupándote de tus asuntos, porque si me entero de que has rozado a Nicolette con un dedo, vengo aquí, te corto la cabeza y la planto en la farola de enfrente.

Hizo deslizar la hoja sobre la mejilla, incidiendo en la piel superficialmente.

—Si luego crees que vas a acabar con esto mandándome algún deshecho de cloaca como aquel gorila que te trajiste... bien: yo también tengo a mis camaradas dispuestos a avivar la guerra. Piénsatelo bien antes de hacer otra estupidez.

Y sacó del bolsillo una octavilla que le habían dado los anarquistas algunos días antes. Las primeras dos líneas decían: «Pronto llegará la noche de la siega y cortaremos las cabezas, como espigas maduras, a los explotadores del proletariado». Pensó que el mensaje era apto para la ocasión. Se lo enfiló en la boca, se lo metió hasta la garganta, y con una sonrisa gélida añadió:

—Léelo después de escupir los dientes. Es instructivo.

Con Nicolette no habló nunca de aquello. Ella seguramente se había enterado, pero evitó afrontar la discusión. Se limitó a permanecer muda y seria durante algún tiempo aunque debía pensar que, a fin de cuentas, se trataba simplemente de un traspaso de mercancía de un gestor a otro. Así, de regreso a casa por la noche, empezó a dejar el dinero en el cajón donde Jules tenía sus cosas. Y él se ofendió pero, una vez más, no dijo nada, se limitó a transferirlos puntualmente cada mañana al cajón de al lado. Del hombre, de quien ni siquiera conocía el nombre, no tuvo noticia alguna. Pero notó un curioso comportamiento en los vecinos que se encontraba por la calle y en las tiendas de la zona, que le dirigían gestos de saludo silenciosos y vagamente alarmados. No tenía interés alguno en ser respetado como puede serlo un temido chulo rápido con el cuchillo, pero la situación era ya la que era y él no podía hacer nada sino «ocuparse de sus asuntos». Y en cualquier caso, lo que más le importaba era su relación con Nicolette, que permaneció inmutable a pesar de todo. Quizás advertía, de vez en cuando, una mirada suya pensativa, como si se preguntase qué era lo que se esperaba de ella, pero Jules evitaba cualquier ocasión que pudiese forzarlo a tocar el tema. En el fondo, teniendo todo el dinero para ella, Nicolette habría podido abandonar un día los callejones del barrio y embarcarse para el Nuevo Mundo con el que soñaba cada vez más a menudo.

Nada memorable ocurrió en las semanas siguientes; los días pasaban sin dejar particular rastro y Jules, que disponía de mucho tiempo libre, se encerraba en casa a leer sus libros portadores de revancha y venganza, que últimamente alternaba con algunos clásicos de la literatura comprados por pocos céntimos en los tenderetes que bordeaban el Sena. Hasta que llegó el 15 de noviembre de 1897.

Nicolette estaba aún adormecida y Jules estaba tumbado a su lado, esperando que abriese los ojos y que, como cada mañana, le sonriese después de algunos segundos de incertidumbre, descubriendo finalmente que el hombre en su cama era él. Los golpes en la puerta fueron tan violentos que lo hicieron salir de un brinco, en busca de un arma con la que defenderse. Cuando Nicolette se levantó, asustada, Jules le hizo un gesto para que guardase silencio mientras empuñaba un gran cuchillo del fregadero.

—¡Policía! ¡Abrid o echamos la puerta abajo!

Él pareció desmoronarse. Posó el cuchillo sobre la mesa, miró a Nicolette, y había una suerte de mudo adiós en sus ojos repentinamente tristes y apagados. Fuera lo que fuese que quisieran, solo podía significar el final de los días de paz. Fue a abrir.

Eran dos, de uniforme, y lo examinaron con una sonrisilla en los labios. El oficial lo señaló con un gesto sarcástico y el otro hizo una mueca frunciendo la nariz. Quizás se refería al olor de repollo, la cena de la noche anterior.

—¿Jules Bonnot?

Él asintió, sin bajar la mirada. Los dos entraron. El primero se paró a observar la espalda desnuda de Nicolette, que se estaba vistiendo deprisa. Luego se le acercó, la obligó a girarse, soltó una risita como para subrayar que eran viejos conocidos y después se demoró en el escote de la combinación.

—Enhorabuena, señor Bonnot —exclamó con falsa alegría, pasando dos dedos por el cuello de Nicolette, que se apartó rabiosa—. De veras, un hospedaje fantástico...

El gendarme se paseó por la habitación, curioseando entre los objetos desparramados y los libros, mientras sujetaba la porra con las dos manos en la espalda. Después miró fijamente a Jules.

—Hacer de chulo de esta te da más que romperte la espalda en la fundición. ¿No es cierto, Bonnot?

Él mantuvo la mirada sin mover un músculo. Pensaba que habían venido por el asunto de las cuchilladas. Todos los protectores eran informadores de la Policía, y probablemente esos dos estaban devolviendo un favor.

—A la fundición iba a robar —añadió el otro—, no a romperse la espalda. —Y lo examinó de manera provocadora, esperando que tuviese una reacción.

Jules permaneció impasible. Nicolette, que había acabado de vestirse, recuperó la seguridad y fue a colocarse frente al oficial con los brazos en jarras y temblando de rabia.

—¿Puedo saber qué narices queréis?

—De ti nada, bonita... o al menos, no ahora —rebatía el gendarme. Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un papel y lo desplegó, para luego agitarlo ante la cara de Jules.

—El deber te llama, Bonnot —dijo riendo sarcástico—. Y dudo que la patria pueda sacar provecho de carne de cañón como tú, aunque... el Ejército podría incluso enderezarte, quién sabe. —Y le entregó la cartilla de reclutamiento.

Jules la leyó con una expresión atónita, de rendición absoluta. Lo habían enrolado en el 133º Regimiento de Infantería de servicio en Belley, en el Ain.

—Por suerte para ti, conozco a la señorita —retomó el oficial, echando una ojeada ambigua a Nicolette—, y sabía que te encontraría aquí. De no ser así, te acabarían buscando por deserción.

—Venga, vístete, que ya hemos perdido demasiado tiempo —intervino el otro, lanzándole encima los pantalones que había cogido de la silla.

Jules se los puso manteniendo la mirada clavada en el suelo para evitar la de Nicolette, que luego se le acercó, lo besó en la boca y murmuró, sonriendo a pesar de las lágrimas que le empañaban la visión:

—Adiós. Prométeme que no les darás ningún pretexto. Te harán pedazos si pretendes ser un cabezota también con ellos. No les des esa satisfacción...

Jules la abrazó impetuosamente, la estrechó con fuerza, cortándole la respiración. Cuando la soltó, Nicolette le susurró al oído:

—Vuelve a encontrarme. Quiero ver con mis propios ojos cómo te sienta el uniforme.

El oficial lo empujó fuera, barbotando:

—Vamos, vamos, apenas he desayunado y me estáis revolviendo el estómago. Un chulo y su puta, ¡ni que fuesen dos recién casados!

Jules se puso rígido, a punto estuvo de golpearle la cara con el codo, pero Nicolette lo frenó poniéndole un fular suyo al cuello, como recuerdo, y lo besó en la mejilla, un beso de hasta la vista. Pero ambos sentían que no se volverían a encontrar, que aquel era el último día de una vida de pura fantasía.

El oficial miró a Nicolette, y sin que Jules, ya en las escaleras, pudiese oírlo, dijo jactancioso:

—Mañana date un buen baño, perfúmate, empólvate y todo lo demás. Pasaré por aquí por la tarde. Y si no te encuentro en casa, en la primera redada no moveré un dedo por ti.

Le guiñó el ojo y cerró la puerta.

Nicolette escupió en el suelo, después se frotó los ojos para ahuyentar las lágrimas.

GRANDES MANIOBRAS

Al principio, el uniforme le hacía sentirse ridículo, cohibido y estúpido por tener que estar firme, cuadrando filas, agobiado por el brillo de las botas o por la posición del quepis. Pero con el paso del tiempo había descubierto que aquella innatural e insana situación ofrecía extrañamente una sórdida ventaja: en el Ejército, el pasado de Jules Bonnot no existía. A nadie le importaba que hubiese estado en la cárcel, que viniese de la miseria más aniquiladora, que su padre lo hubiese echado de casa. Allí era un número de registro y nada más, y solo contaba cómo marchaba, lo rápido que saltaba del jergón al primer toque de corneta, hasta qué punto sabía ignorar las provocaciones de los superiores y mantenerse mudo e impasible ante los arrebatos de ira del sargento. Para Jules, habituado a toda suerte de humillaciones y renunciaciones, el cuartel no tenía nada de terrible. Muchos de sus conmlitones se desesperaban y lloraban por la noche en la cama, por la lejanía de los afectos y de la propia casa. Él, que no tenía ni afectos ni casa, podía contar con una nueva forma de indiferencia ante cualquier acontecimiento, observando todo con distancia, imperturbable y desprovisto de implicaciones. Además, en el Ejército pronto había encontrado un nuevo motivo de interés, a cultivar en soledad y con provecho: la atracción por los motores de los camiones, una fascinación morbosa por aquel milagro que hacía marchar en armonía docenas de piezas de acero, la curiosidad irreprimible por cada mecanismo en funcionamiento, por la

mecánica, que le parecía casi una religión con reglas y rituales, donde la mínima imperfección condenaba a la inactividad. Y la misma atracción había sentido empuñando el nuevo mosquete Lebel, de dotación del 133º: encauzar la fuerza ciega de una explosión del cartucho en la cazoleta y, finalmente, la bala que prorrumpía del cañón rayado enroscándose en el aire para atravesar con mayor energía la silueta de madera situada sesenta metros más allá. El primer día de pruebas en el polígono ni siquiera había sido rozado por el verdadero sentido de todo lo que estaba haciendo, esto es, adiestrarse para matar. Jules estaba fascinado por el perfecto funcionamiento de aquel aglomerado de metal y madera que estrechaba entre las manos, por el sonido amortiguado que producía el obturador al insertar la bala en el cañón, y por el chasquido que hería los tímpanos como una aguja con solo ejercer una leve presión sobre el gatillo. Era importante la agilidad en el disparo; el dedo índice debía alcanzar el punto crucial solo cuando el corazón recuperaba su latido normal, de lo contrario, las vibraciones de los músculos habrían mandado fuera del blanco el minúsculo pedazo de plomo. Las armas, como los motores, no se dominaban con la fuerza bruta sino con la delicadeza y la intuición que requieren las criaturas frágiles. Y el hecho de que fuesen todo menos frágiles constituía un misterioso contraste, capaz de intrigarlo hasta convertirlo en objeto de cuidadoso estudio.

Motores y armas de fuego habían sido para él un apasionado amor a primera vista.

Del terraplén surgió la paleta con el «10». Jules se limitó a hacer una mueca imperceptible con la boca. De nuevo un blanco perfecto. Estaba por insertar otro cartucho cuando sintió la punta de una bota golpearle ligeramente en la pierna. Se giró. El sargento miraba

fijamente a la diana, sin mostrar ninguna satisfacción. Cinco veces blanco. El cabezón calvo apenas se balanceó.

No era un tipo que elogiara a sus hombres; si permanecía callado, si evitaba vociferar, quería decir que las cosas iban perfectamente. Era de aquellos militares de profesión que ignoran totalmente cómo funciona la vida fuera del cuartel pero dentro saben reconocer instintivamente hasta el más mínimo matiz del carácter y del comportamiento de los propios soldados. Un suboficial valioso en el campo de batalla, de esos que cualquier capitán querría al lado en el momento de lanzar un ataque. Y experto en forjar reclutas erradicándoles cualquier aspiración y necesidad no dirigida a transformarles en máquinas de matar.

—Es suficiente, soldado Bonnot.

Jules se puso en pie, sacudió la tierra del uniforme con unos pocos golpes de la mano izquierda mientras con la derecha sostenía el Lebel en el pie. Luego se decidió a cuadrarse. El suboficial entornó los párpados y los ojos casi desaparecieron bajo las espesas cejas pelirrojas. Estaba contrariado por el número de segundos que Bonnot había empleado en ponerse firme y sacar pecho.

—¿Dónde has aprendido a disparar, soldado? —siseó entre dientes. Cuando hablaba en voz baja era peor: si el subordinado no entendía, corría el riesgo de hacerlo enfurecer completamente.

—Aquí.

—No he comprendido la respuesta.

—Quería decir... que no había disparado antes, nunca. He aprendido aquí, en el Regimiento.

El sargento lo miró largamente. En torno a ellos había caído un silencio absoluto.

—Continúo sin entender tus respuestas, soldado. ¿En qué lengua estás hablando?

—En francés —respondió Jules por instinto, para arrepentirse un segundo más tarde.

El sargento asintió, moviendo lentamente la cabeza.

—Oh... cierto. En francés. Eso quiere decir que los tres días que pasarás en la celda de castigo te servirán para aprender otra lengua. La que se habla en el Ejército. El Ejército francés, para ser exactos. Y en el Ejército francés nos comunicamos especificando el grado del que está interrogando, inmediatamente precedido de un «sí, señor» o un «no, señor, señor sargento», según la pregunta sea afirmativa o negativa. ¿Está claro, soldado Bonnot?

—Está clarísimo, señor sargento.

—Muy bien. Los días de rigor se han convertido en cuatro porque has querido añadir palabras inútiles a la respuesta. Vete al cabo de guardia y consígnale fusil, cordones y cinturón. Después hazte acompañar por el piquete a la celda de castigo.

—Sí, señor sargento.

Jules golpeó los tacones y se dirigió hacia el cabo a paso de marcha. Mentalmente, se preguntaba cómo urdir un accidente simulado para disparar por la espalda al sargento durante un ejercicio. Pero nada en su actitud dejaba entrever lo que estaba pensando.

El teniente se acercó al suboficial y dijo, mirando a Jules que se alejaba:

—Es el mejor tirador de la compañía. Lástima que sea un insubordinado.

—No lo es, señor teniente. O al menos, no en los hechos... Bonnot podría incluso llegar a ser un buen soldado, pero apesta a hostilidad y rebelión.

—¿Apesta... sargento? —preguntó dubitativo el oficial.

—Sí, a mí me da en la nariz cuándo tengo delante a un gandul. Bonnot me gusta, porque no habla nunca, se ocupa de sus asuntos y trabaja duro cada vez que está de turno. Pero tiene una mirada diferente a todos los demás. Es un lobo solitario, y si pudiese me destrozaría con el uniforme y todo. Lo presiento, no me equivoco. Tendré que trabajármelo bien para quitarle lo podrido y explotar las innatas cualidades que lleva dentro.

—¿Se refiere a la habilidad que demuestra con el mosquete, sargento?

—No, me refiero al hecho de que Bonnot es un asesino potencial. Por ello, señor teniente, lo propongo para la escuadra de Gastadores.

—De acuerdo —respondió el oficial, con expresión perpleja y vagamente inquieta.

Jules nunca habría puesto en práctica sus propósitos de venganza. Matar a un sargento porque le había infligido un castigo injusto era como vaciar el mar con una cucharilla. De carroña como aquella estaba lleno el Ejército. Y Jules, que tenía el rancho asegurado todos los días y la posibilidad de estudiar los motores y deleitarse con el

mosquete, no habría arriesgado la propia vida para quitársela a un mastín idéntico a millares como él. En los Gastadores, además, se lo pasaba mejor que entre la soldadesca de infantería. Se convirtió en el campeón de tiro de la compañía y fue propuesto para el grado de cabo. El uniforme, con los galones y la cinta de francotirador, le permitía tomarse incluso alguna revancha: los gendarmes con los que coincidía en su día de permiso le saludaban respetuosos y acababan a menudo ofreciéndole de beber para que les contase lo primero que se le ocurriese. Con los más duros de mollera se divertía tomándoles el pelo sin que ni siquiera se diesen cuenta del cúmulo de estupideces que les soltaba, y se reía para sus adentros, viendo las expresiones maravilladas y los gestos de incondicional aprobación que le dedicaban. Aprender a reír o a sufrir interiormente, sin reflejar nada en el rostro, fue para Jules una especie de escuela individual y secreta, un curso exhaustivo que lo comprometía constantemente. Los superiores lo consideraban disciplinado y eficiente. Él los consideraba fracasados a los que el uniforme había concedido una oportunidad, la más escuálida, para conseguir un lugar en la sociedad. Y nunca, por ninguna razón en el mundo, aquellos imbéciles llenos de presunción y fanatismo debían intuir lo que sentía realmente hacia ellos. Le costó mucho trabajo, pero lo consiguió.

En el 99, Jules participó en las grandes maniobras, y en calidad de cabo de Gastadores y de tirador selecto le fue asignado un alojamiento preferencial, sin tener que compartir las tiendas con los soldados rasos y vadear cada mañana el fango del campamento. En los alrededores de Vouvray había un caserío habitado por una viuda de numerosa prole, madame Burdet, que acogió a Jules y lo trató como al enésimo hijo. El catre de la buhardilla era más cómodo que el que tenía en el cuartel, y el café de la viuda, cada mañana, como la

sopa humeante de la noche, lo sumergían en una nostalgia de cosas nunca poseídas, la añoranza del calor de un hogar que no conocía, provocando en él un sentimiento que, al principio, advirtió con instintivo fastidio. Pero entre las hijas de la viuda estaba Sophie. Y la noche que se había encontrado a solas con ella, después de que todos se hubiesen ido a dormir, sentado frente a aquellos sobrecogedores ojos por su absoluta inocencia, aquellos labios ignorantes de la propia sensualidad, frente al rostro limpio de Sophie que tenía dieciocho años... aquella noche, Jules entendió que tendría que hacer un gran esfuerzo si de verdad quería seguir siendo el lobo rabioso y solitario, gélidamente solo, que siempre había sido.

No obstante, el destino quiso que Sophie sintiese una instintiva ternura por aquel cabo cansado, enfangado, melancólico y tenebroso que cada noche se sentaba a la mesa con ellos. Sophie era como un animalillo que solo obedecía a lo que sentía en el momento, sin preguntarse por qué. Y tras la coraza sombría y fría del soldado encerrado en su rencor por quién sabe quién, ella advertía una sensibilidad hecha de pequeños detalles, imperceptibles atenciones que otros no habrían notado. Se convirtió en una costumbre lo de quedarse sola en la mesa con él. La madre, por otra parte, no intentó oponerse lo más mínimo, dado que un cabo del Ejército, a sus ojos de viuda agotada por las miles de obligaciones cotidianas, tenía seguramente un porvenir mejor que cualquier campesino de los alrededores.

Era agradable conversar con Sophie. Ella tenía el poder de resquebrajar el bloque de hielo tras el cual Jules observaba el mundo, empleando la simple tibieza emanada de la propia presencia, de la voz cálida, del modo de mirarlo fijamente a los ojos. Así, antes de que acabasen las grandes maniobras, el cabo de

Gastadores Jules Bonnot declaró la rendición incondicional a su corazón, mandando al diablo definitivamente la razón, que pretendía hacerlo permanecer solo y enojado con el mundo entero. Pensó que los explotados podían perfectamente prescindir de sus propósitos de rescate y los explotadores, librarse de su venganza, y a los veinticuatro años, después de haber visto y sufrido toda clase de crueldades, decidió casarse, tener hijos, encontrar un trabajo menos estúpido que pegar tiros a una diana y retirarse a vivir en santa paz lejos de las huelgas, de los bastonazos, de las cárceles y del hambre. Se lo dijo a Sophie, aunque limitándose a declararle su amor. Ella, impetuosamente, añadió una interminable serie de proyectos, sueños, promesas, y todo cuanto sería necesario para alcanzar una vehemente felicidad en pareja. Esperaría a que se licenciase, dedicándose a preparar el ajuar. Algunos meses más tarde Jules obtuvo el grado de sargento. Justo a tiempo para marcharse del cuartel con un uniforme nuevo y vistosos galones en el brazo.

Se casaron el 14 de agosto de 1901. Jules no tenía dudas: incluso si un hombre no ha conocido nunca la serenidad, es perfectamente capaz de apreciarla el día que llega. Y él estaba sereno. La vida, finalmente, le concedía una tregua.

BRUSELAS, 1903

El chiquillo podía tener doce o trece años, el cuerpo menudo y ágil, la mirada profunda y atenta a cada detalle a su alrededor, pero con una inquieta luz sombría que lo hacía parecer mayor de lo que era. Una mirada de adulto, de quien ha atravesado la infancia sin poder pararse a gozar de la ingenuidad despreocupada. Llevaba puesta una vistosa camisa de cuadros morados y blancos, de corte ruso, muy llamativa entre sus harapientos coetáneos de los suburbios de Ixelles, barrio pobre al sur de la capital belga. Trepaba por los callejones empinados con paso rápido, sosteniendo entre los brazos un enorme repollo rojo.

El calendario se acercaba inexorablemente a la mitad del mes, y él pertenecía a una familia donde del primero al décimo día se cenaban platos abundantes, mientras que los últimos diez días era inútil sentarse a la mesa. Aquel repollo rojo representaba una menestra de mediados de mes, una especie de transición entre el recuerdo del sopor que daba la digestión y el desasosiego del hambre que volvería a hacer interminables las noches en su pequeña habitación amueblada.

El chiquillo sentía un profundo fastidio por las miradas deseosas de los viandantes, y caminaba con paso veloz pensando con alivio en el momento en que posaría el repollo sobre la mesa, a resguardo de

la envidia de cuantos no podían, ni siquiera a principios de mes, permitirse encender el fuego bajo la olla.

Atravesó la abarrotada rue Blaes y atajó por un callejón en penumbra, donde al sol, si alguna vez hubiese decidido iluminar los recovecos de aquellos miserables tugurios, le hubiese costado mucho infiltrar un rayo entre la selva de trapos tendidos de una ventana a otra. Apareció en la callejuela donde vivía y se secó el sudor con la manga, aflojando el paso. A pocos metros del portón advirtió una presencia en la acera de enfrente: un tipo bajo, más o menos de su edad, apoyado contra el muro con aire arrogante, que lo miraba sonriendo socarronamente. Llevaba gafas de miope engarzadas con hilo de cobre, de cristales gruesos, tras los cuales brillaban unos ojos encendidos por las ganas de provocar al mundo. Y en aquel momento tenían ante sí un objetivo de cuadros morados y blancos, con una mancha de repollo rojo en el centro. El chico rio sarcásticamente cruzando los brazos y él sintió que lo quemaba la rabia: en contra de su habitual expresión pensativa, ocultaba una naturaleza que lo llevaba a responder a las provocaciones con un entusiasmo pendenciero. Posó el repollo en el umbral, limpiando antes la suciedad de un manotazo, y se dirigió hacia el otro manteniendo la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, los brazos tensos a los costados y los puños ya cerrados.

—¿De qué te ríes, cuatro ojos? —silbó cuando lo tuvo a pocos metros.

El pequeñajo pareció muy lejos de sentirse atemorizado. Lo examinó atentamente, y luego replicó:

—Primero me reía de tu camisa de tiro al blanco: diez puntos si el tomate da en un cuadro blanco, veinte por los cuadros morados...

Pero ahora que estás más cerca, me río también de la cabeza de alcornoque que sale de tu cuello. ¿Algo que decir?

El chico de la camisa de cuadros levantó la mano derecha y le dio un empujón al otro por la espalda. Entonces el pequeñajo se puso serio y reaccionó dándole un empujón idéntico. En ese momento, el primero intentó golpearlo con un puño, pero el adversario dio un paso atrás, quitándose rápidamente las gafas para meterlas en el bolsillo de los pantalones remendados. Aquella breve pausa tuvo el efecto de aliviar por unos segundos la tensión, sobre todo porque el pequeño, en lugar de ponerse en guardia para la pelea, estalló en risas señalando hacia el otro lado de la calle. El muchacho más alto se giró y vio a un perro esquelético, pelado por la sarna, que olisqueaba el repollo abandonado en el portón. Rápidamente, saltó como un resorte y ahuyentó al animal antes de que orinase sobre su cena.

—Te has equivocado —gritó el otro ajustándose las gafas a la nariz—. Una buena meada de perro le daba sabor a la menestra...

El chico de la blusa de cuadros le dirigió una mirada despectiva, indeciso sobre si regresar allí y darle la lección que merecía. Luego se encogió de hombros, recogió el repollo rojo y desapareció tras el portón.

Al día siguiente lo volvió a ver. Estaba agazapado en los escalones de enfrente, como si lo esperase. Él lo ignoró, pero el otro comenzó a seguirlo. Cuando, de repente, se giró, preparado para retomar la pelea en el punto en que la habían dejado, el pequeño con gafas sonrió y le tendió la mano abierta.

—Raymond Callemín —dijo.

Pillado por sorpresa, le apretó la mano con un gesto brusco, murmurando:

—Víctor... Víctor Kibalcic.

—¿Qué eres... turco? —dijo Raymond con una risotada.

Víctor lo miró de reojo y rebatió:

—No, ignorante, es un apellido ruso. Pero yo he nacido aquí, en Bruselas.

Raymond hizo un gesto de fingida admiración, alargando los brazos hacia las míseras casas de alrededor, como queriendo remarcar la fortuna que era haber nacido en aquel pozo de hambre. Víctor sacudió la cabeza y al final dejó escapar una sonrisa divertida. Luego vagaron sin rumbo por los callejones, Raymond caminando medio metro por delante de Víctor, casi como si quisiera dejar claro que era él quien guiaba la expedición.

Al principio fue un vínculo extraño. Provocarse el uno al otro parecía ser el principal motivo que les empujaba a verse todas las mañanas. Luego, gradualmente, formaron una pareja inseparable a la hora de afrontar las adversidades cotidianas de una existencia que discurría la mayor parte del tiempo en la calle, una especie de pacto defensivo contra una ciudad, un ambiente que percibían hostil en todas sus manifestaciones.

Les unía una singular forma de amistad, hecha de instintivo respeto por parte de Raymond, que advertía la superioridad de Víctor, más culto y experto de la vida, aunque no dejara de desafiarle para demostrar que no aceptaba ninguna subordinación. Víctor sentía por él un afecto profundo, aunque se oponía tozudamente a sus frecuentes excesos, sin secundarlo nunca cuando tendía a

exagerar, a imponer con furiosa vehemencia ideas encaminadas a la autodestrucción. Y mucho tiempo más tarde, firmando sus libros con el pseudónimo de Víctor Serge Kibalcic, lo recordaría como un chiquillo lleno de rabia ingenua, convencido de sus verdades absolutas hasta el punto de ser apodado Raymond-la-science.

El padre era zapatero remendón, y ahogaba en vino barato las alimentadas esperanzas de joven socialista mientras el hijo vivía prácticamente en la calle para evitar la sórdida habitación de la trastienda donde se alojaba toda la familia. Víctor se quedaba a menudo solo en el cuarto amueblado de Ixelles a causa de los frecuentes viajes de trabajo y de las todavía más frecuentes peleas de sus padres. Para Raymond, aquella habitación se convirtió en un refugio precioso, donde Víctor compartía con él las lecturas, La historia de la Revolución francesa, de Louis Blanc, por encima de todas, fantaseando con las ilustraciones que mostraban a hombres y mujeres armados invadiendo calles similares a aquellas en que habían crecido.

La primera vez que Raymond había entrado en el angosto estudio, de mobiliario pobre y desgastado pero más que decoroso comparado con el lugar donde él dormía, le habían sorprendido algunas lúgubres fotografías colgadas en las paredes: representaban a personas ahorcadas. Víctor había sonreído encogiéndose de hombros.

—Amigos y parientes de mi familia. Los pocos que han evitado la horca están en exilio perpetuo.

Y le había hablado del grupo clandestino en que militaba su padre, del atentado contra el zar Alejandro II y del primer Kibalcic, pariente lejano, ahorcado junto al grupo de conspiradores que la Policía de

San Petersburgo había logrado capturar. Víctor había nacido en Bruselas por casualidad, después de una peregrinación a lo largo de Austria, Suiza, Inglaterra, Francia y Bélgica. Y sus recuerdos de infancia estaban llenos de encendidas e interminables discusiones sobre ideales de igualdad a poner en práctica el día en que Rusia se hubiese liberado del yugo sanguinario de la dinastía zarista. Mientras tanto, con cada traslado, aumentaban las fotos de ahorcados para colgar en las paredes del nuevo alojamiento.

—Mi padre ha encontrado su propia solución —había comentado amargamente Raymond—. Cuando se acuerda del socialismo, vacía el vaso más rápido. Y se olvida de ello a la mitad de la botella.

Como alternativa a las lecturas, vagabundeaban por las calles alejándose de la miseria del barrio, llegando en una ocasión hasta los bosques de la Cambre, donde se embriagaron evocando las vicisitudes del desesperado Salvat acorralado en el Bois de Boulogne, criatura surgida de las páginas de Zola, al cual rindieron homenaje bajo un temporal que les empapó de lluvia.

Un día, Raymond propuso «explorar» el Palacio de Justicia, un lugar bastante familiar para los habitantes del barrio, buena parte de los cuales acababan antes o después entrando en calidad de imputados. Víctor acogió la invitación, sin discutir los pros y los contras de la empresa como era habitual en él. No fue difícil colarse entre el trajín del amplio vestíbulo, y para llegar al tejado fue suficiente con encomendarse a los carteles: cada vez que leían «Prohibido el acceso», enfilaban escalones y corredores escabullándose a través de salas en desuso, donde sus zapatos levantaban nubes de polvo acumulado en quién sabe cuántos años.

Era un mediodía soleado y el aire terso mostraba nítida la ciudad que se extendía debajo de ellos. Raymond se sentó en la barandilla, con las piernas colgando en el vacío. Víctor prefirió agazaparse a su lado, sin ostentar la temeridad que mostraba su amigo hacia el precipicio. Durante un rato, se quedaron mirando en silencio los tejados de su barrio, el bullir informe de una plebe condenada a la «evasión imposible», que desde allí arriba emergía como un grumo desconocido, en estridente contraste con la parte alta de la ciudad, rica y opulenta, majestuosa e indiferente ante aquel depósito de rabia y desesperación. Para ratificar esta separación, estaba la mancha gris de la prisión femenina, con sus patios donde las detenidas caminaban obsesivamente en círculo. El eco de sus zuecos era el único rumor que llegaba hasta los tejados del edificio, pero amortiguado, lejísimos, superado a intervalos por el reclamo de las golondrinas que se cruzaban en el cielo.

En un momento dado, Raymond se levantó de un salto, fijándose en algo del centro de la plaza: una carroza negra, poco más grande que un juguete tirado por un hilo invisible. Raymond se desabrochó a toda prisa los pantalones y se puso a orinar en el vacío. Víctor estalló en risas mientras veía el chorro dispersarse en la nada. La carroza se paró a la entrada del Palacio de Justicia y de ella descendió un hombrecillo vestido de oscuro con una cartera bajo el brazo y chistera en la cabeza. Un abogado, seguramente. O un juez, que se disponía a repartir años de trabajos forzados, encaminándose tieso a su trabajo cotidiano, invulnerable a la piedad y a la orina que llovía del cielo.

—Con una buena piedra... —dijo Raymond sin dejar de mirar la carroza—. A lo mejor hay algún buen ladrillo que se puede arrancar,

por aquí cerca. —Y miró tras de sí, entre las rugosidades de aquella arquitectura escabrosa.

—¿Y qué conseguirías? —dijo Víctor mirando hacia las nubes blanquísimas que se revolcaban en el horizonte—. El correccional y una buena dosis de porrazos solo a cambio de una cabeza rota.

Raymond se encogió de hombros y escupió con fuerza contra el cielo.

—No me dan miedo los porrazos.

—Tampoco a mí —añadió Víctor—, pero prefiero darlos.

Raymond le dirigió una mirada irónica, malvada. Y tras las gruesas gafas, Víctor percibió un fulgor malsano en aquellos ojos inyectados de rencor contra la vida. Entonces era demasiado joven, pero más adelante entendería el significado de aquella luz en la mirada de su amigo.

JULES Y SOPHIE EN EL SIGLO XX

Que se amaban era lo único cierto en aquellos años de cielo gris que precedía a la tormenta; un gris intenso, tirando a negro, el mismo color incierto de la pólvora.

La viuda Burdet decidió trasladarse más allá de la frontera suiza, a Ginebra, y dejó la casa de Vouvray a los recién casados. Como en las novelas por entregas, Sophie era costurera: el soldado y la modistilla, pues. Aunque Jules olvidó rápidamente la vida de cuartel y se adaptó felizmente a su nueva condición de joven marido lleno de entusiasmo. A ella no le faltaba el trabajo y él se lanzó frenéticamente a la búsqueda de un empleo seguro. Todo había cambiado ahora que podía presentarse como sargento reservista de los Gastadores, libre de los antecedentes del pasado.

Lo contrataron en el depósito ferroviario de Bellegarde, en las proximidades de la frontera. Durante algún tiempo, Jules creyó poder contentarse con un sueldo seguro, con el amor de su mujer, con las tranquilas noches leyendo en el sillón mientras ella cosía vestidos y camisas. Pero los ojos lo traicionaron a los pocos meses, fijados cada vez con más frecuencia en los abusos de los jefes y en la arrogancia de los directores. La disciplina, engullida y absorbida con indiferencia en el Ejército, regurgitó al regresar entre los civiles. Un soldado podía soportar los abusos por la resignada aceptación de las reglas del cuartel, pero las mismas humillaciones no podían ser

aceptadas por un trabajador que a cambio de agachar la cabeza no tenía ni tan siquiera el rancho asegurado ni el poder del uniforme, sino solo la amenaza de ser arrojado a la calle si osaba responder.

Jules intentó permanecer sordo y ciego. Pero no logró quedarse mudo. Y cuando reaccionó, se vio inmediatamente convocado a dirección: sin demasiados rodeos le demostraron que los antecedentes del pasado en realidad no habían sido cancelados, sino solo «temporalmente olvidados» en nombre de su buena conducta en el Ejército. Teniendo en cuenta que se comportaba como el facineroso de siempre, era mejor que se olvidase de encontrar otro empleo. Su nombre ya no sería nunca tachado de la lista negra.

—Lo dije desde el principio, los que son como tú solo cambian el día que les clavan encima la tapa del ataúd —siseó con desprecio el director—. Si el Ejército estaba dispuesto a aguantarte has sido un tonto volviendo entre los civiles.

Había otros dos hombres de uniforme en el despacho. Jules lanzó una ojeada a las escopetas de caza apoyadas en la pared: bastaba que alargasen la mano para apuntarle con ellas antes de que diese un solo paso. Miró fijamente a los ojos primero a uno y luego al otro, con una sonrisa siniestra. Luego se giró y salió.

En casa, Sophie no dijo nada. En su silencio, Jules advirtió el rechazo de concederle complicidad. Había perdido el trabajo, y esta era la única realidad que su mujer comprendía de modo claro. Todo lo demás, las largas charlas acerca del porvenir de la humanidad, sobre la igualdad de los seres humanos, sobre la idílica sociedad anarquista donde cada uno daba según las propias posibilidades y cada uno tomaba según las propias necesidades... Palabras bonitas que siempre la habían fascinado. Pero cuando las pronunciaba, Jules

tenía un salario seguro. Ahora, con los ideales de sus libros no alimentaría a los hijos que antes o después llegarían. Sophie no quiso ensañarse pero tampoco tuvo fuerza para mentirle. Y con el trabajo de costurera no podían vivir dignamente dos, figurémonos tres.

Las tentativas en la zona fueron inútiles: la lista negra funcionaba a modo de red y ninguna empresa se dejó engañar por las credenciales de sargento reservista. Jules decidió trasladarse a Ginebra con Sophie, junto a la madre de ella. Una solución que le hería el orgullo como si lo despellejasen vivo, pero no quedaba otra elección. En Suiza, la maldita lista negra de los franceses no tenía ningún poder. Y Ginebra era una ciudad rica donde muchas personas acomodadas poseían un automóvil: el trabajo de mecánico ofrecía buenas esperanzas de empleo inmediato. Jules conocía los motores por pasión, pero le faltaba experiencia; en cualquier caso, no le llevó demasiado tiempo aprender todos los secretos de las bielas, los pistones, de los engranajes del cambio y de la transmisión. En pocos meses recuperó energía y voluntad, dedicándose con entusiasmo a hundir las manos untadas de grasa en el corazón misterioso de los nuevos monstruos relucientes y costosísimos, delicados como un pura sangre y frágiles por la complejidad de los mecanismos. Los propietarios observaban intrigados a aquel francés de bigotillos que se torcían hacia un lado cuando estudiaba atentamente el modo de extraer una válvula quemada, de mirada febril cuando escrutaba una bujía más ennegrecida que otra para entender dónde se hallaba el defecto de carburación, y las manos, que se movían con la elegancia de un orfebre cuando insertaba una cruceta o registraba los taqués. En cuanto al propietario del taller, consideraba el comportamiento del aprendiz Bonnot intachable, y la falta de experiencia que disminuía forzosamente la productividad resultaba compensada por su profundo interés por el oficio, que le hacía olvidar a menudo la

pausa para comer e incluso la hora de marchar al ocaso, mientras se obstinaba en trajar con llaves inglesas y destornilladores a la luz de las lámparas de gas.

Sophie lo amaba como el primer día y le perdonaba el hecho de volver a casa prácticamente solo para cenar, aunque comenzaba a sentir su ausencia bajo las sábanas, dado que Jules se quedaba a menudo despierto hasta tarde para estudiar manuales de mantenimiento y fichas técnicas. De todos modos, pensaba que aquellas lecturas eran sin duda más provechosas que los textos subversivos devorados hasta el año anterior.

Jules había aprendido que en Suiza el primer automóvil movido por un motor monocilíndrico era obra de un tal Fritz Henriod, que lo había construido en 1893. En pocos años, la técnica automovilística había experimentado un avance prodigioso. En Francia se producían los excelentes Panhard et Levassor con motor Daimler importado de Alemania, donde la Benz era la más aguerrida competidora. De Italia llegaba el petardeo de los primeros Fiat, que en Suiza estaban logrando un discreto éxito. Es cierto que se trataba aún de vehículos parecidos a carruajes sin caballo, pero muy pronto Jules experimentaría la emoción de encontrarse ante el que, de golpe, se alejaba de sus rivales algunos decenios: fue el día en que un excéntrico millonario de Ginebra detuvo su Mercedes 60 HP frente al taller, dejando a Jules paralizado por el estupor. Blanco, con el chasis rojo fuego y los dos asientos en piel negra, un corazón de ocho mil setecientos centímetros cúbicos, el Mercedes vibraba con un gruñido sordo que se transformó en un rugido poderoso cuando Jules alzó la leva del carburador, retirando rápidamente la cabeza del capó abierto de par en par. «Fantástico», murmuró mientras lo examinaba con la misma mirada que se le puede dirigir a una mujer

sensual, bellísima e inalcanzable. El afortunado propietario quería solamente un cambio de aceite, que Jules llevó a cabo lo más lentamente posible para poder observar el coche hasta en su más mínimo detalle, ganándose luego una reprimenda del mecánico. Él ni siquiera la oyó, atraído como estaba por el estruendo de los sesenta caballos que se alejaban galopando en medio de una nube de polvo...

La pasión por los motores era en realidad un manto de ceniza, densa y compacta, pero insuficiente para extinguir el fuego. Cuantos menos secretos tenían los vehículos para Jules, más sentía cómo resucitaba en él la necesidad de regresar a la política. Junto con los libros llenos de complicadas descripciones técnicas y nociones de termodinámica, había vuelto a leer los diarios. Y cada vez que una huelga acababa con la muerte de un obrero o con el despido de un turno entero, advertía una quemazón en las entrañas, una agitación que desde el vientre le llegaba al cerebro, encendiéndolo. Durante su permanencia en el Ejército había experimentado las mismas sensaciones con las noticias sobre el caso Dreyfus, el militar acusado de traición por el simple hecho de tener origen hebreo. Pero había sido una época particular, un extraño momento de indiferencia respecto al mundo, e incluso la lectura del *J'accuse!*, de Émile Zola, no le había procurado más que una complicidad pasajera con la indignación. Ahora, en cambio, el furor estaba ganando de nuevo terreno, y a Jules le costaba cada día más mantenerse al margen. Comenzó a salir del trabajo a su hora y empezó a frecuentar los ambientes anarquistas de Ginebra. Sentía que ya no creía en las teorías sobre la insurrección popular y sobre la emancipación de las masas explotadas, y se desarrollaba inexorablemente en él una propensión a creer que el individuo, consciente de las propias

condiciones y sensible a la injusticia, tenía el derecho de rebelarse sin tener que esperar que se pudiese en marcha todo el proletariado.

Sophie advirtió inmediatamente el peligro. Y esta vez trató de contrarrestarlo. Aun amándola sinceramente y sin reservas, Jules no escuchó sus angustiosas súplicas para que no se comprometiese, para que se comportase de modo que en Suiza no lo fichasen como subversivo. Lo hablaron mucho, se pelearon, se reconciliaron, y ninguno de los dos renunció a exponer las propias convicciones, empleando horas y horas en interminables diatribas. De vez en cuando, el afecto recíproco prevalecía sobre las preocupaciones y los ideales, y Jules abrazaba a Sophie, la besaba, y ella se sentía siempre feliz de acogerlo con la ternura de la primera vez, esperando en el fondo de su corazón que haciendo el amor él descubriese nuevamente cuánto valían aquella relación y aquella familia, las únicas certezas capaces de salvarlo. Hasta que un día Sophie pudo anunciar con los ojos brillantes por la emoción y una sonrisa triunfante que estaba encinta. La reacción de Jules fue exactamente la que ella esperaba: enloqueció de alegría, abandonó a los amigos anarquistas y volvió a cubrirla de atenciones y ternuras.

Cuando nació Émilie, Jules llegó a liberarse incluso de un peso que desde hacía tiempo lo atormentaba: escribió a su padre una larga carta, diciéndole que era abuelo de una espléndida niña, pidiendo perdón por el pasado, esperando volver a verlo pronto para mostrarle lo bonita que era la nieta...

La carta tardó cuatro días en llegar a su destino. En el mismo momento en que papá Bonnot moqueaba por la emoción, apretando con mano temblorosa la carta de su hijo Jules, la pequeña Émilie moría, truncada por una enfermedad congénita.

Jules vagó durante una noche bajo la lluvia, cayó de rodillas en un charco de fango y gritó contra aquel cielo negro y vacío, contra la vida que discurría indiferente en torno a él, gritó como una bestia herida, como un perro callejero con la espalda partida, dirigió blasfemias y maldiciones al vacío, vomitó un chorro de hiel desde el estómago entumecido, hundió las manos y la cara en el lodo, y solo el frío gélido del alba, un alba lívida y sin sol, logró calmarlo y hacerlo regresar sobre sus pasos.

Bastaron pocas semanas. La Policía suiza ya lo tenía puesto bajo control. Nada más reanudar sus comportamientos «antisociales» emitió una orden de expulsión a nombre de Jules Bonnot y Sophie Burdet de Bonnot. El padre de Jules se ofreció para acogerlos y ambos se fueron a vivir a Neuves Maisons.

No duró mucho. Lleno de odio contra toda la sociedad, Jules hizo renacer en su padre los viejos rencores. La convivencia era una utopía, sobre todo por la abierta hostilidad de la segunda esposa, que Jules consideraba la más cerril de las madrastras. Debían marcharse, y lo antes posible. En la última carta, la madre de Sophie aseguraba haberles conseguido un nuevo permiso de residencia. Intentaron establecerse de nuevo en Ginebra, pero fueron expulsados por segunda vez. Decidieron trasladarse a Lyon; habían pasado varios años desde la época de los problemas judiciales de Jules, quizás allí podrían comenzar de nuevo.

Al principio pareció posible. Sophie, con la ayuda económica de la madre y con los pocos ahorros guardados, estableció una lechería, mientras que Jules comenzó a trabajar como operario especializado en una fábrica de automóviles. En 1903 ya circulaban en Francia treinta mil vehículos a motor, y su habilidad en el ensamblaje de culatas le valió un puesto seguro y un salario suficiente para

resucitar las esperanzas de una vida «normal». Pero Jules, precisamente porque podía contar con esa seguridad, pronto se implicó en las actividades sindicales de la gran fábrica. La dirección tomó nota, limitándose por el momento a anteponer la experiencia en cuestión de motores a la peligrosidad de las ideas difundidas.

El 23 de febrero de 1904 Sophie dio a luz a un varoncito, esta vez sano y robusto, y supo aprovechar el momento para arrancarle a Jules una promesa fácil: no más sindicalismo ni amistades subversivas. Él aceptó sin resistencia alguna, feliz como se sentía por haberse convertido en padre y por poder mantener a la familia con el propio trabajo. En ese momento, se dio cuenta de haber acumulado un profundo cansancio por las humillaciones y la miseria.

Al toque de la sirena, Jules estaba ya al otro lado de las verjas. Aquella mañana dirigió una mirada alegre a los guardias, que aun así la recibieron como una provocación y apretaron nerviosamente las largas porras. Él rompió a reír, y esto les sorprendió de verdad: era la primera vez que aquel camorrista de Bonnot se presentaba con una cara relajada en lugar de con el acostumbrado gesto empecinado.

En su departamento, Jules sacó una botella de vino, mostrándola a los compañeros de trabajo.

—Esta es para brindar —dijo— en la pausa de mediodía. Se llama Justin-Louis, pesa... bueno, me he olvidado de cuánto pesa, ¡pero grita que da gusto oírlo!

Los demás lo rodearon sonriendo, alguno le dio unas palmadas en la espalda, pero la acogida de la noticia de que había sido padre fue en general fría. Jules les miró uno a uno, estupefacto.

—¿Qué diablos os pasa a todos? ¿Ha muerto alguien? —preguntó en tono alegre.

—Casi —respondió lúgubre Vignon, un operario de unos cincuenta años, muy estimado por su empeño sindical.

—Callot por poco se queda seco —intervino Berry, uno de los jóvenes más furibundos—. Se ha dejado un brazo en el laminador. Y ahora es un manco inútil que echarán a la calle apenas le den el alta en el hospital.

—Siempre y cuando sobreviva a la infección —añadió otro.

Jules se puso serio de golpe. La botella que tenía en la mano pesaba como un bloque de hierro. La volvió a meter en el morral y miró a Vignon, que dijo:

—Hemos denunciado muchas veces que los niveles de seguridad aquí dentro son inexistentes. Antes o después, algunas cosas suceden a la fuerza. Mañana se hace huelga.

—¡Y por qué no inmediatamente, por Dios! —exclamó Berry.

—Déjalo ya —sentenció Vignon—. Ya lo hemos discutido. Hay que organizar bien la huelga, correr la voz a todos los departamentos y vernos esta noche para coordinar la intervención en las otras fábricas. No nos sirve de nada la protesta inmediata. Debemos conseguir el máximo eco posible y el apoyo total de los sindicatos.

—Buenos son esos —refunfuñó Berry—. Con la excusa de que las izquierdas han obtenido la mayoría en el gobierno solo hacen de bomberos.

—Resérvate la voz para la huelga de mañana —lo calló Vignon, que luego se dirigió a Jules—: Entonces, nos vemos esta noche en el Círculo. No faltes.

Jules sacudió la cabeza, con el rostro contraído por una mueca angustiada.

—Por Dios, Vignon... me acaba de nacer un hijo...

—Me doy cuenta, Jules, y lamento que esta tragedia nos agüe la fiesta a todos. Pero no debo explicártelo precisamente a ti...

—No es eso —dijo Jules en voz baja, evitando la mirada de los compañeros—. Debéis entenderme... ahora tengo una boca que alimentar y no puedo no pensar en su porvenir. Si fuese por mí, bueno, ¿ya me conocéis, no? Pero ya estoy fichado y...

—¿Qué coño nos estás diciendo? —estalló Berry—. El desgraciado de Callot quizás está muriéndose, y si sobrevive, nadie le dará nunca más un trabajo... ¡Los cachos de su brazo derecho los han quitado de en medio con las mangueras media hora antes de que entrásemos!

Jules apretó los dientes con fuerza. Luego comenzó a atusarse los bigotes, sin replicar. Vignon le pasó el brazo por los hombros y se lo llevó aparte.

—Mira, Jules... te entiendo. No debes de sentirte un bellaco si mañana decides entrar. Y saluda a tu mujer de mi parte, dile que piensas solo en hartar de leche a vuestro... ¿cómo has dicho que se llama?

—Justin-Louis —respondió Jules clavando la mirada en el suelo. Luego, cuando Vignon estaba por marcharse, lo agarró por el cinturón del mono y le preguntó:

—¿Cuántos hijos tienes tú?

—Tengo tres varones.

—¿Y qué harán si pierdes el trabajo?

Vignon se encogió de hombros, suspirando.

—Sabe Dios. Yo solo sé que si un día trabajan en una fábrica y no son tratados como carne de cañón sino como hombres, con dignidad y respeto, ello dependerá de lo que estemos dispuestos a hacer nosotros hoy.

Jules asintió. Cuando regresó a su puesto, se cruzó con la mirada torva de Berry. Más tarde, el joven encontró una excusa para acercarse y le dijo de un aliento:

—¡Precisamente tú, con todos los discursos que te he escuchado en las reuniones! Entonces... —Se detuvo, mordiéndose el labio para no decir nada más. Pero tras unos segundos la frase se le escapó entre dientes, golpeando a Jules como un latigazo—: Entonces, eran solo palabras, ¿eh? ¡También tú eres un esquirol!

Jules se echó hacia adelante, alzó a Berry por el cuello y lo sentó bruscamente en el banco de trabajo.

—No te atrevas nunca más a usar esa palabra conmigo. Nunca más, ¿entendido?

Berry le sostuvo la mirada, sin mostrar ninguna reacción. No expresó miedo por el tono amenazante ni arrepentimiento por haberle llamado esquirol. Jules lo dejó marchar y Berry se recolocó el mono con un gesto de fastidio. Antes de alejarse, dijo solamente:

—No nos traiciones, Jules.

Por la noche, intentó no pensar en nada jugueteando con el bebé, observándolo mientras se agarraba vorazmente a los senos de Sophie, y le sonrió a ella que lo miraba serena, tranquila, convencida de que aquella nueva vida era ya una conquista adquirida.

Al día siguiente, Jules se quedó inmóvil a un paso de las verjas. Los huelguistas eran numerosos, y se unieron a ellos los militantes de los círculos anarquistas y de la base socialista. Cuando un primer pelotón de empleados y operarios que no secundaban la protesta buscó una salida, se alzaron silbidos y gritos. Vignon comenzó a agitarse ante sus compañeros, gritando que no debían caer en la trampa, que la huelga había sido un éxito y que desencadenar un enfrentamiento lo arruinaría todo. Pero los guardias intervinieron antes de que hubiese cualquier contacto entre los dos grupos y, con el pretexto de proteger a los empleados decididos a trabajar, se lanzaron hacia adelante blandiendo las porras. La Policía, en formación a un lado, no esperaba otra cosa. Las porras empezaron a golpear salvajemente la espalda de los huelguistas que corrían en todas direcciones en desbandada. Pero algunos no huyeron. Jules estaba entre ellos. Inmóvil y encorvado, los músculos contraídos y los puños apretados, miró fijamente al hombre de uniforme negro que avanzaba con el bastón en alto. Cuando estuvo a pocos metros y el brazo inició la caída hacia su frente, Jules dobló las rodillas y lo alcanzó con un cabezazo en el centro del pecho. El guardia abrió la boca y dejó caer el palo, después se desplomó y quedó paralizado sobre los adoquines, tratando de recuperar el aliento.

Aunque se hubiese tratado de un gendarme, para Jules el asunto habría acabado aquel mismo día de todos modos. En cualquier caso, el hombre al que había golpeado era un vigilante de la fábrica y el nombre de Bonnot figuró entre los despidos inmediatos. Pero la

dirección no se limitó a esto. Transmitió un informe detallado a la Prefectura, que llevó a cabo ulteriores disposiciones: la licencia de Sophie fue revocada y la débil esperanza de sobrevivir con las ganancias de la lechería se esfumó pocos días después. Los dos sin trabajo, estaban condenados a padecer el hambre apenas los ahorros se hubiesen agotado, cosa que se presagiaba en cuestión de dos semanas como máximo.

Jules y Sophie decidieron dejar al niño en manos de la madre de ella, que fue a recogerlo a la frontera y se lo llevó a Ginebra. Los dos se mudaron a Saint-Etienne, donde se encontraban las fábricas de la automoción. Jules fue contratado gracias únicamente a sus dotes de mecánico especializado. Evidentemente, su ficha viajaba con una cierta lentitud y durante algunos meses se aseguró un sueldo decente, hasta el punto de escribirle a la abuela Burdet que pronto podrían recoger al pequeño Justin-Louis. Sophie sufría por la ausencia del hijo y la relación con Jules se resentía profundamente por ello. Solo la esperanza de reunirse los tres, en un apartamento pobre de mobiliario pero suficientemente caliente, podía salvar a aquel matrimonio que se estaba hundiendo en el rencor.

—Eres un irresponsable, Jules. Has traído un hijo al mundo solo para condenarlo a ser un paria como tú...

Jules no respondía y se maceraba en un odio silencioso y atroz, tan agudo y profundo como para constituir la única fuerza que lo mantenía en pie. En el trabajo no hablaba con nadie, los compañeros lo consideraban una especie de inadaptado; de vez en cuando, alguno intentaba demostrarle un poco de calor humano, una pizca de solidaridad, hasta que, con el tiempo, Jules se dejó convencer para frecuentar el Círculo sindical, donde conoció a Besson, secretario de la organización y activista de carácter abierto,

enardecedor, personaje que gozaba de gran carisma entre los trabajadores. Jules lo escuchaba con atención, liándose un cigarro tras otro, que fumaba tosiendo, con aquella tos suya contenida y sofocada cada vez más insistente y que comenzaba a molestar a Sophie, como si no tuviese ya suficientes motivos para quejarse.

El pequeño Justin-Louis fue devuelto a sus padres y Sophie acordó una tregua. La proximidad del hijo le devolvió la energía y le hizo recuperar su innato optimismo por la vida, construido sobre todo de ingenuidad y de ganas de estar entre la gente: después de todo, tenía solo veinticuatro años y una adolescencia de soledad en el campo a la espalda, alegrada únicamente por sueños y proyectos difícilmente realizables. Con Jules, durante algún tiempo, se había ilusionado seriamente con poder alcanzar todo aquello con lo que había fantaseado en la granja de Vouvray. Ahora que el marido era operario especializado en el Automoto y Justin-Louis daba sus primeros pasos en los jardines de Saint-Etienne, Sophie volvía a creer en una vida serena y quizás, al menos en algunos momentos, feliz.

Seguía a Jules al Círculo de los sindicatos y escuchaba las enervorecidas arengas de Besson, un hombre capaz de ejercer una indudable fascinación tanto sobre los obreros como sobre sus novias y consortes. Pero continuaba oponiéndose al marido en las discusiones políticas, le suplicaba que pensase en la familia y, últimamente, incluso que se curase lo que parecía ya una bronquitis crónica; pero al mismo tiempo se sentía atraída por el ambiente solidario y fraterno que había descubierto en el sindicato, estrechando amistad con mujeres como ella ligadas a hombres que luchaban por el reconocimiento de los propios derechos. Y encontraba a Besson no solo interesante por los discursos vehementes contra la explotación del hombre por el hombre, sino

también brillante y simpático por las noches en torno a una botella de vino, o en las excursiones que de vez en cuando el Círculo organizaba por los alrededores de la ciudad.

Jules, desconfiado por vocación, consideraba en cambio a Besson un hábil «cabecilla», como decía él dándole un matiz despectivo, y cuanto más advertía en Sophie una instintiva simpatía, más ásperos se volvían sus comentarios, llegando a definirlo como «un vendedor de humo solo en busca de poder personal».

Más adelante hubo una huelga más violenta que las anteriores y a la dirección del Automoto llegó un informe de la Gendarmería donde se declaraba: «Jules Bonnot es un sujeto de carácter violento, propenso al enfrentamiento por pura índole agresiva; las informaciones recogidas a su respecto, negativas bajo cualquier punto de vista, lo hacen considerar absolutamente irrecuperable». Y Jules Bonnot volvió a formar parte por enésima vez de los millones de desocupados que la Europa de principios de siglo controlaba con creciente dificultad, volcada como estaba con las conquistas coloniales y con el frenesí de la Belle Époque, dejándolos en manos del incesante trabajo de las brigadas antidisturbios y de las bandas de pistoleros a sueldo de los grandes industriales.

Jules no tuvo ni siquiera tiempo para meditar sobre cómo procurarse nuevos medios de supervivencia, porque sus pulmones estaban tan maltrechos que, pocos días después del despido, tuvo un ataque de tos violento, escupió sangre y ya no fue casi ni capaz de respirar. El poco dinero que les quedaba sirvió para pagar los gastos del hospital, donde se recuperó rápidamente, un poco por su fuerte vigor, y un poco por el odio que le corría por las venas a borbotones de energía pura.

NO ERA TU CASA

Acababas de salir del hospital y te costaba controlar los vértigos en cada esfuerzo apenas esbozado, como subir aquellas escaleras empinadas agarrado a la barandilla y haciendo un descanso en cada planta. No era tu casa. Nunca habías tenido una que fuera tuya de verdad, pero aquella lo era menos que cualquier otra. Volvías a pensar en Sophie, en cómo te lo había dicho. No hay dinero para el alquiler, el que teníamos sirve para el hospital... Tu hospital, había suspirado. Qué punzada en el pecho, escucharla hablar de tu mal como si fuese otro capricho, un modo más de arruinarle la existencia, de añadir otro problema a los muchos que le creabas cada día. Así pues, Sophie se había trasladado a casa del amable Besson, el sindicalista de buen corazón que sabía prodigarse sin reservas entre los menos afortunados... Y ella, en los últimos días, había dejado de atosigarte con lamentos y consejos, parecía casi resignada a tenerte así, a tener que vivir con un hombre que era periódicamente despedido del trabajo sin ni siquiera ganarse un miserable reconocimiento, sin convertirse por ello en un símbolo del proletariado en lucha, un ejemplo para la clase obrera...

Tú, para ella y para todos, eras solamente un irresponsable. Eso pensabas, mientras trepabas por aquella escalera, camino de la extrema humillación de mendigarle hospitalidad al comprensivo Besson, después de haber dicho tantas cosas a sus espaldas con

Sophie, tratando de resquebrajar la admiración que ella sentía por el gran sindicalista... Cuanto mayor era el desprecio con el que hablabas de él, más lo defendía ella. Extraño, que hubiese tenido que venir Besson a descubrirle el lado heroico de las luchas sindicales. Ahora, a pocos pasos de su puerta, te preguntabas hasta qué punto estabas convencido de su mala fe, y dónde empezaba en cambio lo que, comenzabas a admitirlo, eran simplemente celos. Porque Sophie, desde hacía algún tiempo, además de parecer aliviada y serena, había incluso espaciado las visitas al hospital, y cuando iba se quedaba cada vez menos tiempo, como si tuviese prisa por volver al nuevo mundo apenas conocido. Tenía una luz inquieta en los ojos, que miraban en todas direcciones menos a los tuyos. Sophie...

Durante todo el trayecto desde el hospital hasta aquella casa habías construido un largo discurso, hecho de frases estudiadas palabra por palabra, el discurso que habría ratificado la capitulación definitiva: tenemos un hijo, Sophie, y yo me doy cuenta solo ahora del mal que nos he hecho a ambos. El silencio del hospital, la soledad, me han ayudado a reflexionar, a darme cuenta del valor de lo que estaba tirando por la borda. Comenzaremos de nuevo, Sophie, te juro que podemos lograrlo, y si no es posible aquí nos iremos lejos, a cualquier lugar donde no hayan llegado las fichas de la Policía, un lugar donde circulen muchos coches que precisen un buen mecánico... Lo lograremos, ya verás.

Permaneciste con la mano levantada frente la puerta durante quién sabe cuánto tiempo, sin decidirte a llamar. ¿Y si hubiese abierto Besson? Era su casa, después de todo. Esperabas escuchar la voz de ella, que le hablaba dulcemente al pequeño o jugaba con él en la cama... El ruido que escuchaste era un chirrido, el inconfundible chirrido de los muelles de una cama, pero ninguna voz juguetona,

ningún gritillo alegre de Justin-Louis. Llamaste. Dos golpes tenues, rozando apenas la madera recién barnizada. Nada, silencio absoluto. El chirrido había cesado de repente. En aquel momento dejaste de pensar, dejaste de oír y de ver, mientras la mano abierta golpeaba y producía un ruido sordo. No querías pensar porque advertías en la mente algo malsano, sucio, que te hacía ruborizar de vergüenza. Rehusabas aceptar el pensamiento detestable que se retorció en el centro de tu cerebro y que habrías querido aplastar como a una serpiente.

Luego, un murmullo y finalmente la voz de Sophie. No entendiste de inmediato lo que te dijo porque la cabeza comenzó nuevamente a girar, un vértigo que te hizo tambalearte hacia atrás, y solo aferrándote a la balaustrada evitaste caer por las escaleras. Volviste a la puerta, llamaste con más fuerza.

Márchate Jules, déjame en paz. Se ha acabado, Jules, ¿es posible que no quieras entenderlo?

Apretaste la frente contra la madera y tus pensamientos, absurdamente, se concentraban en el olor del barniz, no en las palabras que Sophie había gritado.

Déjanos vivir, Jules, no puedo más. Márchate.

Déjanos vivir. A ella y al niño. A ella..., a ella y a Besson. Quién sabe de dónde salió la fuerza que de improviso te catapultó contra la puerta, tal fuerza como para sacarla de los quicios. Sophie tenía la camisa abierta, caminaba marcha atrás y se preocupaba por esconder un seno que con el ataque de miedo se le había deslizado fuera. No te miraba, solo estaba pendiente de los cordones de la camisa, que intentaba febrilmente anudar. Y ni siquiera se daba cuenta de que no llevaba otra cosa puesta, y cuando tropezó con la

silla a su espalda, cayó sentada alargando por unos segundos las piernas.

Él había tenido tiempo de ponerse los pantalones, pero estaba descalzo. Avanzaba hacia ti con las manos abiertas, como si se preparase para frenar tu caída más que para defenderse de un ataque. Le echaste las manos al cuello, pero todo había acabado con el empujón a la puerta: las piernas habían perdido la fuerza y a los brazos les costaba mantenerse levantados hacia él. Sin embargo, Besson te golpeó con un puño en la boca del estómago, sin maldad, un poco como se hace con los náufragos para evitar que arrastren a otros al fondo. Caíste de rodillas. Sophie había comenzado a gritar de nuevo y tú la miraste: había conseguido cerrarse la camisa sobre el seno y tenía una mano apretada entre los muslos, para tapar de tu vista un cuerpo que conocías mucho mejor de lo que conocías el tuyo, cada centímetro de piel blanca, cada punto suave y caliente, habrías podido revelarle cosas que ni siquiera ella sabía, como el pequeño lunar oscuro del tobillo, la minúscula cicatriz en la cavidad del brazo o dónde rozarla a lo largo de la espalda para verla enarcarse, dónde besarla para sentirla gemir...

Ella gritaba que te marchases, que le dejases vivir la vida que había recuperado, que no quería verte nunca más, por el amor del cielo. Besson se había inclinado para levantarte, arrastraba tu envoltura inerte hacia la puerta. Tú repetías obsesivamente, mentalmente, aquellas últimas palabras de Sophie. Por el amor del cielo. Quién sabe si de verdad había amor en el cielo. Porque sobre la tierra, tú lo sabías, solo había quedado espacio para el odio. ¿Cuánto odio puede contener un corazón, Jules? Hasta unos instantes antes tú creías haber alcanzado el culmen. Y ahora descubrías que para el odio había siempre sitio en desmesura, una inmensidad de odio vasto

como el universo. Era infinito, el odio. Solo el amor, pensabas mientras Besson te arrastraba hacia las escaleras, solo el amor tiene límites.

Antes de que cerrase de nuevo, se te escaparon aquellas dos palabras que con el tiempo nunca te perdonarías. Dijiste, con un tono desconocido para ti, mi hijo. Las pronunciaste mirando a Sophie, que bajó los ojos. Y en aquel momento no te importaba lo más mínimo tu hijo. Más tarde sí, pero no en aquel momento. Tú pensabas en ella, no en tu hijo, sin embargo usaste al niño en un torpe intento de que se apiadase, de imponerle la única cosa en común que todavía teníais.

Por la calle, aquella noche, tus pensamientos quedaron bloqueados en las dos últimas palabras, y te sentías un gusano por haber dicho mi hijo, mientras solo querías decir Sophie, y decirlo con fuerza, con rabia, como para afirmar un derecho, no para pedir una concesión. En cambio murmuraste mi hijo, con una maldita voz rota por el puñetazo en el estómago, pero que ellos creyeron resquebrajada por el llanto, por la desesperación... Quizás no había sido la primera vez en tu vida, pero seguramente no se repetiría nunca más: en ningún caso intentarías despertar piedad en nadie. La piedad era la única cosa que el género humano nunca sentiría hacia ti. Odio, desprecio, miedo, terror... Pero no compasión. Nunca más.

EL PRIMER PASO

Besson creía conocer a Jules y lo consideraba uno de los tantos crápulas sin conciencia política que frecuentaban los círculos obreros con la única finalidad de encontrar un pretexto para repartir estopa. Y aquel Bonnot ahora tenía además un motivo personal que lo hacía peligroso: era un asesino en potencia, un despojo capaz de cualquier fechoría. Esto creía Besson, hasta el punto de escapar a Suiza con Sophie y el pequeño Justin-Louis, convencido de tener que protegerlos de la venganza de aquel loco delincuente. Ella se dejó convencer, aunque sabía, sentía instintivamente, que Jules nunca le habría hecho daño. Ella lo conocía, Besson no. Pero de todos modos, marcharse de Francia por algún tiempo sería positivo para todos. El secretario del sindicato era «una persona de bien», de carácter resuelto, respetado por su rol social y tenido en consideración incluso por la patronal por sus ideas moderadas y realistas. Besson era el hombre capaz de darle la seguridad con la que siempre había soñado, la misma que al principio creyó poder tener con Jules. En cuanto al amor... Sophie había madurado deprisa en los últimos tiempos, y conocía la diferencia entre la pasión corroída por las privaciones y un honesto sentimiento alimentado por la tranquilidad económica. Besson no era rico, pero demostraba ser un hombre hábil y competente, no un chico impulsivo e ingenuo dispuesto a jugárselo todo por no saber detenerse a tiempo. Y ella había agotado hasta la última chispa de fascinación por aquella especie de

«temperamento de artista» que, conjugado con la miseria, solamente generaba destrucción: el cansancio pudo más que el amor, y la responsabilidad de madre hizo el resto.

Jules apareció algún tiempo después. Estaba al otro lado de la calle, esperando a que ella lo viese. No había osado llamar, se limitaba a esperar. No quería asustarla y mucho menos provocar un enfrentamiento con Besson. Quizás ni siquiera lo odiaba. Le daba simplemente asco. Porque el odio, para Jules, había asumido un papel tan alto e importante que no podía malgastarlo con el que él consideraba «un gusano lameculos y cobarde». El dolor más grande era pensar que Sophie se había dejado embaucar por un ser tan despreciable, que más allá de tomarles el pelo a los trabajadores haciéndoles aceptar la paciencia infinita, antecámara de la resignación, se había demostrado habilísimo en aplicar las mismas dotes persuasivas con su mujer, la madre de su hijo.

Fue la suegra la primera en verlo. «¿Quieres que llame a la Policía?», le preguntó a la hija. Sophie hizo un gesto negativo y salió sin decir nada. Besson había tenido que regresar a Francia por un pleito pendiente, volvería a recogerla dentro de poco. No quedaba más remedio que afrontar a Jules, intentar convencerlo. No podía continuar viviendo con la pesadilla de encontrárselo delante cada vez que se asomaba a la ventana. Lo alcanzó, manteniendo la mirada fija en él, con una determinación que por sí sola demostraba lo tarde que era ya para discutir cualquier cosa.

—Buenos días, Jules. ¿Querías hablar conmigo? —dijo con un tono tan frío que él instintivamente se encogió de hombros, como para tranquilizarla.

—Quería... es solamente por Justin-Louis... Querría verlo.

—Lo lamento Jules. Es mejor para todos, créeme. No nos obligues a hacer lo que ninguno de nosotros querría hacer. Ya le he encargado a un abogado que lo arregle todo. Ningún tribunal me obligaría a dejarte verlo, lo sabes.

Jules asintió. Lo sabía. Incluso demasiado bien, lo sabía. Ningún tribunal, con sus antecedentes, le habría concedido nada al fichado Bonnot, individuo asocial e irrecuperable.

—Sophie —murmuró—. ¿Estás segura... de querer esto?

—No hay otra solución —dijo ella bajando por un instante la mirada—. Si te permitiese entrar, todo sería más complicado... y solo le harías daño. Cuanto antes se olvide de ti, mayores esperanzas tendrá para su futuro. Tienes que aceptarlo, Jules.

Él torció la boca, y la mueca de sufrimiento consiguió tomar la apariencia de una sonrisa tétrica. Sonreía al destino que comenzaba a aceptar sin ilusiones.

—¿De verdad te has enamorado de ese cerdo, Sophie?

Ella recobró la dureza inicial.

—¿Y quién eres tú para juzgarlo? No importa si lo amo. Él le puede dar un porvenir a mi hijo y...

—Nuestro hijo, Sophie.

—No. Es solo mío. No basta con haberte ido a la cama conmigo para decir que eres su padre. ¿Cuándo has sido un padre para él?

Jules abrió la boca. Pero no para hablar. Trataba solo de dejar entrar aire en los pulmones, inútilmente. Estaba aprendiendo a convivir con aquella punzada en el pecho que le cortaba la respiración durante unos instantes interminables. Se pasó una mano

por la cara, asintió y sonrió para esconder la vergüenza de haber ido hasta allí para hacerse humillar una vez más.

Antes de ponerse en marcha, dijo con un hilo de voz:

—No sé si seré capaz, Sophie...

—Sí que podrás —lo apremió ella con una fuerza gélida que no le había conocido nunca—. Me olvidarás, como te olvidaré yo.

Se giró e hizo un gesto negativo con la cabeza, echando a caminar aprisa para no arriesgarse a que alguien, y menos que nadie Besson, pudiera verle aquellas venas hinchadas sobre la frente y los ojos velados y notar el temblor de los labios mientras se mordía obsesivamente el bigote.

Vislumbrar el terror en los ojos de otros... Extraña, extraña de verdad, aquella sensación. No era emocionante, o al menos no para Jules. Era como haber asumido una gran responsabilidad: la de decidir si el hombre aterrorizado que tenía delante debía morir o podía perdonarle la vida. Obviamente, no había motivos para matar a un revendedor de licores al por mayor, a pesar de que fuese un fullero que aguaba la ginebra, como Jules había tenido oportunidad de constatar durante la espera. Había pedido un vasito, esperando a que los dos clientes se decidiesen a comprar las cuatro botellas de champán que miraban una y otra vez cotorreando de un modo insoportable. Quizás había más dinero en los bolsillos de aquellos dos que en la caja. Pero él había entrado allí para ver si tenía el coraje, la determinación, de llevar a cabo un atraco. Asaltar a dos imbéciles por la calle no habría sido lo mismo. Ciertamente, una licorería no era un banco, pero era de todos modos un lugar público. Y cuando finalmente había apoyado la punta del cuchillo en el cuello del tendero, se había dado cuenta de repente de lo que era el terror,

de qué transformaciones era capaz de infligir al prójimo. El hombre tenía la mirada puesta en el techo, como si evitar mirar a la cara del agresor pudiese conjurarle el final. Jules desvalijó en pocos segundos el cajón, constatando que la operación no le había rentado ni siquiera cien francos.

—¿Esto es todo? —siseó, presionando apenas con el cuchillo sin rasgar la piel.

El hombre trató de asentir, pero si bajaba la cabeza se arriesgaba a herirse, así que gimoteó algo que él no entendió.

—¿Dónde tienes el dinero? Vamos, que si perdemos tiempo podría entrar alguien y entonces...

—No, no, se lo ruego, hoy ha sido un día escaso, se lo juro...

No le había tuteado y se había dirigido a él con cierta deferencia. Así pues, había un modo infalible para ganarse el respeto de los demás: bastaba con aterrorizarles, era eso.

Jules estaba por darle un bofetón, convencido de que el tendero escondía el dinero en algún rincón de la trastienda, cuando advirtió la culata de una pistola que asomaba bajo un trapo. La destapó lentamente, sorprendido incluso del notable peso de aquella especie de cañón pulido y bien engrasado.

Sus conocimientos en temas de armas eran solo secundarios respecto a los motores, y la reconoció antes incluso de leer el grabado en la caja: una Steyr-Mannlicher semiautomática, con un grueso cargador anterior al gatillo, similar a la Máuser de ordenanza de los oficiales prusianos, y tan grande como incómoda.

—¿Qué narices haces con una como esta? —preguntó, sinceramente intrigado.

El hombre había comenzado a sudar por todos los poros y una gota le temblaba en la punta de la nariz, a punto de caer sobre la mano de Jules, que retiró el cuchillo y le rozó el mentón con el cañón de la pistola.

—¿Y bien?

—Nada... me han robado ya dos veces y...

—¿Y las otras dos veces te ha servido?

—No, no... o sea, la acabo de comprar... antes, no la tenía.

Jules le dio un par de cachetes en la mejilla y la mano resbaló por el sudor.

—Bueno, mi viejo, como ves... has tirado el dinero.

Y salió sin golpearlo ni atarlo, porque consideraba que el bodeguero estaba tan anonadado como para no ser capaz de amagar ninguna reacción durante al menos media hora.

Aprendió, para su desgracia, que ciertos cálculos son poco empíricos, ya que el hombre se catapultó fuera ululando como una sirena. Jules blasfemó, y al comenzar a correr hizo una pirueta para amenazarlo con la pistola pero el otro parecía haber sustituido el terror por una forma de irresponsabilidad suicida: estaba en medio de la calle y lanzaba larguísimos gritos agitando los brazos. Entonces apretó el gatillo apuntando el arma por encima de la cabeza del hombre con la esperanza de que el disparo lo hiciese callar. La pistola no estaba cargada. Decidió no perder más tiempo y puso pies en polvorosa, zigzagueando entre los pocos viandantes atónitos. Ningún gendarme transitaba por los alrededores y su primer atraco a mano armada acabó bien de pura casualidad, gracias también al

hecho de que la gente, girada hacia la fuente de los gritos, no entendió nada de lo que estaba sucediendo.

Habría dado cualquier cosa por entender las razones que habían empujado a aquel desgraciado a procurarse la pistola más absurda, inútil y voluminosa que estaba en circulación. Solo podía explicárselo de un modo: el bodeguero era tan estúpido que había comprado el arma más grande que le había caído en las manos porque imaginaba que las dimensiones servirían de disuasivo. El problema era que la Steyr-Mannlicher disparaba municiones absolutamente imposibles de encontrar, sobre todo en Francia, donde ningún cuerpo militar la tenía en dotación. Sin resistir las ganas de probarla, Jules había ido a campo abierto y había caminado varios kilómetros hasta una espesura, donde había malgastado tres de las siete balas del cargador. Sin duda, la Steyr-Mannlicher era precisa y potente, diseñada para una munición de alta velocidad y de largo alcance. Pero ¿quién diablos podía procurarle un paquete de cartuchos del calibre 7,63? En los pequeños círculos de mala vida, Jules había finalmente dado con un tipo que poseía una veintena de balas del 7,63 Máuser, pero nada más regresar a su miserable pensión había constatado que la diferencia entre los dos tipos de munición, aun siendo mínima, malograba el dinero gastado en aquellos veinte agraciados tubitos de bronce reluciente, a los que les costaba entrar en el cargador y que, una vez introducido el primero en la cámara de explosión, seguramente se iba a quedar atascado, obstruyéndola.

—Malditos alemanes de mierda —repitió entre dientes durante buena parte de la tarde—. ¿Quiénes se creen que son? Tan particulares, ellos... ¡Cada imbécil que monta una fábrica hace sus propios cartuchos!

Luego, cuando se dio cuenta de que estaba hablando solo, comenzó a llamarse imbécil por no haber pedido al bodeguero otros cartuchos, que debían de estar sin duda en algún rincón del local. Casi casi, pensó medio adormecido sobre el jergón mugriento y pestilente de antiguos sudores, valdría la pena hacer un cuarto atraco directamente...

Un dedo que se hunde en un pan de mantequilla sin poder abrirse camino de golpe sino penetrando lentamente mientras deja bultos y babas todo alrededor... La imagen de un soplete de oxiacetilénico que atraviesa la masa ferrosa de una caja fuerte no era muy distinta. Se precisaba mano firme, concentración y mucha paciencia para mantener el calor apuntando siempre en la misma dirección, sin contragolpes ni cambios de posición que podían enfriar la plancha, retardando el corte. Le había costado caro el equipo de topista. Prácticamente todos los hurtos de los últimos meses habían confluido hacia aquella inversión. Pero había valido la pena, pensaba Jules, hipnotizado por la llama azulada que avanzaba hacia el vientre de la caja fuerte. Ciertamente más rentable que atracar a bodegueros y viandantes. Y además, las cajas fuertes pertenecían siempre a personas pudientes, acaudaladas, a representantes de aquella burguesía a la que Jules había declarado una guerra silenciosa y secreta, llevada a cabo con la ayuda de las noches sin luna y preferiblemente lluviosas, porque los temporales ocultaban el silbido del soplete y cualquier murmullo metálico; una guerra en la que las batallas ganadas consistían en la cara atónita de un rico imbécil que poco antes del alba regresaba medio borracho de champán a su envidiable y caliente morada y perdía de golpe la alegría viendo su caja de caudales abierta de par en par. No era solo por dinero sino sobre todo por la satisfacción de burlar a quien se enriquecía y despilfarraba dinero explotando a sus semejantes.

Aquella noche Jules se había introducido en la villa de un ingeniero, un tal Guenod, cuyas costumbres había observado durante un tiempo, las había estudiado como se estudia a un depredador para sustraerle los huevos del nido en su primera salida.

Por fin la cerradura cedió de golpe, con una pequeña erupción de chispas crepitantes. Jules se secó el sudor con el dorso del guante y permaneció algunos segundos escuchando: ningún ruido del exterior, solo el golpeteo monótono de la lluvia contra los cristales. Tiró hacia sí de la portezuela, apoyándose en ambos pies: un chirrido atenuado, luego un chasquido inesperado que le hizo caer hacia atrás. El soplete de llama oxhídrica golpeó contra la bombona y produjo un sonido sordo de campana que dejó un largo eco en la habitación. Jules contuvo la maldición y volvió a escuchar los ruidos del exterior. Le pareció advertir como un gruñido, pero nada más. Quizás un trueno en la lejanía. O un motor de auto que reducía las marchas para encarar la curva a trescientos metros de la casa del ingeniero Guenod...

Se inclinó hacia adelante, las manos extendidas hacia el interior de la caja fuerte: revolvió y tiró afanosamente montones de papeles y documentos, luego un estuche que podía contener una joya de gran valor pero que resultó estar perversamente vacío, una caja de bronce y madreperla que dentro tenía el certificado de garantía de algo que en cualquier caso estaba en otro lugar y... un monedero tipo acordeón, hinchado, panzudo, cerrado con una graciosa correa de piel de serpiente que él arrancó con los dientes. Lo alzó sosteniéndolo con dos dedos y el fuelle se extendió medio metro, revelando en los últimos compartimentos la miseria de ciento cincuenta francos. No había nada más. Y si no hubiese sido por la preocupación ante aquel ruido no identificado, Jules probablemente

le habría prendido fuego a la casa: el trabajo de días y noches, el riesgo de una bala en la espalda, la fatiga de forzar aquella caja fuerte nueva y de extrema resistencia, para llevarse a los bolsillos ciento cincuenta francos. El equipo de la llama oxhídrica le había costado el doble.

Y pesaba, el maldito, a pesar de la bombona casi vacía. Pesaba todavía más por la frustración y el cansancio, por la tensión nerviosa que le absorbía buena parte de la energía. Se cargó a la espalda el saco de marinero, y la Steyr-Mannlicher, que había llevado consigo junto con las cuatro balas supervivientes, se la puso de través y la mira lo arañó en el vientre. ¿Cómo se puede ir a reventar la caja fuerte de un hijo de perra llevando a la cintura una pistola de treinta centímetros de largo?, se preguntó Jules sintiéndose un imbécil una vez más. Ciento cincuenta francos, repetía como una letanía, mordiéndose el bigote y afrontando la lluvia que, mientras tanto, se había convertido en torrencial. No tenía tiempo para volver atrás y salir por la ventana que daba al patio, así que decidió huir lo más rápidamente posible por la puerta de entrada.

Salvó el cuello por puro instinto animal: advirtió la respiración un segundo antes y se echó a un lado. Resbaló, cayó en el cieno del jardín, y el mastín lo sobrevoló hincando las fauces en el vacío. Jules pataleó como un obseso y lo mantuvo a distancia durante algunos instantes hasta que logró meter el saco entre él y el gran perro negro, que continuaba agitando las patas y desgarrándole la ropa, destrozándole la cazadora, la camisa. La fiera emitía solamente un gruñido sordo, sin ladrar, como todos los perros adiestrados para matar. Ahora estaba ante él, de pie sobre las patas posteriores, y luchaba furiosamente para romper la larga cadena que lo sujetaba.

¿Cómo no se había dado cuenta de aquel maldito perro? ¿De dónde diablos salía?

Jules se puso de rodillas, jadeante, y extrajo la Steyr-Mannlicher de la cintura, que se enganchó en la tela de los pantalones y la desgarró. Finalmente la empuñó con ambas manos y apuntó el arma al cráneo del mastín... El animal conocía aquel objeto de acero reluciente. Sabía lo que era una pistola. No existía otra explicación, porque de repente retrocedió y permaneció inmóvil examinándolo. Le miraba a él a los ojos, no a la pistola. No mostraba miedo pero era como si esperase la explosión. Seguramente el que lo había adiestrado se había encargado también de habituarlo a los disparos. Jules dirigió la mira al medio de aquellas dos ascuas encendidas y apoyó el dedo en el gatillo. Dejó de temblar y por un momento hubo una calma irreal: la lluvia que caía incesante, el perro que lo examinaba inmóvil y con las mandíbulas cerradas, sus brazos extendidos y las manos a pocos centímetros del objetivo. No podía fallar. Se lo merecía. Los perros guardianes, pensó, son como algunos explotados a los que dan un uniforme, un grado y el poder de abusar: se transforman en fieles servidores de quien les tiene encadenados y a menudo se vuelven más feroces que los que están acostumbrados desde siempre a ejercer el poder...

Bajó los brazos, se puso de nuevo el pesado saco en la espalda y retrocedió algunos pasos, con la pistola en el costado. El perro continuaba observándolo sin moverse.

Cuando atravesó la verja del jardín oyó solamente un gruñido que a Jules le pareció una suerte de maldición frustrada, parecida a las que iba mascullando él mientras caminaba hacia la calle en busca de la vieja bicicleta que había dejado un centenar de metros más adelante, al amparo de un matorral.

CARRETERAS

Víctor ojeaba un libro de Elisée Reclus que había encontrado bajo una pila de volúmenes usados en los estantes del ultramarinos-librería en rue de Ruysbroek. En realidad ya lo había leído y se lo había prestado a un compañero que hacía unos días que había acabado en la cárcel de Bruselas. Estaba pensando en comprarlo de nuevo para llevárselo de viaje, y la indecisión que le contenía se debía a aquellos miserables diez francos que tenía en los bolsillos, es decir, la totalidad de su fortuna.

—¡Eh, Kibalcic!

Antes de girarse ya había reconocido la voz rimbombante de Carouy, el gigantesco tornero que estaba en la puerta con los brazos abiertos de par en par. Víctor sonrió sacudiendo la cabeza mientras el abacero-librero miraba al uno y al otro con expresión ceñuda. Un segundo más tarde, la delgadez del grácil ruso desaparecía entre los brazos y el tórax musculoso de Carouy, que inmediatamente después lo examinó con ojos afligidos.

—He oído que te vas... Dime que no es verdad, Kibalcic. Víctor asintió, estirándose la camisa con un gesto de embarazo.

—Sí, Edouard. Basta ya de Bruselas. Y de Bélgica.

—Pero... ¿por qué? —susurró el otro con su voz cavernosa, mermada por una melancolía que lo hacía parecer paradójicamente

frágil, indefenso—. ¿Y los compañeros? ¿Qué harán... qué haremos sin ti?

—Nadie es indispensable. ¿Y cuándo han tenido los anarquistas necesidad de jefes y guías?

—No, no, no quería decir eso... —balbuceó Carouy bajando la mirada—. Es que... estábamos empezando a hacernos oír, a aguarles la fiesta a esos hijos de perra.

Víctor sacudió la cabeza.

—Bruselas no vale la pena, créeme. Los sindicatos, las cooperativas, los socialdemócratas... Aquí no hay lugar para las ideas. Todos saben siempre cómo ponerse de acuerdo. En esta ciudad no es posible cambiar nada, es como si estuviésemos en otro planeta. Y nosotros solo estamos corriendo hacia la autodestrucción. Hazme caso, Edouard, márchate tú también antes de que te maten en una plaza para olvidarte el día después.

Carouy mostró los puños poderosos mientras apretaba los pequeños ojos tímidos, de mirada perennemente asombrada.

—Eh, no. Kibalcic. Yo vendo cara la piel. Si he de morir, mejor hacerlo a la manera de Sokolov, más bien.

Víctor le puso una mano en la espalda, estirándose para poder alcanzarla.

—¿Y qué ha obtenido Sokolov? ¿Te acuerdas? Se reía de nuestras manifestaciones. Y quizás tenía razón. Pero él no supo hacer otra cosa más que atrincherarse en una habitación de hotel y disparar a los guardias hasta que lo cogieron. Ahora, para la gente es solo un criminal. Tampoco él ha sido capaz de cambiar nada. Si no es para peor.

Carouy guiñó un ojo y echó un vistazo a su espalda, como para invitarlo a callarse. Víctor miró hacia el tendero, que los estaba observando. Corría la voz de que era un informador de la Policía y Carouy iba a aquel negocio absurdo, atestado de especias y de papeles, precisamente para tener un pretexto, una prueba que le permitiese estrangularlo con sus propias manos. Víctor sonrió.

—Qué más da, a estas alturas. Quizás son solamente rumores y nosotros nos estamos obsesionando. En cualquier caso, yo me voy mañana y él puede contar lo que le dé la gana.

Carouy lo abrazó de golpe, con una fuerza excesiva, cortándole la respiración. Cuando se separó, Víctor notó un brillo en los ojos del gigante, que desvió la mirada fingiendo interesarse en el libro que tenía en la mano. Víctor fue a pagarlo y se lo dio al amigo.

—Kibalcic... —murmuró Carouy, acariciando la cubierta del viejo volumen roto y curvado—. Antes de conocerte a ti y a los demás del grupo, era un animal. Sin tus libros no habría entendido nada.

—Los libros no lo son todo, Edouard. También hay que moverse, conocer, dialogar con personas de otros lugares y otras realidades. Por eso me voy. No me guardes rencor. Debo hacerlo.

Carouy asintió con gestos rápidos de cabeza, como para dejarle claro que no lo consideraba, de ningún modo, un traidor.

—Y... ¿adónde irás?

—Quién sabe. Por ahí. A París, seguramente. Pero antes quiero ganarme la vida sobre la marcha.

Raymond Callemín distribuía panfletos publicitarios para un comerciante de ropa. Había perdido el enésimo trabajo a causa de su alardeada militancia anarquista y los panfletos eran la única

actividad posible para aquel muchacho sin sentido de la medida. Víctor lo vislumbró a lo lejos, en la esquina entre dos calles, y ralentizó el paso, acercándose a él con una sonrisa irónica.

—Salud, hombre libre. ¿Te referías a esto cuando hablabas de trabajo político en la calle?

Raymond fingió no haberlo oído y cuando se giró hacia Víctor le dio un panfleto, acompañado de una reverencia teatral.

—Tome, buen hombre. Necesitará un traje nuevo para su viaje regenerador. Vaya de mi parte, ya verá como le harán un descuento. Diga que le manda el único ser libre superviviente en esta mierda de ciudad.

Con el paso de los años, Víctor y Raymond seguían siendo buenos amigos, pero su relación era constantemente conflictiva, y en los últimos tiempos las divergencias sobre conceptos de militancia legal e ilegal se habían convertido en un motivo de enfrentamiento cada vez más áspero. Para Raymond no había nada que valiese la pena construir. Destruir parecía la única meta que se había fijado en la vida; pero con ello solo había logrado provocar violentas discusiones y fracturas entre los compañeros.

Tenía aún en la mano un puñado de panfletos. Los miró con expresión asqueada y los arrojó a un reguero de fango.

—¿Has acabado la jornada laboral? —preguntó Víctor.

El otro se encogió de hombros y se puso en camino. Pasearon sin rumbo por las calles del centro, en silencio. Desde la calle de la Régence giraron hacia la plaza del Petit Sablón y de ahí atravesaron los Jardines de Egmond. En un determinado momento, Raymond se paró en seco y dijo:

—No creas que me voy a quedar aquí, Víctor. Un par de semanas más con esta mierda de panfletos y tendré para comprarme un par de buenos zapatos. Y entonces... al infierno Bruselas, Bélgica y todos estos muertos vivientes que me quitan el aire.

Había pronunciado la última frase dirigiéndose a una pareja que los adelantaba y el hombre lo miró al principio interrogativo y luego, al ver la expresión furiosa de Raymond, bajó la cabeza y aceleró el paso, arrastrando con él a su mujer.

—Vienes conmigo, entonces —dijo Víctor.

—¿Adónde?

—A París, antes o después.

—¿Por qué concretamente a París?

Víctor hizo un gesto de obviedad, como si la respuesta fuese superflua.

—Porque es la ciudad donde nació la Comuna —dijo—, la ciudad de Anatole France y de Jehan Rictus, de la CGT, y de una infinidad de periódicos autogestionados, reuniones de barrio, asociaciones de inmigrantes... Y es además la ciudad en la que Lenin está redactando *Iskra*, entre otras cosas.

Raymond asintió con sarcasmo.

—¿Y qué quiere decir «Iskra»?

—La chispa.

Raymond miró de soslayo al amigo.

—Bueno, pues si quieres que te diga la verdad, ese Lenin tuyo no me gusta nada. Si has decidido entenderte con los autoritarios,

entonces vete a París. Cuando se habla de chispas, yo pienso en el encendido de una mecha en un bonito paquete de dinamita, no como Lenin y todos esos charlatanes, que solo buscan sacar tajada. Rascando un poco descubres que son nacionalistas, de revolucionarios nada.

Estaban recorriendo la amplia avenida Louise, donde algún que otro automóvil se abría paso a toque de claxon entre los numerosos carruajes, que avanzaban en filas disciplinadas. Algunos caballos se espantaban nerviosos al paso de aquellas extrañas criaturas ruidosas y los cocheros daban violentos tirones a las riendas, farfullando maldiciones contra el mundo que estaba cambiando demasiado deprisa.

—Quién sabe, Raymond. Quizás tengas razón. Pero quedándote aquí nunca combatirás contra ninguna revuelta autoritaria.

—¿Y quién ha hablado de quedarse aquí? Yo también me voy, pero a París seguro que no, para mí no es la ciudad que creó la Comuna, sino la que la aplastó con sangre. Cuestión de puntos de vista, querido Víctor.

—¿Y, entonces, adonde irás?

Raymond extendió los brazos.

—A cualquier parte, pero no a una ciudad. Por carretera, en cualquier caso. A respirar aire libre sin estar rodeado por morros de cerdo y caras de borrego.

Se pusieron a caminar de nuevo. Se despidieron algunas horas más tarde en el suburbio de Ixelles, donde se encendían las primeras farolas, rendidos ante la evidencia de que cualquier diálogo entre ellos se había vuelto inútil. Se dieron la mano, cohibidos. Entonces

Raymond cedió y abrazó en un arrebato a Víctor, que lo estrechó a su vez, temblando, preso de una serie de emociones indefinidas, mezcladas y confusas unas con otras: rabia, impotencia, tristeza... Inmediatamente después, cuando se quedó solo, venció la melancolía por encima de todas, vehemente, densa, dura como una espina que le oprimía el pecho.

Raymond se mudó a Ardenne y más tarde a Suiza, donde aceptó todo tipo de trabajos ocasionales: segador, ayudante de albañil y hasta leñador, él que tenía aspecto de eterno niño indefenso, con las gafitas que lo hacían parecer un colegial frágil y despistado. En la cabeza llevaba un viejo sombrero de alas flojas que le caía sobre los ojos y en el bolsillo tenía siempre un volumen de poesías de Verhaeren: «Llevamos, ebrios del mundo y de nosotros mismos, corazones de hombres nuevos en el viejo universo...». La poesía que más amaba de aquel libro era la que decía: «¡Abrir, o romperse los puños contra la puerta!». Mejor rompérselos, pensaba, que quedarse encerrados pudriéndose al otro lado de la puerta.

Víctor tomó el tren para Lille con la talega a la espalda, que contenía una muda de camisa, algún cuaderno, algunas fotografías de las que no se separaba nunca y diez francos. En Lille encontró alojamiento en la buhardilla de un barracón de mineros.

Trató de hacerse contratar en la mina, pero se rieron en su cara: «reventarías a las dos horas, muchacho». Al cuarto día le quedaban solo cuatro francos. Adoptó un sistema de raciones reducidas: veinticinco céntimos por una libra de pan y un kilo de peras verdes. A finales de la primera semana tenía mareos y no se sostenía en pie. Gracias a un nuevo amigo, un trabajador de las canalizaciones, fue presentado a un fotógrafo de Armentières: Víctor fue contratado en el laboratorio de revelado por cuatro francos al día. Continuaba

viviendo en el barracón de los mineros y partía cada mañana de la barriada con todos los que debían desplazarse para trabajar, silenciosos, apesadumbrados, y con la niebla que borraba cualquier cosa a su alrededor.

Por la noche, después de haber permanecido diez horas en una habitación oscura, Víctor se esforzaba por leer *L'Humanité*, de Jaurés, y no le resultaba fácil, porque además del cansancio había una pareja al otro lado del tabique de madera y ella casi siempre era golpeada por el hombre, que regresaba medio borracho. Entre sollozos, la escuchaba implorar: «Pégame otra vez, pégame». Luego hacían el amor. Y cuanto más le daba él, más apasionada parecía la mujer, más satisfecha, como si los golpes fuesen una manifestación concreta de afecto.

Aquel rudo acercamiento con los trabajadores de las minas, aquel empaparse de una realidad de miseria y resignación que mellaba cualquier imagen ilusoria de solidaridad entre oprimidos hizo aumentar en Víctor las dudas y las inquietudes. ¿Qué revolución era posible sin la emancipación de los individuos? Y si una mujer sumisa, vencida, considera los sopapos el único antídoto a la indiferencia de su compañero, ¿de qué sirve hablar de explotación salarial o de alteración de las relaciones entre fuerza de trabajo y capital...?

A la luz de las velas, Víctor anotaba en su cuaderno: «¿Se necesitarán entonces siglos para transformar este mundo, a estos seres? Sin embargo, cada uno de nosotros solo tiene una vida por delante. ¿Qué hacer?»

Encontró una respuesta, pero solo le atañía a él: reemprender el viaje y llegar a París.

LYON, 1907

La humanidad se sacrifica por ciertas ideas fijas, como la verdad, la justicia, el deber... que considera como ideales. Hay que destruir las ideas fijas. Mi causa no es universal sino única, como único es cada individuo... Verdadero es lo que es único, falso lo que no me pertenece, y falsos son la sociedad y el Estado, a los que tú das tu fuerza y por quienes tú eres explotado.»

Jules subrayó el párrafo con el lápiz y cerró el libro: *El único y su propiedad*, de Max Stirner, el filósofo bávaro teórico del anarquismo individualista. La portada rasgada estaba sembrada de manchas y sombras: la mugre y el sudor de sus dedos, que habían vuelto una vez más a sumergirse en la grasa de los motores. La llama de la vela titilaba, se alzaba y bajaba bruscamente, señal de que la cera mezclada con sebo estaba exhalando sus últimos suspiros. Quizás tenía aún diez minutos de luz antes de que la agonía de la mecha llegase a término. Volvió a abrir el libro, buscó el capítulo que había leído al menos diez veces y lo marcó con un signo de exclamación junto al texto.

«Revolución y rebelión no deben considerarse sinónimos. La primera consiste en el derrocamiento del statu quo, del orden constituido, y es por ello un acto político y social. La segunda, aun teniendo como inevitable consecuencia una transformación del estado de cosas existente, no nace de este sino del descontento

individual de los hombres. No es una revuelta armada sino una insurrección de individuos, un rebelarse sin pensar en las consecuencias que podrán derivarse de ello. La revolución aspira a una organización nueva; la rebelión nos lleva, en cambio, a no dejarnos organizar más, a organizarnos solos, y no propone brillantes esperanzas en las instituciones... La revolución nos encomienda a crear instituciones nuevas; la rebelión, a sublevarnos y elevarnos.»

—Rebelión —murmuró Jules echándose en el catre. Rebelión, no revolución. Cualquier intento de sustituir a un gobierno reaccionario por uno revolucionario, reflexionaba, hubiese dejado de todas formas en el mismo sitio, si no a los mismos explotadores, seguramente sí a los métodos de explotación en cuanto a su función. El Estado podía cambiar los fines pero no los medios. Stirner lo había entendido. Y Nietzsche definía a Stirner como «el intelecto más fértil de su época»... Jules sonrió, sacudiendo la cabeza, y sus labios se torcieron en una mueca amarga: el intelecto más fértil, cierto, pero que había muerto en miseria y soledad, ignorado por los burgueses, despreciado y ridiculizado por los socialistas, abandonado al hambre que había acompañado buena parte de su existencia... ¿De qué había servido tanto intelecto si al final no había sido capaz de cambiar nada? La sociedad, el Estado, el mundo entero, estaban dispuestos a reconocerle el título de filósofo ahora que Stirner era un montoncillo de huesos olvidados en algún cementerio del país más socialista que cualquier otro. Ya, los socialdemócratas alemanes, pensó Jules rascándose con violencia la cabeza; le distrajo la idea de que en aquella mugrienta buhardilla hubiese chinches... Pero no, era solo suciedad, no se daba un baño desde hacía demasiados días y el polvo ferroso de la fábrica era peor que las chinches. Retomó el hilo de sus pensamientos. Así pues, los socialdemócratas eran la crema de los revolucionarios que, una vez dentro del parlamento, habían

dicho alto y claro: «El obrero alemán es ahora un ciudadano representado en el Reichstag y desde este momento tiene deberes hacia Alemania que se anteponen a los de la propia clase»... Jules suspiró y tuvo un repentino ataque de tos. Aquel maldito polvo. Qué importaba si se respiraba en nombre de Bismarck o de la socialdemocracia cuando el único objetivo era construir cañones para después someter a los pueblos de África o de Asia, o enseñarles los músculos a los vecinos europeos... Y aquel viejo chocho de Engels, recordó Jules, se había incluso retractado del *Manifiesto comunista*, declarando que los socialdemócratas alemanes debían aprobar los gastos militares para defenderse de un ataque de la Rusia zarista... La historia de siempre. En cuanto a Rusia... Jules lanzó una mirada a los viejos periódicos apilados, a los panfletos anarquistas esparcidos por todas partes en el angosto espacio de la buhardilla. Dos años antes había sido el motín del acorazado Potemkin. Un suceso bonito, sin duda. Ojalá hubiese tenido él los cañones de largo alcance para apuntar hacia Lyon... Bueno, Lyon quizás estaba demasiado lejos del mar. Quizás habría cañoneado la Costa Azul, solo para hacer un poco de limpieza... Esta vez se echó a reír, pero se paró a tiempo, antes de que los bronquios volviesen a atormentarlo. El acorazado Potemkin, los oficiales y los soldados sublevados... ¿Pero qué clase de revolución podía ser si la habían iniciado los militares? Conocía bien el mundo cerrado y miope de los militares: cualquier idea que tuviesen, cualquiera que fuese el motivo que los empujara a amotinarse, iba a llevar consigo las taras típicas de la mentalidad de cuartel. No, no había esperanza. No en la revolución al menos. La rebelión era otra cosa. Ciertamente, Stirner no había cambiado nada. Pero tampoco lo había conseguido aquel zapatero parisino, anarquista también, el tal Léon Léauthier, que había entrado en un lujoso restaurante de la avenida de la Ópera y había plantado su trinchete

en la barriga del primer símbolo que se le había puesto a tiro, esto es, la cara de carroña más carroñera que había visto: casualmente pertenecía al señor Geórgевич, ministro de Serbia. Asunto de trascendencia internacional. ¿Y para qué había servido? El zapatero, acabado. El ministro, sustituido por otra carroña igual. «Si hubiese tenido dinamita, lo habría hecho mejor», había sido la declaración del zapatero antes de que se lo llevarsen y comenzasen a masacrarlo a golpes. Sí, cómo no, la dinamita...

El último centelleo se apagó y la vela expiró. Jules encendió una cerilla en busca de los cigarrillos. Había quedado uno. La primera bocanada lo hizo toser pero con la segunda ya advirtió una agradable sensación de aturdimiento en los pulmones.

Recordó a Gaetano Bresci y se preguntó qué podría empujar a un hombre a sacrificar la propia vida en nombre de la acción ejemplar. Tres balas en el pecho del rey, un rey tan caballeroso como para darle una medalla al general Bava Beccaris por sus cañonazos contra los manifestantes... Cuando Bresci descargaba su revólver sobre Umberto I, Jules recibía el grado de sargento. Había leído los pormenores en los diarios, encerrado en la letrina para no llamar la atención de superiores y chivatos. A Bresci, menos de un año más tarde, lo habían matado a garrotazos en la celda de aislamiento donde lo habían encerrado. Un suicidio, según la versión oficial. ¿Y qué otra cosa podría esperarse? La suya, en el fondo, había sido desde el principio una misión suicida. En cuanto a los reyes, continúan teniendo hijos a quienes pasar el cetro y el mando de los cañones para apuntar contra la muchedumbre. Nada había cambiado de veras en Italia, concluyó Jules. Pero, en definitiva, ¿había algún modo concreto de cambiar algo? ¿Servían, acaso, las mortales bombas de un Emile Henry o de un Ravachol? Si este

último, para Jules, era solamente un medio loco, Henry le parecía, en cambio, un intelectual y refinado literato, cuyos padres habían combatido en la Comuna de París, y que había tomado la decisión extrema de conseguir tres kilos de clorato de potasio, un frasco de sodio y veinte cartuchos de dinamita después de constatar la inutilidad de las palabras y de los escritos contra la represión del Estado. Pero los estragos de burgueses y policías habían ofrecido al poder la ocasión de instigar a la opinión pública hasta el punto de consentir la sanción de leyes dignas de la peor tiranía que daban a la Policía y a la magistratura ilimitados poderes para la persecución de los «subversivos». Ravachol, Henry y tantos otros anarquistas habían pagado con la guillotina sus «gestos ejemplares». Para conducirlos al patíbulo sin que pudiesen intentar la más mínima reacción, les habían atado a los testículos un lazo de cuero unido a las muñecas, una garantía de inmovilidad absoluta. Al leer aquel detalle, incluso Jules había sentido el impulso de justificar cualquier escabechina. Pero el movimiento anarquista se había dividido por la explosión de aquellas bombas. Errico Malatesta, que gozaba de un respeto absoluto entre los anarquistas europeos, se había visto obligado a condenar públicamente aquellos métodos indiscriminados y sanguinarios. Jules leía y apreciaba la obra de Malatesta, pero sus teorías requerían la paciencia de dos, tres, diez generaciones. Un día, quizás, el mundo conquistaría una nueva conciencia, un todavía desconocido espíritu de fraternidad e igualdad. Mientras tanto, la vida se consumía y Jules había quemado una buena parte de ella inútilmente. Nunca había agachado la cabeza y a pesar de ello, ¿de qué podía sentirse orgulloso? De ser un muerto de hambre, un topista fracasado, un obrero especializado que, en cada nuevo trabajo, esperaba la llegada de la inexorable recomendación de un diligente comisario... Incluso ahora que lo habían contratado en las

oficinas Berliet, ¿podía acaso contar con gozar de su miserable salario en paz? ¿Cuánto duraría? Y el precio, una vez más, era callar y no inmiscuirse para evitar que su nombre llegase a la mesa de la gendarmería más próxima.

¿Quién vería alguna vez la llegada de una sociedad justa como la que propugnaba Malatesta?... Quizás, ni siquiera los hijos de los hijos de los hijos. Y a él, Jules Bonnot, no le habían concedido siquiera la esperanza de mejorar el mundo en nombre de su hijo. Porque él ya no tenía un hijo.

La imagen de Justin-Louis en brazos de Besson le provocó una punzada en las sienes. Abrió los ojos de par en par en la oscuridad para ahuyentar aquella visión dolorosa. La acción, no quedaba más que la acción.

Pero sin inmolarse, sin reivindicarla, sin servir de carnaza a los leones. Golpear a los explotadores amantes de guillotinas y de champán en lo que más querían: el dinero. No para enriquecerse, sino para restituir un poco del terror que distribuían, ilusos de estar protegidos. No con bombas sino con las armas en mano, para recuperar una parte de todo lo que sustraían a millones de desesperados como él.

O quizás solo por el gusto de la venganza, pensó en duermevela, sin buscar excusas en las revoluciones imposibles o en las luminosas sociedades de un futuro en cualquier caso demasiado lejano. Con el último atisbo de consciencia, Jules maldijo mentalmente contra el alba que lo obligaría a traspasar las verjas de la Berliet para afrontar doce horas de polvo, grasa, sudor y humillaciones.

—Te quieren en Dirección.

Jules posó la llave inglesa en el suelo y se asomó por debajo del camión. El jefe de sección estaba a punto de girarse y regresar a su cronómetro, con el que registraba los tiempos de trabajo de la cadena de montaje. Bastaban diez segundos de más para ganarse una amonestación verbal.

—¿En Dirección?... ¿Y por qué?

El jefe de sección lo miró de reojo.

—Y yo qué sé. ¿Jules Bonnot eres tú o no? Bien, deja tu puesto y vete a Dirección. Tienes diez minutos a partir de ahora, espábilate.

Se limpió las manos con un trapo y salió del foso, sacudiendo los pies para liberar sus botas del limo de grasa y aceite. Después se dirigió hacia las oficinas a paso veloz. El jefe de sección lo siguió con la mirada mientras se preguntaba por enésima vez qué clase de tipo era Bonnot, cómo clasificarlo y, sobre todo, en qué diantres debía pensar mientras permanecía mudo durante doce horas seguidas.

Jules golpeó el cristal. Le abrió un guardia, que le hizo entrar con un gesto de cabeza. Él se presentó ante el escritorio del director de línea, el señor Dupré, un hombre corpulento de aire jovial, responsable del ensamblaje de los nuevos camiones de chasis largo.

—¡Oh, Bonnot! —exclamó batiendo palmas como si el encuentro le alegrase—. Buenas noticias para ti. Acomódate. —Y le indicó una silla.

Jules la acercó con un leve temblor en las manos y se sentó. Caprichos de la adrenalina, como el palpar de las venas en las sienes. Estaba seguro de que se trataba de la ineludible ficha policial y del consecuente despido. Aunque el señor Dupré le parecía a fin de cuentas un buen tipo, y no lo habría acogido de aquel modo para

decirle que se marchase. De todos modos, permaneció con todos los músculos en tensión y con las manos contraídas sobre la gorra.

—Veamos, Bonnot: la empresa ha decidido instruir a un grupo limitado de empleados para que obtengan el permiso de conducir. Tú tienes pasión por los motores, eso se nota de sobra. ¿Qué te parece?

Jules hizo un gesto vago, tratando de vencer la confusión que tenía en la mente.

—¿Permiso de conducir? —farfulló—. ¿Y... luego? Quiero decir, sin duda me interesa, pero el trabajo con las culatas...

—Tenemos cosas mejores para ti, ¡qué diantres! Un curso de autoescuela, el permiso y, por lo tanto, la posibilidad de trasladar los camiones terminados de los talleres de montaje a los almacenes de clasificación. Más adelante, quién sabe... quizás te necesitamos incluso como chófer externo, todo es posible. Y, como conductor, tendrás un pequeño aumento.

El director continuó mirándolo durante algunos segundos, sonriendo satisfecho. Jules se limitó a asentir.

—No te veo muy entusiasmado, Bonnot.

—No, no... todo lo contrario. Aprender a conducir es algo que tenía en mente desde hace tiempo. Le estoy agradecido, señor director.

—Fantástico. Recibirás formación a partir del lunes. Puedes marcharte.

Con la cabeza en ebullición, Jules retomó su puesto en el foso. El jefe de sección paró el cronómetro: ocho minutos y cincuenta y seis

segundos. Se alejó tratando de enmascarar la evidente desilusión: un retraso de Bonnot habría sido un excelente pretexto para ponerlo a prueba y hacerle sacar un poco del veneno que llevaba dentro. Porque no había ninguna duda de que aquel Bonnot tenía algo extraño, y no le gustaba en absoluto el modo como le miraba...

Las clases de conducir volvieron a despertar en él la pasión por los medios mecánicos. Superó brillantemente los exámenes y el 17 de septiembre de 1907 le fue entregado un folio de papel grueso repleto de datos, sellos y firmas en el cual destacaban en mayúsculas su nombre y apellido.

Dejó la sección, con sus fosos impregnados de lodo oleoso, y abandonó para siempre las pesadas botas de trabajo: ahora se necesitaban zapatos de suela de cuero que permitiesen tantear con delicadeza la exacta tensión de los pedales del embrague y del freno para poder adoptar las modificaciones necesarias según hubiese que aflojarlos o apretarlos. Más tarde llegó a ser tan experto con el acelerador como para poderlo regular por instinto. Ciertamente, los grandes camiones Berliet obligaban a conducir incluso con los músculos, y a menudo había que sudar para hacer maniobra girando el voluminoso volante, pero Jules no tendría que esperar mucho para hacer realidad el pequeño sueño que cultivaba en aquellos tiempos: estrechar entre sus brazos los mandos del Panhard et Levassor nuevo y flamante del señor Dupré.

—Perdóname, Jules... pero tras aquel bosque de plátanos hay una curva muy cerrada, con un gran bache en el centro. Si continuas pisando el acelerador, temo que mi reumatismo lo pasará muy mal.

Jules redujo de golpe y la vergüenza le hizo enrojecer levemente. Estaba corriendo en la recta al máximo de velocidad que el seis

cilindros le permitía y se había olvidado por completo del señor Dupré.

—Le pido disculpas. Es que... estaba tratando de descubrir hasta dónde daba el motor. Me refiero al número de revoluciones, señor Dupré.

—Está bien, no te preocupes. Por un momento me había dejado llevar yo también porque, sabes, a esta velocidad no lo había puesto nunca. Pero... ¿no crees que se puede romper algo con el motor así de acelerado?

Jules se concentró para tomar la curva con extrema delicadeza, sin hacer tambalear el voluminoso Panhard y, como consecuencia, zarandear al director de un lado a otro del asiento posterior. Luego se giró tres cuartos y siguió mirando fijamente a la carretera.

—En efecto, podrían recalentarse las válvulas y salirse de registro. Pero lo esencial es tener bajo control la temperatura del aceite y su nivel. Mientras no escasee la lubricación no creo que el motor se resienta. A condición, obviamente, de no pasarlo de revoluciones.

—Obviamente —confirmó el señor Dupré, fingiendo haber entendido a la perfección. En realidad, a pesar de ser un dirigente de la Berliet, se ocupaba sobre todo de la cadena de montaje, es decir, de optimizar el funcionamiento, y de motores sabía lo mínimo indispensable. Además, en su sección se construían las grandes culatas para camiones, que debían proporcionar buenas prestaciones a bajas revoluciones y no a velocidad punta.

—Veo que te sientes como pez en el agua con un volante entre las manos —añadió en tono alusivo.

—No pido nada más, señor Dupré. Conducir, para mí, no es solo una actividad laboral. Cómo podría explicárselo...

—Inténtalo, Jules —lo exhortó el director.

—A ver... las vibraciones de un motor son su lenguaje. Él tiene una voz y un modo de transmitir lo que le gusta y lo que le hace sufrir. Si uno sabe escucharlo, puede entender cada mensaje, hasta el más mínimo chirrido o roce anómalo...

Dupré se inclinó ligeramente hacia adelante, con curiosidad.

—Continúa, Jules.

—Bueno, señor Dupré, no quisiera parecerle un loco. Pero si he de serle sincero, creo que los motores tienen alma.

Dupré abrió los ojos como platos y soltó una risilla divertida.

—¿Un alma? ¡Nada menos! ¡Ay, Jules, si te escuchase mi mujer se santiguaría al instante y entraría después a la iglesia más cercana para pedirle perdón al Señor!

Hubo unos segundos de silencio, luego el director estalló en una carcajada. Incluso Jules sonrió, solo para darle gusto.

—Debes tener mucho cuidado —continuó Dupré—. Si quieres llegar a ser mi chófer personal tendrás que aprender a evitar cualquier vinculación entre las miserias de los hombres y el Santo Dios. Para mi consorte, querido Jules, los modernos automóviles son una especie de afrenta a las reglas de la creación. Es religiosísima...

—Emitió un suspiro ruidoso que parecía subrayar la resignación de tener una mujer así—. Para Yvonne, los caballos bastan y sobran, teniendo en cuenta que a los animales los ha creado el Padre Eterno,

mientras que los automóviles... ¡quizás hasta se puede ver en ellos la mano del demonio! —Y estalló de nuevo en carcajadas.

Esta vez Jules permaneció en silencio, la mirada fija al frente. Tenía las orejas de un rojo fuego. Las manos no le temblaban pero la emoción se había trasladado por entero al rostro, encendiéndole las mejillas. El chófer personal... El señor Dupré había dicho eso. Él pensaba que simplemente había querido aprovechar un domingo para verificar cómo se las apañaba con el volante, o que quizás lo usaba como chófer en ausencia del suyo. En cambio, acababa de descubrir que el director lo quería contratar como chófer...

—Vamos Jules, ahora tampoco exageremos. Puedes incluso acelerar un poquitín, al menos esta vez que estamos solos tú y yo. Pero acuérdate de mantener este ritmo cuando esté alguien de la familia, sobre todo mi esposa. Y evita los baches, o si no esa santa mujer me obligará a sacar otra vez el carruaje.

—Señor Dupré...

—Te escucho, Jules.

—¿Me ha parecido entenderle... que me contratará como chófer personal?

El director cogió un puro del bolsillo, lo despuntó con las tijeritas de plata que tenía unidas a una cadenita, lo encendió con cuidado y finalmente dijo:

—¿Por qué no? Se te dan bien los autos, y eres la persona adecuada para tener al mío en buenas condiciones. El chófer que tenía sabía conducir bien, pero no entendía nada de motores. Tú eres capaz de cambiar una rueda, de controlar el aceite, el encendido, las correas... En resumen, necesito a alguien que no se

limite a pasearme sino que sepa también hacer un mínimo de mantenimiento para no quedarnos tirados en medio de la carretera. En eso, casi tiene razón mi mujer: un caballo se para solo por un infarto, pero a los automóviles siempre les pasa algo.

—Es porque son todavía más delicados que los caballos. Más sensibles.

Dupré exhaló una bocanada de humo blanquísimo y denso. Cuando el viento de la ventanilla disipó la nube, volvió a inclinarse hacia adelante.

—Jules, sigue hablándome de aquello del alma. ¿Qué querías decir?

No se hizo de rogar. En la media hora que emplearon en llegar a la villa de campo, Jules contó su teoría sobre la fusión entre el hombre y la máquina acerca del latido al unísono del corazón y los pistones, acerca de las correas de transmisión que son como tendones, y el acero templado que es parecido a un sistema nervioso, en el cual se puede llegar al colapso por una excesiva tensión, y sobre lo importante que era «sentir» la máquina, exactamente como un caballo, intuir su fuerza y sus debilidades, amarla, apreciar la armonía de decenas de partes que, por un mágico misterio, emanan energía, velocidad, potencia.

El señor Dupré escuchaba fascinado, pensando que quizás aquel joven era un poco extraño, seguramente diferente de como se lo había imaginado, pero en el fondo tenía algo más que los otros: un entusiasmo contagioso, irresistible, apasionado. Un entusiasmo que habría dado buenos resultados si fuese encaminado en la dirección adecuada. Al día siguiente mismo lo había mandado al sastre para que se hiciera confeccionar un uniforme a medida, con gorra y botas

negras, como era obligado para el chófer de un dirigente de la Berliet.

Con la señora Yvonne las cosas fueron de maravilla. Ella desgranaba el rosario, contemplaba el paisaje murmurando jaculatorías, se persignaba dejando atrás iglesias, cementerios, santuarios, hitos que recordaban caídos en batalla y, en ciertas ocasiones, hasta ante las estelas de cemento que indicaban los kilómetros de una carretera estatal y que ella confundía con lápidas o quién sabe qué otra cosa. Jules conducía con extrema cautela; la señora no se dignaba a mirarlo, de todos modos su altanero silencio significaba que apreciaba enormemente los servicios del nuevo chófer. «No cojas los baches» fue la única observación que le oyó decir al marido. Y no era poco. Con el señor Dupré, por otra parte, no podía ir mejor. Para ser un representante de la clase dominante manifestaba incluso demasiada simpatía. A decir verdad, Jules estaba un poco confuso, en el sentido de tener que revisar algunas certezas absolutas del tipo: «Los patrones son todos unos cerdos» y otras frases hechas con las que se había alimentado durante mucho tiempo. Bueno, Dupré no era un patrón propiamente dicho sino un dirigente. Aunque, según las experiencias pasadas de Jules, aquel tipo de personas siempre lo había tratado incluso peor que los patrones. En conclusión, debía admitir que no bastaba con estar en la otra parte de la barricada para ser automáticamente un desalmado. Lo estimaba, a fin de cuentas. Y no entendía cómo era capaz de conciliar su gentileza y cordialidad con el rol social que desempeñaba. Además, el señor Dupré era jovial, alegre, dispuesto a compartir un vaso de pastis con su chófer, y Jules había aprendido a reconocer aquel bajar la voz suyo que indicaba una taberna en la carretera, como si pararse a beber una copita fuese un atentado contra la unidad familiar a tener que esconder con extrema cautela,

cuchicheando un: «Eh, Jules, ¿qué me dices si nos paramos un momento a quitarnos un poco el polvo de la boca?». Sí, le caía bien aquel extraño prototipo de dirigente industrial. Por ello, una vez, se había permitido expresar una opinión sobre sus intenciones de presentarse como candidato a las elecciones. Dupré hablaba de ello vagamente, remitía el asunto a un futuro indefinido, pero Jules no había podido contenerse de tomar aquella confianza temeraria. Y le había dicho:

—Yo en su lugar me mantendría lejos de los políticos.

Dupré había enmudecido por la sorpresa. Pero no lo había tratado con frialdad, como imponían las circunstancias frente a las indebidas intromisiones de un chófer. Después de algunos kilómetros, le había preguntado:

—¿Y por qué no debería presentarme, según tú?

Encogiéndose de hombros, Jules había respondido:

—Porque usted, señor Dupré, no tiene los dientes suficientemente afilados y no está acostumbrado a devorar a sus semejantes.

A la frase le había seguido un embarazoso silencio, ininterrumpido hasta la llegada.

Dupré se quedó perplejo durante al menos dos días. Y no volvió a plantear más el asunto en presencia de Jules.

Duró algunos meses. El tiempo necesario para ilusionarse.

Esa mañana, el señor Dupré saludó a Jules con un ademán, contrariamente a las costumbres del director que, a aquella hora, solía estar por lo general alegre y bromista. Durante buena parte del viaje se dedicó a estudiar los folios que tenía en el maletín y evitó

dirigirle la palabra. Cuando estaban a punto de entrar en los suburbios de Monplaisir, alargó una mano indicando una callejuela lateral.

—Excúseme... ¿debo girar aquí? —preguntó Jules.

Dupré asintió, con un rezongo de fastidio. Jules ralentizó la marcha y unos cientos de metros más allá dijo:

—El camino es muy accidentado, señor. Y ayer noche llovió, no querría que nos atascásemos en el barro...

—Está bien, está bien, párate en cuanto puedas.

Jules obedeció, sin entender qué era lo que podía llevarles en medio de esos campos yermos. Eligió un claro donde la tierra parecía menos mojada y con suficiente hierba como para no ceder al peso del auto. Tiró del freno a mano y se giró para mirar al director, a la espera de órdenes.

—Ven, Jules. Demos una vuelta.

Lo siguió, cada vez más inquieto.

Caminaron durante algunos minutos, luego Dupré se paró de golpe, mientras se quitaba el sombrero y se pasaba nerviosamente una mano entre los cabellos ya ralos.

—¡Cristo! ¿Qué diablos quieres que haga ahora?

Estaba desolado. Y Jules no lo había escuchado nunca maldecir.

—No entiendo... ¿A qué se refiere, señor Dupré?

El director lo miró por primera vez a los ojos, y se mordía los labios buscando las palabras para continuar.

—Escucha, Jules... Yo no tenía ningún problema contigo. Trata de entenderme. Te apreciaba, y te habría confiado cualquier cosa, ¡incluso la vida de mis hijos! Porque sabrás que no ocurre todos los días que alguien de mi posición permita a sus chavales salir de paseo a solas con el chófer. ¿Entiendes cuánto me fiaba de ti?

Hablaba en pasado. Y Jules, por ello, se sintió vacío de cualquier energía, esperando con resignación el final.

—Luego, ayer por la noche... el prefecto vino a cenar a casa. Entiendes, Jules, alguien como yo... y no tienen nada que ver las elecciones, ¡diantres! Pero la empresa no me lo perdonaría. Pronto acabarían sabiéndolo, así que prefiero decírtelo antes y buscar la solución menos dolorosa para ambos.

Jules asintió. Ya no le interesaba saber adónde iría a parar aquel discurso. De todos modos, el resultado final estaba clarísimo.

—Mira... el prefecto me ha hablado de forma confidencial... dice que dentro de algunos días llegará a la fábrica un expediente a tu nombre.

Los labios de Jules esbozaron una sonrisa melancólica.

—Santo cielo, yo no puedo exponerme, ¿lo entiendes? Incluso si rechazase seguir sus... sus consejos, luego intervendría la empresa. Y te despedirían de todos modos. Porque es la empresa la que te paga el sueldo, ellos me han asignado un chófer, y yo... yo... ¿qué narices puedo hacer yo?

—Nada, señor Dupré —murmuró Jules.

El director se golpeó en la palma con el puño en un repentino ataque de rabia.

—¡Maldición, Jules! ¿Pero me puedes explicar qué diablos tienes que hacer tú con esa gente? ¿Eh? ¡Tú, conchabado con esos criminales, asesinos que lanzan bombas en los tribunales, en las prefecturas!...

—Yo no lanzo bombas en ningún sitio, señor Dupré.

—¡Lo que nos quedaba por oír! ¡Faltaría más! Pero estás fichado como anarquista, y a los anarquistas, en estos tiempos, nadie los contrata en una gran empresa de interés nacional. ¡Menos aún en la Berliet!

Dupré caminó nerviosamente alrededor, sacudiendo la cabeza.

—No estoy diciendo que seas un loco asesino... no. Pero la Policía te considera peligroso, de los que hay que mantenerse alejado. Si dependiese de mí, si tú fueses un asalariado mío, habría respondido al prefecto con una carcajada, ¡y luego le habría dicho que se ocupara de cuestiones más serias!

—¿Está seguro de eso, señor Dupré? —se atrevió a preguntar Jules.

Los dos hombres se miraron fijamente durante unos segundos. Por su mirada afligida, Jules intuyó que probablemente el director sí hubiera respondido así. Y fue él el primero en bajar la mirada.

—Usted no tiene la culpa. Lo sé. No puede hacer nada.

Dupré apretó los puños mirando hacia los campos.

—Existen leyes... quizás excesivas, a lo mejor equivocadas... pero con las bombas, Dios mío, ¡habéis dado vía libre a la barbarie! Y ahora hemos llegado al punto de que basta con ser señalado como anarquista para acabar aplastado...

Volvió a mirar a Jules. Tenía los ojos brillantes, Dupré, y parecía haber envejecido muchos años. La impotencia lo había transformado.

—Jules... ¿serías capaz de explicarme qué esperan los anarquistas de esta sociedad? Porque, mira, de verdad que no consigo entenderlo...

—Los anarquistas no lo sé. Yo, señor Dupré... yo no me espero nada más que esto.

PARÍS, 1908

Para Víctor, la ciudad de los opulentos Campos Elíseos, de los grandes bulevares con escaparates resplandecientes, de los parques bien cuidados donde parejas de damas y caballeros exhibían telas y metales preciosos, era un lugar ajeno, un territorio enemigo. Su París era una procesión gris de canales, cementerios, terrenos yermos y construcciones ruinosas que, desde los barrios obreros de Charonne, trepaba hasta las lomas de Belleville y Ménilmontant, barrios efervescentes de humanidad bulliciosa, caótica, enfangada en invierno y polvorienta en verano, frenéticamente ocupada en conquistar el pan de cada día y en defenderse de la vida. Entre aquellas mujeres desgredadas y valientes, entre aquellos hombres descarados y a menudo inciertos, dispuestos a cualquier perversa proeza para acudir en ayuda de un paria o capaces de las peores bajezas, bajo aquellos puentes de hierro donde el aire olía a desechos en putrefacción, sudor y fruta fermentada, Víctor encontró su casta, la de los rebeldes sin patria, eternos extranjeros que se decían anarquistas porque solo la anarquía podía comprender infinitos modos de entender la revuelta. También su Montmartre era diferente al de los cabarés, los artistas, los colores al óleo y las tibias mañanas de sol. El único local que frecuentaba, una especie de tierra de nadie entre bohemios y miserables, era el Lapin Agile del viejo Frédé, donde se cantaban las baladas de François Villon, el vagabundo, el poeta rebelde de la tristeza alegre, muerto en la

horca. Su Montmartre estaba a los pies de las obras polvorientas y atestadas de piedras donde se construía lentamente la basílica del Sacré-Coeur, adosada a los muros ensangrentados con los últimos fusilados de la Comuna. Allí, Víctor conoció a un hombre de edad indefinible, una mezcla de vagabundo y predicador, que se movía con muletas pero que tenía un tórax poderoso y una espesa mata de cabellos y barba descuidados: Albert Libertad, camorrista, orador genial, hostigador incansable y mujeriego impenitente, se unía a la fila de los pelagatos a la espera de una sopa, a pocos pasos de las obras, y causaba desbarajustes instigando a la rebelión, improvisando mítines agresivos, violentos, que gracias a su magnetismo irresistible, acababan en tumultos con los gendarmes. Y Libertad no retrocedía precisamente, remolinaba las muletas y despotricaba furiosamente. Su individualismo anarquista se fundaba en una doctrina simple, fulgurante en la claridad de las consignas: «No hay que esperar a la revolución: aquellos que prometen la revolución son bufones como todos los demás. Ser hombres libres significa vivir como hombres libres. La anarquía no se hace, no se construye: solamente se puede ser anarquista y vivir como anarquista».

Libertad había fundado una revista, *L'Anarchie*; redacción y tipografía en una vieja casa de Montmartre que era una especie de comuna, perennemente a merced de un frenético ir y venir de parias, rimbombante de canciones, carcajadas, discusiones encendidas, ruidos de imprenta y prensas. Víctor comenzó a frecuentar la casa, y en poco tiempo se convirtió en un referente ideológico y en un incansable colaborador, ya se tratase de escribir un artículo incendiario o de cargarse a la espalda los paquetes de copias para distribuir. Poco más tarde, era 1908, Libertad se implicó en el enésimo enfrentamiento y esta vez se encontró con

demasiados policías encima para sus muletas. Apaleado hasta la saciedad, tuvo que ser hospitalizado. Y allí murió, después de haber escrito su breve testamento: «Dejo mi carroña a los estudiosos de anatomía, que la usen para que la ciencia progrese». A raíz de aquello, Víctor se convirtió en el alma y la mente de *L'Anarchie*, se alineó con los principios de la «revolución permanente» de Elisée Reclus e hizo propaganda de la necesidad irrenunciable de la revuelta, aunque tomando cada vez más distancia con las opciones suicidas de los «ilegalistas»: pretender vivir al margen de la sociedad, sostenía Víctor, es una ilusión, porque esta sociedad no tiene márgenes, uno está, se quiera o no, obligado a formar parte de ella, y empuñar una pistola para no ser más ni explotados ni explotadores significa solamente transformarse en hombres perseguidos.

Luego, un día, llegó Raymond.

Se había cansado de las calles soleadas y del aire puro, de la lluvia y del viento. También para él, París había ejercido una atracción irresistible. La soledad no había hecho más que recrudecerlo, había vuelto sus elecciones aún más radicales: profesaba un apasionado amor por la ciencia, entendida como solución a todos los males de la humanidad, y una rigurosa alimentación vegetariana como respuesta a la violencia del mundo. Pero en cuanto a la violencia de los hombres, Raymond era un ilegalista convencido. Y no había llegado solo: quién sabe cómo, se había reencontrado con Edouard Carouy, que había decidido seguirlo hasta la capital. Estuvieron contentos de abrazar de nuevo a Víctor y durante algunos días se dedicaron a festejarlo y a nada más. Pero más tarde resurgieron las diferencias, tanto ideológicas como relativas a la opción de vida, exasperantes en el plano político. Y dentro de *L'Anarchie* se confirmó una fractura incurable. La fascinación por la acción directa y la rebelión individual

acabaron por concretarse en una peligrosa forma de fetichismo: Raymond y Edouard apreciaban morbosamente las pistolas y las cajas de balas. Con ellos, muchos anarquistas comenzaron a andar con un revólver en el cinturón. Víctor, exhausto, renunció a *L'Anarchie*, que quedó en manos de Raymond y de sus illegalistes.

LA LLEGADA DE LAS TRAGAPERRAS

El señor Dupré le había dado una carta de recomendación donde lo describía como un excelente chófer, experto en mantenimiento de vehículos, persona reservada que gozaba de su confianza, y otras afirmaciones que, un día, se habrían podido volver contra el director de la Berliet. Pero aquel hombre jovial y afable, tan diferente a los superiores que Jules estaba acostumbrado a soportar, había escrito la carta en un arrebató de afecto incondicional hacia el chófer que, para la Policía y buena parte de la sociedad, era solo un canalla irrecuperable. Jules le dio las gracias, el señor Dupré le estrechó la mano evitando su mirada, y el enésimo empleo honesto quedó atrás.

No sabía muy bien qué hacer con aquella recomendación. En Francia, cualquiera que lo contratara, antes o después, estaría obligado a librarse de él. Los propietarios de autos que además podían permitirse un chófer eran personas influyentes y a menudo cercanas al poder, tanto como para no conformarse con una simple carta llena de elogios: pedirían información y todo volvería al punto de partida. Jules pensó que el señor Dupré se había expuesto inútilmente y que habría dado una pésima imagen si hubiese usado su nombre para buscar un nuevo trabajo. De todos modos, guardó aquel trozo de papel en un bolsillo de la talega, más como recuerdo

de un fragmento de vida casi serena que como esperanza de volver a conducir una limusina con un uniforme de chófer puesto.

Para sobrevivir, se inventó una actividad bastante curiosa en un campo que prometía ser de rápida expansión: distribuir máquinas tragaperras importadas de América en locales y casinos, garantizando incluso la manutención. Encontró un socio zarrapastroso, un tal Blumenthal, judío de unos cincuenta años, lleno de deudas pero rico en optimismo, con quien durante algún tiempo soñó fáciles y rápidas ganancias. Pero la competencia en el sector era ya despiadada.

Una noche, Jules conducía el camión repleto de máquinas retiradas de un carguero en Le Havre con destino a París. A su lado, Blumenthal roncaba, digiriendo, como de costumbre, los litros de cerveza engullidos. No llegaba a emborracharse nunca, pero fluctuaba permanentemente en un estado de celestial semiinconsciencia, calmado por la cerveza que le aliviaba cualquier problema presente y futuro. A Jules no le gustaban los borrachos, pero Blumenthal al menos estaba siempre alegre y sabía adormilarse antes de volverse insoportable. Tras una curva, se encendieron de golpe los faros de un auto, inmóvil en el centro de la calzada. Jules frenó en seco, y Blumenthal se golpeó la frente contra el parabrisas.

—¡Santo cielo, Jules...! ¿Qué demonios te ha pasado?

No hubo tiempo para decir nada más. El cañón de un revólver se hundió en la mejilla de Blumenthal, que había dejado la ventanilla bajada, mientras la puerta del lado de Jules se abría de par en par y un tipo achaparrado mostraba una escopeta de cañones recortados apuntando a su vientre. Jules se bajó sin decir una palabra, con las manos bien a la vista. Cuando ambos estuvieron frente a los dos

faros cegadores, un hombre salió repentinamente de entre los espesos matorrales y los saludó:

—Buenas noches, señores. Lamentándolo mucho, su viaje concluye aquí.

Elegante, con un anillo reluciente en el meñique, gemelos de oro en los puños, el hombre suspiró fingiendo estar afligido.

—Es un mal oficio, creedme. Cuanto antes lo dejéis, más probabilidades tendréis de vivir en paz.

Le hizo un gesto al energúmeno que estaba detrás de él, que fue hacia el camión blandiendo un hacha de bomberos de doble hoja y mango largo. Otro subió velozmente a la caja y empezó a arrojar fuera las tragaperras nuevas de fábrica. A cada una, el enorme gorila le plantaba un hachazo en el centro, uno solo, pero soltado con tanta fuerza como para alcanzar el corazón de la máquina y destrozarla. El ruido de chapas desfondadas y muelles que saltaban hizo encogerse al pobre Blumenthal, que parecía enroscarse sobre sí mismo con cada nuevo golpe. Jules permaneció impasible. Estudiaba al tipo que le apuntaba con el revólver. El figurín seguramente iba armado, visto el abultamiento bajo la chaqueta, pero con un poco de suerte podría derribar al otro y golpearle a él antes de que sacase el arma. El problema era Blumenthal: no podía esperar ninguna ayuda por su parte, achicado como estaba. Ahora incluso lloraba y balbuceaba:

—¿Cómo las pago?... Esos me matan, les debo un montón de dinero...

El hombre elegante sacudió la cabeza y dijo:

—Podías haberlo pensado antes. Te lo habíamos advertido.

Jules no sabía a qué se referían y sintió un odio repentino hacia Blumenthal, que no lo había puesto al corriente sobre los riesgos. El tipo del revólver soltó una carcajada, dio un respingo y durante una fracción de segundo se distrajo con el judío que había caído de rodillas. Jules saltó: codazo en la boca y mano en la muñeca. El tipo se giró hacia atrás pero no soltó inmediatamente el arma, y cuando Jules consiguió arrancársela ya tenía la recortada apoyada en la nuca.

El jefe del grupo se acercó, observándolo con aire divertido.

—Eres rápido, muchacho. Y tienes agallas. Nosotros somos cuatro, y tú... bueno, visto que el barrigudo de tu socio se lo está haciendo en los calzoncillos, se puede decir que estás completamente solo. Enhorabuena. Precisamente necesito uno despierto como tú.

El tipo que había recibido el codazo se levantó, taponándose la sangre de la boca con el pañuelo. Escupió un diente y miró a su jefe: esperaba que le diese la autorización para vengarse. Pero este lo frenó con un gesto brusco.

—Tranquilo, Gachot. El muchacho me debe una respuesta.

Jules le sostuvo la mirada. Y murmuró:

—No, gracias. He tenido suficiente. Tiene usted razón, este es un oficio complicado.

—¿Seguro seguro? —preguntó el otro con tono burlón, como si le hablase a un niño recalcitrante.

—Segurísimo —replicó Jules.

El hombre elegante mostró una expresión de disgusto y luego se dirigió al tipo de la boca partida mientras asentía resignado. El otro

no esperó ulterior confirmación: le lanzó tres ganchos al estómago de Jules, tres coces que le cortaron la respiración y lo doblaron en dos. Cayó de bruces al suelo y no se ganó un golpe de tacón en la cara solo porque el jefe intervino con un perentorio:

—Es suficiente, Gachot.

Alzando la mano, dio la orden de retirada. El de la recortada disparó una salva contra la rueda anterior izquierda y la segunda sobre el parabrisas; el gorila del hacha hundió su mamotreto primero en un faro y luego en el otro, después partió en dos el radiador con un mandoble digno de un verdugo profesional.

Montaron de nuevo en el coche y desaparecieron en la oscuridad. Cuando Jules consiguió ponerse en pie, el rugido del motor se había apagado ya en la lejanía. Blumenthal, mientras tanto, había comenzado a caminar en dirección opuesta, gimoteándole a la luna.

Jules lo siguió. Faltaban al menos quince kilómetros hasta el pueblo más cercano, donde había una estación ferroviaria.

—Es hora de cambiar de aires, de dejar por un tiempo esta pocilga —pensó, arrastrando los pies y masajeándose el vientre de donde provenía un siniestro borboteo a cada movimiento.

EL NUEVO CHÓFER DE SIR ARTHUR

El motor del Lanchester Landaulette ronroneaba monótono y regular en la recta que atravesaba los campos de Sussex. Los dieciséis caballos custodiados en el capó habrían permitido una velocidad mayor pero aquel día, el propietario, sir Arthur, no tenía ninguna prisa por llegar al destino. Cómodamente sentado detrás, hasta el punto de tener una pierna cruzada sobre la otra, y con el inevitable puro en mano, sir Arthur conversaba con el amigo Ashton Wolfe, también escritor. El chófer miraba la carretera y parecía absorto en la conducción pero en realidad no perdía una palabra de cuanto se decía a su espalda.

—Si quieres que te sea sincero, querido Arthur —dijo Ashton alzando el tono de voz, señal de que comenzaba a irritarse—, yo encuentro de pésimo gusto el título: Arséne Lupin contra Herlock Sholmes. Ante todo, era su deber pedirte permiso y...

—¿Permiso? —lo interrumpió sir Arthur—. Pero si es solamente un juego, un intercambio de iniciales que denota la voluntad de ironizar sobre ese cocainómano desgraciado.

Se alisó los tupidos bigotes y esbozó una media sonrisa divertida. Ashton resopló y dio un ligero manotazo al borde de la puerta.

—No, no, tu sarcasmo hacia Holmes ya lo conozco, y aunque no lo comparto, eres muy dueño de tratar como quieras a tu criatura. ¡Pero deberías protegerte de ciertas faltas de respeto!

Sir Arthur frunció el ceño, plegando aún más los bigotes.

—Vamos, Ashton... eso que tú llamas «mi criatura» se ha convertido en un estorbo, una verdadera desgracia, y ya no sé qué puedo hacer para librarme de ella. Pero ya hemos hablado de ello hasta la saciedad, dejémoslo así. En cuanto a la falta de respeto, en cambio... no exageremos. Maurice Leblanc tiene todo el derecho de mofarse de un personaje que es ya más real y notorio que su incauto autor. No seré precisamente yo el que se lamente de ello. Al contrario, pienso que un buen modo de minimizar los daños provocados por Holmes sea justamente empezar a ridiculizarlo.

Ashton suspiró y se puso a mirar la campiña para evitar insistir. Pero no se contuvo de decir poco después:

—Inaudito. El que lo ha creado es su más acérrimo difamador. Te equivocas Arthur, ya te lo he dicho no sé cuántas veces.

—Sí, me lo has dicho incluso demasiadas veces —replicó sir Arthur al tiempo que desprendía delicadamente la ceniza del puro con la uña del meñique—. Y este pobre Leblanc, créeme, acabará también maldiciendo a su personaje el día que se dé cuenta de que el mundo se acordará más de Arséne Lupin que de su creador. Y como yo, podrá escribir cualquier otra obra, inmensamente más válida y profunda, pero el público, estúpido y superficial como es, continuará pidiéndole solo las aventuras del ladrón caballeroso. Me pregunto si se da cuenta del lío en que se ha metido.

Luego, tratando de cambiar de tema, se dirigió al chófer:

—Dígame, Jules, ¿usted ha oído hablar alguna vez de un tal Arséne Lupin?

Y le lanzó una mirada a Ashton, como para invitarlo a escuchar la respuesta.

Jules fingió no haber seguido la conversación y preguntó con aire repentinamente atento:

—¿Ha dicho Arséne Lupin, sir Arthur?

—El mismo. ¿Le dice algo ese nombre? A fin de cuentas es un compatriota suyo —añadió sir Arthur guiñándole un ojo a Ashton, que se había inclinado ligeramente hacia adelante.

—Sí, lo conozco —dijo en tono neutro Jules.

Ashton asumió una expresión exageradamente interesada, saboreando de antemano la continuación. Había tenido una discusión sobre las dotes del nuevo chófer, al que sir Arthur juzgaba, con diferencia, mucho más instruido que la media, incluso extraordinario en el aprendizaje de la lengua inglesa, con grandes progresos en el transcurso de unas pocas semanas. Ashton, a priori escéptico como siempre, había puesto en duda que una persona inteligente y además instruida se limitase a realizar aquel trabajo. Por ello, ante la aserción de Jules, preguntó maliciosamente:

—Y dígame, ¿dónde lo conoció, al señor Lupin?

—En Francia, sir Ashton —respondió tranquilamente Jules—. No personalmente, por desgracia. Pero sé lo suficiente de él como para considerarlo una persona interesante. Muy interesante.

Se mordisqueó el labio y volvió a mirar fijamente a la carretera. Había dicho demasiado, lo presentía. Pero aquellos dos ingleses no

sabían ni remotamente de quién estaban hablando y el tono mordaz de Ashton Wolfe comenzaba a crisparle los nervios.

—Perdóneme, Jules... —intervino sir Arthur—. Quizás usted ha caído en un equívoco. Arséne Lupin es un personaje de ficción, el protagonista de las novelas que un tal Maurice Leblanc, compatriota suyo, se ha inventado...

—No, sir Arthur —lo interrumpió con inusual decisión Jules—, Leblanc se ha inventado solamente el nombre, no el personaje. Y si fuese un hombre de honor, daría parte de las ganancias al legítimo inspirador de sus novelitas.

Un salto provocado por un badén hizo cerrar de golpe la boca a Ashton, que emitió un clac seco. Afortunadamente, no se mordió la lengua. Sir Arthur, en cambio, había dejado caer una oblea de ceniza sobre el chaleco por el estupor.

—Me parece advertir una cierta acritud hacia Leblanc, querido Jules. ¿Puedo saber qué mal le ha hecho a usted?

—A mí, nada. Pero se está enriqueciendo a expensas de un hombre que ya no está en condiciones de defenderse. Aunque supongo que Jacob soltará unas buenas carcajadas leyendo sus libros.

—Un momento, a ver si lo entiendo —se apresuró a decir sir Arthur— ¿Quién sería, entonces, el tal Jacob?

Jules ganó tiempo con la excusa de quitarse el polvo de los anteojos con un paño que tenía al lado. ¿Por qué razón se había dejado enredar en aquella absurda discusión? No debía descubrirse hasta aquel punto. El chófer serio y de pocas palabras, tal como aparecía él a los ojos de su jefe, no podía abandonarse de pronto a la

defensa apasionada de un hombre para él valeroso y de insólita dignidad, pero que, para los dos caballeros ingleses sentados a su espalda, era ante todo un maleante y un ladrón impenitente.

—¿Entonces, Jules? —lo acució Ashton.

—Marius Jacob es el hombre que ha llevado a cabo al menos trescientos golpes contra las más ricas personalidades de Francia, y sin que la policía haya sabido nunca cómo. Arséne Lupin es él. Maurice Leblanc no ha hecho más que documentarse sobre sus acciones, adornándolas con champán y con mujercitas zalameras, eso es todo.

Al diablo, pensó Jules. Visto que eran escritores, que aprendiesen algo de la realidad. Y si con ello se arriesgaba a quedar mal, ¡qué se le va a hacer! Marius Jacob merecía tal riesgo. Era lo mínimo que podía hacer por él.

Sir Arthur le lanzó una mirada triunfante al amigo Ashton: se lo había dicho, aquel chófer francés era un personaje sorprendente. Luego, intrigado, preguntó a Jules:

—¿Y dónde se encuentra ahora este señor?

—En la Guayana. Trabajos forzados de por vida.

Ashton soltó una risita sofocada para añadir luego con ironía:

—Lupin ha sido más hábil, al menos hasta ahora. Si su Jacob ha acabado en la Guayana, no era tan escurridizo como parecía.

—Un incidente provocado por otros —refutó Jules—. Por no abandonar a los compañeros con dificultades ha caído en la red.

—Entonces no solía trabajar por su cuenta —añadió sir Arthur, alisándose el bigote con un gesto repetitivo, señal del profundo interés que aquella conversación suscitaba en él.

—Algunas veces sí, otras no —explicó Jules—. Dependía del tipo de acciones. Cuando necesitaba «asistentes» tenía a su disposición eficaces ayudas. Les llamaban Les Travailleurs de la Nuit. Pero él era siempre el cerebro de todos los planes. Sin Marius Jacob, los demás no podían hacer nada.

Los dos ingleses se intercambiaron una larga mirada. Ashton asintió, ladeando la cabeza: aquel francés era un individuo de veras singular. Para ser solo un chófer, sabía mantener una conversación sobre temas insospechables.

—Y de estas sorprendentes empresas criminales —retomó sir Arthur—, ¿sabría contarnos alguna?

Jules pisó el freno con delicadeza y redujo las marchas: una manada de vacas acababa de atravesar la carretera pero la última, aparentemente atraída por el Landaulette de sir Arthur Conan Doyle, permanecía en mitad de la calzada observándoles con una mirada singularmente atenta para un bovino. Jules tocó el claxon repetidas veces. El vaquero volvió atrás y asestó un bastonazo a las nalgas de la bestia que, sin manifestar excesivo resentimiento, se decidió a dar algún paso sin dejar de mirar de reojo a aquel extraño animal chirriante que además emanaba un intenso olor a humo rancio. Jules recuperó la velocidad normal y, después de algunos minutos, se decidió a contar:

—En Francia, todos, o casi, recuerdan la primera mofa colosal de Marius Jacob. Creo que fue en el noventa y siete. Como las otras operaciones, también esta se acabó sabiendo solo porque él la hizo

pública en el juicio. Era un maestro del disfraz. Pero aquella vez se limitó a hacerle de «secretario» a un socio suyo, mayor que él y de aspecto serio, al que le puso una chistera en la cabeza y una banda tricolor en el pecho. Se presentaron en el Monte de Piedad, pusieron ante las narices del director una falsa orden que hablaba de objetos robados depositados en los almacenes y, tras haber mandado cerrar los batientes, iniciaron el inventario. Considerando que en el mundillo de los empeños hay siempre alguna usura que esconder, al director ni se le pasó por la cabeza ponerles trabas. Después de tres horas de meticulosas pesquisas, con la catalogación de las piezas de mayor valor que acababan en su espaciosa maleta, Jacob le puso las esposas al director mientras le comunicaba que, con su más profundo pesar, se veía obligado a detenerlo para unas verificaciones.

Sir Arthur continuaba rizándose el bigote derecho mientras Ashton, que mostraba signos de inquietud, aprovechó la pausa para exclamar:

—¿Y dejaron a aquel infeliz esposado en el Monte de Piedad?

Jules sacudió la cabeza.

—No, porque a Marius Jacob no le interesaba el hurto en sí sino burlarse de las instituciones, y de la manera más clamorosa posible. El pobre hombre —y puso una entonación irónica al repetir la definición de Ashton— tenía mala conciencia por culpa de ciertos préstamos a alto interés sobre unos objetos preciosos puestos a su nombre, y en aquel momento estaba demasiado ocupado inventando una justificación para exponer ante el juez. Jacob lo subió a la carroza que los esperaba, dio orden al cochero de llevarlos al Palacio de Justicia y condujo al director hasta el despacho del

fiscal. Hizo acomodar al director en un banco del pasillo, entró en la oficina donde pidió una información banal, y cuando regresó le quitó las esposas a su víctima, invitándole a esperar a que el procurador lo llamase para el interrogatorio de rigor. Y antes de marcharse con la maleta llena de oro, le advirtió que la cuestión era considerada muy grave...

Sir Arthur emitió una risita silenciosa. Ashton le dirigió una mirada atónita.

—¿Lo encuentras divertido? —preguntó.

—Divertido, no. Genial —respondió sir Arthur.

—Estás hablando de un criminal de la Guayana, no del Arsène Lupin de Leblanc.

Sir Arthur se encogió de hombros, luego encendió de nuevo el puro y dijo:

—Inteligencia e inventiva pueden tomar el camino equivocado y ponerse al servicio del crimen, pero no por ello quedan negadas como tales. Y de todos modos, querido Ashton, el destino es siempre el que juega la última carta. Mírame a mí: de chaval, en Edimburgo, era un pendenciero, frecuentaba a gamberros callejeros y a menudo regresaba a casa con un ojo morado y la ropa hecha jirones. Oh, es cierto, lo hacía para defender a los más débiles... Pero mi concepto de justicia consistía en pegar más fuerte de lo que lo hacían los prepotentes. Y si en una pelea hubiese herido seriamente a un adversario, o peor aún, si por desgracia lo hubiese matado, habría acabado en un reformatorio. Y entonces, dudo que ahora estuviese aquí, gozando de mis opulentos derechos de autor, cómodamente sentado en este auto.

Ashton suspiró dubitativo y con ello inhaló parte de la densa nube que, antes de dispersarse en el viento, flotó en el habitáculo envolviendo a los ocupantes. Sir Arthur alzó una mano en señal de disculpa, luego se dirigió a Jules:

—Y aquel director del Monte de Piedad ¿cuánto tardó en darse cuenta de la feroz burla que le habían jugado?

—Todo el día —respondió Jules, que se esforzaba por no revelar su satisfacción.

—¿Quiere decir que nadie le preguntó qué estaba haciendo allí, sentado en un banco del Palacio de Justicia? —intervino Ashton, aclarándose la voz tras la tos.

—Cuando llegó la hora del cierre —explicó Jules—, un conserje se acercó, y aquel se puso a gritar que era inocente, que él no sabía que se trataba de objetos robados, y otras cosas que al juez instructor asomado al pasillo le parecieron incoherentes, pero también sospechosas. Entonces, ordenó que el director fuese encerrado en una celda a la espera de que al día siguiente se aclarase la cuestión.

—¿Pero cómo? —prorrumpió Ashton—, ¿lo mandó arrestar sin saber de qué se le acusaba?

—Ya ve —dijo Jules con aire distraído—, el caso es que el juez tenía prisa por irse a casa, y si se hubiese parado a esclarecerlo, teniendo que redactar un informe y abrir un nuevo expediente... habría tenido que quedarse allí toda la noche. Mejor dejarlo para el día siguiente, sin necesidad de recurrir a horas extraordinarias.

Sir Arthur comenzó a reír quedamente, con aquel modo suyo socarrón, con la boca entreabierta y sin emitir sonidos, limitándose a estremecerse alisándose el bigote.

—Debo admitir que su Marius Jacob —concluyó mientras el auto ralentizaba ante la proximidad de la verja de casa— es indudablemente más interesante que ese dandi de frac tan amado por los lectores. Y monsieur Leblanc tendría al menos el deber moral de dedicarle cada uno de sus afortunados libros...

—¿Y tú? —preguntó Ashton— ¿no tienes a nadie a quien agradecer el haberte inspirado a Holmes?

—Desgraciadamente, no —respondió sir Arthur poniéndose serio—. Si lo tuviese podría decirle al mundo: he aquí el verdadero Holmes. Perseguidlo a él y dejadme en paz de una dichosa vez a mí.

EL HOMBRE QUE INTENTÓ MATAR A SHERLOCK HOLMES

La cama era más mullida y cómoda que cualquiera de las que hubiera tenido en el pasado, y la habitación, que probablemente debía ser la más pequeña de la casa, no era menos espaciosa que las buhardillas en las que había vivido con Sophie y estaba decorada cuidando cada detalle, de los grabados de las paredes a la alfombra sobre el parquet, del armario de nogal con olor a cera al escritorio de taracea lleno de cajones y compartimentos, donde transcurría buena parte de su tiempo libre, leyendo los libros que sir Arthur le permitía coger de la biblioteca. La selección era indudablemente amplia, pero no incluía ciertamente los textos que Jules prefería: Mijaíl Bakunin y Pierre-Joseph Proudhon no figuraban entre los pensadores favoritos de sir Arthur que, a decir verdad, mucho antes que las temáticas sociales prefería los relatos de grandes empresas bélicas o, detalle que llamaba la atención a Jules, innumerables tratados de espiritismo y ciencias ocultas. El problema principal, de todas maneras, era siempre la lengua: Jules se esforzaba en leer textos en inglés, sobre todo para adquirir cierta propiedad en el lenguaje y ampliar el vocabulario, pero entre sostener una conversación y captar las sutilezas de la literatura había un abismo. En la gran biblioteca que ocupaba buena parte de la planta baja había encontrado varios textos en francés y algunas traducciones de las novelas de sir Arthur con Sherlock Holmes como protagonista. Era precisamente una de estas la que Jules leía a la luz de la lámpara de

gas cuando escuchó los dos golpecillos en la puerta y la voz de timbre bajo y tono cortés de sir Arthur:

—Jules, ¿le molesto?

Fue a abrir, metiéndose a toda prisa la camisa dentro de los pantalones.

—Siéntase cómodo, se lo ruego. Le vengo a importunar porque he tenido que cambiar mis planes respecto a la jornada de mañana. Tenemos que estar en Londres a primera hora de la tarde, por lo que pensaba partir más bien temprano, así podré despachar algunas cuestiones con mi editor.

—No hay problema —dijo Jules—. Había decidido acostarme ya, apenas acabase el capítulo. —E indicó con un gesto el escritorio.

Sir Arthur asintió, hizo ademán de despedirse, luego la curiosidad lo empujó a echar un vistazo a la cubierta de un libro apoyado en la mesilla: *Los miserables*, de Víctor Hugo.

—Estupenda lectura —exclamó con una sonrisilla maliciosa—. Pero espero no tener un bonapartista bajo mi techo.

Jules no osó explicarle que, habiéndolo ya leído en francés, estaba enfrentándose a aquel texto solo para perfeccionar su inglés. Sin que hubiese una razón precisa, respondió en cambio:

—No era peor que los que lo han precedido ni que los que lo han derrotado.

—¿Quién, Napoleón? —preguntó riendo sir Arthur.

Jules no respondió. Se preguntaba qué era lo que le empujaba a replicar cada vez que el escritor se divertía provocándolo. Podía quedarse callado y ahorrarse riesgos considerables. Pero cada vez

era más fuerte que él, debía rebatir, renunciando al precioso silencio que desde hacía tiempo era para él una norma de vida esencial.

—Mi querido Jules —prosiguió sir Arthur con un tono burlonamente severo—, antes de comprometer su posición debo informarle de que desciendo, por parte de mis abuelos maternos, de la familia Pack. Y un sir Denis Pack comandaba la brigada escocesa en Waterloo, donde otro tío abuelo, Anthony Pack, perdió un pedazo de cráneo trepanado por un soldado de Napoleón. Por tanto, corre el riesgo usted aquí de hablar de sogas en casa del ahorcado...

—Entre los recuerdos de familia no he encontrado nunca trozos de cráneo ingleses. No creo que un tío abuelo mío le haya partido la cabeza al suyo.

Por un instante ambos se miraron fijamente. Luego sir Arthur estalló en risas, pero esta vez de modo abierto, alegre, distinto a la habitual risita contenida que se permitía en público.

Jules sonrió a su vez y, al tiempo que cogía el libro abierto del escritorio, dijo:

—Este lo he encontrado mucho más divertido. Espero que tenga otros así en mi idioma.

Sir Arthur observó la edición francesa de una novela suya de Sherlock Holmes, frunció el ceño, resopló y, haciendo los poblados bigotes todavía más colgantes, soltó:

—Santo cielo, Jules, solo faltaba usted... —Y volvió a hacer amago de irse. Después, suspirando, añadió en tono más conciliador—: Bueno, por lo menos ha comenzado por el último de la serie. O al menos por el que yo esperaba que fuese el último.

—No entiendo, sir Arthur —murmuró Jules sacudiendo la cabeza.

—¿Qué hay que entender?

—Lo que le molesta el personaje que le ha hecho célebre en medio mundo.

El escritor emitió un ruido sordo, que venía del estómago más que de la garganta. Entonces asintió, como resignado, y dijo:

—Está bien, Jules. Dado que todavía no es tan tarde, si está de acuerdo, se lo explico en la biblioteca, ante un buen coñac recién llegado de su amada tierra.

Jules aceptó y se guardó para sí el comentario sobre cuán fuera de lugar resultaba definir su tierra como «amada».

Sir Arthur abrió camino hasta la planta baja y una vez en la biblioteca le indicó a Jules un mullido sillón de cuero antes de servir dos generosas cantidades de coñac en copas exageradamente grandes. Luego le ofreció una a su chófer, que no sabía muy bien cómo agarrarla, y se sentó en el sofá de al lado. Después de un primer sorbo, dijo:

—Ya no soporto a Sherlock Holmes porque se ha convertido en una persecución. Comencé a escribir esas novelas por pura diversión y, de hecho, usted acaba de hablar de lo «divertido» que es lo que está leyendo. Pero no me daba cuenta de qué absurdos mecanismos se ponen en funcionamiento en el público. Es algo morboso que desencadena las mismas pulsiones que los celos en las relaciones amorosas. El lector se enamora de lo que uno ha escrito y pretende que el desgraciado autor continúe correspondiéndole, ¡y que no se le ocurra decepcionarlo! Ahora yo escribo obras de mayor calado literario, con argumentos más profundos y dignos de atención. Pero es inútil. La gente a estas alturas ya solo quiere de mí esto: que

continúe horneando kilos de páginas impregnadas de Holmes y Watson y con toda una zarabanda de criminales de cualquier calaña.

Acabó el coñac que le quedaba y se sirvió otro. Jules le acercó su copa. Luego pasaron a los puros y, después de encenderlos, en medio de una nube densa e inmóvil en el centro de la vasta biblioteca, sir Arthur volvió a la carga, en un tono menos vehemente, con un atisbo de melancolía:

—¿Sabe cómo acabará la cosa, mi querido Jules? Pues que un día el mundo recordará el nombre del investigador y de su ayudante, pero no el de su creador. Y muy pocos leerán las obras que más esfuerzo me costaron, las novelas históricas y los ensayos, las páginas en las que he dado lo mejor de mí mismo, como escritor y como estudioso... —Exhaló lentamente el humo hacia lo alto, con la mirada fija en una hilera de volúmenes de un estante—. Lo he intentado. Justo con ese libro que usted está leyendo. Me dije: finalmente he reunido el coraje para liberarme. Y escribí, incluso, una carta de desahogo a mi madre, anunciándole que Holmes llegaba a su última historia y que me molestaba el simple hecho de oírlo nombrar. Nada. Todo inútil. Ha estallado una especie de revuelta. Montones de cartas, protestas... Una señora me ha llamado animal y muchos le han escrito a Watson pidiéndole ayuda. ¿Se da cuenta? ¿Me cree si le digo que incluso se ha hecho huelga en mi contra en una fábrica por haber hecho morir a Sherlock Holmes?

Jules asintió, concediéndole su comprensión. Comenzaba a advertir una sensación molesta por la dimensión grotesca de aquel amargo desahogo: no podía evitar confrontar las tragedias vividas en su parte del mundo con el drama de un escritor obsesionado por el personaje al que había dado vida. Pensaba con una rabia in crescendo en las noticias leídas el día anterior acerca de las huelgas

de los mineros de Gales, y los comparaba con los imbéciles que se habían cruzado de brazos, no por no tener con qué alimentar a la familia ni para conseguir una reducción de horario, sino para pedir que Sherlock Holmes volviese a la vida...

—Me he visto obligado a resucitarlo —dijo sir Arthur mientras daba un manotazo al brazo del sofá—. El primer y único acto de cobardía que he llevado a cabo en mi vida. ¿Y sabe por qué?

Jules se encogió de hombros y asumió una expresión de curiosidad mientras pensaba: ¿Qué narices puede importarme? Me está entrando sueño y mañana debo llevarte de un lado a otro durante horas, yo con la cara al viento y tú resguardado, apoltronado en esa mierda de coche que te has comprado...

—Porque después de haber sepultado a Holmes en las cascadas de Reichenbach —prosiguió sir Arthur— he descubierto que la cuenta corriente estaba corriendo su misma suerte: ahogada, extinguida en pocos meses.

Jules se esforzó en mostrar estupor.

—Un auténtico boicot. Nadie compraba ejemplares de mis libros. O Sherlock Holmes o nada. Y así, alguien como yo, que de niño conoció la miseria y la vida de la calle... Porque, dese cuenta, alcanzar un cierto bienestar, para quien sabe bien lo que es la penuria, se traduce en hacer cualquier cosa con tal de no perderlo.

«¿Pero qué sabrás tú lo que es la miseria verdadera?», pensaba Jules, mientras asentía con aire de participar en el drama del escritor.

Sir Arthur se relajó, y durante algunos instantes se quedó rumiando en silencio. Jules continuó bebiendo y fumando.

—Dígame una cosa, Jules —exclamó con repentino vigor el escritor, enderezando la espalda con un golpe de riñones—. Según usted, ¿por qué las novelas de Sherlock Holmes tienen tanto éxito? Usted ha leído una y...

—No, esta ya es la cuarta —lo corrigió Jules.

—Ah... ¡fantástico! Entonces se habrá hecho su propia idea. ¿Por qué la gente se siente tan satisfecha al leerlas?

—Porque usted les da exactamente lo que ellos esperan.

Sir Arthur quedó estupefacto por la velocidad y seguridad con la que Jules había respondido. ¿Pero qué quería decir?

—¿Puede explicarse mejor?

—Usted cuenta lo que la gente de bien quiere oír. Los tranquiliza. Les da certezas, como la justicia que triunfa y el mal que resulta inexorablemente derrotado. En un mundo donde las cosas funcionan exactamente al contrario, leer las aventuras de Holmes es un alivio.

El escritor examinó a su chófer durante largos instantes, sin ser capaz de replicar. Luego, decidió servir otro coñac para ambos.

—Interesante... Sí, grosso modo, es lo que pienso yo también. Pero no olvide la fascinación morbosa que el mal ejerce sobre las mentes simples. Quizás ese sea también un motivo.

—Cierto. Pero las mentes simples, como dice usted, se sienten atraídas por el mal cuando golpea a los otros. Los rayos existen y no se pueden evitar, pero cuando alcanzan a la casa del vecino se lanza un suspiro porque no ha tocado a la propia.

Sir Arthur esbozó una sonrisa, después se puso serio de repente. Estaba intrigado con aquel chófer que, tras haber leído cuatro de sus

novelas, era ya capaz de hilvanar sobre ello una disertación sociológica. Un poco demasiado seguro de sí mismo, quizás levemente arrogante, pero agudo, aquel tipo francés...

—Entonces, según usted, el secreto está en contar una falsedad para esconder la realidad... ¿Lo he entendido bien?

—No quería ser tan categórico. Pero en una sociedad acomodada que descubre la existencia de los miserables, la desesperación de algunos parias dispuestos a todo con tal de arrancar un pedazo de ese bienestar visto a través de los cristales... una sociedad que se ve amenazada por los crímenes callejeros, por la violencia ciega, por criaturas incomprensibles que se revelan dispuestas a cortarles el cuello a cambio de unas pocas esterlinas... todo esto hace que poder ilusionarse con tener de su parte a un infalible castigador del mal como Holmes sea mejor que una pipa de opio.

El último término de comparación no pareció gustar a sir Arthur.

—¿Leer mis libros es como consumir una droga?

—Cualquier cosa que nos ayude a olvidar el horror de la vida es una buena droga.

Siguió un silencio embarazoso. Jules, como de costumbre, había comenzado a preguntarse por qué se dejaba llevar por la conversación hasta decir exactamente lo que pensaba, y sir Arthur, que dudaba entre reaccionar y reflexionar, continuaba dándole caladas al puro, volviéndolo demasiado caliente y amargo. Hasta que se levantó de golpe y se fue a colocar delante de los estantes, donde empezó a ojear el lomo de algunos volúmenes.

—Me gustaría que usted leyese alguna otra cosa mía, vista la profundidad que muestra al evaluar mis libros...

Jules creyó captar un matiz sarcástico en la última frase. Y miró el reloj de péndulo, maldiciendo para sus adentros: las doce y media. Ya no tenía sueño, y al día siguiente tenía que controlar el aceite y el agua del radiador de aquel estrambótico Landaulette. En Inglaterra fabricaban los soberbios Rolls-Royce Silver Ghost, y este iba y se compraba semejante carretilla, desgana y chupa aceites, como para acabar con los pistones fuera del capó.

Sir Arthur estaba a punto de sacar un estudio suyo sobre espiritismo pero se contuvo, pensando que si Jules había considerado a Holmes como un derivado del opio, quién sabe qué diantres le habría inspirado un ensayo sobre las energías que sobreviven a la muerte del cuerpo.

—Aquí está, esto debería interesarle —exclamó al coger una edición encuadernada en cuero de Sir Nigel—. Ciertamente, no puede competir con Los miserables, pero en esto de escribir novelas históricas creo saber bien por dónde piso.

De nuevo aquel velado tono sarcástico. Jules posó la copa ya vacía y dijo alzando la mano:

—Preferiría leer sus experiencias de guerra, si no le importa.

Sir Arthur se puso tenso y asumió una expresión circunspecta.

—Es un tema condenadamente serio. Participé en las batallas contra los bóers y escribí esos relatos con la única finalidad de alzar la voz en defensa de mi país, injustamente acusado de atrocidades sacadas de la nada por viles motivos de propaganda antibritánica. ¿Está seguro de querer leerlos?

Jules pensó que esta vez debía ser verdaderamente cauto. Había tocado un punto débil en los nervios de acero de sir Arthur, que al

hablar sin tomar aliento se había enfervorizado hasta el punto de tener las mejillas enrojecidas y los ojos centelleantes. Se juró a sí mismo permanecer mudo al respecto.

—Bien, tome este —dijo el escritor en un tono repentinamente apresurado mientras le mostraba una copia de La guerra en Sudáfrica: sus causas y su desarrollo—. Lo he conseguido publicar en decenas de países con la ayuda de contribuciones de ciudadanos ingleses esparcidos por todos los rincones del mundo.

Jules se acercó a sir Arthur, que le ofreció una edición inglesa y otra francesa. Eligió esta última; por el momento, ya tenía bastante con lo que había estudiado de la nueva lengua. Era una mala noche para él. Comenzaba a advertir los síntomas de la inevitable recaída: todas las cosas perdían sentido, el fajo de nervios en el estómago estaba cada vez más tenso, sentía un creciente malestar hacia el nuevo patrón y una sorda rabia que volvía a cargar contra la inutilidad de la vida que estaba llevando. ¿Para qué le serviría aprender inglés? ¿Quizás para mostrarse gentil y culto con los insoportables petimetres que frecuentaban aquella casa? ¿O para continuar ganando un discreto salario llevando en la cabeza una ridícula gorra y abriendo puertas al jefe de turno...?

—¿Va todo bien, Jules?

Le llevó algunos segundos darse cuenta: alzó los ojos hacia sir Arthur y le dirigió una mirada vacía, a años luz de aquella casa lujosa y tan acogedora como podía serlo la más dorada de las prisiones.

—¿Cómo? Ah... nada. Me temo que se ha hecho tarde.

El escritor asintió, mirándolo de un modo extraño.

—Sí, tiene razón. Es hora de descansar. Nos vemos por la mañana.

Al girarse, Jules tropezó con un enorme casquillo que servía de porta bastones, al lado del escritorio. Contuvo una maldición, masajeándose la rodilla.

Sir Arthur esbozó una sonrisa embarazosa y dijo:

—Lo siento, siempre pienso en cambiarlo de sitio, y luego... Ese obús de la marina es un recuerdo de la batalla de Brandfort. Encontraré la descripción de aquellos hechos precisamente en el libro que tiene en la mano.

Jules asintió, retrocedió y finalmente dio las buenas noches a sir Arthur, que respondió al saludo con un gesto de cabeza y lo siguió con la mirada, preguntándose una vez más quién era en verdad aquel extraño francés de carácter indescifrable.

ESPERANDO LO INEVITABLE

Por culpa de Sherlock Holmes, sir Arthur era a menudo interpelado por la Policía, que le pedía ayuda para resolver los casos más complicados y oscuros. El escritor, a su pesar, muchas veces acababa aceptando, y ponía en práctica las sutiles capacidades deductivas que había aplicado siempre a las tramas de sus repudiadas novelas. Pero también alguna vez había recurrido a él algún pobre desgraciado condenado injustamente.

Se habían dado, en el pasado reciente, algunos casos asombrosos, como el de George Edalji, hijo de un pastor anglicano de color, casado con una inglesa blanca. Durante años, la familia había sido acosada con cartas anónimas y con las malévolas habladurías de los vecinos. Y el joven George, fruto de una unión considerada cuanto menos indecorosa por los mezquinos parroquianos de Staffordshire, se había convertido en el natural chivo expiatorio a raíz de una serie de mutilaciones a los caballos de la zona, infligidas por un maníaco nunca pillado in fraganti. A George Edalji le habían caído siete años de trabajos forzados. Sir Arthur, informado del asunto, había realizado minuciosas pesquisas por cuenta propia, reconstruyendo cada uno de los hechos y demostrando cómo Edalji era ajeno al caso. Luego había publicado unos cuantos artículos en el *Daily Telegraph* en los que atacaba a la Policía Local por el intolerable racismo presente en la base de sus operaciones y acusaba al mismísimo

Ministerio del Interior de culpable ceguera. Había estallado un escándalo. El gobierno había nombrado a una comisión de investigación y se había comprometido a excarcelar a Edalji, aunque sin resarcirlo por los tres años exiados. Sir Arthur no se había resignado y había continuado denunciando en las páginas de los periódicos aquella falta de coraje por parte de la justicia, que no quería reconocer los propios errores. Por una vez, entre las innumerables cartas entusiastas de sus admiradores, el escritor había recibido también folios llenos de insultos y amenazas enviados por la misma buena gente de Staffordshire que había hostigado a la familia del pastor y al hijo mestizo.

En aquellos días, sir Arthur se dejó enredar en otro caso análogo. Un tal Oscar Slater, de Glasgow, había sido condenado por el asesinato de una anciana a pesar de que las descripciones de los vecinos dibujaban a una persona bien diferente y de que él se encontraba lejos de aquel lugar en el momento del crimen. La acusación se había basado en un broche de oro, único objeto de valor robado en casa de la víctima, y en el hecho de que Slater hubiese empeñado un objeto similar en el Monte de Piedad. El tribunal le había infligido la pena capital, después convertida en cadena perpetua. Sir Arthur, totalmente convencido de su inocencia, decidió trasladarse durante algún tiempo a Escocia, donde llevaba a cabo exhaustivas investigaciones. En aquella época, Jules condujo incluso durante diez horas seguidas, aprovechando las paradas de sir Arthur en el tribunal o en las casas de los testigos para añadir aceite, repostar gasolina, apretar tuercas y sustituir correas, completamente cubierto de polvo salvo en el espacio protegido por las antiparras y el uniforme arrugado y grasiento. A veces se adormecía durante algunos minutos, y apenas sir Arthur se acercaba, farfullando maldiciones contra las memeces de jueces y policías, él

abría de par en par los ojos y, de un salto, se bajaba y empezaba a dar golpes de manivela antes de haberse despertado completamente. A pesar de todo, el cansancio parecía hacerlo sentir menos tenso, dando a su rostro una apariencia de tranquilidad interior. Por primera vez desde su llegada a Inglaterra, se estaba apasionando con algo. Pese a la distancia abismal que lo separaba de sir Arthur y de su modo de entender la vida y el mundo entero, compartía totalmente la dedicación con que se obstinaba para demoler las falsas acusaciones de la Policía contra el pobre Slater. Era también suya aquella batalla. Él, limitándose a conducir sin abrir la boca durante horas y horas, sentía que luchaba por algo importante. Y tuvo que reconocer que el escritor merecía consideración.

Durante semanas no hicieron otra cosa. Atravesaban Glasgow de una punta a la otra, se aventuraban en las tascas de peor reputación, llamaban a decenas de puertas y, mientras tanto, Jules cargaba latas de gasolina y aceite y respondía con inusual energía a las preguntas de sir Arthur acerca de su cansancio:

—No se preocupe por mí. Piense solo en sacarlo de aquel agujero.

El escritor se preguntaba muchas veces qué sabría Jules de cárceles y de reclusión... Pero nunca osó abordar el tema y se quedó con la duda.

Un gran avance fue descubrir que el broche de oro, principal prueba de la acusación, pertenecía desde hacía años a Slater y que no tenía nada que ver con el de la víctima. Con eso y con los testimonios recogidos, sir Arthur, y por lo tanto Jules, creyeron haber alcanzado finalmente su objetivo. Pero era demasiado tarde. La opinión pública, instigada por los periódicos, ya había emitido la

condena. La máquina de la justicia, a esas alturas, se negó a dar marcha atrás. La Policía retocó los indicios a su favor, encontró un testigo oportunamente instruido, y de nada valió que sir Arthur demostrase su nula credibilidad, siendo como era el testigo miope e incapaz de distinguir a una persona de otra. Entonces escribió un breve libro sobre el caso y lo hizo publicar en tiempo récord. La resonancia a nivel nacional obligó al gobierno a nombrar una comisión de investigación. Todo se resolvió con una farsa: aún reconociendo graves errores en el proceso, la conclusión fue que Slater seguía siendo culpable.

De regreso a Londres, Jules sintió de golpe todo el cansancio de semanas: estaba aferrado al volante para mantenerse erguido, la palanca de cambios parecía cada vez más dura, la carretera se desvanecía a trechos y reaparecía con un obstáculo inesperado. Cuando evitó por pocos centímetros el carro de un campesino, sir Arthur le apoyó una mano en la espalda y murmuró:

—Detengámonos unos minutos. Ya no tenemos prisa por llegar a ninguna parte.

Eran las primeras palabras en tres horas de viaje. Jules se arrimó a un claro bajo una gran haya y apagó el motor. Permaneció en duermevela por un tiempo indefinido, luego se sobresaltó por el ruido de un periódico estrujado violentamente.

—¡Animales! Es una vergüenza que la prensa tenga semejante poder.

Jules recogió el diario arrojado por sir Arthur al asiento anterior. En primera página, a toda plana, estaba escrito: «Aunque Slater no hubiese sido culpable, habría merecido la condena». Él no leyó el artículo: ya conocía aquel modo de linchar a las personas empleando

ciertos pormenores de sus vidas que llevaban a considerar en cualquier caso culpable a quien demostraba estar fuera de las reglas de la sociedad. No importaba haberlas violado o no: era más que suficiente no haberlas aceptado.

—Los periódicos son responsables tanto o más que la Policía —dijo sir Arthur apretando los puños—. Basta que decidan trazar un plan y los hechos son alterados hasta hacer imposible cualquier distinción entre verdad y mentira.

Jules se limitó a asentir mientras el escritor continuaba con su desahogo.

—Ciertamente, esto no es una revelación para mí. Si pienso en lo que hicieron durante la guerra... Yo estaba allá abajo y vi de lo que eran capaces los bóers. Pero, para la prensa, los opresores éramos nosotros, los ingleses. Y se inventaron de cabo a rabo crímenes nunca cometidos, abusos que nunca se dieron. Sin embargo... algún día, el mundo se dará cuenta de qué clase de gente gobierna ahora en Sudáfrica. Y será demasiado tarde.

Se quedó mirando fijamente al horizonte, donde una bandada de patos volaba en formación entre la línea verde de la campiña y el cielo gris.

—Lo han condenado por lo que era, no por lo que hubiese hecho —añadió luego con voz extenuada, acomodándose contra el respaldo.

—Siempre es así —dijo Jules mientras se limpiaba el polvo de las gafas.

El escritor emitió un profundo suspiro y sacudió la cabeza.

—No, no siempre. Este es un caso extremo, no la norma. Y convencerse de que no hay nada que hacer es como aceptar que la injusticia se convierta en la regla.

—Usted ha hecho todo lo posible. Y ya ha visto de qué ha servido.

Sir Arthur pareció recuperar la energía.

—En esta ocasión, sí, pero en otras... sirvió, ¡y cómo!

Jules se giró para mirarlo, sin saber si continuar o callar. Eligió la segunda opción. E inmediatamente después hizo lo contrario.

—En las otras ocasiones se trataba de personas de cierto nivel... Pero los amigos de Slater viven en los tugurios de Glasgow, y su rol social... es el de los jugadores o el del emigrante en busca de cualquier tipo de trabajo. El padre de Slater no es pastor de almas, quizás ni siquiera lo ha conocido. Y su coartada es la palabra de una mujer muerta de hambre como él y la de una criada, consideradas ambas por los periódicos como putas de taberna.

Sir Arthur frunció el ceño. Durante algunos segundos, su mirada desapareció bajo las tupidas cejas. Era la primera vez que escuchaba a su chófer hablar con hastío, mostrando rabia y desprecio. Y los ojos... Desvió los suyos para evitar aquel latigazo de odio que emanaba de las pupilas de Jules.

Permanecieron en silencio durante unos largos minutos, luego Jules se ajustó la gorra, se puso las antiparras y dijo con voz neutra, fría:

—Si quiere, podemos continuar el viaje.

El escritor bajó los párpados en señal de conformidad. Los engranajes del cambio emitieron un chirrido doloroso y el

polvoriento Lanchester Landaulette recomenzó a devorar kilómetros entre las subidas y bajadas de las Southern Uplands. Por la noche se detuvieron en un hotel de Carlisle, donde cenaron en la misma mesa, en silencio. A pesar de que sir Arthur habría tenido mil preguntas que hacerle a Jules. Ese francés suponía en aquel entonces un misterio para él, y su innata discreción comenzaba a flaquear. Así, en un determinado momento de la cena y sin ningún pretexto, mirándole fijamente a los ojos le preguntó:

—¿Qué lo ha traído a Inglaterra?

Jules tragó saliva, sin alzar la mirada. Luego bebió un sorbo de cerveza y se encogió de hombros.

—Nada en particular. La necesidad de trabajar, le diría.

Sir Arthur asintió. Y tras algunos minutos añadió:

—Pero un chófer como usted, experto en mecánica y con una indudable cultura... ¿Cómo es posible que no haya trabajo en Francia para una persona así?

Jules esbozó una sonrisa, avivando la curiosidad de sir Arthur.

—Yo he nacido pobre —dijo—. Y la miseria es una marca indeleble. A veces, solo marchándose lejos se puede hacer la marca menos evidente.

—¡Santo cielo! —exclamó el escritor—. ¿Qué tiene que ver la miseria cuando se tienen talento y ganas de trabajar? De veras no entiendo...

Jules continuó sonriendo melancólico, y se decidió a mirar al otro a los ojos.

—Tiene razón. La miseria por sí sola no es suficiente. La ruina comienza cuando se quiere ir un poco más allá del callejón y te das cuenta de que allá abajo, más allá del fango de tu barrio, está el mundo. Y entonces... al final uno acaba por convencerse de un montón de cosas, probablemente todas erróneas.

Jules siguió comiendo y sir Arthur preguntándose qué demonios había querido decir. Tras pedir otras dos cervezas, el escritor amagó un brindis. Y así las miradas volvieron a cruzarse, cosa que le permitió a sir Arthur reanudar el discurso.

—Brindo por su fuerza de ánimo.

Jules se quedó perplejo, con la jarra en el aire.

—Usted es un hombre de gran voluntad —continuó el escritor—. Se nota, y no me equivoco nunca cuando juzgo a una persona. Pero yo también he nacido pobre. Todo lo que hoy me puedo permitir, hace veinte años no era ni siquiera imaginable. Entonces, ¿por qué usted considera la miseria como una marca indeleble, una especie de maldición ancestral?

Jules bebió un sorbo, posó lentamente la jarra, se limpió el bigote con la servilleta y miró a sir Arthur con una intensidad tal como para poner en apuros a cualquiera. Pero no era fácil mermar la seguridad de aquel escocés granítico y de temperamento volitivo.

—¿Está seguro de que habría obtenido las mismas cosas si hubiese nacido hijo de mineros?

El escritor no vaciló.

—Sí, ciertamente.

Jules levantó las manos en señal de rendición, dando a entender que no había motivo para seguir discutiendo. Una rendición que sir Arthur no aceptó.

—Es todo cuestión de voluntad, estoy convencido.

—La voluntad no basta contra la desventura.

—¡Oh, vamos! ¿Qué es lo que entiende por desventura?

Jules enarcó las cejas, mirando hacia el techo.

—Tantas cosas, sir Arthur. Es como caminar en contra del viento esperando que, antes o después, amaine. Y el viento no amaina. Eso es.

El escritor empezó a rizarse un bigote, luego el otro, mientras cambiaba de posición en la silla, a la espera de un motivo más concreto para mellar el hermetismo de su chófer.

—Usted habla de desventura como de un designio ineludible del destino.

Jules pensó: «No, yo hablo de los policías, de los gobernantes y de todos los miserables que se pasan toda la vida besándoles los pies». Pero no dijo nada.

—Mire... yo también, en algunos momentos de mi vida, he pensado que todo me iba mal. Y no se los voy a enumerar, obviamente. Pero, tras la muerte de mi primera mujer, todo me parecía inútil. Sin embargo, el tiempo se ha tomado la molestia de volver a poner mi pellejo y mi mente sobre el buen camino. Y ahora he vuelto a caminar como antes. En ciertos momentos, como durante una enfermedad grave, es cuando nos damos cuenta de cuántas cosas que consideramos absolutamente indispensables son

superfluas. A veces, el hombre necesita afrontar la muerte, verla en acción para entender lo que es la vida, la de verdad.

Jules apoyó la barbilla en un puño, escuchando con una expresión que a sir Arthur le pareció de interés, pero que solamente era cansancio y fatiga de mantener la cabeza erguida.

—¿Recuerda la gripe del noventa y uno...? Una epidemia letal que se llevó también a mi pobre hermana Annette. Yo luché con la muerte durante semanas. Luego, una mañana, me desperté del delirio, sudado y reducido a un mero esqueleto pero con la mente repentinamente límpida como un cristal: reviví en pocos instantes cada detalle de mi existencia y me di cuenta de cuánta había malgastado. Fue entonces cuando decidí convertirme en el dueño de mí mismo, cuando descubrí la fuerza de mi voluntad. Una felicidad nunca sentida ni antes ni después, una sensación de energía incontenible. Y todo esto mientras estaba a punto de morir. Me aferré a la vida con uñas y dientes y comencé a poner en práctica mis propósitos. Y no fue difícil porque la energía existía ya en mí, solo que... no había sabido utilizarla.

Jules suspiró, bebió un trago de cerveza, y al recordar el período transcurrido en el hospital, murmuró:

—Yo también, después de una enfermedad, tomé una decisión. Pero no sirvió.

Sir Arthur lo escudriñó interrogativo, a la espera de una explicación que no llegaba.

—¿Fue una elección equivocada? —preguntó después de un rato.

—No sé si fue equivocada —dijo Jules vaciando los pulmones—. Lo que sí es seguro es que fue inútil.

Ninguno de los dos añadió nada más. Tras un cuarto de hora, terminadas las cervezas, se retiraron a sus respectivas habitaciones. Sir Arthur rumió acerca de la extraña conversación de esa noche y comenzó a adormecerse algunos minutos más tarde. Jules permaneció despierto hasta el alba, tumbado en la cama mirando por la rendija de la ventana, donde la luna aparecía y desaparecía entre las nubes negras, bajas, cargadas de lluvia.

SE CIERRA UN PARÉNTESIS

Entre los innumerables intereses de sir Arthur en aquellos años estaba la fundación del Club de Tiradores. El escritor se ejercitaba a menudo en el polígono, cuando sus obligaciones de trabajo se lo permitían. Antes del viaje a Escocia, Jules lo había acompañado un par de veces a su Club, esperando pacientemente en el auto. Pero aquel día, al bajar del Landaulette, sir Arthur permaneció durante algunos instantes junto a la puerta, como si reflexionase sobre la posibilidad de pedirle algo al chófer. Luego dijo:

—Perdone... en las credenciales que me ha dado he leído que fue sargento de Gastadores durante el servicio militar.

—Sí, en la 133ª Infantería de Belley —respondió Jules con aire desinteresado.

—Bien. ¿Por qué no me acompaña? Será interesante intercambiar opiniones acerca de las armas que tenemos de dotación.

Jules se quedó perplejo, luego asintió, sin ningún entusiasmo. Y siguió a sir Arthur al interior del polígono.

Ashton Wolfe estaba disparando con un revólver Webley & Scott del calibre 455. Acabada la serie de cinco disparos, se giró para

saludar con un gesto alegre, agitando el arma en el aire. Sir Arthur frunció el ceño y le reprendió:

—Ashton, conoces las reglas. Nunca dirigirse a nadie con el arma en la mano. Cuando la hayas posado, responderé a tu saludo.

Wolfe permaneció estupefacto durante unos instantes, después se apresuró a dejar el revólver, visiblemente ruborizado. Sir Arthur sonrió entre dientes y, vuelto hacia Jules, murmuró:

—Cuando se manejan armas de fuego, es necesario respetar ciertas reglas. Como por ejemplo, meter solo cinco balas en un revólver de seis, de modo que el gatillo repose sobre una cámara vacía para exorcizar accidentes.

Jules asintió, añorando la soledad de su asiento de conductor. Sir Arthur lo rozó con el codo y le guiñó un ojo.

—Ahora Ashton estará de morros conmigo unas cuantas horas, pero se lo ha buscado.

Se detuvieron en el mostrador, de espaldas a la línea de tiro, y el escritor preguntó:

—¿Prefiere probar uno de nuestros fusiles o nos entrenamos con las pistolas?

Jules examinó los armeros y descubrió carabinas y mosquetes ingleses y alemanes, de varios calibres, todos novísimos.

—¿Busca algo en particular?

—No... miraba si había un Lebel. Es el único con el que tengo cierta práctica.

—Lo lamento, no está entre los modelos disponibles. Y sinceramente, no lo conozco.

Jules se encogió de hombros.

—Los hay mejores, creo. El Lebel es preciso y potente, pero demasiado delicado. Ya sabe, con el cargador tubular bajo el cañón...

Sir Arthur enarcó las cejas, interesado.

—¿Quiere decir con la recámara a lo largo de la empuñadura, como el Winchester americano?

—Algo así, pero de nivel más avanzado. Solo que el cartucho tiende a deformarse, y eso causa a menudo el encasquillamiento.

El escritor pareció entusiasmarse al descubrir que su chófer, hasta aquel momento experto mecánico, era también conocedor de armas. Hizo que el encargado le entregara dos tipos diferentes de fusiles ingleses y le mostró a Jules el primero, el que parecía más antiguo.

—Aquí está, este lo usaban durante la guerra en Sudáfrica. Carabina Henry-Martini, de un solo disparo. Una auténtica desgracia. Los bóers tenían ya el Máuser de cinco disparos y en los combates de caballería arrasaban con los nuestros. Luego... —Y cogió el segundo fusil— Llegó el Lee Enfield del calibre 303, que para ustedes en Francia corresponde al 7,7 milímetros.

Jules sentía una inquietud creciente. Las armas le interesaban, pero estar allí escuchando las disertaciones balísticas del escritor excombatiente comenzaba a aburrirlo. Sir Arthur debió darse cuenta de su actitud poco participativa, porque de repente posó el mosquete y dijo:

—De acuerdo, con las pistolas es sin duda más divertido. —Y le hizo un gesto al hombre tras el mostrador, señalándole algo de una estantería.

El tipo asintió con aire cómplice y cogió una caja nueva, todavía brillante e íntegra, que abrió con estudiada lentitud. Dentro había una pistola automática, compacta y armoniosa, aparentemente más manejable y menos voluminosa que cualquier revólver que Jules conociese. Sir Arthur la empuñó delicadamente, retrajo la corredera para verificar que la cámara estuviese vacía y se la puso en la palma abierta. Jules la empuñó, sopesándola: era increíblemente ligera respecto a la robusta Steyr que él había poseído.

—Browning del calibre 9 largo, siete disparos, autorrecargable —dijo sir Arthur en tono triunfante—. Y no se encasquilla nunca. Esta pistola está invadiendo los mercados europeos. La han diseñado en los Estados Unidos, pero en su mayor parte se fabrica en Bélgica. No tiene rivales por el momento.

Jules pasó los dedos por el acero pulido, presionó con el pulgar el retén del cargador y observó el tambor, haciéndolo girar un par de vueltas en el interior de la culata. Era la mejor pistola que había visto jamás, seguramente la más idónea para tener en el bolsillo del abrigo, y la más fácil de extraer sin que se enganchara en la tela. Sir Arthur no podía adivinar aquellos pensamientos, pero se dio cuenta de su mirada y del modo en que la manejaba: le hizo un gesto al armero, que les puso rápidamente dos cajas de balas de 9 milímetros sobre el mostrador.

Jules dejó que el otro le explicase el funcionamiento y las reglas del polígono, soportó las recomendaciones de posar siempre el arma en el estante cada vez que se anunciase el recambio de los blancos,

de mantener el cañón dirigido hacia el terraplén de enfrente cuando se introducía la bala en la recámara, más una serie de consejos sobre la respiración para eliminar el temblor del pulso, y la postura de las piernas, y la relajación de los músculos... hasta que, de repente, sir Arthur estalló a reír y exclamó:

—¡Santo cielo, olvidaba que le estoy hablando a un sargento de los temibles Gastadores de Francia! Adelante, sargento Bonnot, haga los honores. —Y le puso en mano la pistola y la caja de cartuchos para retirarse después a su puesto de tiro, pocos metros más allá.

Jules siguió examinando la Browning por unos instantes mientras se preguntaba si el sarcasmo que sir Arthur manifestaba de vez en cuando tenía alguna razón de ser. Luego, sacó el cargador, introdujo cinco balas, llevó hacia atrás la corredera, quitó el seguro y apuntó.

El primer tiro fue a perderse en el campo que tenía ante sí. No había previsto que el disparo fuese tan ligero. Le había bastado con rozar el gatillo y ya se había producido la explosión sorda, atenuada por las mamparas, que lo había cogido por sorpresa.

Con los otros cuatro le fue mejor pero, en el momento de inclinarse sobre el catalejo para verificar los impactos, había descubierto que el blanco de madera a veinticinco metros tenía un solo agujero a la altura del hipotético omóplato, y nada más. Había esperado un rebote mayor, por ello había apretado la pistola con excesiva fuerza.

Con la segunda serie no consiguió mejores resultados: la altura había sido adecuada pero la puntería discontinua, un poco a la derecha y un poco a la izquierda. Al disparar la decimoquinta bala se paró para preguntarse en qué estaba fallando. A su alrededor se sucedían explosiones aisladas, con revólveres y semiautomáticas de

diversos calibres repartidas por la docena de puestos ocupados. Jules echó una rápida ojeada en torno a él. El armero estaba hablando y los otros permanecían en posición: nadie que mirase hacia él. Introdujo siete cartuchos en el cargador, puso la bala en el cañón, bajó el seguro. Luego, con un gesto furtivo, se metió la Browning en la cinturilla de los pantalones. Abrió las piernas y centró el blanco. Unos pocos segundos inmóvil y, de golpe, extrajo la pistola, y al tiempo que la alzaba a la altura del muslo quitó el seguro con el pulgar: desgranó toda la serie de una vez y sin apuntar, con la mirada siempre fija sobre el blanco de madera. Los casquillos expulsados tintinaron rebotando a su alrededor, y de repente se hizo el silencio. Los demás tiradores asomaron la cabeza, atraídos por aquella especie de ráfaga ensordecedora. Sir Arthur posó su voluminosa Webley y, con paso lento, se acercó a Jules. Se inclinó sobre el catalejo. Al enderezarse, esbozó una mueca complacida. Después se dirigió a los otros y dijo en voz alta:

—Señores, tenemos a un nuevo campeón. No sé en qué escuela habrá aprendido esta técnica tan original, pero seguramente tiene algo que enseñarles a todos.

Hubo algunos comentarios de asombro, encogimientos de hombros, bromas acerca del último francés que había tratado de enseñar algo a los ingleses y carcajadas sonoras, exageradas. Jules miraba a sir Arthur sosteniendo la Browning, a la que aún le salía un hilo de humo denso por todo el costado. El escritor se la cogió, comprobó que estuviese descargada, la posó delicadamente en el estante. Y murmuró:

—¿No estábamos de acuerdo con lo de los cinco disparos, Jules?

Él hizo un gesto de asentimiento y no trató de justificarse.

—Un olvido más que comprensible... si consideramos que es la primera vez —añadió sir Arthur mirándolo fijamente a los ojos. En las últimas palabras había puesto aquel vago tono sarcástico que comenzaba a resultarle molesto—. ¿O quizás se pensaba que era una regla solo reservada a los revólveres?

—No pensaba nada, sir Arthur.

El escritor sonrió y asumió una expresión de fingido asombro. Y con un gesto de cabeza señaló la silueta acribillada a balazos en el centro del tórax mientras le preguntaba:

—¿Dónde ha aprendido a disparar así?

Jules se encogió de hombros.

—En ningún sitio. Me ha salido espontáneamente. La suerte del principiante, supongo.

Sir Arthur hizo un gesto con la mano como para darle a entender que no se lo creía.

—No, la fortuna no tiene nada que ver. A esto nosotros lo llamamos « tiro instintivo ». Pero no lo practicamos. Es algo que les gusta a los americanos, ellos aman este tipo de fanfarronadas.

—No tenía ninguna intención de lucirme —rebató Jules en tono cortante.

Sir Arthur sonrió afable y le dio una palmadita en el brazo.

—Vamos, no quería ofenderlo. Discúlpeme, la comparación era inapropiada. De todos modos... usted sabe lo suyo, en lo que a pistolas se refiere. —Y volvió a mirar al blanco. Luego se giró y añadió—: Tiene la forma de un hombre pero es solo un trozo de leña y cartón. La cosa cambia, mi querido Jules, cuando se trata de

disparar a un hombre de carne y hueso. ¿Usted lo ha hecho alguna vez?

Jules tuvo un momento de indecisión.

—No... obviamente no. Yo no he participado en guerras de ningún tipo, sir Arthur, y durante el servicio disparé siempre a siluetas de madera.

—Ya —dijo el otro, asintiendo con aire enigmático—. Y espero que no tenga que sucederle nunca el tener que disparar a un ser humano. En ese momento, la puntería cuenta poco. Es el instinto, el que mantiene la mano firme, no la práctica en un polígono. —Le dirigió una mirada de reojo y concluyó—: Exactamente como lo acaba de hacer usted ahora. Sin mirar, sin emociones, y siete golpes en el pecho.

Sir Arthur no le dio tiempo a replicar: rio con socarronería para sus adentros y volvió a su puesto de tiro.

Jules devolvió la Browning y fue a sentarse al automóvil, donde quedó a la espera de que el escritor acabase sus prácticas de tiro. Tenía tal maremágnum de pensamientos en la cabeza que no era capaz de atrapar ni siquiera uno, mientras un zumbido agudo le torturaba los tímpanos. Pero no era por el efecto de los disparos. Aquel ruido de caos incontrolable venía de dentro, de lo más profundo de las entrañas, y los oídos se limitaban a notarlo cuando salía, no cuando entraba.

Agarró la segunda jarra de cerveza y la soltó solo cuando sintió que le faltaba el aliento. Era negra, densa, y el sabor a quemado y la espuma pegajosa permanecían en el bigote y no se iban hasta el día siguiente. Jules prefería la cerveza francesa pero esta era más fuerte,

con más alcohol, y aturdí antes, le llevaba menos tiempo diluir en ella el zumbido y relajar el manojito de nervios del estómago. Despreciaba a los borrachos como, por otra parte, a todos los débiles que renunciaban a rebelarse y ahogaban la propia rabia convirtiéndose en inocuas bestias de taberna, es cierto... Pero en aquel momento no le importaban un carajo las convicciones que había hecho suyas, la ilusión por cambiar el mundo: solo tenía ganas de beber, y el resto...

...El resto es mierda. Por las venas de estos muertos de hambre no corre sangre, sino mierda. Son todos ellos pequeñas cloacas que aspiran únicamente a fundirse en una gran cloaca, en la igualdad entre la mierda. ¿Para qué ha servido la vida hasta hoy? Para tragar mierda. Para creerte diferente, único, ...y en vez de eso solo eres más estúpido, más inútil, estás más solo. Ahora sí, gilipollas ¿querías beber? Entonces bebe y olvídate de lo demás. Tienes dinero para pagar toda la cerveza que quieras. Tienes un sueldo, un buen jefe, una buena habitación... Gilipollas, bebe y no pienses, que no te queda nada más. ¿Qué te han dicho en Correos? Oh, mister Bonnot, si no está seguro de que esta persona lleve aún su apellido, el dinero podría ser devuelto... Y además, de aquí a Suiza; no, no, mejor que antes verifique a qué nombre se debe expedir... Gentil señorita, vete a la mierda tú también, esa persona era mi hijo, pero a vosotros qué coño os importa, hatajo de malnacidos. ..Y el dinero, mejor así: todo en cerveza. Es justo. Se convertirá en meadas e irá de una cloaca a otra. Por qué debería mandártelo a ti, que estás llamando padre a un hijo de puta y que ya ni siquiera sabes qué cara tengo... Me lo bebo, ese dinero, y luego lo voy a mear, y después otra semana, más dinero, la misma vida de mierda, las mismas caras de mierda... ¿Qué coño estoy haciendo aquí? Por qué he acabado en este estercolero donde lo único bueno es la niebla que no te deja ver las caras de los

muertos vivientes, de todos los que se levantan al alba, trabajan hasta la noche, vuelven a casa, duermen, se levantan de nuevo... Cada día igual a los demás, atravesando la niebla con las manos hinchadas en los bolsillos y la cabeza baja, gacha sobre el plato durante la cena, gacha delante del jefe, gacha en la iglesia el domingo, siempre con la cabeza gacha, siempre... ¿A qué estoy esperando? A ahorrar suficiente dinero para comprarme una casita, dentro de veinte años, quizás con el jardincito delante, y los vecinos que me saludarán quitándose el sombrero... Qué buena persona, este Bonnot... Trabaja tanto, es respetuoso, nunca causa problemas, nada de prostitutas, nada de resacas, nada. Solo tiene una cosa extraña: no hay perro que se le arrime. Mejor así. Solo hace menos ruido. Molesta menos. ¿Qué hago aquí? ¿Qué espero? ¿Era esto lo que quería? Un salario, un buen jefe, el respeto de un tabernero que no me escupe en la cara porque ha visto el puñado de monedas que tengo en los bolsillos, y que a la segunda cerveza no se ha quedado allí con la mano abierta sino que me ha sonreído, solo porque ya sabe que puedo pagar. El señor Bonnot tiene dinero para beber cuanto quiera. El policía de fuera ha saludado al señor Bonnot porque tiene un traje nuevo, la cara del que come todos los días, el paso de quien no se está muriendo de hambre. Hatajo de malnacidos. Hay un modo más expeditivo de ganarse vuestro respeto: meteros el cañón de una pistola en la boca, y, entonces, ya no cuenta el traje ni el dinero en el bolsillo, ni la cara. Cuenta solo el miedo. Soy el miserable de antes, sacos de mierda, el mismo pendón de siempre, el idéntico bastardo de ayer. Solo que ahora llevo vuestra misma vida de capullos, engullo la mierda que engullís vosotros, y a cambio tengo un traje bueno, los zapatos limpios y dinero para emborracharme. Y me canso cien veces menos que cuando escupía sangre en la fundición. He aquí la solución: tener la cabeza baja y

responder síseñor. Más hubiese valido quedarse en el regimiento. Como sargento, ni siquiera tenía que lavar las letrinas. Ya estaba algún otro para recoger mi mierda. Cabeza baja y síseñor. Y, cuando tengas ganas de desahogarte, siempre podrás pisotear a un desgraciado que tenga menos poder que tú. Funciona. El mundo avanza así desde siempre y tú, pobre gilipollas, pretendías cambiarlo... A la gente le gusta tragar mierda, y hacerla tragar apenas se lo puede permitir. Eso es todo. ¿Eso es todo? No, no ha acabado todavía. No puede acabar así...

Vació la jarra de cerveza y alzó la cabeza hacia el mesonero para pedir la tercera. En aquel instante, se cruzó con la mirada de un tipo que estaba en una mesa en penumbra, en la esquina menos visible de la tasca: bien vestido, más o menos de su edad, cara redonda y complexión no demasiado robusta, flaca, nerviosa. Los ojos de los dos hombres mantuvieron el contacto durante una fracción de segundo, el tiempo justo para desviarlos después hacia otro lado fingiendo indiferencia. Pero a Jules le había bastado para notar algo indefinible, una inquietud, como entre dos animales que se husmean. Estaba seguro de que el otro lo había estado observando desde hacía rato. Y advirtió, por instinto, una sensación extraña: no sabía explicar el motivo, pero intuía que aquel hombre era un perro vagabundo como él.

El mesonero posó la jarra llena y retiró la vacía, guiñándole un ojo para demostrar su complicidad; Jules lo mandó al diablo para sus adentros y comenzó a beber lentamente, a pequeños sorbos, lanzando miradas hacia el desconocido. Estaba leyendo un periódico y, de vez en cuando, asentía, esbozando una sonrisilla maligna, casi como un comentario a lo que leía; y resoplaba para sí, cosa que le acentuaba la expresión despierta mientras plegaba el bigote bien

cuidado en una mueca de desprecio. Comenzaba a resultarle simpático. Jules se preguntó de dónde sería. No era inglés, eso seguro. Del sur, más bien; de algún lugar del sur de Europa. La elegancia en el vestir traicionaba la ausencia de riqueza; iba mal combinado, grande de talla, el dispendio era inútil visto el resultado final, y daba la impresión de haber sido comprado por motivos de trabajo. Con aquel modo de mirar y sonreír de lado, con aquel aire insolente, Jules imaginó profesiones de todo tipo menos legales. Continuó bebiendo, pero sin el frenesí de antes. Le intrigaba aquel tipo. Y no sabía explicarse el porqué.

Pasados unos diez minutos, el hombre de la mesa en penumbra esbozó un repentino gesto de rabia: dejó caer el periódico sobre la silla y se quitó la chaqueta. Hacía calor, y parecía haberse dado cuenta en aquel momento. Jules pensó que tenía un carácter irascible, imprevisible, quizás demasiado nervioso para su gusto. Entonces detuvo el flujo de sus pensamientos, preguntándose en frío qué diablos le importaba el carácter de aquel tipo, un desconocido entre tantos, del que probablemente no valía la pena saber nada más. No necesitaba amigos así que era inútil continuar alimentando aquella anodina curiosidad. El tipo se dobló las mangas de la camisa con la boca torcida por una mueca de fastidio: primero la derecha, luego la izquierda... y Jules vio el tatuaje. Una antorcha, distinguible a pesar de la distancia que los separaba, sostenida por un puño cerrado. La llama se perdía dentro de la manga, que el hombre rápidamente desenrolló hasta esconder el dibujo. Y, por segunda vez, las miradas se cruzaron. Jules tuvo la impresión de que el otro le dedicaba un imperceptible guiño irónico mientras volvía a desviar la mirada. Aquella antorcha solo podía ser un símbolo anarquista. Pensó que no tenía necesidad de amigos, pero de un cómplice sí.

Levantó la mano hacia el mesonero, que acudió rápidamente: Jules le dijo en voz baja que llevase una cerveza a la mesa del rincón. El hombre obedeció tras haber recogido con un rápido movimiento la generosa propina que Jules había dejado al lado del cenicero.

Se encendió otro cigarro. Cuando la jarra de cerveza llegó a la mesa en penumbra, el tipo miró de reojo al mesonero, que señaló a Jules con un gesto de barbilla. Este alzó su cerveza y brindó desde lejos. El tipo permaneció indeciso por un momento, alzó la suya, se encogió de hombros y bebió un largo trago. Luego posó la jarra y continuó leyendo. Unos minutos después se levantó resoplando, tragó la cerveza que le quedaba y se dirigió al baño. Cuando salió, en lugar de volver a su mesa, se sentó en la de Jules, de forma natural, como si hubiese estado sentado allí antes.

—Entonces, ¿cómo va? —preguntó en francés.

Jules se puso rígido.

El otro sonrió divertido.

—¿Qué ocurre, no eres francés?

—Puede ser —respondió Jules, que seguía estudiando la cara del tipo. Tenía un aire simpático, desenvuelto, pero ya le parecía demasiado entrometido.

—Cuando has entrado —dijo el otro, mirándolo con semblante vagamente provocador—, yo ya estaba en aquella mesa. Del bolsillo del abrigo te asomaba un libro, he visto el título... y además, no tienes cara de inglés.

—¿Y de qué tengo cara? —replicó Jules, frío.

—De amargura, en este momento. De uno que lee a Max Stirner en francés y que mira a su alrededor con ganas de retorcerle el pescuezo a todo el mundo. ¿Me equivoco?

Hablaba demasiado. Pero parecía alguien despierto. Instintivamente, Jules empujó el libro dentro del bolsillo, y en aquel momento pensó que hacía calor. Estaba a punto de quitarse el abrigo cuando un viento gélido lo embistió por la espalda. Había entrado alguien. Jules se dio cuenta de que, por primera vez, le había dado la espalda a la puerta en un local público. Debía de estar tan trastornado por la rabia cuando había llegado a aquella tasca que hasta se había saltado ese hábito instintivo. Notó que el tipo sentado frente a él había bajado de golpe la cabeza, encorvado sobre la mesa, fingiendo escrutar las numerosas incisiones de la madera. Jules se giró: el recién llegado era un policía. El bobby se colocó la porra en el cinturón y pasó junto a su mesa camino de la barra, ignorándolos por completo. El tipo volvió a levantar la cabeza y le dirigió una media sonrisa a Jules, que lo observaba con una expresión impenetrable. Así pues, había acertado. No le gustaba la proximidad de los policías y eso ya era un buen motivo para entablar conversación con él. El agente bebió un vaso de agua, saludó a los presentes y volvió a su ronda. El tipo del tatuaje pareció recuperar el aliento y exclamó en tono alegre:

—Bien, a esta ronda invito yo. —Y se dirigió al mesonero, que rápidamente tiró dos cervezas y las llevó a la mesa. El tipo se hurgaba en los bolsillos en busca de dinero, y cuando apoyó sobre la mesa un soberano de oro, el tabernero, quizás por respeto a aquellos dos caballeros, ya había regresado a la barra.

—¿Por qué brindamos? —preguntó entonces, al tiempo que alzaba la jarra hacia Jules.

—Por la antorcha que le pegará fuego a esta pocilga —respondió él impasible, con la mirada clavada en los ojos del otro.

El tipo tardó unos instantes en reaccionar, luego se rio con sorna y chocó la jarra contra la suya, haciendo caer un chorro de espuma.

—Entonces brindo por la buena vista que tampoco te falta a ti.

Apuraron media cerveza y el efecto del alcohol suspendió la amargura de Jules, infundiéndole gradualmente una extraña euforia. Su nuevo compañero le resultaba simpático. Hablaba demasiado, de acuerdo, pero los dos pertenecían a la misma raza. Dos perros callejeros que se habían husmeado durante un rato y que ahora decidían recorrer un tramo del camino juntos.

—Tú tampoco eres inglés.

—Eso era fácil de adivinar, dado que no soy de ninguna parte.

—Ya, mi patria es el mundo entero... —dijo Jules con una pizca de sarcasmo.

El otro lo miró de reojo.

—Patria y mundo son dos cosas que me traen sin cuidado. La primera no existe, y el segundo, por mí, como si arde. Los únicos lugares que me interesan son aquellos donde poder cerrar un buen negocio, y luego... venga, a otro sitio.

El tipo hablaba un francés correcto pero con inflexión arrastrada, cantarina, que le confirmó a Jules la procedencia meridional. En cualquier caso, había llegado el momento de presentarse.

—De nacimiento soy italiano. Antes me llamaba Sorrentino, pero para ti soy Plátano.

—¿Significa algo en tu país?

Plátano acabó su cerveza, y con una sonrisa ambigua añadió:

—Claro. Es un árbol. Hace algún tiempo, en Francia, me relacionaba con ciertos fulanos, un hatajo de animales a quienes frecuentaba por motivos... digamos, de trabajo. Por mis orígenes italianos me llamaban Mandolino. No me gustaba que se tomaran demasiadas confianzas, y como pronunciaban «Mandolino» carcajeándose, les pedí que lo dejaran, y se lo pedí por las buenas, gentilmente... Después, una noche un poco torcida, cogí la rama de un árbol y les zurré la badana. El árbol que me proporcionó aquella válida ayuda en mi país se llama «plátano». Conmigo estaba un socio italiano, un pobre diablo a quien aquellos trataban a banquetazo limpio, y que lo pasó bomba viendo cómo cobraban. .. Fue él el que me rebautizó como Plátano.

Jules pensó que el tipo, además de demasiada labia, tenía otro defecto: le gustaba fanfarronear. Pero tenía un brillo de determinación en la mirada, una dureza que transmitía seriedad. Jules se dijo que, en caso de necesidad, Plátano debía de ser alguien capaz de cerrar la boca y actuar de modo rápido, decidido. No podía estar equivocado. Plátano era de su raza.

—¿Damos una vuelta? —continuó el italiano, que manifestaba una repentina ansia por cambiar de aires. Se levantó, fue a coger la chaqueta y el gabán a su mesa, y al regresar murmuró—: Espera tú por la vuelta. Nos vemos fuera dentro de diez minutos.

Jules contempló la moneda sobre la mesa pero Plátano no le dio tiempo para preguntar el porqué de aquella extraña prisa y se agachó para susurrarle:

—No me ha gustado aquel guindilla. Voy a echar un vistazo. Tú tómatelo con calma, luego paga y alcánzame en la paralela detrás de la taberna.

Plátano se fue hacia la puerta y, antes de cerrarla tras él, le dirigió a Jules un guiño.

Extraño comportamiento. Jules se preguntó por qué de pronto el otro había decidido fiarse, revelándose como alguien que tiene a los gendarmes en los talones. Todo demasiado rápido. Terminó de beber lentamente, dejó pasar los diez minutos. Finalmente cogió el soberano que Plátano había dejado encima de la mesa. Sin dejar de frotarlo entre los dedos, se levantó y se dirigió a la barra. Cuando estuvo a dos pasos del mesonero, que ya le dirigía una sonrisa amistosa, notó una sacudida en la espalda. Vaciló por un momento, casi se detuvo. Volvió a caminar, se apoyó en la barra, ojeó la moneda y al final buscó en el bolsillo del abrigo los chelines para pagar las últimas cervezas. El mesonero le dio las gracias y añadió que si necesitaba cambiar el soberano, no había problema. Jules sonrió, sacudió la cabeza y respondió que estaba bien así. Saludó y salió.

El aire fresco le devolvió la calma. Aquel grandísimo hijo de puta. ¿Qué sentido tenía hacerle semejante jugada? No conseguía entender cuál era su objetivo. Quizás estaba compinchado con el policía, para engatusarlo...

Jules miró rápidamente a su alrededor. Tenía la moneda apretada en un puño, pero no se decidía a tirarla. La calle estaba desierta. Si hubiesen querido jugársela ya le habrían saltado encima. Solo había un modo de entender el motivo de aquella faena. Si el italiano había desaparecido, él tiraría la moneda a una alcantarilla para más tarde

volver delante de la tasca y asistir a los acontecimientos desde cierta distancia de seguridad.

Pero una vez alcanzada la calle paralela detrás del local, Jules entrevió una figura sentada en un banco. Era Plátano. Se acercó a paso lento, echando rápidas miradas alrededor, con los músculos entumecidos hasta dolerle.

El italiano se puso en pie, alegre, y exclamó:

—¡Eh, tú!, ¡vaya cómo has tardado! Por suerte era una falsa alarma. Aquel policía...

Jules lo agarró por el cuello y lo tiró hacia sí. Le puso el soberano delante de los ojos, rascó con la uña la figura de San Jorge en el punto en el que ya se veía algo levantado y se lo metió en el bolsillo interior, hundido con tal violencia que le desgarró un trozo de forro.

—Este quédatelo tú. Y ahora, antes de perder los dientes, explícame las reglas del juego.

Plátano forcejeó rabioso: era ágil, y más robusto de lo que parecía. Jules le tiró de una solapa del abrigo, tratando de retenerlo, de modo que pudiese golpearlo primero, y fue así como notó la culata de un revólver que le sobresalía del interior de la camisa, desabrochada a la altura del abdomen. Pero Plátano no intentó sacar el arma. Le frenó el brazo con ambas manos y dijo entre dientes:

—¡Déjalo ya, tonto! Estás armando un alboroto monumental.

Jules lo miró fijamente a los ojos: cuando dejaba de sonreír, Plátano perdía su aire despreocupado y se convertía en una especie de felino con una luz cruel en la mirada.

—¿Por qué querías engañarme? ¿Quién te ha enviado?

—Estás diciendo un montón de estupideces. Eres tú el que me ha buscado, yo esperaba a un gañán cualquiera, eso es todo.

Y no exageres, que no he engañado a nadie. Si no te hubieses cagado de miedo, ahora podríamos ir a medias.

Jules lo empujó con un gesto airado. Continuaron encarados a medio metro el uno del otro.

—¿A medias? Escúchame un momento, payaso: no tengo problema en pasar moneda falsa. Ojalá lo hiciese todos los días. Pero soy yo el que decide cuándo, cómo y a quién. Este jueguecito apesta, espero que me lo expliques.

Plátano resopló con ademán resuelto y dio un manotazo al aire. Luego volvió al banco, dejándose caer con las piernas abiertas, los brazos extendidos a lo largo del respaldo.

—Oye, ¿no serás un maníaco? —dijo mientras examinaba a Jules de arriba abajo. Y soltó otra carcajada—. Era una especie de broma. Quería ver cómo te las arreglabas. Estaba seguro de que, al tenerla en la mano, te darías cuenta. Pero pensaba que la colocarías. —Sacudió la cabeza como para remarcar su desilusión—. Dios mío, si hubiese sabido que te cabrearías de ese modo... Bueno, dejémoslo, te hacía más bromista, pero me equivoqué. ¿Arreglado?

—Y una mierda —soltó Jules—. Si se ponían las cosas feas, tú ya estabas fuera y además sabías que había un polizone por ahí.

—Venga hombre, déjalo ya. ¿Sabes cuál es la tragedia de todo este asunto? —Plátano sacó la moneda falsa con dos dedos—. Que esta es la última. Mírala bien. Nunca se vieron tan perfectas. Aquel huevón de mesonero no se habría dado cuenta aunque se la hubiese largado uno con esposas en las muñecas y la bola en el pie. Mira

cómo pesa... Ni un miligramo de más ni tampoco un miligramo de menos. El baño es de oro puro, el cuño de primer orden...

Jules se acercó algunos pasos y observó la moneda en silencio.

—No corrías ningún riesgo. Era solo para ver tu reacción. Y si ni siquiera tú te dabas cuenta... bueno, ¡imagínate las risas después, al contártelo!

Jules se mantenía completamente serio, la mirada gélida y los puños cerrados. Pero algo comenzaba a aflojarse dentro de él. Fue a sentarse en el banco, se encendió un cigarro y se guardó el paquete sin ofrecerle a Plátano, que lo miró de reojo e hizo una mueca.

—¡Gracias, eh!

Jules sacó de nuevo el paquete y se lo ofreció con brusquedad. La caja de cerillas se la lanzó entre las piernas. Plátano sacudió la cabeza y volvió a carcajearse. Después se levantó y preguntó:

—¿Qué?, ¿damos una vuelta?

—¿Una vuelta dónde? ¿Y en busca de qué?

—Hmm... Eres un tipo alegre de verdad. Esperemos que no traigas mala suerte.

Jules alzó la mirada con premeditada lentitud y lo fulminó. Plátano se encogió de hombros y dijo:

—Un paseo sin más. Porque sí, solo para echarle un vistazo a este bonito barrio adormecido.

Jules se puso en pie y comenzó a caminar a su lado, con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada fija al frente.

Plátano era peligroso. Le fallaba algo en la cabeza, no había duda. Y sin embargo, por algún perverso motivo, Jules se sentía atraído por su modo de actuar, estaba convencido de que valía la pena conocerlo mejor a pesar de que la razón le aconsejaba olvidarse de él cuanto antes. Pasearon sin rumbo, se alejaron del Soho y recorrieron las calles desiertas entre Regent y Oxford Street, en dirección a Hyde Park.

—¿Por qué ese tatuaje? —preguntó en un determinado momento Jules.

Plátano escupió al suelo y masculló:

—Porque en la cárcel el tiempo tarda en pasar.

—Sí, ¿pero por qué una antorcha?

—No te hacía tan curioso, Jules.

Él se paró a mirarlo directamente a la cara. Y dijo, con voz calmada y paciente:

—No soy curioso. No más que tú, que fisgas en los bolsillos de los otros. —Y tocó el libro de Max Stirner.

—Vamos a ver, ¿qué quieres que te diga? —exclamó Plátano—. ¿Que soy anarquista? Sí, en cierto modo. Pero las revoluciones y los pueblos explotados me importan una mierda. Mi revolución la hago solo, todos los días, jodiendo a estos cerdos ricos y a sus bancos.

—Enhorabuena. Para ti ya está todo arreglado, me parece. Casi te envidio...

—No te creas. Yo también tengo sobre mi espalda mis buenos años de militancia, de octavillas impresas en un trastero, de huelgas fracasadas, de porrazos en las plazas... Tiempo perdido. Los cerdos

engordan gracias a nuestro trabajo y la única manera de paralizar la máquina es golpearles en lo que más quieren: la propiedad.

—Y eso de paralizar la máquina, ¿piensas hacerlo solo?

Plátano resopló mientras lanzaba lejos la colilla.

—Solo, o con unos pocos amigos de confianza. ¿Y a quién le importa si la máquina se paraliza o no? Yo, mientras tanto, no viviré de lamentos y no le lameré los pies a nadie.

Se paró bajo la luz de una farola y se descubrió el brazo para mostrar su tatuaje. Jules pudo leer una frase grabada por encima de la llama: «En cualquier caso, ningún remordimiento».

—Nos han hecho tragar tanta violencia —masculló Plátano entre dientes, la mirada encendida por un repentino furor histérico—, que cualquier cosa que hagamos, hasta la más sanguinaria y bellaca... no dejará de ser una recompensa insuficiente.

Jules lo examinó serio. Había que controlar a aquel italiano. Pero era el tipo perfecto para recomenzar.

Plátano miró a su alrededor. Y recuperó de pronto el aire desenvuelto, con un nuevo cambio de humor que parecía típico de su carácter. Señaló algo más allá del cercado de arbustos. Jules observó el jardín, la pequeña villa iluminada por los farolillos, un cobertizo al lado... Había una silueta oscura, probablemente una motocicleta cubierta por una lona.

—¿Vamos a ver? —preguntó el italiano, que había bajado la voz y asumía ya una actitud vigilante, con los nervios en tensión y los ojos muy inquietos para captar las señales a su alrededor.

—¿Puedes colocarla?

Plátano se encogió de hombros.

—Puede ser. Pero no sé conducirla.

Jules había tenido ocasión de probar algunos modelos de motocicleta cuando trabajaba como mecánico.

—Yo sí.

Plátano no esperó más. Dio una vuelta alrededor de la casa, franqueó el muro de arbustos en un punto menos iluminado, se puso a avanzar encorvado, atento a no pisar ramas u hojas secas. Jules dio un suspiro profundo. Y lo siguió.

Llegaron al cobertizo. Se colocaron a ambos lados de la lona. Un intercambio de miradas fue suficiente: alzaron la pesada tela impermeable y la doblaron con cuidado para después dejarla en el suelo. Ningún ruido. Jules examinó la moto en pocos segundos: una estupenda Norton 1907 con motor Peugeot bicilíndrico de cinco caballos. Un modelo rarísimo, idéntico al que había ganado el Tourist Trophy. Debía de valer un montón de esterlinas...

Plátano le soltó un codazo; Jules asintió. Agarró el manillar e hizo señas al italiano para que empujase. Del motor comenzó a salir un borboteo sofocado, como de una cacerola en ebullición: tenía arranque directo, sin embrague ni marchas, y Jules ignoraba si había algún modo de quitarlo. Salieron al exterior. Evitaron el camino de gravilla para no hacer ruido, pero al llevar la motocicleta sobre la hierba mojada, Plátano resbaló y empujó en exceso, lo que hizo perder el equilibrio a Jules. Este, para no caer, tiró de la palanca del freno: un chirrido que pareció ensordecedor en el silencio absoluto de la noche. Permanecieron inmóviles por un momento. Un perro ladró en la lejanía. Plátano le dio una palmada en la espalda a Jules,

que volvió a moverse. El otro se adelantó corriendo y abrió de par en par la verja: también esta emitió un chillido audible a distancia. Pero lo habían logrado: Jules abrió el paso de la gasolina, saltó a horcajadas, y Plátano comenzó a empujar como un loco. Un primer crepitar, luego una serie de estallidos y traqueteos, y finalmente el motor retumbó al máximo de revoluciones, inundando la calle de ráfagas estruendosas que parecían provenir de una ametralladora. A Jules le pilló desprevenido esa inesperada potencia y se vio de repente cincuenta metros más allá, con la Norton que cogía velocidad. Soltó el puño del acelerador y volvió atrás. Plátano corría tras él casi sin aliento, y cuando dio marcha atrás, saltó sobre el pequeño asiento improvisado en el guardabarros posterior. Debieron pasar de nuevo ante la casa. Había una ventana iluminada.

—¡Dale gas, por dios! —gritó Plátano.

Jules aceleró demasiado bruscamente y encharcó los cilindros. En lugar de ir hacia adelante, la moto vaciló, derrapó y poco después fue recuperando revoluciones. Pero en la ventana apareció un hombre corpulento que lanzó un grito gutural. Con la mano izquierda trataba de cerrarse la bata mientras mantenía la derecha bajada. Cuando la levantó, Jules pudo distinguir una pequeña semiautomática reluciente que lanzó un reflejo plateado en el momento en que el hombre apuntaba. Un disparo seco. Un segundo. Otros dos en rápida sucesión. Jules sintió una contracción en las manos de Plátano, que le apretaban la cintura.

—¡Párate! ¡Frena este cacharro! —gritó el italiano.

Jules apretó el freno, convencido de que el compañero había sido alcanzado. El motor se apagó. Plátano saltó hacia atrás con rapidez. Se escurrió encorvado por entre los árboles de la carretera y alcanzó

la cima. En ese momento, avanzó por el empedrado con paso firme, seguro, y con aire arrogante. Tenía el brazo derecho rígido delante de él, empuñando el revólver.

—¡Y ahora qué, hijo de la gran puta! ¿Quieres jugar conmigo?

Plátano disparó un tiro hacia la ventana y destrozó un cristal. El hombre se agachó de golpe y desapareció en el interior. Plátano, con calma, hizo estallar otros cinco disparos y rompió otros tantos cristales. Luego, sin prisa, caminó hacia Jules mientras vaciaba los casquillos del tambor para insertar otras balas. Tras haber recargado, volvió a meterse el revólver en el cinturón. Y se apoyó en el guardabarros diciendo:

—Dale, pon en marcha esta mierda.

Jules estaba aturdido, y acató la orden sin objeciones. Cuando el motor comenzó a girar de nuevo, Plátano saltó encima a tiempo y los dos se escabulleron, desaparecieron en la noche.

La Norton corría a sesenta kilómetros por hora, con el bicilíndrico de 726 que rugía al máximo. Cuando salieron de la ciudad, Jules encendió el faro y disminuyó la velocidad. Por el momento, había cesado el peligro.

—¿Estás herido? —preguntó girándose hacia atrás.

—Bromeas. Estoy perfectamente —guiñó Plátano.

—Pero entonces... ¿por qué coño nos hemos parado? ¡Estábamos ya fuera de tiro!

—Nos hemos parado porque a cierta gente hay que educarla. No se dispara a la espalda del prójimo solo porque te estén robando un amasijo de hierros.

Jules apretó los dientes para no insultarlo. Estaba completamente loco. Podían haberlos dejado fritos, sin contar con la Policía...

—¡Vamos Bonnot, no confundas las cosas! —le gritó Plátano al oído—. A estos hay que darles una lección. Deben aprender que si disparan a alguien se arriesgan a recibir un disparo ellos también. Lo he hecho solo en nombre de la civil convivencia, ¡qué diablos!

—Sí, vale, muy divertido... ¿Y si aquel está muerto? ¡A cambio de una denuncia por homicidio querría algo más que una motocicleta!

Plátano le dio un golpecito en el costado, como para tranquilizarlo.

—Tranquilo, Bonnot, tranquilo. No se ha muerto nadie. Si hubiese querido matarlo ahora tendría un bonito agujero entre ceja y ceja.

El tono insolente de Plátano irritó a Jules, que para desahogarse puso la moto a todo gas. La Norton cogió velocidad, y correr a sesenta kilómetros por una recta que desaparecía en la oscuridad absoluta no era menos arriesgado que la bravuconada anterior. Plátano comenzó a lanzarle gritos de exhortación. Jules pensó: «Ahora vas a ver lo que es bueno, mamarracho», y encaró una curva doblándose al máximo, hasta rozar los reposapiés contra el suelo. Jules conocía aquella carretera, se sabía de memoria aquella curva, pero por poco no acabaron en la cuneta. Se libraron a golpe de manillar, con Plátano que reía a carcajada limpia. Jules aceleró.

El viento cortaba la cara y de vez en cuando él sentía las gotas de lluvia que se clavaban como agujas. Pero aquella carrera nocturna le estaba proporcionando una emoción nueva: era como atrapar la vida entre las manos después de haberla arrancado del interior de una ciénaga. Una euforia electrizante se propagaba por todo el cuerpo y Jules sentía unas incontenibles ganas de gritar, de abrir la boca de

par en par para morder el aire, la oscuridad, la nada que lo había envuelto hasta unas pocas horas antes.

Al superar un bache, la Norton se catapultó hacia una cuneta, y por una fracción de segundo permaneció en el aire con ambas ruedas. Jules emitió una especie de aullido, un extraño sonido de lobo que grita a la luna. Plátano lo sacudió tirándole de los lados del abrigo, incitándole a ir aún más rápido. Jules se inclinó hacia adelante y, tumbado sobre el chasis, los codos apretados contra el depósito, comenzó a imitar a una sirena, tan aguda y lúgubre como la de una fábrica, la de la fundición que había conocido un siglo atrás. Plátano se tambaleaba sobre el sillín, saltaba arriba y abajo como un poseído, hasta que el guardabarros se dobló y la chapa empezó a rozar el neumático posterior. Pocos instantes después se produjo un reventón y la moto se encabritó, culeando y coceando, cruzándose para después arrojarlos en medio de un campo. La Norton hizo dos cabriolas y se estrelló a los pies de un árbol.

Jules fue el primero en levantarse. A parte de una rozadura en la rodilla y de los pantalones rotos, no se había hecho nada. Plátano, tumbado con las piernas y los brazos abiertos, se reía dando sacudidas y respingos. Luego se puso en pie y fue a escupirle a la moto.

—¡Verdaderamente, eres una gran zorra, tú y aquel dueño cornudo que tenías! —Y le asestó una patada a la rueda reventada, pero falló el blanco y dio en el buje.

Plátano de pronto se cogió el pie entre las manos y se puso a dar saltitos sobre una sola pierna. Esta vez fue Jules el que estalló en carcajadas, y se rio tanto que al final el otro se dejó contagiar, y continuaron hasta ahogarse de la tos, con lágrimas en los ojos,

balbuceando frases inconexas sobre el tipo de la ventana y los cristales rotos y sobre el miedo que debía haber pasado y la probabilidad de que ahora se encontrase sentado en el retrete.

En una pausa, con el silencio de la campiña nocturna que se había vuelto repentinamente opresivo, Jules preguntó:

—¿Te quedas por aquí o te vas?

—Pensaba regresar a Francia. Allí abajo me dan buenos soplos. Vale la pena comprobarlos.

—¿Cuándo?

Plátano miró a su alrededor, haciendo un gesto hacia el campo.

—Bueno, considerando que nos llevará algunas horas encontrar un hotel... no antes de mañana.

—Hay una fonda a cinco o seis kilómetros, no tenemos por qué acercarnos a la ciudad.

—Bien. En marcha entonces.

Caminaron en silencio durante unos diez minutos.

Luego, el italiano preguntó:

—Crees que en esta fonda... ¿aceptarán cambiarnos un soberano de oro?

—Por supuesto —dijo Jules en tono tranquilizador—. Si se la das tú, que tienes los pantalones íntegros y la sonrisa fácil, no la rechazarían por ninguna razón del mundo.

—No, querido socio —espetó Plátano con un dedo levantado— te has saltado un turno. La siguiente te sigue tocando a ti.

Y le metió la moneda en el bolsillo, evitando por los pelos el manotazo que Jules intentó asestarle en la espalda.

Jules se despertó temprano y fue a llamar a la puerta de al lado, hasta que Plátano respondió con un gruñido. Lo tranquilizó sobre la situación, pues lo imaginaba con el revólver ya en mano, y le dijo que abriese, que necesitaba que le hiciese un favor. No fue fácil convencer al italiano para que le prestase los pantalones. Jules debía regresar a la ciudad para arreglar un asunto y no podía ir por ahí con la pernera hecha jirones. Plátano farfulló cierto comentario sarcástico, luego se encogió de hombros y se dejó caer sobre la cama, metiendo de nuevo el arma bajo la almohada. Jules le garantizó que regresaría para la hora de comer, probablemente antes aún de que él despertase. Mientras se ponía los pantalones del italiano, que eran más o menos de su talla, el otro murmuraba algo todavía dormitando. Revisó el contenido de los bolsillos, separó algunas balas del calibre 32 de la calderilla, metió las primeras en el gabán de Plátano y dejó lo segundo en la mesilla.

Pidió prestada una bicicleta al dueño de la fonda y comenzó a pedalear como un loco en dirección a la ciudad. Se encontraba en los alrededores de Hempstead con la perspectiva de recorrer más de veinte kilómetros. Al pasar por el punto donde habían dejado la moto, se detuvo: la Norton era bastante visible desde la carretera. Se acercó hasta el árbol y, con un esfuerzo que lo hizo sudar, la arrastró hasta un matorral y la cubrió con follaje. Después se puso de nuevo en marcha y una hora más tarde ya estaba en el despacho de sir Arthur.

El escritor se había quedado en la ciudad durante algunos días, y según lo acordado, Jules se había alojado en un hotel y lo pasaba a recoger a última hora de la mañana. Llegaba antes de tiempo, pero

sir Arthur no necesitó pedirle explicaciones sobre la insólita hora: la mirada y la expresión eran suficientes.

—¿Algún problema, Jules?

—Lamentablemente, sir Arthur, debo dejar el empleo. He venido a despedirme de usted, regreso a Francia hoy mismo.

El escritor no movió ni un solo músculo. Escrutó largamente a su ex chófer, y la determinación que leyó en sus ojos lo convenció para no insistir.

—Lo lamento. Espero al menos que su decisión no tenga que ver con nuestra relación.

Jules sacudió la cabeza.

—De ningún modo. Le estimo, sir Arthur. Pero debo regresar a Francia. Nadie puede evitarlo.

El escritor asintió con un suspiro. Después abrió un cajón, cogió un fajo de billetes y se aprestó a darle la liquidación.

—Sir Arthur... ya recibí ayer la paga semanal. No me debe nada.

—Tengo por costumbre pagarle el finiquito a quien ha trabajado para mí. No le estoy haciendo un regalo, Jules. Es cierto que habría preferido que me avisase con un mínimo de antelación, pero... usted tendrá sus buenas razones.

Jules apretó los labios, sin responder ni asentir. Sir Arthur le puso el dinero en la mano, Jules le dio las gracias con un gesto, y luego se quedaron el uno frente al otro durante algunos instantes, en un silencio tenso.

—¿Lo veré de nuevo, Jules?

—Me temo que no, sir Arthur.

—Bueno, de todos modos... si le coincidiese pasar por aquí, venga a saludarme. Espero de veras que lo haga.

Se estrecharon fuerte la mano, mirándose a los ojos.

Cuando Jules estuvo en la calle, se giró un instante hacia la ventana. La figura enorme del escritor escocés ocupaba buena parte de la cristalera. Ninguno de los dos esbozó un guiño.

UNA VENTANA EN QUAI DES ORFÈVRES

El hombre encorvado sobre el escritorio estaba leyendo con extrema atención el último número de *L'Anarchie*. La luz oblicua que entraba a través de la ventana a su espalda se desvanecía lentamente, pero el interés por la lectura lo había distraído hasta aquel momento de realizar el simple gesto de encender la lámpara junto a él. Tenía tupidos y largos bigotes con las puntas vueltas hacia arriba, complexión delgada y enjuta, ojos hundidos, la mirada oscura, profunda, febril por los amplios cercos negros que se extendían entre las cejas y las mejillas. Movía los músculos de las mandíbulas con un ritmo constante, obsesivo, y contenía la respiración durante mucho tiempo, olvidándose, para más tarde vaciar los pulmones con un suspiro que resonaba en la pequeña habitación de tapicerías desgarradas, muebles gastados, ambiente cargado de humo, moho y polvo impalpables, sedimentados a lo largo del tiempo, un tiempo transcurrido sin que nada cambiase entre aquellas cuatro paredes antiguas, de muros afortunadamente silenciosos y carentes de memoria. La lectura del periódico subversivo no parecía provocar en él resentimiento, satisfacción o desprecio. Nunca lo hubiera confesado, pero aquellas páginas le transmitían una incontenible melancolía. Su propio rostro, descarnado y atormentado, emanaba tristeza incluso en los raros momentos de reposo. Todo en aquel hombre reflejaba dudas y

ninguna certeza. Extraño, que un hombre semejante se hubiese convertido en subjefe de la Sûreté.

Resonaron dos golpes en la puerta, secos, arrogantes. El hombre alzó la mirada, se acordó de expulsar el aire del tórax, entornó los ojos con un gesto de resignación.

—Adelante —dijo con voz cansada mientras escondía la copia de *L'Anarchie* bajo el portafolios de cuero negro.

La puerta se abrió de golpe y apareció el rostro rollizo y enrojecido del inspector Colmar.

—Comisario Jouin... —exclamó Colmar, guiñando un ojo y torciendo el bigote, sin que el otro llegase a entender qué quería.

—¿Así pues? Entre... —dijo Jouin impacientado.

Interrumpirlo mientras leía algo era el mejor modo para enemistarse con él. Aunque, en cualquier caso, el inspector Colmar había renunciado hacía mucho tiempo a interpretar los humores de aquel hombre eternamente inaccesible para él.

—Ha llegado... —Y comenzó de nuevo con los gestos alusivos.

—Si tiene algo que decirme, espáblese. Tengo un montón de trabajo atrasado.

El inspector Colmar asumió una expresión resignada, como quien renuncia a cualquier forma de comunicación, y abrió de par en par la puerta. Apoyado en la pared del pasillo había un hombre desaliñado, de una elegancia improvisada, comprimido como estaba dentro de su traje ajado, la corbata torcida, y sosteniendo entre sus manos un sombrero al que martirizaba ansiosamente.

El comisario Jouin hizo una seña interrogativa a Colmar, que respondió:

—Está aquí Napoleón...

—Nada más y nada menos —dejó escapar Jouin.

El inspector sonrió por pura cortesía y explicó con aire paciente:

—Napoleón Jacob, señor comisario.

Jouin entreabrió los labios y dirigió la mirada al techo. Finalmente había entendido. Napoleón Jacob, el colaborador infiltrado entre los anarquistas, junto con su compañera, una mujer apodada «la Savantasse». Jouin no amaba a los delatores. Los usaba, sabía embaucarlos, trataba con cada uno de ellos personalmente, siempre conocía hasta el más mínimo detalle de sus vicios y debilidades para explotar mejor sus servicios, los cuales se granjeaba o chantajeaba. Pero no era capaz de respetarlos. Reprimir el desprecio que sentía hacia los informadores era uno de los muchos motivos que le hacían pesado aquel oficio.

—Ven, Jacob, adelante —dijo en voz alta mientras se levantaba.

El hombre esbozó una reverencia y dio algunos pasos hacia adelante. El inspector Colmar lo siguió, volvió a cerrar la puerta y se detuvo a sus espaldas. Jouin hizo un ademán al recién llegado para que se sentase.

—¿Entonces, cómo te va?

Jacob apretó los labios y atenazó aún más las alas del sombrero.

—Cómo quiere que me vaya, señor comisario... Nos las apañamos. Ya sabe cómo son las cosas... —Y esbozó una sonrisa ambigua, referida obviamente al dinero que nunca era suficiente.

Un argumento que Jouin conocía bien, y precisamente por ello evitó darse por aludido.

—¿Y tu señora? ¿Todo bien?

—Por ahora sí... Se ha quedado con esa gente... Así se da cuenta enseguida de si algo no va por el buen camino. Hay que ser prudentes, ¿entiende?... esos no bromean, no crea.

—Ya. Entiendo perfectamente.

Jouin permaneció mirándolo fijamente en silencio. Las formalidades se habían agotado. Le tocaba a Jacob dar el paso siguiente. El hombre se agitó en la silla en busca de una comodidad imposible. Cambiando una y otra vez de postura, murmuró:

—He venido para servirle en bandeja a un pez gordo, señor comisario. Lo único que tiene que hacer usted es conseguir una orden de registro. Ya verá, un bombazo, lo cogerá bien cogido. Podrá librarse de él de una vez por todas.

—Nombre —asibiló Jouin, impenetrable, con el rostro tenso y rígido, la mirada inexpresiva.

—El ruso. Víctor Kibalcic —dijo Jacob, sosteniendo por primera vez la mirada del comisario. Y añadió un gesto elocuente, cruzando las muñecas como para representar las esposas—. ¡Está jodido!

—Explícate.

—Es simple, señor comisario, facilísimo...

—Lo juzgaré yo, lo simple que es. Continúa.

Jacob se mordió el labio. Maldijo mentalmente a aquel endemoniado subjefe de la Sûreté que lo trataba como a un despojo,

a él, que arriesgaba el pellejo para entregarle a uno de los rebeldes más peligrosos de las tierras francesas. Suspiró, se aclaró la voz y dijo:

—Monedas falsas. Muchas. Las suficientes como para mandarlo derecho a la Guayana solo con billete de ida.

Jouin dio un resoplido burlón.

—Vaya, vaya... Así que, según las informaciones que tienes en tu poder, el cerebro del anarquismo parisino, ese Kibalcic, perspicaz escritor y hábil periodista, se ha puesto a trajinar con el torno, a cincelar monedas de hojalata que más tarde se recubrirán con oro falso... —Miró al inspector Colmar—. Este oficio es una sorpresa continua.

Colmar asintió, confirmando, muy serio, las palabras de Jacob.

—Está bien. ¿Y dónde tiene estas monedas? —prosiguió el comisario.

—En casa.

—¿Y las fabrica allí?

—Oh, no —exclamó Jacob—. Obviamente, no. Él es el jefe, se limita a darles salida. El trabajo duro se lo manda hacer a los demás.

—El jefe, ¿eh? Kibalcic, el jefe de los anarquistas. ¿Y desde cuándo los anarquistas tienen un jefe?

Jacob dio un respingo orgulloso: se puso lívido, comenzó a balbucear.

—Escuche... comisario... yo le doy el soplo... pero si no le interesa, tan amigos.

—Cuidado con tus palabras, Napoléon Jacob. Tú y yo nunca seremos amigos.

Jacob lo miró con odio. Jouin desvió la mirada y se dirigió a Colmar:

—La dirección la conocemos. Consiga todos los detalles, el lugar donde tendría las monedas falsas y todo lo demás. Y ocúpese usted de... de agradecérselo al señor Jacob.

El subjefe de la Sûreté volvió a su escritorio, se acomodó en la silla y se puso a estudiar algunos documentos. El inspector Colmar apoyó una mano en la espalda de Jacob, que se levantó tropezando y mascullando un saludo entre dientes. Ambos salieron sin que el comisario se dignase a dirigirles una mirada.

Mientras en la estancia de al lado Jacob recibía la recompensa por la delación, Jouin dejaba de fingir interés por los expedientes sobre el escritorio: estiró las piernas, miró hacia la ventana, invadida por un cielo plumizo, gris como una costra de ceniza mojada. Cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a golpear los cristales y crearon toda una serie de taraceas y figuras en la sutil pátina de polvo y hollín, él estaba pensando en los tantos oficios que habría podido hacer si años atrás no hubiese ingresado en la Policía.

RIRETTE

Antes de abandonar la redacción de *L'Anarchie*, Víctor había conocido a una joven militante que frecuentaba a casa tipográfica de Montmartre: menuda, delgada, cara dulce y mirada inocente, Rirette Maîtrejean se revelaba de repente agresiva y tenaz, determinada como pocas mujeres del grupo. Al principio fue un enfrentamiento abierto: los dardos entre Víctor y Rirette desembocaban a menudo en disputas furibundas; ella tenía siempre la última palabra y él acababa siempre dirigiéndose a algún compañero suyo para soltar: «¿Pero dónde habéis encontrado a esta loca rabiosa?». Como luego habrían de confirmar los hechos, se trataba de pura atracción recíproca. Y Rirette siguió a Víctor cuando él abandonó *L'Anarchie*. Se fueron a vivir juntos a un pequeño apartamento en la segunda planta de la rue Fessart número 24, en lo alto de Belleville. Víctor se ganaba la vida traduciendo libros del ruso y gestionaba un círculo de estudios fundado por él, La recherche libre, con sede en la rue Grégoire-de-Tours, en el Barrio Latino. Rirette lo ayudaba con el trabajo mientras trataba de que no les faltase nada a sus dos hijas, Maude y Chinette, tenidas con su marido Louis, un hombre bastante mayor que ella, del cual se había separado, y que había acabado en la cárcel por tráfico de billetes falsos.

Víctor no era solamente un intelectual dedicado al estudio y a la investigación sino un militante total que se lanzaba a las disputas sin

ahorrar energías, arriesgando a menudo la vida. Rirette, pasional e impulsiva, estaba siempre a su lado en los enfrentamientos de calle y en las trifulcas que se producían en los mítines de los monárquicos, pero estaba dotada de un sexto sentido que le permitía intuir el límite que no debía franquearse, la situación que había que abandonar un segundo antes de la catástrofe. En más de una ocasión, Víctor le había debido a ella su propia salvación. Fue también gracias a Rirette por lo que no resultó muerto durante la revuelta popular por la ejecución de Liabeuf.

Obrero de veinte años, Liabeuf amaba a una joven prostituta a la que había logrado sacar de la calle. A los policías corruptos que recibían sobornos de los chulos se les «rogó» que hiciesen algo para que aquel mal ejemplo no quedase impune: y acusaron al pobre diablo de explotación de la prostituta. Liabeuf, exasperado, hirió a cuatro agentes antes de ser arrestado. El prefecto Lépine, personaje conocido por haber mandado abrir fuego contra los manifestantes del Primero de mayo, exigió la condena a muerte. El tribunal lo complació. La ejecución se llevaría a cabo en público, en el bulevar Arago. Aquella noche, una muchedumbre heterogénea confluyó desde los suburbios de mala muerte, desde los barrios obreros, desde cada rincón olvidado de la gran metrópolis. Una corte de los milagros enfurecida, desesperada, que se mezclaba con los militantes socialistas encabezados por Jaurés, con los sindicalistas, con los anarquistas moderados y hasta con los más rabiosos nihilistas dinamiteros. Víctor y Rirette estaban allí, con el amigo René Valet, un joven poeta de maneras refinadas y delicadas, que sentía por ellos un profundo afecto a pesar de estar él también cayendo inexorablemente en las teorías ilegalistas, listo para ponerlas en práctica. En aquel bulevar lívido de día y siniestro de noche, rodeado de grandes casas burguesas con las ventanas cerradas, las cortinas

corridas con indiferencia, surgía el muro de la infamia sobre el cual se recortaba la sombra de la guillotina, una sombra que se había hecho demasiado frecuente en aquellos años. Y a los pies de la máquina cortacabezas había ya una cierta aglomeración de parejas con trajes de noche, sombreritos emplumados y bastones de paseo, venidos en carruaje o en automóvil para disfrutar del espectáculo tras la cena en un restaurante exclusivo. Entre ellos y la masa, los cordones de los gendarmes en formación de batalla, que explotó violentísima, transformando el bulevar Arago en un pandemónium infernal. Los cordones policiales ondeaban, cedían a tramos para después reconquistar el terreno perdido, volaban piedras y balas, sables y golpes de hoces, de bastón, de hacha, hasta los horcones aparecieron aquella noche. Pero todo fue inútil. Liabeuf se subió a la guillotina, inalcanzable para el magma de los miserables.

Víctor divisó, en un determinado momento, a Raymond, que corría perseguido por un puñado de policías. Sintió el impulso de acudir en su ayuda pero Rirette lo retuvo. Antes de que Víctor pudiese preguntarle el porqué, Raymond extrajo un revólver y disparó seis balas a ciegas. Quizás hirió a algún agente, o quizás las balas se dispersaron por encima de las cabezas. Paralizado por la impotencia, Víctor se quedó observando aquella imagen que preanunciaba el final. Con la cabeza de Liabeuf caía la última esperanza de enfrentarse a las elecciones suicidas de los anarquistas armados. Muchos, después de aquella noche, decidirían que ya no quedaba nada por discutir, por escribir, por organizar: a la violencia despiadada de la sociedad que asesinaba a un pobre hombre, culpable de haber amado a una prostituta, solo se podía responder con la violencia ciega e indiscriminada. Las seis balas disparadas por Raymond, el enfervorizado y miope Raymond con los ojos eternamente desgranados tras los gruesos lentes, esos seis

resplandores en la noche, eran el símbolo del precipicio a aquellas alturas inevitable.

Rirette obligó a Víctor a espabilarse y echaron a correr a lo largo de la hilera de árboles, al reparo de las balas perdidas que rebotaban sobre el adoquinado. Un policía ya había caído, pero todavía no se sabía cuántos eran los muertos entre los manifestantes. Jean Jaurés, líder de los socialistas franceses, había resultado gravemente herido. La cesta con la cabeza de Liabeuf ya la habían retirado pero la batalla no se había aplacado aún. Grupos diseminados se perseguían, intercambiaban golpes en breves y despiadados cuerpo a cuerpo, se dispersaban y volvían al ataque. Arrimado al tronco de un castaño de indias, un joven parecía seguir los acontecimientos en estado de trance: observaba a los gendarmes que se acercaban y lo rozaban sin mostrar ninguna reacción, con la mano apretada contra el cinturón. Víctor lo reconoció: era René Valet. Le tocó un brazo y René dio un respingo. Su mirada descendió hacia la mano, que temblaba como si estuviese haciendo un esfuerzo descomunal. Víctor separó el limbo de su chaqueta y vio por un instante el destello del metal.

—Tú también, René... —murmuró con la voz quebrada por la desesperación—. ¿Qué diablos pretendes hacer con esa maldita pistola? ¿Es que no lo entiendes? ¡Solo conseguirás que te maten!

René lo miró con una mezcla de sorpresa y sarcasmo. Sacudió la cabeza, como si no hubiese entendido las palabras del amigo.

—¿Que me maten? ¿Pero qué estás diciendo, Víctor? Eso ocurrirá de todos modos... ¿y no es mejor en medio de una calle que sobre aquel palco de madera? E indicó con el mentón la guillotina, iluminada como si fuese el vestíbulo de un teatro.

Víctor no se rindió. La situación se precipitaba cada día más, pero él no dejó de batirse en dos frentes: la represión sangrienta del poder por un lado, y la locura suicida por el otro. Los ilegalistas lo respetaban, aunque para ellos era ahora un adversario. Una parte de los militantes que mantenían la lucidez creía que Víctor debía retomar las riendas de su principal órgano de contrainformación. Víctor discutió de ello largamente con Rirette y al final decidieron regresar a la redacción de *L'Anarchie*. La sede se había trasladado a los jardines de Romainville, en una gran casa aislada que Raymond y los suyos habían transformado en una especie de «oficina del espíritu y del cuerpo»: el alcohol y el tabaco estaban vetados, así como cualquier otra sustancia que ofuscara la mente, se practicaba gimnasia para fortalecer el físico y ejercicios de tiro con la pistola en el patio, favorecidos por la ausencia de vecindario. Además se impulsaban los estudios científico-filosóficos, especialmente la lectura de Comte y del positivismo. Con Raymond-la-science estaban Edouard Carouy, el sanguíneo y perennemente encolerizado Octave Garnier, su mujer, Marie Vuillemin, el cocinero Metge, el jovencísimo Soudy y René Valet, el único que manifestó un sincero entusiasmo por el regreso de Víctor a la redacción. Los demás lo acogieron con el respeto debido a la mente más fértil del anarquismo parisino, y decretaron una especie de tregua, evitando afrontar el lacerante tema del ilegalismo. De vez en cuando, por la noche, Raymond y los suyos llevaban a cabo algún pequeño golpe, desvalijaban villas y garajes de donde sacaban máquinas de escribir, bicicletas, raramente joyas y dinero en efectivo. Hasta que Raymond, con Garnier y Carouy, lograron entrar en la oficina postal de Chelles y se llevaron cuatro mil francos. Pocos días más tarde entró en acción Metge, ayudado por Carouy: en las oficinas de Correos de la propia Romainville, después de escalar muros y descerrajar cerraduras,

encontraron mil seiscientos francos en contante y más de ocho mil en sellos. Raymond, que ejercía de tesorero, ya podía asegurar puntualmente la cobertura de los gastos de tipografía, la compra de papel, el alquiler de la gran casa de dos plantas. A Víctor le decía que gozaban de suscripciones generosas, sobre todo por parte de un tal Fromentin, un extraño millonario que, efectivamente, era conocido por su apoyo financiero al movimiento. Víctor sabía que Raymond y los suyos ya no se limitaban solo a hablar de ilegalismo, pero creía tener aún la situación bajo control. Luego, un día, Rirette se dio cuenta de que en la tipografía, además de los periódicos, las octavillas y los manifiestos, también se estampaban documentos falsos y carnés de la Sûreté. Fue la ruptura definitiva. Raymond, en contra de lo previsto, aceptó las furiosas críticas de Víctor.

—En este caso concreto quizás tenga razón él —dijo dirigiéndose a los demás durante la encendida reunión—. Es cierto: hemos puesto en peligro la supervivencia misma del periódico. Nos encontramos en una situación híbrida que no podemos seguir sosteniendo.

Octave Garnier lo miró como si no lo reconociese.

—Ha llegado el momento de dejar de jugar a dos bandas —siguió Raymond—. No se puede jugar a los clandestinos y al mismo tiempo escribir en *L'Anarchie*, vivir en una sede que todos conocen... la Policía la primera... y pasearse a la luz del día como si fuésemos democráticos opositores a la espera de nuestro silloner en el Parlamento. Es una locura. Si le hemos declarado la guerra al sistema, asumamos esa responsabilidad de una vez por todas.

Era la ruptura definitiva. Poco tiempo después abandonarían la casa de Romainville, justo a tiempo de no ser arrestados.

En aquellos días de noviembre, Víctor y Rirette no fueron a Romainville. Víctor debía acabar sin falta algunos trabajos de traducción y Rirette había acumulado un montón de cartas a las que responder en su sección de *L'Anarchie*. Las pequeñas Maude y Chinette jugaban en los jardines públicos acompañadas por Soudy, el melancólico muchacho al que alguien había apodado «Cenizo» por su incurable carácter negativo. Desgraciadamente, a Soudy le sobraban razones para ser pesimista y triste: crecido en la calle, enfermo de tuberculosis desde los trece años, había estado un mes en el correccional por propaganda subversiva y otros tres meses al año siguiente por desacato a la autoridad. A los diecisiete años se encontraba en el hospital cuando, en la habitación donde cobijaba a un amigo más descarriado que él, los gendarmes habían descubierto una partida de sardinas en lata robadas. Como reincidente, a Soudy le habían caído ocho meses, pasando directamente de la cama del sanatorio al camastro de una celda en Fresnes. En Romainville había encontrado una familia, personas que lo trataban como un ser humano y no como una escoria, y se había encariñado con Rirette, que intentaba curarlo. Pero Soudy la invitaba a no perder el tiempo con él, y con macabra ironía decía: «Total, con lo que cuestan las medicinas, pronto dejaré de ser un estorbo». Casi cada día iba a recoger a las niñas cuando Rirette se quedaba en la casa de Belleville y las llevaba a jugar a los jardines. Para Soudy, la ruptura en el seno del grupo *L'Anarchie* era el acontecimiento más doloroso de su triste vida. No se resignaba y seguía tanteando a los otros para convencerles de reanudar algún tipo de diálogo con Víctor Kibalcic. Pero era demasiado tarde.

Cuando resonaron los golpes en la puerta, Rirette exclamó:

—¡Por fin, bendito Soudy!

Estaba tardando, y ella comenzaba a preocuparse. Pero un instante después pensó que Soudy nunca habría llamado tan fuerte ni con tanta insistencia. Cruzó una mirada con Víctor: él asintió y le confirmó la sospecha con un brillo de alarma en los ojos, acto seguido miró hacia la artesa, a un punto preciso detrás de una vieja jarra de café. Apenas tuvo tiempo de alcanzarla, cuando la puerta se abrió de golpe por un empujón.

Un agente de uniforme apartó a Rirette de un empujón y se plantó en el centro de la habitación blandiendo la porra. Tras él entró el inspector Colmar con cinco policías, que acabaron por chocar unos con otros en el poco espacio del pequeño apartamento.

—¿Kibalcic? —preguntó Colmar.

Víctor asintió mientras dejaba el bolígrafo sobre la mesa.

—Tengo una orden de registro. —Y le agitó un folio ante las narices.

Víctor se encogió de hombros y volvió a sentarse.

—Adelante —murmuró, mientras se cruzaba de brazos y miraba al inspector sin manifestar la más mínima emoción.

Colmar rio con socarronería y les hizo una señal a los otros para que comenzasen. A pesar de lo escasos que eran el mobiliario y la decoración, los policías consiguieron ponerlo todo patas arriba y transformaron el minúsculo apartamento en una pocilga: colchones reventados, libros esparcidos por el suelo, cajones boca abajo, hasta registraron la ropa prenda por prenda y la dejaron tirada de cualquier manera. Luego el inspector, fingiendo ayudar a los colegas, se dirigió a la artesa. Abrió las puertas, examinó los objetos en su interior, se giró hacia Víctor para ver su reacción: neutra e impasible.

Pero en el pecho, el corazón de Víctor había comenzado a galopar enloquecido. Colmar metió la mano dentro de la jarra del café. Víctor le lanzó una mirada a Rirette: para su sorpresa, ella le guiñó un ojo como para tranquilizarlo. El inspector sacó bruscamente la jarra, la volcó, se puso a buscar como un loco en tazas, vasos, entre los platos resquebrajados, revolvió los cubiertos de los cajones, y su cólera parecía aumentar por momentos, hasta el punto de hacerle perder los estribos.

Dos horas más tarde, se dieron por vencidos. Colmar temblaba de rabia.

—Vamos, Kibalcic. ¿Dónde las has metido?

Víctor le dedicó una mirada cándida e interrogativa.

Colmar lo cogió por el cuello.

—¡Sabes perfectamente a qué me refiero!

—¿Usted cree? Lamento desilusionarlo pero, si no quiere perder más tiempo, deberá explicarse mejor.

Colmar alzó el puño y Víctor no bajó la vista ni cerró los ojos. Un agente de paisano puso su mano sobre la espalda de Colmar.

—Señor inspector... aquí no hay absolutamente nada.

Lívido, las venas de las sienes latiéndole, Colmar bajó el brazo y cogió el sombrero de la mesa.

—Está bien. Eres muy astuto, Kibalcic. Pero esto es solo el principio. Tendremos más ocasiones de vernos, no lo dudes.

Salió atravesando la habitación a zancadas, seguido por los otros policías. El último cerró la puerta con violencia, pero la cerradura

reventada la hizo rebotar hacia atrás mientras la manilla rodaba por el suelo.

Víctor se levantó y notó entonces un molesto temblor en las rodillas. Abrazó a Rirette, la besó en los labios, luego la miró detenidamente. Rirette sonrió, llenando de aire los pulmones.

—Nos hemos librado, Víctor. Por los pelos, esta vez.

—Ese miserable Napoléon... cómo diablos se llama...

—Miserable es la palabra. Ahora podemos darlo por seguro. Él y la Savantasse. Dos provocadores. Pero los hemos burlado.

El día anterior, Napoléon Jacob había venido a verles con la excusa de coger algunas copias del periódico para distribuir en su barrio. Hacía tiempo que frecuentaba los ambientes anarquistas y era algo habitual. Algunos sospechaban de él, pero Víctor, que conocía bien las obsesiones de sus compañeros, prefería confiar en el prójimo si no tenía motivos concretos para confirmar su maldad. Jacob le había pedido que le guardase un rollo de monedas falsas, solo un día, pues no quería llevarlas encima mientras distribuía el periódico. Víctor, que jamás negaba un gesto de solidaridad, no había sido capaz de decirle que no. Por desgracia, Rirette no estaba en casa: ella no tenía escrúpulos en decir que no si tenía la más mínima sospecha.

Víctor le había contado lo de las monedas y Rirette se había quedado intranquila.

—¿Napoléon Jacob con monedas falsas? ¿Y dónde las consigue?

—Casi todos trafican con algo —le había respondido Víctor—. No me parece peligroso. Mañana vuelve a por ellas. De ahora en adelante le diré que no me pida más favores como este.

Rirette no había replicado.

Ahora, Víctor la abrazaba, mirándola a los ojos.

—¿Dónde están ahora esas malditas monedas?

—En las cloacas —respondió Rirette encogiéndose de hombros—. Mira... no creía que valiese la pena perder el tiempo discutiendo. Tú no atiendes a razones cuando se trata de «solidaridad entre compañeros». Así que he cogido las monedas y las he tirado por una alcantarilla.

Víctor la abrazó impulsivamente. Después le preguntó:

—¿Y si Jacob no era un espía?

—¡Pues mala suerte! Le hubiera dicho que no debe implicarnos en ciertas historias. Tú no te puedes permitir correr riesgos, Víctor, no lo olvides nunca.

Se pusieron a reordenar sus cosas sin prisa, tarea que los mantuvo ocupados durante el resto de la jornada. Cuando oyeron pasos en las escaleras y la voz alegre de las niñas, Víctor dijo:

—Escucha, Rirette... a Soudy no le contamos nada de las monedas. ¿De acuerdo?

—¿Y por qué no? —preguntó ella, sorprendida.

—Porque si lo llegaran a saber Raymond y los otros... matarían a Jacob. Y por mucho que se lo merezca, su muerte solo serviría para provocar a la Policía.

Rirette asintió, después corrió a abrazar a Maude y a Chinette. Soudy permaneció petrificado frente a la puerta: observaba el

destrozo causado con sus ojos grises abiertos como platos y movía la boca sin ser capaz de articular una frase entera. Al final, murmuró:

—Entonces es verdad que soy yo el que traigo mala suerte...

LAS DUDAS DE UN POLICÍA

La casa parecía deshabitada. Contraventanas cerradas, ninguna bicicleta apoyada en la pared, hojas de periódico húmedas por la lluvia abandonadas en el jardín. Víctor y Rirette intercambiaron una mirada: no hubo necesidad de decir nada, ambos sabían que había pasado lo que desde hacía tiempo parecía inevitable para todos. Ella cogió las llaves del bolso, pero el candado que normalmente cerraba una gruesa cadena alrededor de los batientes estaba allí, roto, en el umbral. Víctor la detuvo y se puso delante de ella. Empujó la puerta hasta que se abrió de par en par y entró. En el interior reinaba un desorden excesivo, mucho peor del habitual revoltijo de papeles y materiales de imprenta. Raymond y los suyos se habían marchado para siempre, pero, ¿por qué —se preguntó Víctor— ponerlo todo patas arriba de aquel modo? No era propio de ellos, dejarse llevar por esos gestos mezquinos.

—Han estado también aquí —murmuró Rirette.

Víctor asintió. Solo la Policía podía haber hecho aquel desastre.

—Está bien —suspiró Víctor—. A comenzar desde el principio. Otra vez de cero.

Se quitó el abrigo, se remangó la camisa, se puso una bata mugrienta y llena de agujeros y fue hacia la habitación donde estaba la gran estufa de leña. Lo primero que había que hacer era calentar

la casa. Luego ya pensarían en la tipográfica. Abrió las contraventanas y la luz inundó la estancia. Estaba mejor a oscuras — pensó Víctor—: ahora el desastre se mostraba en toda su obscenidad. Se iban a necesitar semanas para ponerlo todo de nuevo en su lugar. Fue a la cocina, pensando que medio litro de café negro lo animaría un poco.

—Buenos días, señor Kibalcic. Le estaba esperando.

El hombre estaba sentado a la mesa, los brazos cruzados, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Un rostro desencajado, fue el primer pensamiento de Víctor al verlo, y luego advirtió los bigotes curvados hacia arriba, las ojeras negras, la mirada siniestra, ardiente, las pupilas oscuras dilatadas como las de un gato acostumbrado a ver en la oscuridad. La voz tenía un tono apagado, carente de energía. Había hablado con fatiga, sin modular las palabras, en un único suspiro monocorde.

Rirette se asomó por detrás de Víctor. El hombre se levantó lentamente, en ademán caballeresco, para saludar la llegada de una señora. Después volvió a sentarse con la misma lentitud.

—Soy el comisario Jouin. Quisiera intercambiar algunos pareceres con usted. —E inmediatamente después se corrigió—: Con los dos. También con usted, señora Maîtrejean.

Rirette adoptó una actitud desdeñosa para esconder la ira que le hacía temblar los labios. Víctor recuperó la frialdad y dijo con una sonrisa despectiva:

—¿Pareceres, señor comisario? Temo que los suyos estén ya demasiado claros. —Después lanzó una mirada alrededor, como queriendo señalar el saqueo que había sufrido la casa.

Jouin apretó los labios y enarcó las cejas, con semblante afligido.

—A estas alturas sería inútil intentar explicarle que estos no son mis métodos. Por desgracia, ciertos colegas se me han adelantado.

Víctor cogió una silla y se sentó frente al comisario. Rirette se puso a preparar el café, recogiénolo con una cuchara de la encimera del fregadero, donde había sido volcado, y mientras tanto murmuraba para sí, aunque lo suficientemente alto como para hacerse oír:

—Gamberros... Qué demonios buscaban, además, en el bote del café... Panda de gamberros...

Jouin hizo como si nada y prosiguió con su voz ronca:

—Se han marchado poco antes de que viniesen a registrarla. Pura suerte, probablemente. Unas horas de retraso y quizás ahora el asunto ya estaría resuelto. Definitivamente.

Víctor escrutó el negro de aquellos ojos, que parecían dos pozos de tinta, tratando de leer en su mirada.

—Creo adivinar qué entiende usted por resolver definitivamente un asunto.

El comisario estiró los brazos y entrelazó los dedos de las manos fijando su mirada en el centro del triángulo formado por el índice y los pulgares.

—No me malinterprete, se lo ruego. Si Raymond Callemín y los demás hubiesen sido arrestados, en este momento se expondrían a ser condenados por falsificación de documentos, con el agravante de finalidad subversiva como mucho... En definitiva, solo algunos años de cárcel. —Alzó la mirada hacia Víctor, para añadir—: Que es muy diferente a la guillotina.

Rirette se giró bruscamente y dijo con rabia:

—¿Y para qué necesitan la guillotina? Su querido prefecto siempre nos ha ahorrado esa puesta en escena. A él le basta con ordenar que apunten y fuego a discreción, ¿no es así?

El comisario le dedicó una mirada sombría.

—Es el mismo error que cometen sus compañeros. Nos creen a todos iguales. Pero no lo somos. El prefecto Lépine es perverso, gente como él solo conseguirá llevar a este país al caos.

—Y a la anarquía —añadió Rirette, sarcástica—. ¿No lo dicen siempre así, ustedes? El caos y la anarquía. ¿Pero qué sabrá usted lo que reclaman los anarquistas? ¿Qué sabrá de cómo vivimos y de lo que queremos?

—Mucho más de lo que usted imagina —respondió tranquilo Jouin.

Rirette liquidó el tema con un encogimiento de hombros y encendió el fuego bajo la jarra de café.

—Señor Kibalcic —retomó el comisario con un tono repentinamente triste, casi como suplicándole que se esforzase por entender sus palabras—, tampoco ustedes son todos iguales, y lo sabe. Raymond Callemin, pongamos: ¿por qué un joven con una inteligencia como la suya ha acabado mezclándose con ladrones y peristas? Si lo hubiese arrestado ahora, le habría impedido continuar... Y usted se da cuenta, seguramente, de lo que sucederá dentro de poco.

—Por lo que yo sé —replicó Víctor—, Raymond no ha cometido ningún crimen. A menos que usted considere un delito ser un militante anarquista...

Jouin sacudió la cabeza y se masajeó el mentón.

—Yo considero un delito estampar carnés falsos de la Sûreté, documentos de identidad falsos, desvalijar oficinas de Correos, por ejemplo.

Víctor se puso tenso.

—¿De qué está hablando?

—De todo lo que sus compañeros han conseguido llevarse poco antes de la irrupción en esta tipografía. Le han dado un buen repaso, de acuerdo. Pero sabemos que los imprimían aquí. Y respecto a las oficinas postales, tenemos numerosos indicios.

Víctor apretó la mandíbula sin replicar. Rirette se mordió el labio, con la mirada puesta en el agua que comenzaba a hervir.

—Y si sumamos a ello el tráfico de automóviles y motocicletas robadas, más que un movimiento anarquista tenemos una banda de delincuentes, señor Kibalcic.

—Escuche, comisario —saltó Víctor—, había comenzado hablando de un intercambio de opiniones y lo que está haciendo es enumerarme una lista de delitos que usted sabe perfectamente que me son ajenos, a mí y al trabajo de esta redacción. ¿A dónde quiere llegar?

—Solo estoy tratando de entender qué puede tener en común un intelectual, escritor y periodista de refinado oficio con individuos que llevan la pistola siempre cargada en el cinturón y que se dedican a robar. Nada más.

—Gracias por el halago —dijo Víctor amagando una reverencia con la cabeza—. Pero Raymond no sabría ni siquiera poner en marcha un motor, figúrese entonces si podría traficar con coches robados.

—Él quizás no, pero Jules Bonnot sí.

Víctor frunció el ceño.

—¿Quién?

—¿No ha escuchado nunca este nombre? Vale, se lo concedo: Bonnot tiene por costumbre, desde hace tiempo, presentarse con otros nombres. Pero seguro que lo ha visto. Estamos informados de su presencia en varias reuniones en las que usted ha participado. Encuentros más o menos públicos, cierto, pero Bonnot no es un tipo que pasa inadvertido. Y Plátano todavía menos que él.

Víctor miró a Rirette. Que intervino:

—A nuestras reuniones viene cualquiera que tenga ganas de escuchar, discutir, difundir el periódico... No somos clandestinos, comisario. Por mi parte, podría venir el prefecto en persona, que ni siquiera lo reconocería.

—Yo sí —añadió Víctor—. Sin embargo, a los que parece que nunca seremos capaces de reconocer es a sus diligentes informadores —concluyó, mordaz.

Jouin esbozó una media sonrisa. Y su rostro apareció todavía más sombrío, como si sonreír fuese una acción extraña en su vida.

—La mayor parte de mis informadores son incapaces, zafios e ignorantes. No es precisamente a ellos a quienes me encomiendo para tratar de entender lo que está a punto de ocurrir.

—¿Y ya ha entendido lo que está a punto de ocurrir? —rebatí Víctor.

El comisario asumió una expresión dubitativa.

—Me temo que sí. Alguien comenzará a usar esas pistolas que por ahora son solo piezas de hierro con las que sentirse fuertes e invencibles. Y ese será el punto de no retorno, señor Kibalcic.

Rirette sirvió el café. El comisario rehusó el azúcar. Víctor se sirvió una cucharadita, pero antes de dejarla caer en la taza, apartó una hormiga y otra porquería.

—Lo he recogido del suelo —explicó Rirette, lanzándole una mirada furiosa a Jouin, que bajó la mirada.

Tras el primer sorbo, el comisario dijo:

—O sea que no conoce ni a Bonnot ni a Plátano...

—Nunca he oído hablar de ellos —respondió Víctor.

—Plátano es un apodo. Es un italiano, se llama Giuseppe Sorrentino. Él y Bonnot son uña y carne. Bien vestidos, por su ocupación... aire insolente, el italiano; el lionés, más silencioso y atormentado. Bonnot es de Lyon, pero desde hace algún tiempo viene a menudo a París. Para colocar los objetos robados, imagino. En la gendarmería de su ciudad su expediente es gordo como una Biblia.

—Tampoco mi expediente debe de ser pequeño —lo interrumpió Víctor—. De todas maneras, los dos señores de los que habla no forman parte de nuestro grupo. Si han venido a alguna reunión, se ve que están interesados en nuestras ideas. Yo no le pido a nadie sus datos personales ni investigo cómo se ganan la vida. Pero usted,

señor comisario, ¿qué quiere exactamente de mí? Si está aquí para convencerme de que le ayude a engrosar sus filas de informadores, quizás entregándole a ese italiano y a ese lionés, significa que todos sus esfuerzos por entender no le han llevado muy lejos.

Jouin lo había dejado desahogarse. Y, llegados a aquel punto, continuó con voz queda:

—Lo conozco demasiado bien para pedirle una cosa semejante. Yo solo quería ponerlo en guardia. Intentar explicarle que el ilegalismo les conducirá a todos a la ruina, incluso a algunos como usted que no lo comparten y que incluso lo combaten. Y que personajes como Plátano pueden estar contando por ahí que son anarquistas, aunque solo sean delincuentes. Como lo son ya Raymond Callemín y Edouard Carouy para la justicia. No se pueden desvalijar cajas y oficinas postales y pretender abanderar ideales de amor y fraternidad... ¿O es que no está de acuerdo conmigo, usted que le dedica cada día de su vida a una utopía que se está hundiendo en el fango?

Al posar la taza de café, las manos de Víctor revelaron su nerviosismo.

—Los delincuentes sirven para mantener a los policías. Sin delincuentes nadie les pagaría un sueldo —siseó, con los labios blancos por la tensión.

—Usted tiende a simplificar demasiado las cosas, señor Kibalcic.

—Comisario Jouin, el verdadero motivo por el que no encuentro paz en mi vida es que soy incapaz de ver las cosas con simplicidad. Ojalá pudiese contentarme con fáciles consignas, con razonamientos elementales... Todo es tan malditamente complejo que las dudas se

suman a las dudas. Solo hay una cosa simple en esta realidad que nos han obligado a vivir: usted y yo somos enemigos naturales.

El rostro de Jouin asumió de nuevo aquella expresión afligida que tenía al inicio del encuentro.

—Es libre de no creerme, pero yo no me siento su enemigo.

—El trabajo que ha elegido le obliga a serlo, comisario.

—Ya, mi oficio... —suspiró Jouin mientras se dejaba caer sobre el respaldo de la silla—. ¿No ha dicho que me pagan por reprimir a los delincuentes? Señor Kibalcic, usted no se considera en absoluto un delincuente...

—Todos lo somos desde el momento en que atacamos a la propiedad. Hay quien lo hace para apropiarse de ella y quien sostiene que se debe abolir. En ambos casos, de usted se espera que reprima a unos y a otros.

—Entonces bastaría con abolir la propiedad... —murmuró Jouin mirando hacia la ventana.

—Sería bonito creerlo, comisario. Pero es demasiado simple, como usted dice. Aunque bastaría una mayor equidad, que se eliminara el insulto de unos pocos que lo tienen todo y de muchos que no tienen nada.

Jouin no fue capaz de contener su exasperación. Resopló y se inclinó sobre la mesa mientras clavaba el negro malsano de sus ojos en la mirada azul de Víctor, que sufrió una ligera vibración. Las pupilas del comisario transmitían una sensación de malestar, de negatividad absoluta, como si el incurable pesimismo de sus pensamientos las hubiese arrastrado hacia su interior.

—¿Y eso, según usted, haría desaparecer como por encanto la violencia de nuestras vidas? Ojalá, señor Kibalcic, ojalá... Si lo creyese sería el primero en cambiar de profesión y en pasarme a su bando. Pero mire... siempre existirán individuos que, por oscuras razones escondidas en lo más profundo del alma humana, se sientan atraídos por la violencia, por el instinto de rebelión, por la necesidad de ir en contra del orden establecido. Y me temo que en una sociedad justa, equitativa, donde todos tuviesen la felicidad al alcance de la mano, todavía existirían más individuos como esos, muchos más que en esta inicua, esquizofrénica y, en muchos sentidos, estúpida, sociedad capitalista del siglo XX.

Víctor se quedó mirándolo largamente. Cuando habló, su voz parecía haber sufrido el influjo contagioso del interlocutor. Tenía el mismo tono exhausto.

—Es extraño, comisario. Es ciertamente extraño que comparta mis mismas dudas sobre esta cuestión... Usted, sin embargo, debería tener al menos una más que yo: ¿qué sentido tiene trabajar como policía si es consciente de que su oficio será siempre y solamente útil para los fines del poder?

Jouin asumió una expresión resignada. Miró a Rirette, que había permanecido en pie, apoyada en la encimera de mármol del fregadero, y casi inmediatamente apartó los ojos de los de ella. Había percibido una sombra de piedad que se mezclaba con el desprecio mostrado hasta aquel momento. Y no fue capaz de soportarlo. Prefirió dirigirse a Víctor, que esperaba su respuesta.

—¿Por qué?... Porque no existe una sociedad que pueda prescindir de los policías. Incluso después de una revolución, lo primero que hay que hacer es reorganizar a la Policía. Usted esto lo sabe, señor

Kibalcic. Es su inteligencia la que le impide ser completamente utopista.

—Pero es mi sensibilidad la que me hará vivir siempre y, aun así, en contra de una sociedad que necesita de la Policía para conservar el poder. Incluso a pesar de la inteligencia, comisario. A pesar de todo y de todos. Si mi destino es ser eternamente un hereje... peor para mí. Querrá decir que moriré sin remordimientos, con todas mis dudas pero con una sola certeza: no haber sido nunca cómplice del horror, del abuso, de opresores de ningún tipo, sea cual sea el color y la ideología que los anima.

Jouin permaneció inmóvil, reflexionando sobre la posibilidad de obstinarse buscando una opción de diálogo o resignarse. Al final eligió el silencio. Recogió el sombrero y el bastón que estaban sobre la artesa, saludó a Rirette con una reverencia y alargó la mano a Víctor, que vaciló por un momento. Cuando decidió tendérsela, el comisario retiró la suya mientras murmuraba:

—De acuerdo, de acuerdo, puedo entenderlo.

Y se dirigió a la salida.

Víctor lo siguió, sorteando los obstáculos hechos de botes volcados, paquetes de papel reventados, utensilios repartidos por todas partes. A pocos pasos de la puerta, Jouin se inclinó para recoger algo. Era una foto amarillenta y manchada de barro, pisoteada varias veces. La limpió hasta descubrir la imagen de un pequeño cadáver boca arriba sobre el empedrado. Un niño muerto en medio de la calle. Víctor la miró y dijo:

—Era el hijo de un obrero. Estaba en brazos de su padre cuando abrieron fuego desde las verjas de la fábrica. La misma bala mató también a su padre.

Jouin posó la fotografía sobre una mesa.

—Yo nunca llevo armas. Nunca.

—No basta con eso —dijo Víctor.

Rirette había comenzado a limpiar de nuevo la cocina. Víctor encendió la estufa, luego se puso él también a separar las cosas todavía útiles de las inservibles. Durante al menos media hora, ninguno de los dos habló. Víctor esperaba pacientemente. Y al final, Rirette detuvo de repente el vaivén frenético de la escoba y le preguntó:

—Jules Bonnot, me parece que ha dicho. ¿Se llama así?

Víctor asintió.

—¿Lo conoces?

—Bueno... sí y no.

Rirette esperó a que él acabase de arrojar un montón de papeluchos a la estufa. Pero visto que Víctor tardaba en explicarse, volvió a preguntar:

—¿¡legalistas?

—¿Quién?

Rirette resopló.

—Vamos, Víctor, lo sabes perfectamente. Bonnot y ese amigo suyo, ese Plátano... ¿son compañeros o no?

Víctor ladeó la cabeza, titubeando ante la pregunta.

—Sí... o sea, no les conozco, quiero decir que nunca he intercambiado una palabra con ellos. Pero los he visto. A Bonnot sobre todo. Él me parece sincero. Pero tiene cara de desesperado. Del que ha llegado a tocar fondo. El otro, en cambio, no me gusta. Me ha llamado la atención por su actitud impaciente, un poco fanfarrona... Uno de esos que se creen en posesión de la verdad y que no quieren malgastar su tiempo en discusiones.

—Y se han pasado a los ilegalistas, ¿verdad?

Víctor se encogió de hombros y respondió:

—Bueno, por lo que sé, cosas ilegales ya hacen, incluso demasiadas. Dicen por ahí que roban automóviles para luego revenderlos. Como actividad no me parece muy revolucionaria.

—Depende —dijo Rirette, provocando una mirada de sorpresa en Víctor—. Lo que quiero decir es que, a su manera, financian el movimiento... —explicó ella.

—No creo que sea el mejor modo.

—Oh, vamos Víctor... sabes perfectamente que las suscripciones nunca serán suficientes para mantener en pie un periódico o para dar de comer a las familias de los huelguistas.

Él asintió.

—Lo que sé, Rirette, es que ya nadie puede hacer nada. A estas alturas es como una hecatombe. Se preparan para el suicidio colectivo. Y yo no he sido capaz de detenerlos. Esto es lo único que sé.

NOTARIOS

Negro, reluciente, silencioso, el enorme automóvil atravesó place Saint-Paul a velocidad reducida, como si el conductor estuviese buscando una dirección por la zona. En la esquina con rue Vaucanson, el motor redujo al mínimo las revoluciones y el coche se paró junto a la acera. Bajaron dos caballeros elegantes, de talante seguro y resuelto, ambos más bien bajos de estatura, con bombín y pequeños maletines de cuero que brillaban al sol.

El notario Girard apartó aún más el visillo. Había ido a la ventana a examinar el cielo, donde esperaba no avistar nubes bajas que amenazaran con arruinar la batida de caza fijada para el día siguiente. El azul límpido le había hecho recuperar el buen humor, y por ello se había entretenido mirando aquel lujoso automóvil que se acercaba en dirección a su casa. Una limusina Brasier de treinta caballos. Pocos, en Viena, podían permitirse una locura semejante. Aquel modelo también costaba demasiado para él, pensó Girard, que desde hacía tiempo acariciaba la idea de comprarse un mucho más modesto Darracq monocilíndrico de solo ocho caballos. El notario suspiró: si su mujer no se hubiese obstinado en querer una nueva casa en el campo incluso más grande que la que ya tenían, quizás... Tuvo que interrumpir aquel principio de arrepentimiento al percatarse de que los dos señores estaban dirigiéndose realmente a su casa. Dos hombres de negocios, sin duda, probablemente de

Lyon, o quizás de París... Olor a dinero que el notario Girard podía distinguir a kilómetros de distancia. Llamó inmediatamente a la secretaria y le pidió que les hiciese esperar algunos minutos, solo para dejar claro el montón de trabajo que pasaba por su escritorio. Luego se encendió un puro.

La pantomima entre secretaria y notario duró unos diez minutos tras los cuales, Girard anunció que finalmente había terminado de hablar «con el alcalde» y le rogó que no le pasase más llamadas. Los dos hombres entraron. Les hizo acomodarse. El que conducía la Brasier posó los guantes sobre el maletín con un gesto ligeramente afectado. Y se presentó.

—Gustave Delaunay. Y este es mi socio, el señor Glisenti.

El notario respondió con lentas reverencias respetuosas, luego preguntó sonriendo amablemente:

—¿Delaunay? ¿Es usted pariente del fabricante de automóviles?

—Tengo un tío abuelo ingeniero en la agencia de Saint-Denis, pero a mí me interesan otros asuntos. Me dedico a la importación y exportación en el sector del acero y del plomo. El señor Glisenti es suizo-italiano y posee algunos almacenes en los alrededores de Lugano.

El notario continuaba balanceando su enorme cabeza adelante y atrás, complacido de cuanto oía.

—Tenemos intención de abrir una sucursal en Viena para el almacenaje del material destinado a Lyon y a París. Nos dirigimos a usted para obtener información referida a la creación de una sociedad vinculada a la casa madre pero con diferente nombre y capital propio.

—Estoy aquí para servirles —dijo el notario, mientras les tendía la caja de puros.

Los dos caballeros aceptaron, y Girard cogió de la repisa a su espalda una guillotina en miniatura en la cual introdujo la punta de los dos puros, alzó la pequeña cuchilla y la hizo caer accionando una palanca. Sonrió divertido. El señor Delaunay y el señor Glisenti se intercambiaron una mirada indescifrable, luego sonrieron a su vez, estirando los labios.

Una vez disipada la nube de humo causada por las dos bocanadas de puro, el notario comenzó a ofrecer datos, números, consejos, opiniones, con creciente entusiasmo. El señor Glisenti se mostraba interesadísimo, mientras el señor Delaunay se distraía de vez en cuando durante algunos segundos, observando los detalles del gran despacho de planta baja.

—Necesitamos un ejemplo concreto —graznó en un determinado momento el notario, que se levantó de la poltrona de piel acolchada—. Tengo precisamente un expediente en curso de un caso análogo al suyo.

Y fue a la librería, donde apartó un panel corredizo de caoba antiguo para descubrir la caja fuerte empotrada. Cogió una llave del bolsillo del chaleco y la insertó en una cerradura, luego sacó una segunda, más grande, de un cajón del escritorio y completó la operación de apertura. Tanto el señor Glisenti como el señor Delaunay parecieron repentinamente atentísimos al más mínimo gesto de Girard. Y después de que este les mostrara algunos formularios, manifestaron una cierta premura, asegurando que le confiarían todas las gestiones y que regresarían la semana siguiente con un secretario y con el administrador de la empresa. Se

despidieron con gran cordialidad, estrechando la mano un poco blanda y sudorosa del notario.

Antes de subirse a la limusina, el señor Glisenti se limpió la mano en los pantalones con una mueca de asco. El señor Delaunay, en cambio, permaneció impasible, sin mostrar ninguna emoción, ni negativa ni positiva. Encendió el motor, metió la marcha, y el automóvil negro desapareció por place Saint-Paul, tan silencioso como había llegado.

Habían alquilado una habitación en un hotel de Lyon a la espera de recuperar las herramientas al día siguiente. Plátano pasaba el tiempo haciendo solitarios con las cartas o limpiando y relimpiando su Webley Fosbery, a la que cuidaba como a un ser vivo. Algunas veces, mientras la engrasaba, se le escapaban expresiones curiosas, de esas que normalmente se le dicen a un gato o a un perro por el que uno siente apego. Jules no hacía comentarios, y solo una vez había tratado de convencerlo de que sus dos Browning eran más fiables y precisas, pero sobre todo menos aparatosas. Plátano no atendía a razones. Con aquel gran revólver parecía haber compartido quién sabe qué momentos de vida, o quizás le gustaba porque era el arma más singular que existía en el mercado. Típico de Plátano, apegarse a las cosas absurdas. La Webley Fosbery era la única «automática» de tambor, en el sentido de que este rotaba a cada disparo gracias a un sistema de estrías y de resorte recuperador, rearmando incluso el martillo. Un mecanismo que la hacía aparatosa y difícil de ocultar. Y por si fuera poco, el calibre 455 inglés no era fácil de encontrar en el mercado clandestino. Pero Plátano era así. Inútil discutir con él.

Jules estaba leyendo el último número de *L'Anarchie*, absorto en un artículo que describía los más recientes acontecimientos en México. Emiliano Zapata había proclamado el Plan de Ayala, con el

cual apelaba a una revolución social para sostener las reivindicaciones de los campesinos. La ruptura con el presidente Madero, rehén de militares y latifundistas, era ya irremediable. A Jules le llamaba la atención la profunda conciencia libertaria de aquel campesino del sur que, sin haber estudiado, con ese rostro de mestizo eternamente melancólico, ahora se sacaba de la manga una proclama que parecía fruto de una mente lúcida, de gran experiencia, insospechada para un guerrillero del campo que había comenzado su batalla con un machete y sin ni siquiera zapatos en los pies.

—¿Cómo va tu nuevo pasatiempo? —preguntó Plátano sarcástico, como de costumbre.

Jules lo ignoró. El italiano tiró una carta sobre la mesa, perjuró y de un manotazo desmontó el solitario. Al levantarse para coger la botella de coñac de la mesilla, le echó una ojeada al periódico que Jules tenía entre las manos.

—Mira, mira... esta panda de harapientos va en serio, ¿eh?

Jules cerró el periódico y dijo:

—Dame un poco de ese coñac barato, va a ser mejor.

—¿Mejor que qué?

—Mejor que decir gilipolleces.

El tono era alegre y Plátano se sintió autorizado a pincharlo todavía más.

—Zapata... ¡Tierra y Libertad! Una sana revolución de muertos de hambre... Verás qué bonita vida si ganan estos.

—Yo solo veo que estás tocando los huevos. ¿No tienes que darle un repaso a tu cosita de hierro? Hará lo menos dos horas que no le das un baño de aceite. ¿A qué esperas?

Plátano, que en aquel momento estaba bebiendo a morro, por toda respuesta ofreció un eructo prolongado. Jules le quitó la botella, vio el poco licor que quedaba y se lo bebió de un trago. El italiano soltó una risita y sacó otra botella.

—Yo prefiero brindar por Pancho Villa —dijo—. Al menos ese es un bandido de verdad. Me resulta más simpático. El que asalta bancos quizás no ganará una revolución, pero a fin de cuentas habrá tragado menos mierda en la vida.

Jules estiró la espalda y masculló:

—A propósito de tragar mierda, ¿no sería mejor si compraras solo una pero del bueno?

Plátano le pasó la botella.

—No te quejes, hermanito. Veinticuatro horas y nos compraremos champán Charles Heidsieck. O prefieres...

—Prefiero esperar a pasado mañana antes de decidir si nos quedamos para celebrarlo o si nos toca recomenzar inmediatamente.

Plátano resopló mientras abría el cajón donde estaban las Browning de Jules.

—Basta ya de ser siempre tan pesimista, coñazo de francés. ¿Será posible que nunca seas capaz de ver las cosas de otra manera? Mañana por la noche nos hacemos el despacho de aquel cerdo y luego fuera, ¡a jodernos su dinero!

Empuñó las dos automáticas e hizo ademán de disparar al aire.

—Imbécil —dijo Jules, calmado—. Estás cerca de la ventana.

Plátano tiró las Browning al cajón, con aire fastidiado.

—Vale, vale, menos mal que estás tú, sensato y juicioso por los dos.

Plátano se bebió otro coñac. Jules lo miró de reojo. Esperaba que Plátano dejase de beber. Cuando se emborrachaba resultaba insoportable.

—Debe de tener bastante dinero, el muy asqueroso —dijo Plátano poniéndose serio.

—Esperemos —replicó Jules—. Pero no te hagas demasiadas ilusiones. Lo escogimos porque tenía estupendas vías de fuga, pero dudo de que en esta mierda de ciudad circule mucho dinero.

Plátano reflexionó durante unos segundos. Luego examinó a Jules, que lo miró interrogativo.

—Estaba pensando... si no sería mejor una bonita oficina postal. O la villa de algún ricachón.

Jules cogió una Browning, insertó el cargador, fue a ponerla bajo la almohada y se tumbó en la cama. Mirando al techo, dijo:

—Un notario es mejor de todos modos.

—Bah... solo si tiene pasta. Si no, para mí, tanto valen unos u otros.

—No —contestó Jules, seco—. Los notarios son un símbolo, la esencia misma de la propiedad. Los parásitos por excelencia.

Atacarles es siempre justo, deben ser castigados solo por el hecho de existir.

Plátano hizo una mueca de resignación y decidió ir a controlar que la Fosbery tuviese el mecanismo de disparo regulado al punto que él quería, ni demasiado ligero ni demasiado duro, para que el índice no tuviese que hacer un esfuerzo excesivo pero tampoco dejar partir el disparo antes de tiempo.

La jornada de caza había dejado al notario Girard bastante insatisfecho. Las dos únicas perdices cobradas habían sido abatidas a corta distancia y habían acabado prácticamente masacradas por la ráfaga de plomo. Ello no había impedido cumplir con el rito de la cena a base de caza, ya que el notario consideraba un pecado disparar a los animales si luego no se cocinaban. Su mujer se había inclinado varias veces sobre el plato para escupir perdigones. En el momento en que se había encontrado uno encajado en el empaste de un molar, le había dicho al marido que, si le volvía a traer más bestias inmundas como esa, le arrojaría las escopetas a la chimenea. Se habían ido pronto a la cama, con el tácito acuerdo de dormir en habitaciones separadas. Mejor, había pensado el notario antes de apagar el fuego: así se ahorra el espectáculo de su cara embadurnada de crema. Dormía profundamente cuando una gran Brasier negra se detuvo a menos de cien metros de su casa.

Jules se cargó la pesada saca a la espalda. Plátano cogió la bombona con la izquierda y lo siguió con la derecha apretada contra el cinturón, mirando a su alrededor, preparado para cubrirlo. La lluvia había aumentado, ahora diluviaba, y de vez en cuando se escuchaba algún trueno en la lejanía. Perfecto.

Alcanzaron una ventana que daba a la parte de atrás. Había un farolillo de gas que iluminaba el jardín, pero aun así aquella vía resultaba más segura que la puerta, visible desde la plaza. Depositaron saca y bombona sobre la hierba. Jules cogió un destornillador, una ventosa, un cortavidrios y un trinchete afilado. Le quitarían algunos listones a la persiana. Pero antes de ponerse manos a la obra, le dijo en voz baja a Plátano:

—Apenas haya abierto la ventana, acuérdate de hacer girar pies y manos varias veces para evitar que las articulaciones chasqueen una vez dentro. Nos lo jugamos todo al silencio.

Plátano asintió con aire paciente, como si estuviese escuchando recomendaciones inútiles.

—Y mantén los ojos cerrados algunos segundos. Ayuda a dilatar las pupilas. Solo podremos encender la lámpara ante la caja fuerte. ¿Entendido?

—Claro, movámonos —respondió Plátano, molesto por la lluvia que lo había empapado completamente.

Jules cortó tres listones de madera, abrió la persiana, después aplicó la ventosa y hendió el cristal. Luego introdujo la mano enguantada en el semicírculo e hizo girar la manilla. Entró el primero, después de haber lubricado las juntas con movimientos repetidos, y permaneció con los ojos cerrados por un momento, antes de decidirse a cruzar la habitación. Plátano lo siguió con la saca y la bombona, dejando tras de sí charcos de agua a cada paso. Estaban en el despacho de la secretaria. La puerta interior emitió un débil chirrido. Jules la abrió con una lentitud exasperante. Cuando estuvieron en el estudio, encendió la lámpara. La caja fuerte era robusta, pero bastante antigua. Requeriría al menos una hora de

trabajo. Jules dispuso las herramientas a su alrededor, ordenadamente, y se puso a ello con el soplete. De vez en cuando controlaba los manómetros, aumentaba o disminuía la presión del oxígeno. Plátano estaba de pie en el centro de la habitación, con la oreja puesta en el más mínimo ruido. La lluvia no quería amainar y los truenos estallaban cada vez más cerca. Por fin un poco de suerte, pensaba Plátano mientras apretaba la culata de la Fosbery.

Parecía que el tiempo no pasaba nunca. Plátano comenzaba a mostrar señales de nerviosismo. Se acercaba, se alejaba, miraba a su alrededor inquieto. Jules le hizo un gesto para que se calmase. Él respondió agitando un puño como para invitarlo a apresurarse.

Transcurrieron cincuenta interminables minutos antes de que la llama oxhídrica traspasase la coraza de metal. Solo en ese momento, Jules se dio cuenta de que había mantenido la mandíbula tan apretada que se le habían entumecido los músculos de la cara. La cerradura se desbloqueó. Pero una parte del metal fundido debía de haberse colado hacia el interior porque la puerta no cedía. Jules acopló con extrema cautela el pie de cabra bajo la guía de acero, luego se detuvo. Esperaba algo. Plátano no entendió y le apoyó una mano sobre la espalda. Jules se limitó a mirar hacia el techo. El italiano se preguntaba si habría algún problema en el piso de arriba o si se refería al cielo. Nada. Pasaron tres minutos y Jules permanecía inmóvil, con los ojos puestos hacia lo alto. Luego oyeron un estallido cercano. Jules se puso tenso. Cuando el trueno estalló, hizo palanca con todas sus fuerzas. Un estruendo seco, y la caja fuerte estaba abierta.

Plátano se precipitó hacia adelante y vio justo lo que quería ver. Se quedó mirando hipnotizado, a la luz de la lámpara, la mano de Jules que extraía fajos de billetes, uno tras otro, miles de francos, decenas

de miles... Cuando acabó de vaciarla, Jules le hizo una señal interrogativa. Plátano maldijo mentalmente: le tocaba a él desmontar el equipo mientras Jules cogía el dinero, pero se había distraído observando el espectáculo. Con actitud apresurada, se giró para coger la bombona. Y por un instante no distinguió nada. Los ojos fijos en la luz lo habían traicionado. Alargó instintivamente una mano y falló en el objetivo: la bombona cayó al suelo con un ruido lúgubre, como el tañido de unas campanadas a muerto. Jules corrió a ayudarlo. En pocos segundos lo metieron todo en la saca. Pero del piso superior llegó una voz de mujer que preguntaba algo con tono alarmado. Le respondió una voz masculina, poco más que un murmullo.

Jules y Plátano arrancaron hacia la puerta: inútil salir por la ventana, ahora ya habían sido descubiertos. Cuando finalmente consiguieron superar cerraduras y cerrojos, un grito les paralizó en el umbral, con el batiente medio abierto. El notario Girard, en pijama y con la lámpara en mano, les miraba aturdido. Plátano fue rapidísimo: en una fracción de segundo tenía ya el brazo extendido y el blanco encuadrado en la mira. Jules lo fue otro tanto: bajó el revólver de un manotazo y empujó a Plátano fuera. El notario Girard solo emitió un borboteo sofocado. Sin saber cómo, se vio de rodillas en medio del rellano, contemplando horrorizado su orina que goteaba de un peldaño a otro.

Lo arrojaron todo en el asiento posterior, Plátano accionó la manivela mientras Jules se colocaba al volante. El motor rugió a plenas revoluciones. Plátano saltó dentro y Jules lanzó la potencia de los treinta caballos de la Brasier a las ruedas, que empezaron a rodar furiosas sobre el asfalto mojado haciendo derrapar el coche a derecha e izquierda. Atravesaron la plaza en una nube de agua,

cogieron la curva con un golpe de volante y esquivaron una farola por pocos centímetros. Plátano gritaba como un loco, asomado a la ventanilla:

—¡Borregos! ¡Burros! Besadme el culo, ¡piojosos ricachones!

Por un instante, Jules sintió que ardía de rabia. Luego, extrañamente, experimentó una alegría incontrolable al ver al amigo reaccionar de aquel modo irracional. Estaba realmente chiflado. ¿Pero dónde encontraría otro como él?

Cuando estuvieron en la estatal, a varios kilómetros de la casa del notario, Plátano se restregó frenéticamente las manos y exclamó:

—¡Me cago en dios, hermanito! Esta vez la hemos hecho gorda, ¿eh?

—Y tú has estado a punto de fastidiarlo todo, cabeza de chorlito —replicó Jules en tono conciliador.

Plátano hizo un gesto de suficiencia.

—Ya, ¿y si aquel cerdo estaba armado? ¿Lo parabas tú?

—Pero no lo estaba. Y nosotros no tenemos necesidad de dejar cadáveres a nuestras espaldas si no hace falta. Ya lo hemos hablado, ¿no?

—¿Quién habla de cadáveres? Solo lo habría asustado un poco...

—No —dijo Jules con calma, mirándole a los ojos—. Si no te llego a frenar tú le plantas una bala en la frente.

Plátano sostuvo su mirada durante unos instantes, luego le dio una palmadita en la espalda.

—Anda, mira para la carretera. Que todavía vas a acabar en la cuneta, ¡y menuda lata tener que cargar con todo este dinero auestas!...

Y estalló en risas. Después se abalanzó sobre el compañero y lo abrazó.

—¡Que te parta un rayo, Jules! Has tenido buen olfato esta vez.

Jules sacudió la cabeza mientras sonreía.

—¡Pero qué nariz ni qué nariz, Plátano! ¡Esto es tener una flor en el culo!

El otro le cogió la nariz con dos dedos y se la retorció.

—¿Y yo qué te he dicho siempre? ¡Que tienes una gran cara de culo y una nariz en el medio!

Jules rio fuerte y le dio un codazo para liberarse de él.

—Déjalo ya, retrasado, que con esta lluvia no veo una mierda.

Durante los cuarenta kilómetros de carretera hasta Lyon rieron y bromearon como chiquillos eufóricos; Plátano tenía su petaca con su coñac barato de siempre. Jules de vez en cuando se masajeaba los músculos de la barriga, entumecidos. Hacía cuánto que no se reía de aquella manera, se preguntó por un instante, mientras daba un trago de licor. No podía responder a eso. Nunca antes le había sucedido.

En el 63 de rue Voltaire tenían un pequeño almacén en alquiler. Era su base de operaciones. Allí custodiaban los autos y las motocicletas robadas, a la espera de malvenderlas. No ganaban demasiado; sin documentos era difícil colocarlos. Tras haber cerrado de nuevo el portón, se pusieron a contar el dinero. Treinta y seis mil francos. Una fortuna inesperada. Ahora podían tomárselo con calma.

Un poco de reposo, por fin. Y al diablo los peristas, al diablo los garajes por desmontar y las manivelas por girar conteniendo el aliento. La Brasier debía desaparecer. Jules se la llevaría lejos de allí, esperaría dos o tres días para que se calmasen las aguas. Ya no necesitaban venderla. Tenían dieciocho mil francos por cabeza.

Decidieron separarse durante algún tiempo. Jules tenía que volver a llevar el equipo a su escondrijo seguro. Y fue entonces cuando Plátano perdió de golpe la alegría.

—De acuerdo —dijo serio, evitando la mirada del amigo—. Es justo. Mejor no dejarnos ver juntos por ahí. Tú eres el sensato de la banda, ¿no?

Jules lo miró sorprendido.

—¿Tienes algún problema, Plátano?

—¿Eh? ¿Problema? —rebatía el otro mientras se esforzaba por sonreír—. El único problema que tengo yo es cómo despilfarrar un buen puñado de francos en el menor tiempo posible.

Jules le dio una palmada en un costado.

—No llames la atención con todo ese dinero. Nos vemos dentro de poco. Te busco yo, será mejor.

Plátano volvió a ponerse serio.

—¿Piensas quedarte mucho... allá abajo?

Jules asumió una expresión perpleja.

—Pues... qué sé yo. El tiempo necesario para ponerlo todo en orden y... Algunos días, en definitiva.

Plátano asintió. Y dándole un golpecito en la nariz, dijo:

—Pásalo en grande, hermanito. A la salud de ese cornudo de enterrador.

Jules quedó confundido con aquella frase. No le gustó. Pero no dijo nada.

Pedaleando con la saca a la espalda hacia el cementerio de la Guillotière, rumiaba pensamientos cada vez menos alegres. La euforia de pocas horas antes ya había desaparecido y había dejado un rastro de inquietud vaga, imprecisa. Tenía el presentimiento de que su «escondite seguro», antes o después, le traería problemas con Plátano. Ese chiflado no podía entenderlo. No quería entenderlo.

Faltaba poco para el alba. Jules blasfemó entre dientes y le dio aún más fuerte a los pedales. Y maldijo el alba, como había hecho siempre.

TUMBAS

Levantó la losa de mármol con un golpe de riñones y la puso de nuevo en su lugar. Luego acabó de colocarla con la ayuda de una maza de madera, golpeando con cuidado la arista sobresaliente. Observó el trabajo concluido. Nadie habría sospechado nunca que allí dentro, junto a un viejo ataúd carcomido, pudiese haber sopletes oxiacetilénicos, bombonas, taladros y varios paquetes de proyectiles del calibre 9, además de algunos cartuchos de dinamita con detonadores de fulmicotón. Era el mejor escondite que se pudiese imaginar. La tumba de una familia ya extinta cuyo único descendiente vivía desde hacía años en Indochina sin acordarse de sus abuelos y bisabuelos sepultados en el cementerio de la Guillotière.

La idea se le había ocurrido poco tiempo después de regresar de Inglaterra. Estaba esperando el paso del auto que había decidido robar con Plátano, y controlaba el horario de vuelta a casa del propietario para determinar si era más conveniente cogerlo de su garaje o asaltarlo por la carretera. Así pues, llevaba una media hora vagabundeando por entre las lápidas a la espera de oír el motor en la lejanía. La quietud de aquel cementerio se había revelado como una suerte de anestésico a su perenne tensión. Lo calmaba estar sentado sobre una tumba y escuchar los sonidos del bosque cercano, observar las diferencias entre las flores y tratar de adivinar a quién

podía pertenecer la mano que las había depositado, contener la respiración en los momentos de silencio absoluto y descubrir que el corazón latía menos rápido de lo habitual, y que las entrañas dejaban de quemarle, deshaciendo lentamente el manojo de nervios en el centro del estómago. Hasta que, al observar los panteones familiares, se le había ocurrido que allí dentro nadie buscaría el aparatoso instrumental que cada día lo ponía en riesgo de ser descubierto. Eligió el que tenía las fechas de muerte más antiguas y de aspecto menos cuidado, sin flores y con óxido en las bisagras de la verja. Solo había un detalle que cada vez le obligaba a exhumar un recuerdo doloroso: el nicho situado en la parte baja a la derecha, más pequeño que los otros, con dos fechas, el año de nacimiento, 1872, y el de muerte, 1879. Un niño de siete años. La misma edad que su hijo Justin-Louis. En febrero había cumplido siete años. Y cuando su mirada caía sobre la tumba del niño, Jules se preguntaba qué estaría haciendo en aquel momento Justin-Louis.

Judith había aparecido una tarde, después del atardecer, paseando por una de las calles cubiertas de grava, con una flor marchita en la mano, como si buscara una tumba sobre la que depositarla. Pero no buscaba nada. Esperaba solo que el tiempo transcurriese. Lo había saludado, le había preguntado si era un pariente de la familia propietaria de aquella capilla. Jules había intentado dominarse, se había inventado que era un primo emigrado desde hacía años y regresado hacía algún tiempo a Francia. Judith había fingido creerle. Y se había presentado como madame Thollon, mujer del custodio de aquel cementerio. Evidenciaba algunos años más que Jules, pero su belleza no se había aún marchitado. Las arrugas a ambos lados de los ojos no delataban una edad madura sino más bien una existencia difícil que había impreso en su rostro una pátina opaca, como un velo de apagada resignación. Algún

tiempo después, Jules comprendería que no se trataba tanto de sufrimiento como de carencia, de ausencia: era el vacío lo que volvía la dulzura de Judith melancólica y contenía la sonrisa en un pliegue apenas esbozado.

Se habían vuelto a ver una semana más tarde y Jules, extraño en él, había ignorado todas las advertencias de la razón: madame Thollon seguramente había intuido algo, pero él no había hecho nada para tranquilizarla con nuevas mentiras. Había llegado con un saco pesado a la espalda y se marchaba con las manos vacías. Ella debía de haberlo visto desde la ventana que daba a la entrada del cementerio. Si volvía por tercera vez, podía ser la última. Y había vuelto. La había encontrado sentada en los escalones de la capilla. Judith se había levantado, y con una sonrisa carente de insinuaciones le había dicho simplemente: «Cuando acabes puedes pasar por mi casa a lavarte la ropa y las manos. Estas tumbas llevan abandonadas muchos años».

Jules la había mirado largamente a los ojos. Judith no bajaba los suyos, y mientras él le cogía la mano, advertía un estremecimiento y leía en aquella mirada una súplica, una muda petición de no considerarla como un cuerpo que poseer aprisa para luego olvidar. Jules había ido a llevárselo todo. Pero había acabado dejando allí sus herramientas de topista, había seguido a Judith a su casa sin decidirlo, así, abandonándose a una especie de instinto fatalista.

Se habían quedado hablando durante casi dos horas. El marido de Judith no regresaría hasta bien entrada la noche, tras haber velado a la madre enferma. Ya no había ningún contacto entre ellos y la vida transcurría sin sacudidas en la soledad de la Guillotière para aquella mujer que no encontraba el coraje para marcharse. Días iguales, silenciosos como las noches, a la espera de una vejez que pudiese

acallar hasta las últimas esperanzas, que le dejase como único arrepentimiento la falta de recuerdos. En el cementerio ya oscuro, Jules le había besado la palma de la mano. Y Judith se había detenido un instante a acariciarle los labios con la punta de los dedos. Había pasado más de un mes antes de que sus manos avanzasen hacia los cuerpos, los rozasen con temor, recorrieran curvas y cavidades con incertidumbre, con gestos torpes, contenidos, insinuándose entre las ropas y descubriendo el contacto caliente de la piel. Se habían encontrado desnudos en medio de la habitación, observándose sin embarazo, experimentando placer al sentir la mirada del otro discurrir lentamente, detenerse por largo tiempo, hasta que se habían fundido en un abrazo delicado, atentos a no herirse, como si ambos tuviesen pieles tan sutiles que se pudiesen lacerar con cada nuevo azote de la vida. Jules había comenzado a besarla en los párpados, había descendido hacia la boca, suave y todavía indecisa, luego el cuello, que se contraía al deglutir en el vacío, y después los pezones, pequeños y oscuros, mientras aprendía sin prisas a reconocer su sabor y su olor, de los labios al vientre, hasta aquel triángulo rubio que se había estremecido cuando se había inclinado para descubrir su dulzura, transformada en palpitos y gimoteos, y había tenido una sensación semejante a la pérdida de los sentidos, perdiéndose con el rostro entre sus piernas suaves, olvidándose de todo, dejando la memoria fuera de aquella estancia en penumbra.

Se había marchado alrededor de las once, poco antes de que el marido regresase. Judith no había dicho nada y los labios de él, mientras la besaban, se habían abalanzado sobre una mejilla para quitarle una lágrima que sabía a sal y maquillaje.

La puerta estaba solo arrimada. Judith le echó los brazos al cuello y se besaron largamente, frenéticos, estrechándose con fuerza

después la larga espera. Entonces ella escondió el rostro, apretado contra su pecho, y murmuró:

—Ya no podía más... Pensaba que te habían pillado... Me he quedado en la ventana toda la noche. Y cuando te he visto... casi me pongo a gritar. No sé cómo lo he hecho para contenerme.

—Y... ¿él? —preguntó Jules al tiempo que miraba hacia las escaleras que llevaban al piso superior.

Judith alzó el rostro, apartó la mirada de la suya y dijo en voz baja:

—Ya lo sabe todo, estoy segura. Pero no dice nada. Entre nosotros ya no hacen falta aclaraciones ni explicaciones.

Luego cogió a Jules de la mano y lo llevó a la sala, donde había un gran sofá salpicado de pequeños cojines adamascados. Él se sentó en un extremo y ella se tumbó con la nuca apoyada en sus rodillas. Con la mano comenzó a acariciarle el bigote mientras lo contemplaba como si tuviese que grabárselo en la memoria.

—Judith... a lo mejor no tendremos que esperar mucho más. Y tú no tendrás que pasarte más noches en la ventana. Nunca más.

Los dedos de ella se quedaron quietos.

—¿Lo dices en serio? Mira que nunca te he pedido promesas, no tienes que tratar de tranquilizarme...

—No, Judith. No lo estoy diciendo para engañarnos a los dos con que un día quizás todo esto terminará. Hemos tenido suerte. —E hizo una mueca, una especie de sonrisa conjuradora—. Por una vez, parece que la desgracia se ha quedado fuera.

Sus dedos volvieron a resbalar por los labios de él, por las mejillas, por el mentón.

—Tengo dieciocho mil francos. ¿Entiendes? Otro trabajo como este y...

Judith le cerró la boca con la mano.

—Nada de promesas, Jules. Por favor.

—Pero no es una promesa —dijo él, conteniendo la voz para no dejarse oír en el piso de arriba—. Nos vamos. Para siempre. Y no volveremos a oler la peste de esta pocilga ni siquiera de lejos. Basta ya de Francia, de sus esbirros, de los infames y de todos los demás. Nunca más tendré que caminar mirando a mi espalda. La única noticia que espero recibir de aquí es la desaparición total de Lyon por un cataclismo.

Judith se incorporó y lo besó, para calmarlo.

—Está bien, Jules. Incluso mañana, si tú quieres.

Él asintió, con expresión afligida.

—Ojalá, Judith. Pero no quiero marcharme como un muerto de hambre, como un emigrante con billete de tercera clase, en la cubierta de un vapor y con una manta en la cabeza para resguardarme de la lluvia. Y una vez cruzado el océano, nada de notarios, oficinas de correos ni autos a esconder y revender... El dinero que tengo daría para el viaje y para vivir algunos meses. Argentina es una tierra que se ofrece por completo al que puede permitirse invertir. No se necesita una gran suma, bastaría con otro trabajo como el de ayer... Solo otro más.

Judith se apretó contra él, acurrucándose en el sofá. Jules tenía la mirada perdida en el vacío, soñaba y murmuraba palabras nuevas mientras le acariciaba el pelo.

—La pampa... dicen que es como mirar al infinito. No consigues ver el final. Estepa verde hasta donde alcanza la vista. Solo en un lugar así podemos sentirnos libres.

Judith sonrió.

—Entonces... se acabaron los anarquistas.

Jules no respondió. Ella se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—¿De verdad estarías dispuesto a olvidarlo todo? A estas alturas es como si te conociese desde siempre. Tú no podrías vivir cultivando los campos o criando vacas y ovejas. Por un tiempo, igual... ¿Pero luego? ¿Qué haremos cuando te entren ganas de saber qué hay más allá de la pampa?

—Nos pondremos de nuevo en marcha. ¿Qué otra cosa quieres hacer? Y de todos modos, en Argentina hay un montón de gente interesante... Aquello está lleno de compañeros. Italianos sobre todo.

—No me gustan los italianos —dijo ella desviando la mirada.

—Judith... a ti no te gusta Plátano. Los italianos no tienen nada que ver.

—De acuerdo. Plátano es el único italiano que conozco. Y no me gusta.

—Pero es el mejor amigo que tengo.

Judith alargó las manos hacia el rostro de Jules y lo apretó con dulzura.

—No. Es el único amigo que tienes, no el mejor.

Jules la cogió por las caderas y la atrajo hacia sí. La besó y después permanecieron abrazados escuchando los latidos que se confundían entre ellos. Después de un rato, Jules dijo:

—Plátano es mucho más que un amigo. Es un cómplice. Con él basta una mirada para entenderse. Cuando dos hombres comparten el riesgo de acabar muertos, se crea un lazo de unión más fuerte que cualquier vínculo de sangre o amistad. La complicidad tiene algo de total, de absoluto. Algo que no puedes explicar con palabras. La sientes si existe... y no puedes hacer nada para crearla si no la hay.

Judith se puso tensa, luego, de repente, se apretó aún más contra él, buscando su piel bajo la camisa.

—Jules... sácame de aquí. Marchémonos antes de que sea demasiado tarde.

DEL CEMENTERIO DE MONTMARTRE AL CEMENTERIO DE LA GUILLOTIÈRE

Atravesó el puente de rue Caulaincourt lanzando una mirada a las tumbas que discurrían por debajo, a ambos lados, como un río inmóvil. «O como un pantano», pensó. Y escupió al vacío. «Os ha salido más caro morir que vivir», se burló mentalmente Plátano viendo aquellas lápidas de mármol negro, las capillas lujosas del cementerio de Montmartre, las majestuosas estatuas de ángeles afligidos y las inflorescencias de cruces de hierro forjado. Descendió hasta el bulevar de Clichy y se detuvo a admirar la inmensidad de la avenida.

París era para él una mezcla de sensaciones contrapuestas: odio visceral por la riqueza descarada y atracción por la innumerable cantidad de tentaciones; desprecio por la masa de parias inermes e irrefrenable deseo de observar los privilegios que se podían comprar con los bolsillos repletos de francos.

Paseó por las aceras atestadas de mercancías expuestas fuera de los negocios y de prostitutas que, desde la place Blanche hasta Pigalle, ostentaban sus gracias con la misma indiferencia que el que vendía fruta o pescado, ofreciéndose a los viandantes con provocaciones y bromas obscenas. Plátano sonreía a todas, sintiendo

el placer de ser confundido con un joven pudiente y ocioso. Aunque no había venido a eso a París. Más tarde, quizás... Pero antes le tocaba hablar de trabajo. Tenía toda la noche para derrochar los miles de francos del bolsillo interior del gabán. Porque los iba a gastar, de eso no había ninguna duda. Debía gastarlos. Una vez agotados no podría buscar más excusas. Y Jules no se echaría atrás.

Enfiló un callejón entre Pigalle y Notre-Dame de Lorette, en el corazón del 9º arrondissement, y se paró ante una puerta de madera negra, sin ningún letrero, mal iluminada por un farolillo amarillento. Llamó. Poco después, el batiente se abrió unos centímetros, los que permitía la robusta cadena interior, y apareció un rostro picado de viruela sobre un cuerpo macizo, mucho más alto que Plátano. El gorila lo estudió atentamente.

—Lo siento señor, pero estamos al completo —dijo la voz respetuosa y modulada, absolutamente insospechada en aquel amasijo de músculos y huesos aprisionados en un traje oscuro con solapas de seda negra.

Plátano extrajo un rollo de billetes, sacó un par y, acercándolos al foco de luz, dijo:

—Amigo, no me importan un carajo vuestras mujerzuelas con el culo al aire. Busco a un colega tuyo. ¿Puedes avisarle de que estoy aquí, por favor?

El gorila hizo desaparecer el dinero con un gesto rápido como la mordedura de una cobra, y sin cambiar en absoluto de actitud preguntó:

—¿A qué colega se refiere, amable señor?

—A un tipillo pelado que sirve las mesas, tienes que saber quién es.

El otro quedó un tanto absorto, como si estuviese repasando mentalmente el aspecto de los camareros del local.

—¿No tiene un nombre ese camarero?

Plátano resopló impaciente.

—¿Sois todos calvos ahí adentro?

El gorila esbozó una sonrisa divertida que dejó al descubierto una hilera de dientes podridos, y emitió un gruñido afirmativo. Alzó el índice rechoncho y grueso como una porra en señal de que esperase. Cerró de nuevo la puerta, con cuidado, sin hacer ningún ruido. Plátano se paseó adelante y atrás por el callejón, se encendió un cigarro y le lanzó la cerilla a una rata enorme que revolvía entre los desperdicios. La bestia se giró y lo miró sin ningún temor. Un chirrido de bisagras los distrajo a ambos. Se abrió una portezuela a unos diez metros de la entrada principal y apareció un hombre de unos cuarenta años, en librea de camarero para burdeles de lujo, cuyo cráneo lúcido brilló bajo el farolillo. Al reconocer a Plátano hizo un gesto de alivio y relajó los músculos contraídos del rostro.

En la estación de Lyon ya no había carrozas cerradas, solo un par de calesas con las capotas alzadas. Plátano soltó una maldición y tuvo que resignarse a hacer el trayecto hasta la Guillotière en uno de aquellos cacharros de doble pulmonía. En París nunca había pasado frío, gracias al champán y al poco tiempo que pasaba al aire libre, pero ahora le castañeaban los dientes desde hacía horas por culpa de una avería en la calefacción del tren. No había servido de nada gastarse una fortuna por el compartimento en primera clase.

El cochero le indicó una manta doblada en un rincón del asiento. Plátano se la echó por encima, estornudó por el polvo y maldijo por el olor a moho y suciedad. Durante el recorrido hasta el cementerio se juró a sí mismo que después del golpe se compraría un auto. Y Jules le enseñaría a conducirlo. Sí, un automóvil suyo y de nadie más, con los documentos en regla y un motor sólido, de fiar. Para correr a París o a la Costa Azul cada vez que le apeteciera despilfarrar un bonito puñado de francos. Sería posible si el próximo trabajo salía bien...

Le dio una buena propina al cochero, como se había acostumbrado a hacer desde hacía algún tiempo: los lacayos insatisfechos tienen mucha memoria en caso de que la Policía pida una descripción del cliente. Siempre es mejor dejarles un buen recuerdo. Plátano examinó la casa desde lejos. Solo una ventana iluminada en el primer piso. Echó una ojeada al reloj de bolsillo: las nueve y cuarto. A aquella hora, monsieur Thollon debía de estar con su pobre madre enferma, lo cual dejaba el campo libre a las diversiones de Jules. Plátano escupió al suelo. Aquel tonto de Bonnot comenzaba a ablandarse. Pero bastaría con contarle las últimas novedades para hacerle resucitar.

Se detuvo bajo la ventana. Recogió un puñado de grava y comenzó a lanzar piedrecillas contra los cristales. Después de la quinta, un poco mayor que las anteriores, ya temía verse obligado a llamar al timbre. ¿Era posible que no lo oyesen? Y vale que Jules echaba una cana al aire muy de cuando en cuando, pero también era de los que nunca pierden el contacto con el mundo, y menos en aquellos tiempos... Tiró otra que produjo un chasquido diferente, como si el cristal se hubiese agrietado. Y por fin apareció una sombra tras las

cortinas. El perfil de Judith, no había duda. Tenía el pelo suelto y se sujetaba la bata con una mano, cubriéndose el pecho.

Bonitas tetas, madame Thollon, pensó Plátano mientras tiraba la grava que le quedaba. Cuando la ventana se abrió, el italiano dio un paso hacia la luz de la farola exterior para hacerse reconocer.

—Madame Thollon... soy yo. Necesito hablar con Jules, es un asunto bastante urgente. ¿Puede decirle que baje un momento?

Judith tuvo una especie de pronto contenido, como un gesto de fastidio, y cerró rápidamente la contraventana sin responderle. Segundos más tarde se oyó el chasquido de la cerradura en la planta baja. Plátano fue hacia el portón, pensando encontrar a Jules medio desnudo, con la bragueta todavía desabrochada y el gesto cabreado del que ha sido interrumpido en lo mejor. En cambio, vio a Judith lámpara de petróleo en mano, el rostro sereno e impenetrable, la bata cerrada pero no lo suficiente como para no dejar entrever la línea entre los dos senos, erguidos y cercanos el uno del otro a pesar de la ausencia del corpiño. Judith se dio cuenta de la mirada complacida de Plátano pero no mostró ningún embarazo. Al contrario, le dirigió una larga mirada desdeñosa para luego decir en tono seco:

—Estoy sola en casa. Jules llegará más tarde. Si quieres, pasa. Puedo ofrecerte un té mientras le esperas.

Plátano se quedó pasmado, como si la sorpresa de no encontrar a Jules le hubiese privado de repente de toda su gallardía. Judith no esperó respuesta y se giró, abriéndole camino con la lámpara hacia el interior de la casa. Plátano notó que la bata era bastante ceñida y que los glúteos de la mujer no tenían nada que envidiarle a sus senos

prepotentes en cuanto a firmeza y elasticidad. La siguió hasta la sala, y cuando ella le indicó un sillón, él dijo sonriendo abiertamente:

—Gracias, madame Thollon. Pero si me está permitido elegir, preferiría un buen coñac. Calienta más. —Y bajó la mirada hasta el punto donde la bata dejaba descubierta la rodilla y el inicio del muslo.

Judith asintió, torciendo los labios con expresión irónica.

—Siéntate. Debería haber una botella arriba. Voy a por ella.

Mientras subía las escaleras era consciente de que la mirada de Plátano estaba siguiendo cada movimiento de sus piernas. De modo que se impuso una rigidez leñosa, pero a los ojos de Plátano resultó aún más atractivo y sensual, aquel porte austero y tieso.

Judith regresó con la botella y un vaso, uno solo. Sirvió un coñac doble a Plátano, se dejó caer sobre el sillón al lado del suyo y, mirándolo intensamente, murmuró:

—No me gusta cómo lo dices.

Plátano la miró sin entender y preguntó con ingenuo candor:

—¿Cómo digo el qué?

—Tu modo de pronunciar la palabra «señora». Estoy segura de que diciendo «puta» resultaría menos vulgar.

Plátano sostuvo su mirada por unos instantes sin alterar su sonrisa falsamente alegre. Después tragó de golpe todo el coñac, chasqueó la lengua en señal de aprobación y alargó la mano para agarrar la de Judith, que se apartó, pero no fue capaz de librarse de su captor.

—Te equivocas, bella señora. Yo lo digo con envidia, ¿entiendes a qué me refiero? Pura envidia.

Judith forcejeó y se levantó de un salto. Fue hacia la ventana y Plátano la siguió. Le ciñó la cintura con los brazos, desde atrás. Ella se dio la vuelta con un gesto furioso y él la sujetó más fuerte. Acercó el rostro al suyo, con la mirada fija en sus labios. Judith susurró:

—El que está cometiendo un gran error aquí eres tú. Piensa lo que haces. Piénsalo bien.

Plátano se acercó todavía más, y cuando Judith se encontró de espalda a la pared, sin posibilidad de evitar su boca, él estalló en risas y la dejó marchar. Ella se alejó solo un par de pasos y siguió desafiándolo con la mirada. Controlaba bien las emociones, pero la respiración traicionaba la tensión de sus nervios, le hacía subir y bajar el pecho con ritmo convulso. Plátano estuvo tentado de alargar las manos y apoyarlas delicadamente en aquellos senos cuyos pezones adivinaba bajo la seda, para luego apretarlos con fuerza hasta verla abrir la boca sin respiración, imaginó que la agarraba por la cintura y que probaba la firmeza de aquellos muslos esbeltos, que le levantaba la bata hasta sentir cuán caliente y tersa era su piel...

—¿No habías venido a buscar a Jules? —dijo Judith con tono cortante—. Mira que yo no soy el pasatiempo de la casa. Si no tienes paciencia para esperarlo vete a dar una vuelta entre las tumbas. Con el fresco, a lo mejor vuelves a razonar un poco.

Plátano lanzó un resoplido prolongado, como si se relajase de repente. Señal que renunciaba a descubrir la firmeza de la carne de Judith.

—¿Una vuelta entre las tumbas? —replicó con aire interesado—. ¿Y por qué no? Así me busco un bonito rinconcito para el porvenir... Hay que ser previsores, ¿verdad, madame Thollon? Pero quizás sería mejor que lo consultara con tu marido... Ya sabes, sobre todo lo referido a precios del suelo, pago, costes de mantenimiento...

Judith hizo un gesto de impaciencia y fue a coger una copa de la alacena. La llenó hasta la mitad de coñac y dio dos sorbos rápidos.

—Plátano... si continúas así, acabarás muy pronto allá abajo.

—¿Es una amenaza? —rebatío él, recorriéndole el cuerpo con la mirada.

Judith contrajo la mandíbula.

—Por favor, déjalo ya. Hablaba en serio. Y me refiero a lo que estáis haciendo tú y Jules.

Plátano se encogió de hombros. Le cogió la botella, cerrando los dedos sobre los suyos, y cuando Judith retiró de golpe la mano, él hizo una mueca resignada y bebió a morro. Luego, al tiempo que daba un suspiro ronco, miró la etiqueta.

—Por Dios, madame Thollon... esto sí que calienta.

Y le dirigió una mirada ambigua antes de añadir:

—Bueno, a falta de algo mejor, quería decir.

Judith cambió de actitud y asumió una expresión de súplica.

—Te lo ruego, no continúes con este juego absurdo... Si querías tratarme como a una puta para demostrarle a Jules quién sabe qué... de acuerdo, lo has intentado. Pero ahora dejémoslo. ¿Qué quieres de él? Te lo estoy pidiendo por favor...

Plátano la miró de un modo extraño. Por primera vez desde que había entrado, dejó de sonreír y de gesticular. Se puso serio de repente. Y Judith sintió una sacudida a lo largo de la espina dorsal. Plátano era capaz de infundir terror si miraba a alguien a los ojos con aquella expresión suya de muerte.

—¿Qué quiero yo? —silbó entre dientes—. Escucha, bonita, no me robes las preguntas. Eres tú la que tiene que explicarme a mí qué coño quieres.

Judith permaneció inmóvil y no desvió la mirada. Plátano se acercó con el dedo levantado en dirección a su cara.

—¿Qué tienes en la cabeza? ¿Qué le has contado para agilipollarlo así? —Bajó los ojos hacia su cuello, hacia los senos, el vientre, examinándola como si calculase el valor de una mercancía. Ciertamente, puedo entender que... tengas los argumentos justos para tenerlo en correa todo el tiempo que quieras... Pero no te hagas ilusiones. Tú no lograrás separarnos. —Endureció la mirada y, mostrando los dientes pequeños, afilados, concluyó con un soplo gélido—: Ni siquiera lo intentes.

Judith le cogió la muñeca y él miró la mano con un destello de sorpresa.

—Estás completamente equivocado. No soy yo la que tiene necesidad de tenerlo aquí. Es él el que no aguanta más, ¿aún no lo has entendido? Tú lo arrastrarás al infierno. Moriréis los dos si no lo dejáis.

El brazo le cayó inerte a un lado y Judith pareció vaciarse, el rostro apagado con una expresión extenuada.

—Os matarán, Plátano —murmuró de nuevo, con los ojos cerrados—. Os matarán como a bestias en medio de la calle.

Él no se dejó arañar. Volvió a defenderse con su actitud desdeñosa, aparentemente seguro e invulnerable, retomó el aire sarcástico con el que sostenía la barrera entre el mundo exterior y él, la coraza que lo mantenía a salvo de cualquier sufrimiento.

—Sí, puede ser —dijo sonriendo socarronamente—. La idea no me disgusta, de hecho. Nosotros no moriremos en una cama, con la baba en la boca y el catarro en la garganta, maldiciendo la vida y añorando los mejores años. No nos rebajaremos a mendigar la atención de un hijo o la piedad de un nieto. No, Judith... deberías saberlo desde el primer día. No tienes derecho a intentar cambiarle. Es su destino. El nuestro. Y tú estás excluida de él.

Judith dio un respingo al oírlo pronunciar su nombre. Miró a Plátano con una ternura afligida, como se mira a un chico condenado a una enfermedad inexorable. Y dijo en voz baja, con tono dulce, tratando de no herirlo:

—No estés tan seguro de eso. Entre tú y yo, Jules ya ha elegido. Lo sabes. Y eres tú el que no puede cambiar las cosas.

Plátano perdió el control de los nervios. Golpeó la botella contra la mesa y salpicó con un chorro de coñac la bata de Judith. Estaba a punto de girarse con la intención de darle una bofetada, pero quedó paralizado por un silbido tenue, como una señal acordada, que sonó en el exterior de la casa. Judith corrió a abrir la puerta.

Jules la abrazó, pero advirtió inmediatamente el mensaje de alarma que le transmitió el cuerpo tenso de ella. Lanzó una mirada hacia la sala, entrevió una figura al fondo y rápidamente se metió la

mano en el bolsillo para empuñar la pistola. Judith lo besó en los labios y se apresuró a tranquilizarle con la mirada. Jules la apartó y se adelantó algunos pasos. Plátano estaba inmóvil en el centro de la habitación.

—Plátano... ¡eres tú! —exclamó Jules en un soplo, relajado de golpe. Entonces, en una fracción de segundo, volvió a ponerse tenso—. Pero... ¿qué diablos haces aquí? Por poco...

Plátano hundió las manos en los bolsillos y se limitó a mirarlo, sin abrir la boca. Jules se acercó a él.

—¿Ha ocurrido algo?

El otro puso cara de sorpresa y sonrió con absoluto candor.

—No, ¿por qué? ¿Es necesario que pase algo para que nos veamos?

Jules lo miró de reojo.

—Habíamos acordado que te buscaba yo...

Plátano asintió con un gesto teatral.

—Oh, sí... es cierto. Esas eran las órdenes. Y me disculpo por las molestias. Solo que... hay una cosilla más bien urgente que discutir. ¿Te importa? —Y señaló la salida.

Jules se quedó medio desconcertado con la actitud de Plátano. No dijo nada y se encaminó hacia la puerta. Al pasar frente a Judith le dirigió una mirada inquieta, como si tratase de entender si ella sabía algo más. Judith no dejó traslucir nada: suspiró y apretó los brazos contra el pecho.

Jules tomó una callecita entre las capillas, donde las velas encendidas iluminaban a duras penas el camino. Había luna llena, pero las nubes la ofuscaban continuamente, sumergiendo en la oscuridad total el resto del cementerio. Jules se detuvo junto a una estatua, con una mano apoyada sobre el drapeado de piedra oscura, y buscó la mirada de Plátano.

—Me habría puesto en contacto contigo mañana... —dijo con voz atenuada—. Sabes que este lugar prefiero dejarlo al margen de todo. Aquí tenemos el equipo y las armas, y si se dices cuenta de que andamos por aquí...

—¡Vamos, Bonnot! ¿Me lo dices a mí?

Jules se quedó quieto unos instantes. Cuando lo llamaba por el apellido quería decir que algo le conmovía por dentro.

—No podía esperar a mañana —continuó Plátano—. Y además, ¿qué coño sabía yo que me ibas a buscar en un día o en un mes? —Y le dio una patada a una piedra, maldiciendo con los dientes apretados.

Jules permaneció en silencio. Después de un rato, el italiano resopló nervioso y se encendió un cigarro. Luego le ofreció uno a Jules y rascó una segunda cerilla. Ambos rostros, alumbrados por la llama trémula, estaban tensos y contraídos.

—Hay un trabajo que hacer —retomó Plátano—. Algo serio. Y sencillo. Basta con tener la coordinación precisa. Nada de armas ni de equipo. Se necesita solo un buen auto, veloz y suficientemente grande para transportar un montón de sacos.

Se interrumpió, esperando a que el otro demostrase interés. Jules le dio una larga calada al cigarro y fue a sentarse en un escalón.

—¿Sacos? —preguntó mientras alzaba la vista hacia el amigo.

—Sí. Muchos sacos. Todos los que puedan contener dinero o valores. Pero no habrá tiempo para escogerlos, por lo que deberemos cargarlos y llevarlos a un lugar tranquilo. Nada más.

Jules asintió e hizo una mueca de sorpresa. A pesar de la oscuridad, Plátano intuyó su escepticismo. Por primera vez, tenía que perder tiempo en convencerle. Maldijo mentalmente a Judith.

—¿Y dónde están esos sacos?

Plátano se agachó y abrió las manos con un gesto de entusiasmo, como si abrazase algo grande.

—¡Un montón de dinero, Jules! Es un vagón postal. ¿Entiendes? ¿Tienes idea de cuántos francos habrá en aquellos sacos?

También Jules alzó una mano, pero para indicarle que se calmase.

—Un momento: en los sacos hay sobre todo cartas, luego valores nominales inutilizables, y dinero en efectivo poco. A menos que...

—A menos que —repitió Plátano— se trate de sacos destinados a las colonias de ultramar, con las pagas de todos los parásitos del Estado: aduaneros, legionarios, carceleros y toda la escoria que da grandeza a esta mierda de país. —Jules se quedó con el cigarro entre los labios, sin dar más caladas.

—Este tipo de expediciones no las hacen todos los días —murmuró después de unos instantes.

—En efecto. Por eso tenía prisa por verte.

Jules se levantó y comenzó a pasear lentamente, seguido por Plátano.

—Para asaltar un vagón postal se necesitan al menos diez hombres. Prácticamente un pelotón armado hasta los dientes que ocupe militarmente una estación secundaria, o peor aún, que haga saltar un tramo de vía, o...

—¡Eh, tú, no corras tanto! —lo interrumpió Plátano— ¿Pero por quién me has tomado? ¿Me crees tan idiota como para venir a proponerte semejante gilipollez? Y además, ¿cómo quieres asaltar un tren? ¿Con caballos y disparando al aire? Vamos, Jules, me sorprendes...

Jules se detuvo y, después de haber arrojado la colilla lejos, dijo:

—Explícame qué historia tienes en la cabeza.

Plátano puso una sonrisa malévola al advertir el tono agresivo del amigo.

—Una historia cortísima, querido Bonnot. Con desenlace feliz. Tengo a un fulano que me dará el soplo en el momento justo. Nosotros solo tendremos que estar en el punto donde lanzarán los sacos fuera del vagón. Los recogemos y aire. ¿Te parece demasiado complicado?

—¿Quién los tira y por qué?

—Conozco a uno, en París, que tiene un hermano ferroviario. Dos muertos de hambre... simpatizan con los anarquistas, pero no entienden un carajo de política. Solo saben que están hartos de sudar la gota gorda por cuatro perras. El que conozco tiene incluso una enfermedad que le ha hecho perder el pelo, las cejas, el vello, un desastre. Y trabaja como camarero en un local nocturno. Ya le han dicho que a fin de mes lo echan a la calle. A las putas de lujo y a sus

cornudos les gustan jóvenes y sanos los siervos que llevan champán a las mesas. ¿Suficiente?

Jules se encogió de hombros.

—¿Y por qué debemos fiarnos de ellos? Si después cantan o se ponen a gastar como tontos... ¿Quién responde por ellos?

—Respondo yo. Pero me cago en la puta, Jules —exclamó Plátano— ¿Qué te está pasando? Yo vengo a proponerte el trabajo ideal... y tengo incluso que perder tiempo convenciéndote. Entonces, ¿qué quieres hacer?

Jules comenzó a caminar de nuevo.

—¿Esos dos saben quién eres y dónde vives?

—Conozco solo al hermano camarero. Viejas historias de cuando frecuentaba un cierto ambiente en París... Él no sabe cómo me llamo y... dónde vivo no lo sé ni siquiera yo. En cualquier caso, es de fiar. Un tipo serio, de pocas palabras, ningún vicio, ninguna compañía extraña.

—¿Ha estado en la cárcel?

Plátano hizo un gesto vago.

—No lo sé. Quizás un par de veces, pero por historias de cuchilladas, yo qué sé... Nada que le haga sospechoso.

—¿Y el hermano? Resultará demasiado evidente que ha sido él el que ha lanzado los sacos fuera.

Plátano lo miró fijamente con una sonrisa provocadora.

—Bonito descubrimiento. Prácticamente lo hará todo él, ya ves qué difícil descubrir lo que pinta allí. Es por eso por lo que el tipo

bajará en la primera parada, cuando todavía no se hayan dado cuenta, y saldrá disparado hacia Marsella. Nosotros veremos solo al hermano, que le llevará su parte. Llegados a ese punto, salta al primer vapor para Argelia. Y no se detiene hasta que no llega diez mil kilómetros más al sur.

Jules apretó los labios mientras rumiaba cada aspecto de la cuestión. La luna se asomó entre dos nubes, iluminando el rostro de Plátano: ardía de rabia.

—Entonces, ¿Bonnot? ¿He superado el examen? Mira que no tenemos mucho tiempo. El transporte en cuestión será dentro de cuatro días. Lo tomas o lo dejas. Y si lo dejamos... esos encuentran pronto a cualquiera.

Jules miró la luna. Luego se giró para mirar a Plátano.

Asintió y dijo solamente:

—Por mí de acuerdo.

Volvieron hacia la casa. Antes de llegar, Jules preguntó:

—¿Qué le estabas diciendo a Judith?

Plátano se echó a reír.

—Nada... solo le he preguntado si podía darme también algo a mí. Así, solo para que quedara en familia. Pero parece que tú tienes la exclusiva...

Jules respiró hondo, esforzándose para no reaccionar.

—¿Sabes que tiene dos grandes y bonitas tetas madame Thollon? Yo nunca entenderé cómo funcionan algunas cosas: ¿quién diablos le mandó juntarse con el enterrador?

Jules se encendió un cigarro de los suyos y no le ofreció.

—Realmente todo juega a tu favor —continuó Plátano—. Con aquel adefesio de marido que tiene, por fuerza ha caído rendida en tus brazos como una manzana madura...

Jules lo miró a los ojos y se paró bajo la farola.

—Te estás pasando. Déjame en paz, te lo pido por favor.

Plátano levantó las manos en señal de rendición.

—Por caridad, hermanito, tema cerrado y archivado... Lo he entendido perfectamente: que no se puede bromear sobre las tetas de madame Thollon. Y menos mal que no he dicho nada del culo, que ese, por sí solo, parece la prueba de la existencia de Dios...

—Te lo he pedido por favor —repitió Jules en voz bajísima.

—Pero yo hablaba de un Dios bueno y justo... Está bien, como si no lo hubiese dicho. —Plátano congeló la sonrisilla provocadora durante algunos instantes. Luego su rostro se endureció de golpe, y el tono de voz se volvió seco y expeditivo—. Nos vemos mañana en el depósito. Tenemos que encontrar el auto, y espero que sean suficientes tres noches... Tráete solo las pistolas y los utensilios para abrir un garaje, lo más ligero posible. Yo ya tengo conmigo lo que necesito. Hasta pronto, Bonnot. Pásatelo en grande toda la noche si quieres, pero mañana por la mañana no me hagas esperar, ¿entendido?

Jules lo miró marcharse. Se quedó largo rato apoyado en la columna de la verja, fumando cabizbajo, mientras Judith lo observaba desde la ventana y no osaba llamarle.

Algo se había roto. El tono de Plátano, su voz gélida, distante, había disuelto la última ilusión. Hasta poco antes, él había soñado con proponerle un nuevo mundo, otra vida, abandonarlo todo y reencontrarse en Argentina, ellos tres solos, en el lugar más lejano que era capaz de imaginar, donde comenzar de nuevo a reír por nada, donde darse a la buena vida sin que nadie les juzgase, sin esperar el alba preguntándose qué nuevo horror se presentaría con la luz del nuevo día... Pero era demasiado tarde. El hilo se había roto. Para siempre.

LA LIBRERÍA DE LA IDEA LIBRE

Tras abandonar Romainville, Raymond-la-science y los demás se habían instalado en la librería L'Idée Libre, en la galería Clichy, que se había convertido en punto de encuentro de discusiones sin fin y planes irrealizables. Raymond seguía repitiendo que la destrucción total era la única posibilidad de salvación, ya que nada podía construirse sobre fundamentos putrefactos, y que no se debía caer en la trampa demagógica de las llamadas «víctimas inocentes»: tomar partido era obligatorio y no se le podía conceder a nadie la hipocresía de mantenerse al margen. El que se quedaba de brazos cruzados era igualmente cómplice. Y si caía, que no se lamentase: la desidia es una culpa. El único problema que veían todos, en la penumbra de L'Idée Libre, era que a todas esas charlas enfervorecidas no les seguían gestos ejemplares, y mientras tanto, las cosas continuaban yendo en la dirección de siempre: politicuchos corruptos esperaban a que pasase el clamor del escándalo para reciclarse en el poder sin ni siquiera perder un ápice de arrogancia, cada intento de cambio resultaba al final un simple barajar las cartas, los huelguistas se ganaban sablazos y balazos, la guillotina silbaba con despreocupada frecuencia y el supuesto movimiento revolucionario publicaba avalanchas de papel colmadas de sueños y proyectos futuros, interrumpiendo el flujo de teorías solo para anunciar con profunda indignación nuevos arrestos y nuevas condenas. En el gobierno se sucedían hombres que en algún tiempo

se autoproclamaron «de izquierdas» y que ahora, en nombre del eterno enemigo prusiano, preparaban al país para una nueva guerra, declarando «traidor» a cualquiera que pidiese libertad sindical y retribuciones decentes. A los mineros de Pas-de-Calais se les había respondido con el envío de cuarenta mil soldados, los mismos que abrieron fuego contra los obreros en huelga en Draveil: quince muertos y más de cuatrocientos heridos. Y en Villeneuve-Saint-Georges, la misma táctica: seis muertos y doscientos heridos. Los empleados del Estado, y antes que nadie, los profesores, no podían inscribirse a la CGT so pena de despido inmediato. Clemenceau, «el Tigre», que desde la oposición había incitado a la objeción de conciencia después de las masacres coloniales en África, una vez convertido en primer ministro había pasado a ser el Primer Policía de Francia.

Y las matanzas en Marruecos habían vuelto a empezar con renovado vigor. A un periodista que le preguntaba por su pasado como instigador, Clemenceau había respondido, sarcástico: «Quien a los veinte años no ha sido anarquista, no puede decir que ha sido joven. Quien todavía lo es a los treinta, es un imbécil». En cuanto a los otros países europeos, la situación no era menos tensa. Italia se lanzaba a la aventura colonial preparándose para conquistar Libia, y el militarismo naciente proporcionaba una estupenda cobertura para barrer cualquier realidad política situada a la izquierda del Partido Socialista, mientras que en España todo había empeorado después de la derrota del Ejército en Marruecos en 1909: la huelga general contra la llamada de los reservistas en Cataluña había desencadenado una represión que se había cobrado más de doscientos muertos en enfrentamientos callejeros, a los que habían seguido fusilamientos y deportaciones en masa. En Inglaterra, un joven ministro del Interior de treinta y seis años, Winston Churchill,

había decidido eliminar el problema de raíz antes de que el anarquismo se convirtiese en un movimiento demasiado extendido: circundada la sede de Londres, en Sidney Street, con setecientos policías y una batería de cañones, había dado la orden de abrir fuego y todos los sitiados habían muerto en el incendio del edificio.

Al grupo ya consolidado se unía ocasionalmente Eugéne Dieudonné, un anarquista de Nancy apacible y racional, que escuchaba a Raymond con una mezcla de admiración por los conocimientos científico-filosóficos, y de inquietud por los tonos delirantes en los que a menudo caía. Eugéne, en el fondo, tenía solo un pensamiento fijo en aquellos días de finales de 1911: su amada Louise, con quien había venido a París fascinado por las arengas de Libertad, lo había dejado para juntarse con Lorulot, otro ejemplo de disociación mental, teórico del amor libre, que ponía en práctica cuando tenía a tiro una compañera particularmente joven y graciosa, defensor de filosofías alimentarias según las cuales el ser humano es siempre el resultado de lo que come, y en su momento gran pope de Romainville, cuando todavía era una comuna y no la actual sede de *L'Anarchie*. Desde hacía algún tiempo, Eugéne también había cogido la costumbre de andar con la pistola en el bolsillo. Pero era el único con quien Raymond se mostraba conciliador y prudente, invitándolo a no exponerse a riesgos inútiles por culpa de un arma con la matrícula limada, y recomendándole llevarla solo en caso de peligro asegurado. Raymond intuía que el bueno de Eugéne Dieudonné le habría disparado gustoso a Lorulot entre ceja y ceja mucho antes que a cualquier símbolo de la odiada burguesía.

Aquel mediodía, Eugéne entró con su cara triste de siempre, a la que se sumaba un llamativo temblor en las manos y los labios. Carouy le preguntó si se encontraba bien y él se encogió de hombros

y fue a sentarse al fondo del local. Raymond consiguió que hablara un poco más tarde: se había visto con Louise, habían estado llorando los dos pero no habían resuelto nada. Louise no estaba segura de amar todavía a Lorulot, que por otro lado saltaba de cama en cama y solo se divertía con ella cuando no encontraba nada mejor, pero no se decidía a dejarle. Eugéne, por su parte, era obstinado en cuanto a orgullo y resentimiento, con lo cual...

—Yo le pego un tiro —dijo al final de la historia.

Raymond alzó los ojos al techo y enseguida le palpó el bolsillo del abrigo. La pequeña Schwarzlose 7,65 estaba allí, desgraciadamente.

—¿No te había dicho que la dejases en casa? Aquí se venden libros, maldita sea. No creo que sea en L’Idée Libre donde necesitemos usarla.

Eugéne agachó la cabeza, enfurruñado como un niño que rechaza el consejo de un adulto.

—No te preocupes, Raymond... soy demasiado cobarde para hacerlo. Ese cerdo puede dormir tranquilo.

—Bueno, no es que duerma demasiado, por lo que cuentan —dijo Garnier, en un torpe intento por desdramatizar.

Carouy lo fulminó con la mirada.

Eugéne esbozó una sonrisa deprimida y murmuró:

—Tienes razón. Cambia de cama cada noche. Y está claro que no lo hace por temor a mí. —Se pasó las manos por la cara, restregándose un buen rato los ojos—. La verdad es que Louise es muy tonta. Le toma el pelo, la trata como a una esclava y ella, nada...

Raymond, Carouy y Garnier asintieron a la vez. En aquel momento entró Soudy, que exhibía una copia del *Excelsior*.

—¡Así es como se hace! Dejémonos de chácharas —exclamó mientras lanzaba el periódico sobre la mesa.

Los otros se acercaron para hojear las noticias en primera página. Soudy hizo un gesto de negación y abrió por la sección dedicada a la crónica negra. En destacado se daba la noticia de un asalto al tren París-Lyon: un empleado del ferrocarril, principal sospechoso, actualmente en paradero desconocido, había arrojado los sacos postales fuera del tren a la altura de Saulieu, según la denuncia realizada por un colega suyo que había sido aturdido con un cuño de mazo poco antes de sobrepasar la susodicha localidad. Resultaba obvio que algunos cómplices habían recuperado después los sacos, dejando sobre el terreno fangoso huellas de neumáticos de auto.

—¿Eso es todo? —dijo Raymond escudriñando a Soudy.

—¿Y te parece poco? A estas horas estarán en algún lugar seguro contando francos mientras nosotros no tenemos ni siquiera dinero para comprarnos una caja de balas.

Raymond resopló, se quitó las gafas y se puso a limpiarlas cuidadosamente.

—Un atraco así no sirve para nada. Sí, de acuerdo, el dinero viene bien... pero hace falta un gesto impactante, una acción clara, que dé un mensaje preciso: requisamos el dinero que nos habéis robado siempre de los bolsillos y lo usaremos para convertir vuestra vida en un infierno. Entonces sí que merece la pena.

—Ya —intervino Garnier—. Pero mientras tanto, nosotros hablamos y otros actúan.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Carouy—. Atracos se han cometido siempre. ¿Quién te dice que sean compañeros?

—Han usado un automóvil... —dijo Garnier mientras miraba a los demás, uno a uno.

Raymond suspendió por un instante la limpieza de las gafas.

—¿Piensas en alguien en particular?

—No... —respondió vagamente Garnier—. Pero aquellos dos... el lionés y el italiano... son los únicos del ambiente que se ganan la vida robándoles automóviles a los cerdos y revendiéndolos. Quién sabe...

Raymond se quedó absorto un segundo.

—Ah, sí... los recuerdo. Han venido alguna vez a nuestras reuniones. —Luego se puso a caminar de un lado para otro, reflexionando. En un determinado momento preguntó:— ¿Cuántos automóviles circularán actualmente en Francia?

—No tantos —respondió rápidamente Carouy.

Raymond le lanzó una mirada paciente, como para darle a entender que habría preferido una cifra menos imprecisa. Luego hizo otra pregunta:

—¿Y cuántos ladrones, según vosotros, saben conducir un automóvil?

—Poquísimos —respondió Carouy.

Raymond lo miró con benevolencia paternal.

—Edouard, si te preguntase cuántos compañeros anarquistas saben robar un automóvil, ¿qué me responderías?

—Pocos... Ninguno, que yo sepa —dijo Carouy encogiéndose de hombros.

—Eso ya es un dato menos vago. Pero es erróneo, porque según algunas voces que corren... malditas las lenguas largas de los compañeros... hay al menos dos capaces de hacerlo. ¿Y sabéis cuál es la putada?

Los otros le miraron a la espera de la respuesta.

—Que estos mismos razonamientos los estará haciendo también la Policía.

—Entonces, están jodidos —sentenció Garnier.

—No tienen por qué —añadió Raymond—. Si son lo bastante listos como para quedarse encerrados en un lugar seguro durante algún tiempo, a lo mejor libran. Tarde o temprano ocurrirá algo más grave que distraerá a la bofia. Depende de cómo se comporten estos dos en los próximos días... Por cierto, ¿cómo se llamaban?...

—Bonnot —respondió Carouy—. El italiano, en cambio, tiene un apodo extraño...

—Lo conozco —murmuró Eugéne con la mirada perdida en el vacío.

Los ojos de los cuatro se dirigieron al mismo tiempo hacia él. Cuando se dio cuenta, Eugéne balbuceó:

—¿Qué os pasa... qué he dicho?

—¿Conoces a quién? —preguntó Raymond.

—Jules Bonnot. Es lionés. Ha vivido algún tiempo en Nancy. Nos veíamos a menudo... Frecuentábamos un grupo de sindicalistas anarquistas.

—¿Y dónde acabó? —preguntó Garnier—. En París hace mucho que no lo ven.

—¿En París? —se extrañó Eugéne—. Bueno, yo aquí no lo he visto nunca. La última vez fue en Nancy. Luego le arrestaron por un enfrentamiento con ciertos nacionalistas... Pasó un tiempo en la sombra y... creía que había vuelto a Lyon.

Raymond se puso las gafas, cogió el periódico y empezó a leer las noticias de política exterior. Los demás fueron a encerrarse a la habitación de atrás, donde Garnier les iba a enseñar cómo se desmontaba una automática que le había robado a un vigilante nocturno.

Cuando Eugéne se levantó y le dirigió un saludo a Raymond, de camino hacia la puerta, el otro dijo:

—Déjala en casa, ¿entendido?

Eugéne se tocó instintivamente el bolsillo del abrigo e hizo un gesto afirmativo con la cabeza, más deprimido que nunca.

EN PIGALLE

Plátano vació la última gota en la copa, bromeó haciendo ademán de exprimir la botella e inmediatamente alzó la mano hacia un camarero y pidió más champán. Las dos chicas sentadas a la mesa enfatizaron con risitas y aplausos su gesto, y la rubita se le acercó para susurrarle una frase al oído y luego morderle el lóbulo y jugar con la lengua. Plátano estalló en carcajadas, le pasó un brazo alrededor de la cintura y le palpó un seno hasta sacárselo fuera del corpiño. La chica lanzó un gritillo de falsa indignación, se cubrió el pezón y, por toda respuesta, le puso una mano entre las piernas. Él se dobló en dos, riendo como un loco, mientras la otra chica, una morenaza llena de curvas y con mucha carne en el sitio justo, se apresuraba a mover la silla de al lado para participar en el asalto. En aquel momento llegó el camarero, que se mantuvo impasible y destapó el champán. Plátano se serenó, pero apenas el camarero se hubo alejado cogió su copa y la derramó entre los pechos de la morena para abalanzarse luego a lamerle el champán. Los tres hacían un alboroto endemoniado pero la dirección del local dio orden a los gorilas de no intervenir: el señor parecía tener mucho dinero y no se hacía de rogar a la hora de malgastarlo. Las dos chicas no trabajaban en el local, habían venido con aquel loco, probablemente recogidas en cualquier esquina de la calle, pero el dueño aplicaba también un porcentaje por la compañía de prostitutas externas, así que no había problema. La cuarta botella

elevaba el total a una cifra considerable y, aunque el tipo demostraba una gran generosidad con las propinas, a la quinta le ordenaron al camarero que le llevase la cuenta. Plátano lo trató como a un siervo irreverente y se metió una mano en el bolsillo, de donde sacó un puñado de billetes que tiró sobre la mesa.

—Cuéntalos tú. Y dile al pordiosero del dueño que quiero inmediatamente caviar ruso, ostras y otra botella para lavarme las manos después de comer. Y la próxima vez, la cuenta me la traes cuando yo te la pida.

El camarero asintió respetuoso y las dos chicas, medio borrachas, se rieron todavía más fuerte.

Dos horas más tarde, los tres se revolcaban en la cama de un hotel en el boulevard Rochechouart, donde por poco no había acabado a puñetazos con el conserje que no quería dejar subir a las dos «señoritas». La morena, más curtida, había resuelto la cuestión sacando algunos francos del bolsillo de Plátano y haciéndolos desaparecer en el del hombre, que había accedido de inmediato. Al alba, Plátano se despertó con un sobresalto. Estaba solo. Se lanzó a hurgar en los bolsillos, tambaleándose por la borrachera, y descubrió que las chicas habían sido demasiado honestas incluso: lo habían aligerado lo justo, quizás la tarifa resultaba un poco cara, eso sí, pero el resto estaba todavía en su lugar. Miró los billetes arrugados ahora esparcidos sobre la cama. La cabeza le latía y en la boca tenía un sabor ácido, amargo. Fue a meterse bajo la ducha y, después de haber dejado correr el agua por su cabeza durante algunos minutos, dio un puñetazo contra la pared. Luego se dobló sobre sí mismo, llorando de rabia.

CONFERENCIA CUMBRE

El comisario Jouin buscaba una posición cómoda en la silla mullida, pero sentía una tensión nerviosa en las piernas que le impedía estarse quieto. Ante él, Xavier Guichard, jefe de la Sûreté y su superior directo, estaba terminando una larga conversación telefónica con el ministro, que seguramente le espoleaba a luchar con mayor eficacia contra la subversión extendida, a juzgar por el rojo encendido de las orejas de Guichard. El Gran Jefe se inclinaba y rozaba el escritorio con la frente cada vez que repetía: «Sin duda, Excelencia; así se hará, Excelencia; lo he entendido perfectamente, Excelencia».

Cuando colgó el auricular, Guichard abrió un cajón y cogió un pañuelo inmaculado con el que se secó el sudor de la cara. Luego pareció tentado de introducirlo bajo la americana, probablemente dirigido a las dos vastas manchas de humedad que desde las axilas se extendían hasta el pecho, pero se cruzó con la mirada de Jouin y guardó la compostura.

—Malditos imbéciles, les habré repetido cien veces que no tienen que atiborrarla de carbón —perjuró mientras volvía los ojos hacia la estufa de hierro—. Hace demasiado calor aquí dentro. Y cuando uno sale ¡pilla la muerte!

Jouin asintió, enarcando las cejas. En realidad no hacía calor allí dentro.

—Entonces, ¿dónde nos habíamos quedado? —preguntó Guichard, que ya volvía a adquirir su habitual aire de resuelta arrogancia.

—En el dueño de aquel local de Pigalle —le recordó Jouin.

—Ah, sí, cierto... ¿Y bien? ¿Novedades?

—Nada en concreto. Pero podría ser un indicio. El dueño nos debe algunos favores, y periódicamente nos pasa sus informes con personas sospechosas o rumores que le llegan...

Sonó de nuevo el teléfono. Guichard hizo un gesto de fastidio y respondió.

—¿Quién? Oh santo cielo, señorita... Si se trata del ministro, de acuerdo, pero ahora... Sí, vale, dígame que la llamo dentro de diez minutos.

Jouin intuyó que la mujer de Guichard estaba indecisa acerca del menú que debía ordenarle a la cocinera.

El jefe de la Sûreté se justificó diciendo:

—En esta ciudad ya no hay quien viva. Y al más mínimo embrollo recurren siempre a mí... Pero continúe, se lo ruego.

—Como estábamos diciendo... en el último informe, el dueño nos señala a un tipo al que de repente parece lloverle un montón de dinero encima. Y hace de él una ostentación exagerada, a lo que hay que añadir unas confidencias alusivas con ciertas prostitutas ya interrogadas por nosotros, las cuales confirman nuestras sospechas.

Guichard escrutó al comisario con impaciencia.

—¿Ha venido aquí para decirme que un disoluto cualquiera probablemente ha desvalijado una caja fuerte?

—No es un disoluto cualquiera —contestó Jouin al tiempo que abría la carpeta que tenía sobre las rodillas. Cogió una foto identificativa y la puso ante los ojos de Guichard.

—Giuseppe Sorrentino, conocido como Plátano. Italiano, con antecedentes por robo y encubrimiento, fichado como anarquista individualista, habitual en los llamados ambientes «ilegalistas».

Al escuchar la palabra «anarquista» Guichard se había iluminado.

—Ah, ¡fantástico! La nueva tropa de dinamiteros.

—No exactamente —lo corrigió Jouin—. Estos prefieren las pistolas. Nada de masacres indiscriminadas: estrategia del golpe tras golpe, objetivos concretos, guerra declarada al Estado y a la sociedad en general.

Guichard hizo una mueca ambigua, como queriendo concluir que tantas distinciones no eran más que una pérdida de tiempo.

—Sea como sea, comisario Jouin, lo que cuenta es que son anarquistas. ¿Cómo piensa moverse?

—Estamos llevando a cabo investigaciones... Apenas tenga algún nombre seguro, conseguiré las órdenes de registro. Por el momento estoy más centrado en entender las diferencias y divisiones internas para evitar lanzar acusaciones al tuntún. El jefe de la Sûreté hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Permítame explicarle una cosa. Mire... echarle el guante a una banda de anarquistas ilegalistas es sin duda un resultado positivo.

Pero... no es eso lo que me piden con insistencia. Quitar de en medio a cierto atracador, a lo mejor un potencial asesino, obviamente no resuelve el problema.

—No es la Policía quien puede resolver el verdadero problema —dejó escapar Jouin.

El superior lo miró de reojo. Pero prefirió ignorar la alusión para evitar afrontar discusiones alejadas de la cuestión.

—Nuestro problema, querido Jouin, es entregar a la justicia a los enemigos del orden establecido. En algunos casos no resulta una tarea demasiado ardua... Basta con identificar a los más exaltados y ponerlos en condición de no causar daños. Pero... la realidad que se va configurando en estos años tormentosos nos obliga a ser precavidos. Medir atentamente cada uno de nuestros movimientos. Y sobre todo, actuar aprovechando al máximo el impacto que algunas acciones podrían tener en la opinión pública. ¿Entiende lo que quiero decir?

El comisario lanzó un suspiro. Asintió y dijo:

—Creo que sí. Esperar a que ocurra lo irreparable, intervenir después, y no antes, para suscitar el clamor que los políticos se esperan.

Guichard contrajo la mandíbula pero se controló. No soportaba el descaro de Jouin, pero sabía que era el único en la Sûreté capaz de darle los resultados esperados.

—No nos corresponde a nosotros juzgar la labor del gobierno —dijo—. Nuestro trabajo consiste en proteger a los ciudadanos de las amenazas internas de la sociedad. Ladrones y asesinos los habrá siempre a puñados, y el sistema ha aprendido a convivir con ellos sin

sufrir excesivas consecuencias. Pero no se puede convivir con quien lleva a cabo los mismos delitos en nombre de una revolución o de anheladas formas de justicia social que se resuelven ineludiblemente con violencia y desorden. Si arrestamos a un anarquista porque ha desvalijado una villa, cierta gente lo verá como una víctima, un pobre hombre que intentaba llevarse una porción de la riqueza a él negada. Existe una parte considerable de la opinión pública que no cree tener nada que ver con fracasados, disolutos, desechos condenados, en cualquier caso, a ser una nulidad. Ellos, las almas puras, consideran que tales individuos están al mismo nivel que los paladines de los oprimidos. —Guichard se echó hacia adelante y bajó la voz para acabar su sermón—. Pero si los arrestamos después de que hayan cometido una atrocidad, después de que hayan matado a algún pobre padre de familia culpable solo de llevar un uniforme o de haberles obstaculizado el paso... entonces, querido Jouin, a ojos de aquellos librepensadores, los anarquistas serán solo vulgares delincuentes sedientos de sangre. He aquí lo que se nos pide. Nada más y nada menos.

El comisario respondió con un gesto de cabeza parecido al de la obediencia militar. Se levantó, cogió la foto de Plátano, la metió en la carpeta y dijo:

—Lo he entendido perfectamente. Solo tengo que esperar a que un padre de familia se sacrifique y a que los periódicos nos den las primeras páginas durante algunos días. Tras lo cual, intervengo yo. Tranquilece al ministro: no tardaremos mucho dado el cariz que están tomando los acontecimientos en este país. Adiós, señor Guichard.

Jouin giró sobre sus talones y salió a paso de marcha. El jefe de la Sûreté se quedó mirando fijamente la puerta, pensando que aquel comisario comenzaba realmente a excederse.

25 DE NOVIEMBRE DE 1911

¿Por qué quieres seguir esperando? Si ya lo has decidido, vayámonos inmediatamente, mañana mismo —murmuró Judith.

Él le acarició los cabellos, descendió a lo largo de la espalda y advirtió un estremecimiento cuando recorrió con los dedos la espina dorsal. La mejilla de Judith se apretaba contra su pecho y Jules no podía ver el rostro ansioso, la mirada preocupada.

—Nos llevará algunas semanas —dijo—. El tiempo de buscar un embarque y ultimar detalles...

—Pero podemos irnos en seguida a Saint-Malo, o a Le Havre —dijo ella—. Nos quedaremos en algún hotel, lejos de aquí, y buscaremos un barco para Argentina... En esta casa siento que me ahogo. Ahora que lo hemos decidido, cada minuto que pasa tengo más miedo.

Jules tomó su rostro entre las manos y la miró a los ojos, brillantes y perdidos, invadidos por una inquietud contagiosa.

—Ya no hay nada que temer, Judith. El asalto al tren de correos no podía haber salido mejor. Ahora tenemos el dinero que necesitamos. Y nos marcharemos. Pero antes...

Jules cerró los ojos por un instante.

—Antes quiero hablar con Plátano. Se lo debo. Y si no quiere razonar, le diré adiós para siempre. Pero no puedo dejarle plantado así. No puedo, ¿entiendes?

Judith asintió mientras sus manos se aferraban al cuerpo de Jules, lo palpaban con fuerza por el costado, por la espalda, por la ingle, con el terror de verlo tumbado boca arriba en el suelo, en medio de una calle mojada por la lluvia, desnudo, indefenso ante los golpes de un destino que podía asaltarles en cada hora perdida.

Él sonrió y se inclinó para besarla en la boca.

—No debes tener miedo. Nunca más. Se ha acabado de verdad, créeme. Una semana como máximo y estaremos en el mar, viendo esta tierra maldita alejarse en el horizonte...

Los golpes en la puerta resonaron amortiguados, lejanos. Pero suficientemente fuertes como para paralizarlos. Luego, por un instante, se hizo el silencio absoluto. Judith miró a Jules, y en la mirada de ella había una dramática confirmación. Él hizo un gesto mudo, como para tranquilizarla.

—¡Jules! ¡Ven, rápido!

La voz de Plátano.

Jules saltó de la cama y se puso los pantalones y la camisa en un segundo. Judith corrió desnuda a la ventana, cubriéndose como podía con la cortina. Era Plátano. Empapado hasta los huesos, nervioso, daba dos pasos a la derecha y dos a la izquierda, con movimientos obsesivos, impacientes.

Ella murmuró: «Está solo», y fue a ponerse la bata. Pero mientras abría la puerta, Jules la detuvo.

—Voy yo.

Judith permaneció inmóvil y le dejó pasar. Él le apretó el brazo, queriendo darle ánimos, y luego bajó las escaleras.

Hizo entrar a Plátano y, al ver que no se quitaba el impermeable, comprendió que había venido para llevárselo.

—Nos largamos, Jules. Y pitando.

Jules no dijo nada. Continuó mirándole, esperando el resto. Plátano se golpeó con el puño la palma de la mano y se puso a caminar por la habitación, salpicando de agua la alfombra y mascullando entre dientes; el rostro contraído, la mirada histérica.

—Nos ha faltado esto —gruñó, al tiempo que hacía un gesto con el pulgar y el índice muy juntos—. Dos esbirros debajo de casa. Y me esperaban a mí. Ya han encontrado el almacén de rue Voltaire. Me acerqué a supervisar la zona, esperaba que fuera solo obsesión mía... Pero había delante un furgón celular y un camión, y estaban llevándoselo todo.

Jules se encendió un cigarro, Plátano le quitó el paquete de las manos con un gesto brusco. Él le pasó una cerilla encendida y dijo:

—Cálmate un poco, no estoy entendiendo un carajo. ¿De qué casa hablas?

Plátano exhaló el humo y agitó las manos por la impaciencia.

—Había alquilado una habitación, hace tres días... Y menos mal que no estaba en un hotel, si no a estas horas... Pero no perdamos tiempo ¡por Dios! ¡Es un milagro que no estén ya aquí!

—¿Y por qué tendrían que llegar hasta mí?

Plátano le lanzó una mirada furiosa.

—¿Cuánto coño crees que les llevará encontrar esta mierda de cementerio? Si han llegado hasta mí y hasta el almacén, ¡imagínate aquí! Y te lo había dicho, dios, que dejaras de hacer gilipolleces. No podíamos permitirnos llevar de repente una vida cómoda, ¡maldición! Debíamos movernos, cambiar de aires, no darles tiempo para sus jodidas conjeturas...

—Baja la voz, y no busques excusas —dijo Jules con tono gélido.

Plátano se quedó paralizado. Abrió la boca, estupefacto, y esbozó una sonrisilla venenosa.

—¿Excusas? Ah, fantástico... He arriesgado la piel para advertirte ¿y tú me hablas de excusas? Si hubiésemos seguido juntos, ahora estaríamos ya a cien kilómetros de aquí.

Se giró y maldijo mientras se pasaba las manos por el rostro. Luego volvió a mirar a Jules.

—Está bien. ¿Quieres quedarte con esta mujer a gozar de los últimos momentos? Es tu puto problema. Yo me voy. Y ahora mismo.

Jules vació los pulmones con un largo suspiro ronco. No había tiempo para pedir más explicaciones. Intuía que Plátano debía tener cierta responsabilidad en todo aquello, pero ya era demasiado tarde.

—Voy a coger la bolsa. Espera fuera, y si ves a alguien, tira una piedra a la ventana y lárgate.

Plátano sacudió la cabeza y se levantó el impermeable para mostrar la empuñadura del revólver, como queriendo dar a entender que lo usaría si viese a alguien. Luego salió, dejando la puerta entreabierta.

Judith estaba apoyada de espaldas a la pared. Miraba fijamente la bolsa de Jules, que había puesto sobre la cama, junto al gabán, la chaqueta, la corbata, el impermeable. Ella no se había vestido. Y él no le había dicho que lo hiciese. La abrazó intensamente. Luego, mientras se ponía la chaqueta con gestos mecánicos, dijo sin mirarla a los ojos:

—Dejo el dinero aquí. Escóndelo bien y espera algunos días. Si viniesen, di que no me ves desde hace al menos dos semanas, y que me conocías con otro nombre. A ti no pueden hacerte nada.

Judith se le acercó y solo fue capaz de murmurar:

—Y... ¿después?

Jules se puso el impermeable, después le cogió ambas manos.

—Pase lo que pase, dentro de una semana coge todo el dinero y márchate a Le Havre. Nada de equipaje, solo lo estrictamente necesario. Si te siguen, no deben pensar que te vas para siempre. Elige un hotel anónimo, uno cualquiera del boulevard Maritime. Luego busca la abadía de Sainte-Honorine. Cada mañana, entre las once y las doce, pasa por delante. Pero no te pares, haz siempre un recorrido diferente de modo que nadie sepa dónde nos encontraremos. Cuando yo llegue, te seguiré desde la abadía, y si todo está tranquilo...

Judith no resistió más y se le lanzó al cuello. Jules la acarició con dulzura mientras le susurraba al oído:

—Ya verás, no te haré esperar mucho. Incluso puede que llegue yo antes que tú... Ahora debemos evitar las imprudencias.

Ella lo miró pero no dijo nada, para que no la traicionase el llanto que le oprimía la garganta.

—¿Lo has entendido todo? Abadía de Sainte-Honorine, entre las once y las doce...

Judith cerró los ojos y asintió con fuerza antes de separarse de él. Jules la besó, un largo beso angustioso. Después fue a por las dos Browning del armario, se metió una en el bolsillo y la otra en el cinturón, cogió la bolsa y se marchó corriendo.

Plátano lo esperaba en la calle, junto a una bicicleta. Jules cogió la suya de la caseta de las herramientas y atravesó la verja. Al pasar bajo la ventana, alzó la mirada y vio a Judith, con las manos abiertas apretadas contra los cristales.

VIAJE SIN RETORNO

Tenían un segundo escondite, un cobertizo en la carretera hacia Viena. Lo usaban raramente y no habían vuelto desde hacía meses. Existía una vaga esperanza de que la Policía no lo hubiese localizado aún, al estar alquilado a nombre de un hombre muerto hacía tiempo pero cuyos datos personales no eran falsos. Y se encontraba en una zona apartada, sin vecinos que pudiesen dar una descripción o reconocerles en una foto identificativa. Tenían que intentarlo. Huir en tren era demasiado arriesgado: si las cosas estaban como decía Plátano, a esas alturas la Policía habría puesto ya bajo control la estación. Y en el garaje había un Buire seis cilindros de veinticuatro caballos que Jules había conservado para eventuales desplazamientos largos; había cambiado las placas del bastidor y retocado la matrícula con mucho esmero, sustituyendo la sigla de Isère, donde había sido robado, por la «S» de la circunscripción de Saint-Etienne. Poder usar aquel gran Buire dotado de capota significaba la salvación. Tenían que arriesgarse, era la única esperanza visto que iban en bicicleta, bajo la lluvia, sin ninguna posibilidad de alejarse de Lyon antes de que se hiciese de día.

Esta vez fue Jules el que se quedó fuera, con la bolsa en la mano izquierda y una Browning en la derecha, cargada y con el seguro quitado. Plátano fue directo al portón, sin perder tiempo en mirar a su alrededor. Se movía con actitud fatalista, decidido a jugárselo

todo en los pocos segundos necesarios para abrir el candado. Cuando consiguió abrir los dos batientes, que emitieron un agudo chirrido, se giró hacia Jules y le hizo señas para que se acercase. La oscuridad era absoluta, cada forma oscura podía ser un policía acechando tras los matorrales, pero a aquellas alturas ya no había otra elección: Jules avanzó con la pistola a la altura de la cadera, apuntando hacia las sombras, y llegó al cobertizo. Una vez dentro, decidió confiar en la suerte. Si estaban por la zona, habrían esperado detenerlos allí para eliminar la posibilidad de una fuga campo a través. Jules hundió la Browning en el bolsillo y arrojó la bolsa en el maletero mientras Plátano se apostaba junto a la salida. Luego abrió el capó, volvió a conectar los cables a la batería, accionó la bomba de la gasolina, moviéndose en la completa oscuridad, confiando solo en la memoria, en los gestos tantas veces realizados. Le dio al contacto y volvió a la manivela. El Buire no se había puesto en marcha desde hacía meses. Lo intentó una decena de veces y, cuando ya el sudor frío le corría por el rostro y le empapaba la espalda, los seis cilindros se pusieron en movimiento con un crepitar regular. Entonces saltó sobre el asiento del conductor y puso el motor al máximo de revoluciones mientras Plátano se acomodaba en el asiento junto al suyo. Luego metió la marcha y soltó de golpe el embrague: el Buire salió escupido hacia adelante, fuera del cobertizo. Viró bruscamente a derecha e izquierda para evitar los posibles proyectiles. Pero no había nadie. No habían tenido tiempo aún de localizar el segundo escondite. Cuando enfilaron la carretera de París, la lluvia había comenzado a meterse por las gomas del parabrisas y el viento se colaba dentro y les congelaba la cara y las manos, penetrando a través de las mangas y los cuellos. Sin embargo, Plátano parecía sentirse perfectamente a sus anchas, fumaba y silbaba alegremente mientras contemplaba la carretera, las luces de las casas en la

lejanía, los carteles indicadores. Jules, en cambio, temblaba. Y no por el frío.

Al dejar atrás Macón, Plátano se quedó mirando a Jules durante algunos segundos. Luego preguntó:

—¿Vamos a hacerlo todo a cuarenta por hora?

Jules no respondió de inmediato. Se decidió a hacerlo cuando la mirada del amigo se volvió insostenible.

—Este motor tendrá al menos tres años. Es mejor no forzarlo.

Plátano hizo una mueca, como dando a entender que el experto era Jules y que él se adaptaba. Unos minutos después dijo en tono alegre:

—Joder, hermanito... les hemos engañado también esta vez, ¿eh? Si fuese por mí, nos pararíamos en el primer hotel decente a pimplarnos un par de botellas a la salud de esos cerdos. Y tú en cambio... tienes cara de entierro.

Jules aferró el volante para tratar de controlar el temblor de las manos. Esta vez no fue capaz de callarse.

—Soy yo el que se siente engañado. Y me gustaría saber qué diablos ha ocurrido.

Plátano se puso tenso. En un instante desapareció su aire despreocupado y satisfecho. Apoyó una mano en el salpicadero y miró a Jules de cerca.

—A ver, Bonnot... ¿hay algo que te corroe? Larga por esa boquita, maldita sea. ¿Qué es lo que no has entendido?

—Un montón de cosas —rebatió Jules lanzándole una mirada rabiosa—. Lo único que tengo claro es que tú has conseguido que lo deje todo. ¿Es por eso por lo que estás tan contento? ¿Y de qué? ¿De estar de nuevo con la mierda hasta el cuello?

Plátano dio un manotazo en el parabrisas.

—¡Que te den por el culo! Te aviso un segundo antes de que te pillen ¿y qué haces? Me echas la culpa a mí. Gracias. Un gran cabrón, de veras.

—Yo no te echo ninguna culpa. A ti hay algo que no te funciona. Dentro de tu cabeza suceden cosas raras. No digo que lo hayas hecho aposta. Lo has hecho y punto...

—¿He hecho el qué? —gritó Plátano en un arretrato de ira.

Jules sacudió la cabeza. Sabía que Plátano era responsable de aquella situación. Se lo esperaba, pero había confiado no llegar nunca a ese punto. Su instinto le hacía intuir que el amigo había forzado algo hasta la exasperación para ponerles a ambos en condiciones de no tener otra elección. Pero sabía que no había nada que discutir a aquellas alturas.

Amanecía. Tomaron la estatal para Auxerre, directos a Melun. Durante horas, ninguno de los dos abrió la boca. Plátano estaba perdiendo los nervios. Hacía movimientos bruscos y no encontraba la postura en el asiento, se golpeaba con los puños en las piernas, y de vez en cuando sacaba la Fosbery y repasaba los proyectiles del tambor, luego contaba los que tenía en el bolsillo, añadía otros de una caja que tenía en la bolsa de cuero. Jules permanecía indiferente, aunque seguía sus gestos por el rabillo del ojo mientras sentía aumentar la tensión. Superaron Saulieu, pero apenas salieron

del casco urbano, Jules aminoró para arrimarse al arcén de la carretera. Plátano le dirigió una mirada interrogativa. Jules se detuvo, tiró del freno de mano y masculló entre dientes:

—Cristo... sabía que no debíamos forzarlo así.

Bajó, abrió el capó. Ayudándose con un trapo, desatornilló el tapón del radiador. De allí salió un chorro de vapor que olía a óxido: casi no quedaba agua. Válvulas y balancines seguramente se habían resentido por ello. Jules regresó hacia Plátano y dijo en tono neutro:

—Debemos esperar a que se enfríe. Luego intentaré regular los balancines. Y esperemos que no sea demasiado tarde.

Plátano descendió resoplando. Había una tasca en las proximidades. Llegaron hasta ella sin prisas. Pararon a comer después de llenar el radiador. La camarera se llamaba Héléne Remont. A los periodistas, algunos días más tarde, les contaría que los dos hombres tenían un aire taciturno, como si hubiesen tenido problemas entre ellos, y que casi no habían intercambiado palabra durante la comida.

Jules se afanó al menos dos horas con la culata para tratar de volver a calibrar los balancines. Habían sufrido un recalentamiento fatal pero quizás podían aguantar unos cientos de kilómetros más. Partieron de nuevo a primera hora de la tarde. Hacia Joigny, el motor comenzó a gripar. Y pocos minutos después se apagó. La lluvia incesante había humedecido los contactos, no había esperanzas de poderlo poner en marcha. Era casi de noche, y Jules decidió buscar una fonda por la zona confiando que al día siguiente saliese el sol y secase bujías y cables. Empujaron el Buire hacia un espacio herboso para tratar de evitar que se empantanara en el fango, y se encaminaron hacia las luces de la periferia. Encontraron una especie

de taberna donde alquilaban habitaciones y se resignaron a esperar el alba.

La estancia era angosta y húmeda, apestaba a moho y a madera podrida. Las dos camas estaban muy cerca, con una sola lámpara sobre la mesilla que las separaba. Jules se puso a leer el periódico que le había pedido prestado a la dueña mientras Plátano fumaba un cigarro tras otro con la mirada clavada en el techo. Pasada una media hora, sin soportar ya más la tensión que se había hecho palpable y oprimente, dijo:

—París no me gusta. Demasiado control, y los anarquistas atraen a los policías como un imán. Mejor no mezclarse con ellos, no hay uno que no esté fichado.

Jules bajó el periódico y murmuró:

—Los anarquistas... antes decías «los compañeros».

Plátano apagó la colilla en la taza que usaba como cenicero y se encogió de hombros con un gesto de desprecio.

—Yo ya no tengo nada que compartir con nadie. Antes... era solo un tonto con la cabeza llena de gilipolleces. Un iluso...

Se giró para mirar a Jules y añadió:

—Con dos, basta y sobra. No hay peligro de infiltraciones, no hay soplos y se tienen menos problemas para entenderse.

Jules ignoró la alusión a proyectos futuros y retomó la lectura. Sentía la necesidad de aclarar de una vez por todas que con esto se acababa todo, pero pospuso el tema después de atormentarse buscando la frase para iniciar el discurso y a pesar de darse cuenta

de que Plátano no quería entender, de que se negaba a aceptar la realidad.

—Según tú, ¿debemos quedarnos mucho tiempo en París? —preguntó Plátano mientras encendía el enésimo cigarro.

—No... —dijo Jules, que fingía continuar leyendo—. Yo propondría ir a Choisy-le-Roi... ¿Recuerdas a Dubois, el mecánico?

Plátano asintió.

—Bueno... a lo mejor él puede quedarse el Buire y venderlo...

—Sí, por qué no —respondió Plátano con un encogimiento de hombros—. Pero yo iría hacia la costa atlántica. Qué sé yo, podríamos tener una base en Burdeos y desde allí desplazarnos a Biarritz. Está lleno de hijos de puta y putas de lujo, gente que no sabe cómo derrochar el dinero que encuentra en sus bolsillos. Pielés, joyas, cajas fuertes abarrotadas... y autos nuevos de fábrica. A Biarritz llegan antes que a París. Solo los últimos modelos, y se deshacen de ellos apenas sale uno nuevo. Un chollo...

Se recostó con las manos detrás de la nuca y aire de satisfacción, como saboreando por adelantado su estancia en Biarritz. Jules se apoyó el periódico en el pecho, llenó los pulmones y apretó las mandíbulas. No podía seguir callado.

—Plátano... yo no me quedaré en Francia. Esto ya deberías haberlo entendido hace tiempo, ¿no?

—¿Y adónde vamos? —preguntó el otro en tono ligero.

—Yo, a Argentina —respondió Jules sombrío, con la voz ronca y tensa—. Judith viene conmigo.

Habría querido añadir otras mil palabras para intentar que aceptara lo que ya sabía, porque lo sabía, pero la voz no le salió, y se quedó mirando al hombre que una vez había sido su único amigo.

Plátano asintió y torció la boca con una expresión irónica. Permaneció inmóvil durante algunos segundos, contemplando el humo del cigarro salir en una espiral y desvanecerse hacia lo alto, por alguna rendija de la ventana. Luego, de repente, se sentó de un brinco en la cama y se inclinó hacia Jules con mirada febril, las facciones trastornadas por un rencor histórico.

—Bravo. Haces muy bien. Cómprate un buen rebaño de ovejas y prepara una hornada de hijos, así te ayudan cuando haya que esquilarlas. Una familia feliz en una tierra virgen. Bravo. Eso es lo que siempre has deseado, ¿no? Está bien. Necesitabas a un imbécil que te ayudara a reunir el dinero, y lo has encontrado. Ahora que ya tienes el capital, buen viaje.

—Plátano... no confundas las cosas, yo no te estoy dejando tirado en mitad de la calle. Sabes mejor que yo que esta historia no puede durar. Vente tú también. Europa está condenada a muerte, y nosotros seremos los primeros. Continuar haciendo lo que hemos hecho hasta ahora solo sirve para atraer su mierda. Vente, Plátano. Todavía estamos a tiempo.

—Ya te lo he dicho, Jules: idos a tomar por el culo. Tú y tu Judith.

Jules se levantó, fue a coger el tabaco del gabán colgado en la pared y se encendió un cigarro mientras intentaba controlar el temblor de las manos.

—¿Pero es posible que no te entre en la cabeza? ¡Aquí estamos jodidos! —susurró, tratando de no gritar—. Se ha acabado. ¿Lo

entiendes? ¡Acabado! Solo estamos esperando a que nos pillen. ¿Y para qué? ¿Por qué seguir con esta vida infame? Antes, cada acción tenía un sentido concreto. Queríamos golpearles para demostrar que no eran invulnerables. Y muy bien, lo hicimos, pero mira de qué ha valido... ¿Ha cambiado algo? Nada, salvo a peor. Continuar así solo supondría la acción por la acción. ¿Y cuál es el objetivo? ¿Emborracharse de adrenalina? ¿Eso es todo?

Plátano evitaba su mirada, y la expresión de su rostro había pasado de la rabia a la náusea.

—¿Me quieres responder? —le imploró Jules.

—Vete a tomar por el culo —estalló Plátano al tiempo que se tumbaba en la cama y se giraba hacia la pared. Cerró los ojos y fingió dormir.

Jules lo observó durante un buen rato, como paralizado. Había sido inútil. En un determinado momento sintió un dolor agudo en el pecho. Se dio cuenta de que tenía el tórax dilatado, petrificado. Expulsó el aire y pareció vaciarse de toda fuerza. Encorvado, arrastrando los pies, se desplazó hasta la ventana. Había dejado de llover. Ya se veía alguna estrella en el negro del cielo. No faltaba mucho para el alba. Jules apoyó la frente en el cristal, gélido y mojado, y vio una minúscula luz que temblaba en la lejanía. Una bicicleta en la carretera que llevaba a Joigny. Un obrero del primer turno, quizás. O un bracero que pedaleaba hacia un campo de patatas a muchos kilómetros de allí, un pedazo de tierra de otros donde hundiría las manos durante doce horas, de la oscuridad de la mañana a la oscuridad de la noche, como cada día.

Oyó la respiración regular de Plátano. Se había dormido. Jules lo miró. Incluso en el sueño tenía el rostro tenso, envilecido. Pensó que

quizás era siempre así, cuando perdía la conciencia de sí mismo. Despierto, la aparente alegría representaba una ficción. Una máscara para no permitir que nadie intuyera lo que sentía de verdad. El sueño le restituía su verdadero rostro. La cara de un hombre que solo sabía odiar.

Cuando Plátano abrió los ojos, de golpe, contemplando el vacío como si no entendiese dónde se encontraba, Jules estaba de pie junto a la cama, cerraba su bolsa y luego se ponía el gabán.

—Voy a tomar un café. Te espero abajo —le dijo mientras se ataba los zapatos.

Plátano no emitió ningún sonido ni hizo gesto alguno. Se sentó de un salto y evitó la mirada de Jules. Cogió la toalla de la silla; luego, salió hacia el baño al fondo del pasillo.

Cuando llegaron al coche ya eran las diez, el sol despuntaba de vez en cuando entre las nubes bajas y no llovía desde hacía horas. Jules comenzó a desmontar las bujías, a secarlas una a una y a limpiarlas, pero, en cierto punto, notó que la caja de cambios brillaba en torno a las guarniciones. Tras extender una manta que encontró en el maletero, se tumbó bajo el auto y descubrió que había una gran pérdida de aceite. En aquellas condiciones, el Buire no llegaría ni siquiera a Sens, el primer pueblo después de Joigny. Necesitaba encontrar más aceite e intentar sustituir la guarnición. Jules blasfemó cuando se acordó de que era domingo. Plátano seguía sus gestos, apoyado en un guardabarros, con aire ausente, como si ya no le importase nada.

—Tenemos que encontrar alguna pieza de recambio —le dijo Jules mientras se limpiaba las manos con un trapo—. No es un trabajo

complicado pero sí bastante largo. Lo difícil es encontrar a alguien que tenga lo que necesitamos.

Plátano asintió, indiferente. Y le lanzó una mirada extraña a Jules que parecía referirse a algo bien distinto. Jules lo ignoró y añadió:

—Probemos a ponerlo en marcha. Yendo despacio, al mínimo, a lo mejor llegamos a la ciudad...

Al tercer golpe de manivela, el motor tosió, escupió humo gris y oleoso, y al final, empezó a girar con un repiqueteo siniestro, como si tuviese en el vientre algún fragmento suelto quién sabe de dónde. Llegaron al pueblo, y después de un extenuante deambular a velocidad mínima, encontraron a un mecánico que trabajaba incluso el domingo. Obviamente, no tenía las guarniciones adecuadas, pero lo apañó usando otras más grandes, de camión, y sobreponiendo las partes retiradas. No durarían mucho, pero, para el viaje que les quedaba por hacer, quizás serían suficiente.

Jules prefirió alejarse y desmontar la caja de cambios en otro lugar para no dejarle al mecánico un recuerdo demasiado preciso. Al tipo, además, parecía llamarle la atención el modelo del Buire, y ya había comenzado a hacer preguntas incómodas. Fueron a detenerse a una carretera comarcal, no muy lejos de la estatal, donde Jules empleó todo el día solo para adaptar las guarniciones. Con la oscuridad, tuvo que interrumpir el trabajo. En todo aquel tiempo, Plátano no había abierto la boca. Alguna vez se había acercado a Jules y lo había examinado con expresión reticente, como si quisiese provocarlo. Jules había seguido desmontando pernos y quitando chapas, embadurnado de aceite y con los dientes apretados, más para evitar preguntarle a Plátano qué narices le ocurría para mirarlo de aquella

manera que por el esfuerzo físico. Pasaron la noche en un hotel de la periferia y Plátano se durmió rápidamente, o fingió dormir.

A la mañana siguiente, Jules se puso a montar la caja de cambios a las siete, y sobre las once, el Buire volvió a borbotear de manera más o menos regular en la estatal hacia Melun. Unas horas después, mientras atravesaban el bosque de Logettes, se oyó un estallido en el capó seguido de un silbido agudo. Jules frenó, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el volante. Finalmente se decidió a salir para ver qué otra jugarreta les había reservado aquel maldito motor. No era demasiado grave: había cedido la correa del ventilador. En el maletero había una de recambio, en media hora la habría sustituido. El sol había templado el aire y Jules se quitó el gabán, dejando en el asiento la Browning que llevaba en el cinturón. Plátano, impasible, se quedó sentado fumando, los ojos puestos en el cielo.

Después de unos diez minutos, mientras Jules aflojaba la polea para ensartar la nueva correa en la guía, Plátano apareció a su espalda. Jules se irguió y vio que lo observaba con una sonrisa tóxica. Apretaba su Browning en la mano. Jules se quedó muy quieto, con la mirada puesta sobre la pistola. Plátano comenzó a jugar, moviendo el seguro hacia delante y hacia atrás. Luego la apuntó hacia una bandada de pájaros que pasaba por lo alto, en formación, y después la observó mientras la sopesaba. Jules no dijo nada, esperó. Plátano soltó una risita nerviosa y murmuró con tono tranquilo, frío:

—Tú vete si quieres a hacer de pastorcillo en Argentina. Pero no con mi dinero.

Jules se puso rígido.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, ¿qué quiero decir? ¿De verdad no sabes de qué hablo?

—Escucha... todo está saliendo torcido. Si tienes ganas de bromear...

—Tú duermes poco de noche —afirmó Plátano de modo irónico. Jules resopló y volvió a mirar la Browning—. Y como no consigues dormir, te pones a hurgar donde no debes...

—¿Se puede saber de qué coño estás hablando? —preguntó Jules en un arrebató.

—De los diez mil francos que faltan de mis bolsillos. ¿Sabes algo?

Jules sintió una especie de mareo. No era posible. Cualquier cosa menos esto...

—Estás loco... en serio. Tú tienes problemas en la cabeza. Y gordos...

Plátano saltó hacia adelante y lo agarró por el cuello.

—¡Cierto! Estoy loco, ¿verdad? Así es como lo resuelves, ¿eh? ¡Si uno está loco, no hay que perder tiempo en discutir con él!

—Déjalo ya, por favor... —balbuceó Jules, trastornado—. Estás buscando una excusa, lo sé. Pero has elegido la más asquerosa y rastrera de todas... Cómo puedes venir a contarme que te falta dinero... ¿A mí? ¿Me lo dices a mí?

—¿Y a quién si no? ¿Hay algún otro infame por aquí? ¿Algún otro hijo de puta capaz de joder a un amigo?

—¡Basta! —gritó Jules—. Tú lo que necesitas es hacerte curar, ¡retrasado!

Y al decirlo le salió un gesto instintivo. Aferró la Browning en un ímpetu rabioso e intentó arrancarla de la mano de Plátano. El problema no era la pistola. Escuchar aquellas palabras indignas, crueles, le hizo perder el control. Por pura reacción, sin tampoco reflexionar, Plátano apretó la pistola más fuerte y echó la mano hacia atrás, apuntando el cañón hacia arriba. Y se encontró la boca del arma contra el cuello. En aquellos días, Jules la tenía siempre cargada. Un minuto antes, Plátano había quitado el seguro...

El disparo detuvo la escena y la cristalizó. Duró una fracción de segundo, pero a Jules, en la memoria de los días por venir, le parecería interminable, dilatada hasta el infinito. En cambio, fue solo el espacio de un instante: el tiempo de ver los ojos de Plátano girarse, mirar al cielo, perderse en el gris de aquella mañana de noviembre, y el chorro de sangre rojo oscuro, casi negro, que brotaba bajo la oreja. Jules lo abrazó, lo estrechó contra sí, le apoyó delicadamente la palma de la mano sobre aquel agujero horrible, y apretó, trató de detener la vida que se le escapaba, que le bañaba el cuello, la camisa, el pecho, y se extendía por todo el cuerpo, impregnaba la ropa, la hierba, la misma mano que todavía empuñaba la pistola. Siguió manteniendo los dedos sobre el orificio bajo la oreja, sacudiendo la cabeza, mordiéndose la lengua, tragando las lágrimas, suplicándole silenciosamente que le mirase, que apartase los ojos del cielo, que volviese allí, con él, retrocediendo unos pocos instantes, invirtiendo el tiempo, anulando aquel juego absurdo, dándole otra oportunidad...

Plátano emitió un largo gorgoteo que se transformó en un estertor desesperado, un sonido que no parecía transmitir dolor sino un lamento inconsolable. Después se estremeció, dio una patada al vacío, a la nada y a la vida, y se puso rígido en los brazos de Jules,

que permaneció con su cabeza contra el pecho quién sabe por cuánto tiempo, quizás algunos minutos, quizás horas.

MORGUE

Jouin mostró la tarjeta identificativa al celador, que le echó una ojeada y después se giró, encaminándose por los pasillos de paredes azulejadas. El comisario lo siguió. El recorrido le pareció interminable a pesar de que había estado quién sabe cuántas veces en aquellos meandros laberínticos. Y con cada nuevo descenso a los infiernos asépticos, Jouin volvía a sorprenderse de que, pese al uso de desinfectantes pestilentes, el olor de la muerte ganaba siempre. Aquel olor pesado, dulzón y amargo al mismo tiempo, que impregnaba el aire, las cosas y las personas, un hedor malsano, nunca tan fuerte como para provocar repulsión, un algo morbosamente familiar, como si cada ser humano lo portase en la memoria genética, siempre el mismo en todos los lugares donde se conservaban cadáveres, imposible de recordar lejos de allí e inmediatamente reconocible apenas se entraba.

El celador abrió de par en par la última de una serie interminable de puertas e hizo una seña al médico de turno, que saludó a Jouin tendiéndole la mano. Él habría preferido no tocar nada porque sabía que, una vez fuera, iba a notar el olor en su propia piel, pero a pesar de ello estrechó la mano del médico. El hombre con bata blanca lo condujo a través de una hilera de camillas sobre las cuales yacían cuerpos escondidos por sábanas de algodón tosco y amarillento que

dejaban solo los pies al descubierto y la inevitable etiqueta en el dedo gordo.

—Acabo de terminar —dijo el médico—. Estaba a punto de meterlo en la cámara.

Se detuvo y señaló el cadáver con un gesto de mentón. Jouin esperó a que lo destapase él. Cuando vio el rostro de Plátano, asintió. Luego echó un vistazo a la ficha que traía en la carpeta y se desplazó al otro lado de la camilla para comprobar un último detalle. El tatuaje tendía ya a confundirse con la piel azulada, pero las palabras todavía eran legibles. Jouin murmuró:

—«En cualquier caso, ningún remordimiento...».

El médico sonrió y dijo:

—El socio que se lo ha cargado debe de haberlo tomado al pie de la letra. —Y tras un instante, preguntó—: Le ha disparado su cómplice, ¿verdad?

—Eso parece —respondió Jouin.

El médico alzó los hombros con desprecio y añadió:

—Primero roban y luego se matan entre ellos. Al menos hay un canalla menos por ahí.

Jouin permaneció indiferente a las consideraciones del médico, que parecía tener muchas ganas de hablar con alguien. Y se consoló pensando que había oficios mucho peores que el suyo.

—He oído que no se trata de delincuentes comunes —continuó el médico—. ¿Anarquistas, no?

Jouin asintió mientras fingía comprobar algún dato de la ficha.

—Oh, bah... —insistió el otro—. Qué más da, al final son todos unos criminales, por mucho que hablen de revolución y de sociedad del porvenir...

—Gracias, doctor. Yo ya he acabado —le cortó en seco Jouin.

—¿No tiene parientes, este... —El médico cogió con dos dedos la etiqueta colgada del pie—: Sorrentino Giuseppe?...

—No. Creo que no.

—Bien —concluyó el médico—. Otro regalo para los estudiantes de anatomía.

Y empujó el cadáver de Plátano hacia la cámara frigorífica.

Jouin se topó con Guichard cuando estaba entrando por la puerta de su despacho. No tenía ninguna intención de ver al jefe de la Sûreté y esperaba llegar a su escritorio sin hacerse ver. Desgraciadamente, Guichard lo esperaba precisamente a él.

—¿Tiene un momento, Jouin?

La pregunta no preveía una respuesta, y el jefe de la Sûreté volvió a entrar en su despacho antes de que el otro pudiese decir nada.

—¿Me puede explicar qué está ocurriendo? —preguntó apenas estuvieron sentados.

—¿Respecto a qué?

Guichard emitió un suspiro impaciente.

—¿No habíamos dicho que esperábamos una circunstancia de cierta relevancia? ¿Por qué todos esos registros infructuosos, y quién diablos ha puesto en marcha una operación tan desastrosa que solo ha servido para ponerles sobre aviso?

—La Policía de Lyon ha actuado por su cuenta, señor Guichard.

—De eso ya me había percatado. Pero usted tenía que haberse puesto en contacto con esos elefantes para impedirles que aplastaran la cacharrería. Qué hatajo de animales...

Guichard metió la mano en una caja de palisandro para coger un puro y ni se le pasó por la cabeza ofrecerle uno a Jouin, que dijo:

—Tenían todas las piezas para intervenir. Frenarles habría sido una intromisión...

Guichard tosió violentamente. La salida de Jouin le había mandado el humo por mal sitio. Lívido, agitó un dedo en el aire.

—¿De qué diablos está hablando? —increpó con voz entrecortada— ¡Nosotros tenemos prioridad absoluta! Si esos de Lyon creyeron que podían actuar autónomamente, usted debía hacérmelo saber y en dos horas, digo dos, ¡le habría dado una orden escrita del ministro autorizándole a asumir el mando de las operaciones!

Jouin permaneció impasible.

—Y... ¿respecto a ese italiano? ¿Es el tipo que creíamos? —preguntó Guichard intentando serenarse.

—Sí. Es Sorrentino, el cómplice de Jules Bonnot.

—Bien. Ahora, evitemos dar más pasos en falso. Antes de nada, convoque una rueda de prensa y prepare un informe que suscite el clamor necesario. Partimos de una situación óptima: los anarquistas se disparan entre ellos a la hora de repartir un botín. Me parece ya un buen comienzo.

—Señor... la trayectoria del proyectil es casi vertical, de abajo hacia arriba. El agujero de entrada está por debajo de una oreja y la bala se ha detenido en la cavidad craneal sin casi lesionar el cerebro pero provocando una hemorragia interna...

Guichard lo miró entornando los ojos.

—¿Y?

—Mire... todo hace pensar que se ha tratado de un accidente. Es difícil imaginar que se pueda disparar a un hombre con la pistola en esa posición.

—¿Quiere decir que... la bala se ha disparado mientras ese... ese Sorrentino limpiaba un arma o la usaba para limarse las uñas?

Jouin no respondió.

—Escúcheme, comisario... nos traen sin cuidado las trayectorias y las posiciones de la pistola o si ese criminal ha muerto al instante o si ha tenido tiempo de saludar al diablo que se lo estaba llevando. Absolutamente sin cuidado, ¿está claro?

Los dos se miraron fijamente.

—Vaya a preparar la declaración para los periodistas. Buenos días, comisario Jouin.

Víctor estaba releendo un artículo publicado unos días antes en un periódico parisino y, de vez en cuando, sacudía la cabeza y torcía la boca con una mueca de disgusto, manifestando en silencio su

desacuerdo sobre cómo se había tratado el asunto. Paul Lafargue y su mujer Laura se habían suicidado. Ella era la hija de Karl Marx y había conocido a Paul en Londres, donde el padre estaba exiliado. Con casi sesenta años, ambos habían decidido que la vida activa ya se había acabado: combatientes de primera línea en todas las batallas sociales de su época, se sentían agotados y sin fuerzas. El periódico empleaba, respecto a aquel doble suicidio, un tono de escarnio que ofendía a Víctor. Se planteó escribir sobre ello en *L'Anarchie*, y reflexionaba si debía atacar a la prensa por la actitud hacia los Lafargue o bien ignorarla deliberadamente. Rirette se acercó a la mesa y, sin decir nada, le puso bajo los ojos el ejemplar de *Le Matin* que había comprado poco antes. Mostraba la foto de un cuerpo boca arriba en medio de un campo y, a su lado, la cara de la víctima, sacada seguramente de una foto identificativa de la Policía. El titular rezaba: «Identificado el asesino del anarquista italiano». Víctor cogió el periódico y le dirigió una mirada angustiada a Rirette, que dijo:

—Ocurrió hace dos días. Lee...

Víctor leyó febrilmente el artículo. Hablaba de un ajuste de cuentas entre dos subversivos durante el cual Jules Bonnot, ya con antecedentes penales, había matado a Giuseppe Sorrentino, apodado Plátano, ambos fichados por la Sûreté como anarquistas ilegalistas. El espacio dedicado a la reconstrucción de los hechos era mínimo, el resto ahondaba en lo que parecía la fase inicial de una campaña de prensa contra los anarquistas en general, descritos como bestias capaces de despedazarse unos a otros por un puñado de francos, acostumbrados a tal grado del uso de la violencia como para resolver cualquier disputa a balazos. No faltaba ni siquiera la incitación a la denuncia por parte de los ciudadanos honrados así

como la exhortación a la Policía para que golpease sin piedad a los enemigos de la patria, que por otra parte habían descubierto finalmente su máscara de víctimas de la sociedad y defensores de los oprimidos, revelándose como lo que eran: asesinos despiadados y delincuentes comunes.

Víctor bajó el periódico y se quitó las gafas.

—Qué desastre... —murmuró.

—Y ahora, ¿qué podemos escribir ante una cosa semejante? —se preguntó Rirette, desconsolada.

Víctor lanzó un largo suspiro.

—Realmente, no lo sé. Quizás lo único sea decir que nos encontramos ante un suicidio colectivo. Ocurra lo que ocurra, en la base solo existe un descabellado instinto de autodestrucción...

Fue interrumpido por un par de golpes en la puerta, ligeros y apenas perceptibles.

Rirette se encaminó hacia ella. Raymond Callemín la miró tras sus pequeñas gafas sucias y empañadas mientras se secaba el aguanieve de la frente. Se saludaron con un gesto. Raymond se detuvo frente a la mesa y Víctor se levantó para abrazarlo. El otro permaneció rígido y respondió al apretón de modo formal.

—¿Has leído lo de ese tal Plátano? —le preguntó Víctor.

Raymond asintió.

—Y... ¿sabes algo del hombre que lo ha matado? —insistió Víctor.

Raymond lo miró con expresión resentida.

—¡No creerás que es así como ha ocurrido! —exclamó, esforzándose por contener la voz.

Víctor alargó los brazos.

—Y yo qué sé... Pero tiene mala pinta. Horrible.

—¡Por Dios! ¡Cuántas veces te habré oído denunciar los bulos de los periódicos! Solo cuentan mentiras... Si os fiáis de la prensa, todo lo que sabéis es erróneo... ¿No es lo que dices siempre, eh?

—De acuerdo... Pero el hecho sigue siendo que un compañero ha matado a otro. ¿Cómo defenderemos una acción semejante? ¿Me lo explicas?

Raymond esbozó una sonrisa despectiva.

—¿Y de qué te preocupas tú? Hace tiempo que derrochas papel y tinta para atacarnos.

—No es verdad, Raymond, y no puedes simplificar la cuestión de esta manera. Sabes perfectamente que yo no ataco a los compañeros, pero tengo el deber de criticar las opciones suicidas. Y nunca me he sentido tan impotente...

—Por favor —lo interrumpió Raymond—, con todo lo que está pasando por ahí y tú pierdes el tiempo criticándonos. ¿No te das cuenta que te estás poniendo de su parte?

Víctor le dirigió una mirada afligida.

—No, no deberías decirme eso. Yo, ¿ponerme de parte de un Estado que finalmente ha dado con la solución ideal? ¿Que nos pone a unos contra otros y solo se limita a esperar para dar el golpe de gracia? Y además, cuando dices «criticarnos», ¿a quién diablos te refieres?

Rirette intervino para calmar los ánimos e invitó a Raymond a sentarse mientras ella preparaba un té.

—No, gracias. Me voy.

—Pero si acabas de llegar —respondió la mujer con una sonrisa de asombro.

—Solo he venido a deciros que lo dejéis ya de una vez por todas. Y que si seguís escribiendo tonterías sobre el ilegalismo, tendréis que asumir las consecuencias.

La mirada de Raymond quería parecer amenazante pero a Víctor le transmitió solamente una desolada melancolía.

—Yo ya no voy con un repollo rojo por los callejones de Ixelles y tú ya no distribuyes panfletos por las sastrerías.

—Ya —rebatía Raymond—. Pero sigues siendo el mismo testarudo de entonces.

—Tú tampoco has mejorado —concluyó Víctor.

Raymond hizo mucho más ruido al salir. Y la puerta, que ya había sido duramente puesta a prueba en las últimas semanas, rebotó, escupiendo la manilla, que rodó una vez más por el suelo.

MONSIEUR COMTESSE

El proyectil también había matado a Jules, o al menos todo lo que había sido hasta aquel día. Con Plátano, el disparo se había llevado también el pasado y ahora a Jules no le quedaba más que vivir cada instante proyectándose en el futuro de un viaje sin retorno, pensando solo en el momento en que se reencontraría con Judith, afrontando las horas que lo separaban de la partida inmerso en una especie de niebla fluida y vaga, al margen de la realidad a su alrededor e imponiéndose no mirar atrás. Se había encontrado con Dubois, que trabajaba como mecánico en Choisy-le-Roi; él lo había alojado sin pedir explicaciones y lo había puesto en contacto con un anarquista de París, en cuya casa permanecería el tiempo necesario para dejar enfriar las cosas, para evitar los controles en los puertos y en las estaciones ferroviarias.

El anarquista era Eugène Dieudonné, que le habló del grupo ilegalista, de Raymond y de los otros, ante lo cual Jules mostró una indiferencia total. Dieudonné comprendió que Bonnot ya no era el mismo hombre que había conocido años antes y renunció a convencerlo de que se pasara por L'Idée Libre. Por lo demás, también él tenía en la cabeza otros problemas más importantes antes que ponerse a hacer proselitismo, y se limitó a aconsejarle una pensión en el número 47 de rue Nollet, cuya gobernanta, madame

Rollet, solía atender solo a sus propios asuntos y hospedaba a menudo a anarquistas en busca de anonimato.

Jules fue inmediatamente a alquilar una habitación; se presentó como un industrial de Belfort y firmó el registro con el nombre de Jules Comtesse; madame Rollet hizo una mueca y a partir de entonces lo saludó con el apelativo de «ingeniero». Cada mañana iba de place de Clichy hasta la Gare de Lyon, donde se hacía con un ejemplar de *Le Progrés*, el periódico de Lyon que no llegaba a los quioscos parisinos. Así podía mantenerse informado sobre el desarrollo de las investigaciones, experimentando una extraña sensación al verse describir como el peligroso bandido al mando de un inexistente «sindicato del crimen lionés»: por suerte, la foto publicada era de algunos años atrás, y de todos modos, en París nadie leía *Le Progrés*.

El 5 de diciembre, como de costumbre, salió de la estación con el periódico doblado en un bolsillo del abrigo. Hacía demasiado frío para sentarse en un banco a hojearlo y él no tenía ganas de pararse en un bistró a soportar la falsa alegría de alcoholicos y prostitutas o la hosquedad de maleteros y carreteros.

Decidió regresar a la pensión en metro, hasta la parada de place de Clichy, a unos pocos cientos de metros de rue Nollet, no como en otras ocasiones en las que no tenía nada que hacer en todo el día e iba caminando a lo largo del Sena hasta las Tullerías y luego de place Concorde subía rue Royale hasta rue Ámsterdam. Mientras bajaba las escaleras, sacó el periódico del bolsillo y buscó la crónica local. Se vio interrumpido por el flujo de gente que salía y se apresuró a subir al convoy.

Fue durante la parada en la estación de la Bastilla cuando leyó la noticia. Su cerebro siguió negando por interminables segundos lo que los ojos veían, pero cuando sonó la señal que anunciaba la partida, Jules se catapultó fuera, doblado en dos, y acabó contra el muro, apoyado en una papelera donde vomitó el café que se había bebido una hora antes.

El comisario Jouin llegó a Lyon en tren. Había una carroza esperándole. Le preguntaron si deseaba pasar por el hotel, pero él prefirió que le acompañaran inmediatamente a la sede de la Sûreté. En la entrada se le acercó un cronista de *Le Progrés* que le rogó que posase para una foto mientras señalaba a un tipo situado en medio del pasillo con una voluminosa cámara sobre el trípode y el magnesio ya cebado. Jouin se lo quedó mirando de manera poco amistosa, luego espetó:

—¿Es usted quien ha publicado la noticia del arresto?

El cronista sonrió con entusiasmo y asintió varias veces. Jouin se echó hacia adelante hasta rozarle la nariz con sus bigotes de manillar, y farfulló:

—Váyase al infierno.

Después se volvió hacia un guardia y dijo en voz alta:

—Quitadme de encima a estos dos. Y no les dejéis entrar aquí dentro hasta nueva orden.

El agente se quedó estupefacto, luego, en un ataque de orgullo, intentó replicar:

—A decir verdad, yo las órdenes las recibo...

—De mí —lo interrumpió Jouin—. Al menos mientras esta investigación esté en curso, las órdenes las recibiréis solo de mí.

Se giró hacia el jefe de la Sûreté de Lyon, que enrojeció por el embarazo y murmuró:

—El comisario Jouin tiene un mandato del ministerio. Obedezca, por favor.

El guardia se encogió de hombros, agarró al cronista por el cogote y lo empujó fuera. El fotógrafo cogió la cámara en brazos y corrió tras ellos.

—Nosotros tenemos buenas relaciones con la prensa... —masculló el responsable de la Sûreté lionesa.

—Ha sido un error publicar la noticia del arresto —dijo Jouin en tono frío—. A estas horas, Bonnot puede ya haberla leído.

—Pero Le Progrés solo se distribuye en Lyon, y dudo que la persona en cuestión se encuentre todavía por aquí cerca...

—Yo también lo dudo —añadió Jouin—. Pero en las estaciones de París también se vende, y puede apostar a que la prensa nacional publicará la noticia cuanto antes.

El otro asintió, ocultando el resentimiento tras una expresión de severa autocrítica.

—Lléveme ante el marido —ordenó Jouin.

—¿No quiere ver antes a la mujer?

—No.

Se miraron a los ojos por un instante, entonces el responsable de la Sûreté lionesa se apresuró a obedecer.

Monsieur Thollon estaba agazapado en una esquina de la celda, sentado en un taburete tan bajo que lo obligaba a tener las rodillas contra el estómago. Cuando la mirilla se abrió, tardó algunos segundos en reaccionar. Giró lentamente la cabeza y su mirada estaba apagada y ausente. Jouin entró, un agente le procuró una silla, y durante al menos un minuto permanecieron el uno frente al otro sin hablar. Thollon lo observaba aunque parecía contemplar el vacío. Jouin le ofreció un cigarro. El hombre ni siquiera se dio cuenta. Mientras se metía de nuevo el paquete en el bolsillo, el comisario dijo:

—Corre usted el riesgo de ser acusado de cómplice de homicidio, sin contar con el encubrimiento y la tenencia de objetos robados, explosivos, herramientas de topista y todo lo demás que se ha encontrado en su casa. ¿Se da cuenta?

Thollon pareció emerger de un manto de nubes, asumiendo una expresión de profundo estupor.

—¿Se da cuenta? —repitió Jouin.

El otro sacudió la cabeza.

—Su mujer era la amante de Jules Bonnot, ¿verdad? —dijo el comisario sin poner hincapié en ello, como si constataste un hecho resabido.

Thollon pareció haber recibido un latigazo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y susurró:

—No es verdad. Judith no sabía nada de ese hombre. No es verdad...

—Se lo ruego, no agrave más su situación. Puedo ayudarle, si usted acepta colaborar. Sabemos que usted no tiene nada que ver

con los crímenes en cuestión, pero no debe tratar de encubrir responsabilidades objetivas e indiscutibles. Su mujer tenía una relación con Bonnot y quiero que me explique cuál era su comportamiento al respecto.

—Pero no... —imploró Thollon—. Él era solo un huésped, le habíamos alquilado una habitación... Judith ni siquiera sabía su verdadero nombre, figúrese si podía imaginarse...

—Señor Thollon, está perdiendo tiempo. Nadie habría podido esconder lo que ha sido hallado en su casa y en esa tumba sin que usted o su mujer lo supiesen. Cuéntemelo todo desde el principio, y yo le aseguro...

—¡No! —gritó Thollon con voz estridente, poniéndose en pie— ¡Judith es inocente! ¡No sabía nada de esos escondites como tampoco lo sabía yo! Bonnot, o como diablos se llame, podía hacer lo que quería en nuestra casa. Mi mujer y yo íbamos a menudo a ver a mamá, que está enferma... tengo docenas de testimonios de ello... y aquel hombre se quedaba en casa solo y podía buscar todos los escondites del mundo...

Jouin suspiró.

—¿Es todo lo que tiene que decirme?

Thollon hundió su rostro entre las manos, sollozando.

—Déjenos en paz —balbuceó, mientras se enroscaba en un rincón de la celda—. Judith es inocente... nosotros no sabíamos nada...

Jouin se levantó, fue a llamar a la puerta, que se abrió con un chirrido oxidado. Lanzó una última mirada al hombre derrumbado que lloraba acurrucado contra el muro y salió. Pasó frente a la celda

de Judith. Mandó que le abrieran la mirilla. La mujer estaba tumbada en el jergón, girada contra la pared. Respiraba entrecortadamente.

—Con esta es aún peor —dijo el guardia al tiempo que dirigía una mueca de desprecio hacia el interior de la celda—. Solo sabe repetir que no, niega incluso haberle conocido. Acabará en el manicomio, me apuesto lo que sea.

Jouin no replicó. Se quedó observándola durante algunos minutos, hasta que decidió rendirse ante la evidencia: aquel viaje a Lyon había sido inútil.

EN CUALQUIER CASO, NINGÚN REMORDIMIENTO

El dolor tiene un límite, una barrera. Más allá de ese límite hay solo dos caminos: el refugio en la locura o la gélida indiferencia. El rostro de Jules parecía haber optado por esta última opción. Pero por dentro todo se había derrumbado. Desmoronado, desintegrado. El odio, una vez más, se convertía en la única energía capaz de mantenerlo en pie. Leía y releía la descripción que los periódicos hacían de Judith, el sarcasmo cada vez menos velado, las insinuaciones, el desprecio hacia el marido que mantenía en casa a la «cálida madame Thollon, de muslos más hábiles que los de la Sûreté nacional, visto que habían sido los únicos capaces de agarrar al irrefrenable Bonnot...», leía y no sentía nada: ni rabia, ni dolor, ni arrepentimiento. Todo había acabado. Estaba sentado al fondo del barranco y ya no miraba hacia arriba ahora que la esperanza se había apagado definitivamente. No se preguntaba ni siquiera el porqué de aquella absurda paz interior. Quizás era la misma que algunos seres humanos sienten en el momento en que se resignan a una condena sin solución. Cuando la idea del fin es acogida sin la más mínima reserva, todo se vuelve ligero, etéreo, privado de consistencia.

Le llevó tres días salir de aquel torpor opiáceo. Pero no volvió a sentir las emociones de antes. Sabía que faltaba poco para el último acto. No tenía prisa ni ansiedad. Podía moverse con calma porque era consciente de que no iría a ninguna parte. Ya no había lugares o

metas que alcanzar. Pero no permanecería quieto. El odio le aclaraba la mente, hacía nítidas las imágenes y precisos los objetivos. E incluso el cansancio se había disipado, aquella terrible postración durante tres días que lo había tenido atado a la cama en la pensión de la rue Nollet.

Se encontró de nuevo con Dieudonné. Le pidió que le llevase a L'Idée Libre. Estrechó la mano de Raymond Callemin, Octave Garnier, Edouard Carouy, René Valet, André Soudy, Elie Monnier. Intuyó que solo algunos de ellos estaban dispuestos a seguirlo y que otros se mantendrían al margen. No tuvo escrúpulos, porque en los ojos de los predestinados había aquella luz tétrica y ardiente al mismo tiempo, el signo inequívoco de que ya habían superado el punto de no retorno. En cualquier caso, ya corrían hacia la llama que los iba a abrasar: con él solo se aceleraban los tiempos.

En pocos días se estableció la necesaria confianza; ninguno de ellos se sentía cohibido ante él ni lo consideraba un jefe, y eso le gustaba, aunque sí reconocían en él un carisma instintivo fruto de su mayor experiencia. No había necesidad de discutir o convencer: la inminencia de la acción creaba una armonía tensa y febril, un extraño clima de malsana serenidad. Las teorías no ocuparon mucho tiempo: golpear de modo espectacular y ejemplar para demostrar la vulnerabilidad del poder escogiendo como objetivo lo que el sistema más quería, el dinero. Y sin ocultarse en la sombra, atacando de día, por la calle, ocupando militarmente la escena de la acción y tratando de conseguir la máxima repercusión en los periódicos para sembrar el pánico en los ganglios de la organización social e instigar los deseos de venganza en todos los que permanecían con la cabeza baja, mostrándoles que existen innumerables puntos débiles en la coraza del Monstruo.

Jules aclaró inmediatamente un punto: nada de muertos innecesarios. Abrir fuego solo en caso de extrema necesidad. Pero ninguna vacilación si la situación requería una masacre. No actuarían con el fin de matar pero matarían a cualquiera que se alzase para defender los intereses del poder. Era necesario implantar una estructura logística, apoyarse en un grupo reducido de compañeros de confianza para conseguir armas y municiones, refugios seguros, asistencia a los coches para cambiarles matrículas y pintura. Pero en ningún caso estos compañeros debían implicarse en las acciones. No fue difícil: Dubois, el mecánico, ya se había subido al carro; Dettweiler, dueño de un garaje en Bobigny, hacía ya tiempo que ofrecía su apoyo; y luego estaban Bellonie, Reinert, Bénart, Poyer, Rimbault, Crozat de Fleury, Godorowsky, Rodríguez... que oscilaban, todos ellos, entre la mala vida y la revuelta anarcoide, no recomendables, pero útiles por sus contactos, siempre poniendo cuidadosas medidas de seguridad.

Raymond quiso afrontar la cuestión de las ganancias: según él, el dinero debía servir al movimiento, de ningún modo a los sindicatos o a los huelguistas, sino a los anarquistas militantes, a los periódicos, a las sedes, para ayudar a los detenidos y a los prófugos, incluso para *L'Anarchie* de Víctor Kibalcic si alguna vez aceptaba un ofrecimiento por parte de ellos. Jules no tuvo nada que objetar: quitando su parte de gastos y manutención, no tenía ningún interés en obtener más dinero. Los otros estuvieron de acuerdo. Ya solo había que comenzar.

El 14 de diciembre, justo una semana después de su primer encuentro, Jules llegó al Bois de Boulogne con Raymond y Octave Garnier y los tres se apostaron en las inmediaciones de una villa con amplio jardín y garaje. Muy avanzada la noche, el matrimonio

Normand volvió de la Ópera, donde habían aplaudido la representación de Fausto. El chófer detuvo la Delaunay-Belleville frente a la verja, bajó y abrió. Jules hizo señal de esperar: prefería intentar un robo silencioso, sin denuncia inmediata y caza abierta desde el principio, y además temía que Garnier, al que juzgaba impulsivo, crease problemas golpeando a alguien sin motivo. La lujosa limusina verde botella se deslizó hacia la caseta y, diez minutos después, el silencio volvió a ser absoluto.

Dejaron pasar una hora. Jules salió del matorral, Raymond y Octave lo siguieron empuñando las pistolas. La cerradura saltó al primer intento. En el garaje había latas de aceite y gasolina; Jules hizo señal de cargarlas detrás mientras él trabajaba en los contactos. Empujaron el auto hacia la calle hasta que estuvieron lo bastante lejos como para ponerlo en marcha sin que lo oyeran los propietarios. Cuando Jules dio gas y la Delaunay-Belleville 1909 de doce caballos cogió velocidad por las avenidas, Raymond y Octave se pusieron repentinamente eufóricos. Jules les secundó acelerando hasta alcanzar el máximo de revoluciones y derrapó en alguna curva mientras los otros dos reían y le daban manotazos en la espalda. Jules permaneció impasible. Se esforzó por sonreír para no arruinar la fiesta, pero al estirar los labios tenía la impresión de desfigurar su propio rostro en una mueca grotesca. Se miró por un instante en el espejo, con la sonrisa congelada: la imagen le recordó una calavera que había visto tiempo atrás en una caja de veneno para cucarachas.

Se dirigieron hacia Bobigny, donde recorrieron rue de l'Harmonie, una carretera desterrada de la periferia, desolada y rodeada por casas austeras, justo lo contrario del nombre que llevaba. Llegaron a una especie de almacén de madera y chapa: Dettweiler, amigo desde hacía tiempo de Carouy, fue a abrir. Ellos no se presentaron, él no

preguntó nada. Jules dijo que necesitaban arreglar la manilla de la puerta, le dejarían el coche durante algunos días. Dettweiler asintió, soñoliento y, sin añadir nada más, condujo la Delaunay-Belleville al cobertizo. Los tres se dirigieron a la estación, tuvieron que caminar durante al menos una hora. Se quedaron esperando en un jardín público para evitar llamar la atención del empleado ferroviario. Al alba, cogieron el tren hacia París.

Dos días más tarde, el *Excelsior* publicaba una breve crónica sobre el robo de un automóvil denunciado por monsieur Normand, con la matrícula destacada: «668 X 8». Según Jules, no había de qué preocuparse: la Delaunay tenía que salir del cobertizo solo en el momento de actuar. O sea, cuando ningún policía fuera ya capaz de detenerla.

RUE ORDENER

El primer atraco en automóvil que la historia recuerda ocurrió en París la mañana del 11 de diciembre de 1911.

El día anterior, Jules le había enseñado a Raymond cómo se conducía un vehículo. Si le sucedía algo a él había que conjurar la eventualidad de tener que ir a pie por falta de conductor. Raymond se había revelado como un alumno inmejorable. A las ocho y veinte, Jules enfilaba rue Ordener: en el 156 había una sucursal de la Société Générale de Banque donde un portavalores, puntualísimo, llegaba desde la sede de rue de Provence con el dinero en metálico pocos minutos antes de la apertura de las ventanillas. En la esquina de boulevard Ornano, Jules paró la limusina, maldiciendo entre dientes. Octave y Raymond lo miraron interrogantes, sin decir palabra. Jules fue a mirar dentro del capó: la polea que tensaba la correa del ventilador estaba inerte. Continuar significaba arriesgarse a fundir la culata. Y el problema se debía a un simple perno roto. Jules, tranquilísimo, se dirigió a Octave y le pasó el perno para que consiguiese uno igual en la ferretería que había visto un centenar de metros antes. Octave se puso en camino. Raymond tragó saliva y permaneció sentado en su sitio. Con la punta del zapato levantó una esquina del paño depositado en el fondo: el largo cañón de la Borchardt 7,63 mandó un destello tranquilizador; dotada de culata atornillable, podía resultar útil como arma para cubrirse la espalda

en un conflicto a distancia. Para eventuales enfrentamientos a corta distancia, los tres disponían de un arsenal incluso excesivo: al menos cinco armas por cabeza entre revólveres y semiautomáticas con un número de cartuchos suficiente como para disparar durante un día entero. Octave regresó en cinco minutos. Jules observó el perno: era adaptable. Lo insertó sin dificultad. A las ocho y cuarenta se pusieron de nuevo en marcha. Caía una lluvia ligera mezclada con aguanieve; era ideal, porque obligaba a los viandantes a moverse rápidamente con la cara baja, cubiertos con bufandas y cuellos. Se detuvieron a la altura del número 150, delante del comercio de vinos de la Compagnie Beaujolaise. Raymond se caló un gorro con orejeras y descendió, dejando la Borchardt en el asiento; en los bolsillos del abrigo negro tenía dos semiautomáticas y cuatro cargadores de reserva. Empezó a caminar de un lado para otro, preparado para señalar la llegada del portavalores. El tráfico era escaso: algún tranvía y carros esporádicos que bordeaban las vecinas fortificaciones, sin obstruir del todo la calle. A las ocho y cincuenta Raymond volvió hacia la Delaunay. Cruzó una mirada con Jules y Octave al tiempo que se tocaba la visera del gorro: blanco avistado. Jules metió la marcha y pisó ligeramente el acelerador con el motor en marcha. Octave se bajó y comenzó a caminar por la acera, flanqueado por Raymond. La Delaunay se movió, avanzando en paralelo a los dos.

El portavalores de la Société Générale se llamaba Ernest Caby, llevaba puesto el uniforme verde oscuro con botones dorados y distintivo, y tenía detrás de él a un hombre que lo seguía sin dejar de observar a los transeúntes uno por uno: el guardia armado Peemans. Octave chocó con Caby. El portavalores estaba a punto de maldecir cuando vio la Eibar 7,65 apuntada hacia la cara del guardia. Peemans no reaccionó. Caby, sin pensarlo, hizo girar la bolsa que

sostenía en la mano izquierda para golpear a Octave mientras la derecha se abalanzaba sobre el bolsillo interior de la casaca. Octave no sabía que estaba desarmado ni que aquel gesto instintivo iba dirigido a la gruesa cartera donde tenía parte del dinero. Disparó, rozando a Caby en el cuello de refilón. El portavalores lanzó un grito terrorífico. De los comercios se asomaron carniceros, lecheros, panaderos y clientes. Octave apretó el gatillo por segunda vez, plantándole una bala en el tórax a Caby: la voz se fue apagando gradualmente, como un gramófono a punto de descargarse. Peemans, con las manos en alto, echó a correr hacia el cruce. Raymond saltó a la Delaunay con intención de usar la Borchardt para apuntarle en la espalda. Jules se lo impidió con un gesto seco. Entonces Raymond volvió a la acera y se inclinó sobre Caby para arrancarle la bolsa. El portavalores tenía los dedos contraídos bajo el asa, no la soltaba. Octave le dio una patada en la mano y cedió. Mientras se dirigían al coche, la muchedumbre comenzó a aglomerarse amenazadora, instigada por los empleados del banco. Jules puso el punto muerto, tiró del freno de mano, bajó y disparó un cargador al aire. A cada explosión, el muro de gente sufría una oleada que finalmente se rompía y se dispersaba. La confusión degeneró en pánico. Alguien intentó lanzarse sobre Raymond, que se había quedado un par de metros más atrás. Octave disparaba con dos pistolas contra las paredes de los edificios y los cristales del banco, evitaba darle a las personas pero apuntaba por encima de las cabezas de los más próximos para tenerlos bajo control.

Jules se puso de nuevo al volante, vació en el aire el cargador de la segunda Browning, luego metió la marcha. Raymond tiró la bolsa en el asiento posterior y se sentó junto a Jules. Sin dejar de disparar, Octave se sentó detrás, dejó las armas descargadas y cogió otras dos, se asomó a derecha e izquierda disparando varias veces en alto.

La Delaunay arrancó lentamente, recorrió rue Ordener sin dar bandazos, evitando con calma carros y caballos atravesados. Se encaminó por rue Cloys, giró en rue Montcalme esquivando un tranvía, se lanzó a sesenta kilómetros por hora por rue Vauvenargues.

Media hora después salían de París directos a Le Havre. Si abandonaban el vehículo en los alrededores del puerto, podían dar la impresión de haber partido para Inglaterra. Pero había que utilizar carreteras secundarias porque en la nacional seguramente habrían instalado puestos de control. Jules conducía en silencio, aparentemente tranquilo, mientras Octave parecía relajarse de golpe, agotado por la tensión acumulada. Raymond, en cambio, manifestaba una euforia infantil, no era capaz de estar quieto ni callado, mostraba una gran exaltación por la que, según él, era la demostración de que cualquier acción sería posible de allí en adelante, con la condición de mantener la sangre fría y actuar sin dejar espacio a la improvisación. Aplicaba sus teorías científicas a los atracos, atosigaba a los otros dos con una irrefrenable verborrea entusiasta. Octave creía que era una consecuencia del peligro superado y lo soportaba con paciencia. Jules no pensaba nada y ni siquiera lo escuchaba.

La atmósfera cambió radicalmente al dejar atrás Pontoise, cuando Octave decidió contar el dinero de la bolsa: cinco mil ciento veintiséis francos. El resto eran títulos nominativos por valor de doscientos diez mil francos, inutilizables, y al portador por ciento noventa mil; en cualquier caso, era difícil darles salida. Octave le asestó un puñetazo al asiento, Raymond enmudeció.

—Pero cómo coño es posible... —murmuró Octave mientras se mordía los nudillos.

Jules lo miró por el retrovisor. Y sacudió la cabeza vuelto hacia Raymond y diciendo en tono tranquilo:

—Seguramente llevaba una cartera en el bolsillo interior de la chaqueta.

Y mientras miraba de nuevo a Octave a través del espejo, añadió:

—A lo mejor estaba a punto de entregártelo, antes de que lo matases.

Octave se quedó paralizado. Después de unos instantes, balbuceó:

—Qué diablos quieres decir... Ese buscaba la pistola, nada de darme el dinero...

—No importa. Estabas suficientemente cerca como para golpearlo sin necesidad de dispararle. Piénsalo la próxima vez. Y recuerda que si hubiésemos actuado en silencio nadie habría sabido lo que estaba ocurriendo realmente. Un tiroteo, acabe como acabe, nos impide actuar con frialdad. Recuérдалo, Octave.

Ninguno abrió la boca durante una buena media hora. La desilusión había borrado el optimismo. Raymond fue el primero en romper el silencio.

—Nos desquitaremos con la segunda. Y con la tercera. Y...

Jules se giró para mirarlo y Raymond se interrumpió.

—Vamos... no lo hemos hecho para hacernos ricos, ¿no? —murmuró después—. Lo esencial es haber comenzado. Y sobre todo... estar aquí para poder intentarlo de nuevo a la primera ocasión.

Jules asintió. Raymond se encogió de hombros y se dedicó a recargar las armas. Octave hizo lo mismo. Una hora más tarde, Jules dejó conducir a Raymond, que llevó la Delaunay con prudencia, pero en Gisors se equivocó de carretera y tuvieron que pararse a mirar el mapa. En Beauvais cruzaron un puesto arancelario, el empleado se asomó por la garita; Raymond aceleró y pasó a toda velocidad. Jules no vio la cara atónita del tipo: estaba girado hacia Octave, que ya empuñaba la Eibar cargada. Bastó su mirada para disuadirlo de usarla.

Hacia las cinco de la tarde se pararon a ponerle aceite al motor sobrecalentado, que comenzaba a manifestar bajadas de potencia. Raymond seguía al volante. Al atardecer, descendió la niebla. Y la carretera hacia Le Havre quién sabía dónde diablos estaba. A las seis entraron en Dieppe. Jules dijo que no importaba: lo esencial era dejarlo cerca de un muelle de embarque.

Pero tuvieron que abandonarlo en la playa, donde Raymond se quedó embarrancado antes de descubrir dónde estaban los muelles. Arrancaron las matrículas y las lanzaron al agua. Antes de ponerse en marcha hacia la estación, Jules se quedó mirando las olas que golpeaban en el rompiente con un fragor ensordecedor. Solo en aquel momento pensó en Judith: la cita en Le Havre, el barco para Argentina, el largo viaje, el olor de su piel, la luz en la mirada la última vez que la había estrechado entre los brazos...

Octave le apoyó una mano en la espalda. Jules salió de su estado de inconsciencia y lo examinó durante algunos segundos, antes de entender. Asintió mientras se giraba hacia la ciudad. Empezó a caminar con la cabeza baja, las manos en los bolsillos, el gorro calado sobre los ojos.

Subieron al primer tren que iba a París, adonde llegaron a la una de la madrugada. Al salir de la Gare St. Lazare Raymond compró un ejemplar de *La Patrie*. El titular sobre el atraco de rue Ordener ocupaba toda la página. Caby no había muerto y la Société Générale había ofrecido una recompensa de doce mil francos por la cabeza de los «bandidos del automóvil».

—Más del doble de lo que nos hemos llevado —comentó Octave escupiendo al suelo.

Jules decidió pasar algunos días solo y desapareció después de ponerse de acuerdo con los otros dos: les buscaría él, pero mientras tanto, debían evitar frecuentar los lugares habituales y las viejas compañías. Raymond se fue a Bruselas, donde conocía a un tal De Boe, un tipógrafo anarquista que tenía buenos contactos entre los peristas. Esperaba colocar al menos los títulos al portador pero De Boe le aconsejó que lo intentase en Amsterdam con un tipo amigo suyo, Vandenberg, y ambos partieron juntos para Holanda. No sirvió de nada, porque Vandenberg reaccionó como si quisieran ponerle una bomba entre las manos: los números de serie habían sido comunicados a todos los bancos europeos y, como mucho, solo por amistad, aceptaba mantenerlos en depósito esperando momentos mejores. Raymond volvió a París y supo entonces que la recompensa por ellos había subido a cincuenta mil francos: el ejemplo que habían dado se consideraba demasiado peligroso, tenían que detenerlos a cualquier precio. Además, cada acción criminal era automáticamente atribuida a los «bandidos del automóvil», de asaltos a armerías a desvalijamientos de villas, y el paroxismo de la prensa había creado un clima irrespirable: todos los informadores estaban alerta, cualquiera que estuviese fichado como anarquista estaba probablemente bajo control, hordas de

potenciales espías acariciaban la idea de adueñarse de la recompensa. El único momento de alegría lo pasó Raymond yendo a ver a Octave a Vincennes, donde este se había refugiado con su compañera Marie: el impetuoso Garnier, ex sindicalista y actual enemigo público en la clandestinidad, se había teñido el pelo de rubio oscuro y Raymond se rio durante un cuarto de hora, contagiando a los otros dos.

Decidieron regresar a París. Cuando leían los periódicos, quedaban suspendidos entre el desaliento y una especie de perversa satisfacción: les reconocían por todas partes, eran acusados de todo, les describían como una banda formada por decenas de despiadados atracadores; la recompensa, mientras tanto, había alcanzado la fabulosa cifra de ciento veinticinco mil francos. Nada era más importante que dar caza a la «banda sanguinaria»: el incidente de Agadir, en el que un acorazado alemán había cañoneado el puerto, las revueltas en China, el acuerdo franco-alemán, la guerra italo-turca en Tripolitania, todo era puesto en un segundo plano frente a las investigaciones de la Sûreté parisina. Y entretanto, Poyer y Rimbault, dos amigos con los que podían contar, habían acabado en la cárcel a causa de los registros indiscriminados que se llevaban a cabo en los ambientes anarquistas; en su casa habían encontrado varias pistolas y poco importaba que no tuviesen nada que ver con el atraco de rue Ordener: para los periódicos estaban ya condenados como miembros del grupo de subversivos.

Octave y Raymond caminaban vigilando continuamente sus espaldas, sentían las miradas de los policías encima, su aliento al cuello. Cada esquina podía esconder una brigada de la Sûreté al acecho, cada conserje de hotel podía revelarse como un informador, cualquier prostituta, o macarra, o carterista, hasta los barrenderos

podían ser agentes travestidos... Raymond reaccionó impulsivamente: le dijo a Octave que iría a L'Idée Libre. Era una decisión saludable, según él; si no rompían aquella espiral de locura, acabarían pegados a los muros, viendo enemigos incluso en los postes de las farolas. Octave trató de disuadirlo, pero luego convino en que un exceso de precaución era peor, podía arrastrarles a un estado de acorralamiento en el que se acaba por disparar a las sombras y desconfiando incluso de los pocos amigos que todavía le quedan a uno.

En la librería estaban Lorulot y Louise en plena pelea furibunda. Ella parecía decidida a dejarlo, él le gritaba que volviese con el muerto de hambre de Eugène.

Dieudonné la acusaba de ser una pobre campesina que no había entendido nada de las relaciones entre personas libres y Louise lo increpó diciéndole que sus teorías solo servían para engatusar a esclavas y criadas. Lorulot perdió la razón y le tiró encima una pila de revistas. Octave avanzó unos pasos, lo cogió por el cuello y lo sacudió violentamente hasta que lo estampó contra una estantería, donde le llovieron sobre la cabeza decenas de volúmenes encuadernados. Louise, llorando, se lanzó a los brazos de Raymond, que era el refugio más cercano en el que poder esconder el rostro. Raymond, sonrojado, descubrió lo sobrecogedor que era apretarse contra un cuerpo de mujer sacudido por vibraciones calientes, palpitantes y, casi sin darse cuenta, comenzó a acariciarle los cabellos mientras el pecho y el vientre de Louise le transmitían sensaciones desconocidas. Para Raymond-la-science, al menos hasta aquel día, el amor solo había representado un obstáculo a evitar y sus ideas sobre las mujeres rozaban la misoginia inconfesada.

—Llévame lejos de aquí —sollozó Louise con los labios en contacto con el cuello de Raymond.

Él acordó con Octave verse al día siguiente en un bar de Montmartre y salió manteniendo a Louise bien pegada a él.

Lorulot, recuperado ya de la descarga en la cabeza, examinó a Octave y dijo entre dientes:

—Vosotros dos sois una desgracia. ¿Qué coño tenéis en la cabeza para venir aquí después de lo que ha ocurrido?

—¿Por qué, qué ha ocurrido? —preguntó Octave con aire desafiante.

Lorulot le dedicó una mueca de desprecio.

—Lo sabes perfectamente. Y aclaremos una cosa: yo no sé y no quiero saber si tenéis que ver con aquel desastre ni cuánto, pero si fuera vosotros me mantendría alejado.

—¿Alejado de quién?

—¡De todos!

Octave recogió el gorro, se lo puso en la cabeza y le lanzó una última mirada al otro.

—Lorulot, cuidado con sacar la lengua a pasear. ¿Entendido?

Luego se giró y salió de la librería pero en la puerta volvió a mirar a Lorulot y le hizo un gesto vagamente amenazante.

Raymond acompañó a Louise a un hotel y pagó la habitación. Después le dio más dinero. Louise trató de rechazarlo pero él se mostró firme, hecho bastante singular puesto que nunca sabía cómo dirigirle la palabra a una mujer. Louise prometió devolvérselo, y

cuando Raymond hizo ademán de volver a las escaleras, ella dijo casi con un susurro:

—Nunca he estado sola en un hotel...

El tono era una mezcla de temor, vergüenza, tristeza y... En cualquier caso, Raymond lo interpretó solamente como una invitación. Entró él también, se sentaron sobre la cama y hablaron durante el resto de la noche. Hablaron, nada más. Pero al alba, cuando Louise se durmió sobre su pecho, haciéndole cosquillas en la nariz con los largos cabellos castaños, ondulados y vaporosos, Raymond ni siquiera por un momento pensó en cerrar los ojos: era realmente guapa, Louise, y él permaneció otras dos horas mirándola, preguntándose qué diablos le estaba ocurriendo.

Cuando salió era plena mañana. No hacía sol, el cielo gris filtraba una luz glacial y el invierno parisino aparecía con su habitual crueldad, pero Raymond no sintió ni el frío ni el viento que le azotaba en la cara con ráfagas de aguanieve. Echó a caminar por las calles del 18^º *arrondissement* con paso ligero, vagando sin rumbo en un estado de gracia inexplicable y desconocido que por momentos lo hacía estremecer mientras él continuaba preguntándose qué le estaba sucediendo.

Raymond se encontró por la tarde con Octave, que como buen amigo que era no hizo ningún comentario sobre Louise a pesar de la curiosidad que lo corroía desde la noche anterior. La situación empeoraba a cada hora. Ninguno de los dos había considerado ni siquiera mínimamente la posibilidad de un revuelo semejante que arrasaba con todo a su alrededor. Ningún refugio era ya seguro y los compañeros de antaño se asustaban solo con tenerlos delante. Octave había encontrado a algunos por casualidad y la reacción

siempre había sido la misma: mirada baja, prisa repentina, fuga inmediata. Había visto también a Valet. No se había comportado como los otros pero tampoco se había mostrado sociable como solía. Ninguno de los dos había sacado el tema y Valet, antes de despedirse, había confirmado su disponibilidad. Con él podían contar, ¿pero para qué? Valet era tan conocido por la Policía como los demás, sabían perfectamente de su simpatía por el ilegalismo, y la hospitalidad que podía ofrecer equivalía a un probable suicidio.

Detuvieron una carroza y le ordenaron al cochero que les llevase a rue des Solitaires, al número 19, que estaba a una manzana de rue Fessart.

Cuando los tuvo delante, Rirette no dijo nada y supo disimular bien el estupor. Víctor estaba de pie en la ventana, sorbía una taza de café. Ella les ofreció también a ellos, que aceptaron. Víctor evitó hacer comentarios: hasta algunos meses antes, Raymond consideraba que el café estaba al mismo nivel que cualquier droga perniciosa.

—Os preparo algo de comer —propuso Rirette, que se esforzaba por parecer tranquila, aunque las manos le temblaban de nervios.

—No, te lo agradezco —dijo Octave, al tiempo que le rozaba el brazo—. Nos vamos enseguida.

—Ya que habéis venido hasta aquí —intervino Víctor—, más vale que os quedéis.

—Mejor que no —replicó Raymond. Víctor suspiró. Y dijo en tono paciente:

—Si la casa estuviese controlada, a estas alturas ya habría sucedido lo irreparable.

Octave y Raymond intercambiaron una mirada de apuro.

—¿Habéis venido a decirnos algo? —preguntó Víctor.

Después de algunos segundos de silencio, Raymond murmuró:

—Queríamos saber si había quedado alguien que todavía no nos considerara unos apestados. Y dónde encontrarlo.

Rirette apoyó las dos tazas en la mesa mientras decía:

—Nosotros simplemente os consideramos unos locos irresponsables. Pero eso no significa que os neguemos nuestra ayuda. El problema es otro...

—¿Cuál? —preguntó Octave.

—El haber echado por tierra cualquier posibilidad de mediación —dijo Víctor con la voz rota por la tensión—. Ahora registran, arrestan, torturan, y nadie puede protestar, a nadie se le ocurre alzar la voz contra la represión porque cada infamia es en estos momentos justificada por el estado de emergencia. ¿Cómo no lo pensasteis? ¿Es posible que no tuvierais en cuenta el hecho de que acabaríamos llegando a esto?

Raymond mantuvo la mirada fija en el café, moviendo la cucharilla con un gesto de autómata. Luego respondió:

—Será siempre así. Para evitarlo basta con estarse quieto. Pero si empiezas a moverte, entonces... estado de emergencia, ninguna garantía constitucional, la cantinela de siempre. La diferencia está en el hablar o en el actuar.

—No —dijo Víctor, que dio un paso hacia él—. La diferencia es otra: pasar a la acción cuando se es cuatro millones o hacerlo cuando se es cuarenta, o cuatro.

—Ya —dijo Raymond con una sonrisa irónica—. El problema es esperar a los cuatro millones, o sea, esperar a la reencarnación.

Víctor sacudió la cabeza, renunciando a discutir.

—De todas maneras —añadió Raymond— la historia de los cuatro hombres es un bulo de ciertos periódicos. Éramos solo tres.

—Venga, larguémonos —murmuró Octave mientras le rozaba el codo.

Víctor y Rirette les abrazaron.

—Dejad París, al menos por algún tiempo —dijo Víctor en la puerta—. Es una locura quedarse por aquí.

Ninguno de los dos respondió. Bajaron las escaleras con cautela, atentos a no hacer crujir las tablas de madera. Llevaban las manos en los bolsillos, donde empuñaban las pistolas cargadas.

Los periodistas llegaron antes que Jouin. Una vecina de Dettweiler, la señora Cantón, había reparado en la aparatosa Delaunay-Belleville verde botella, un automóvil más que raro entre la gente pobre de rue de l'Harmonie. Después del revuelo en los periódicos, había hablado de ello con un conocido, el empleado del Ayuntamiento de Chaperon, que a su vez se lo había contado a un amigo cronista. La noticia había sido publicada antes de que la Policía pudiese registrar el garaje de Bobigny. Y se había esfumado la ocasión de organizar una emboscada. De todos modos, Dettweiler fue arrestado con su mujer y sus tres hijos. Poca cosa, porque el anarquista sostenía que había recibido la Delaunay como cualquier otro auto a reparar y no reconocía a ninguno de los ocupantes entre los centenares de fotos identificativas que le mostraron. Hubo sin embargo un pequeño avance: la noche del 29 de diciembre una mujer llamó a la puerta de

los Dettweiler y fue inmediatamente detenida por los agentes de guardia. Resultó ser Jeanne Giorgis, pareja de un tal Raoul Leblanc, sospechoso de tráfico ilegal; durante el registro de la habitación alquilada apareció una maleta con doble fondo en la que había utillaje de topista escondido. Para la Sûreté, la verdadera identidad de Raoul Leblanc, según las descripciones de algunos testigos, era la de Edouard Carouy. Y lo acusaron de ser él el hombre que se había bajado de la Delaunay-Belleville y había disparado a la muchedumbre en rue Ordener.

El 3 de enero, en Thiais, fueron descubiertos los cuerpos de dos ancianos muertos a martillazos en su casa de rue de l'Eglise: el propietario Moreau y la gobernanta Harfeux. Se trataba de un atraco cometido a la desesperada, y la Policía, aquellos días, andaba con la foto de Carouy siempre encima. Algunos vecinos lo reconocieron, dijeron haberlo visto merodear por allí. Y había un segundo hombre con él.

Alguien reconoció la foto identificativa de Metge, amigo de Carouy. A Metge lo localizaron en casa. Inútiles fueron sus reiteradas declaraciones de inocencia. Confesó haber desvalijado varias casas, pero en Thiais no había estado en toda su vida. Le encontraron un par de pendientes y un paraguas, ambos robados en una villa de Pavillons-sous-Bois. Fue suficiente. Arrestaron también a su compañera, Barbe, enferma de cáncer en estado terminal.

Desde aquel día, Carouy se convirtió en el primer perseguido de «la banda del automóvil». No tenía nada que ver con ella, pero era demasiado tarde. Se procuró dos pistolas, varias cajas de municiones, y empezó a cambiar de residencia cada noche.

En Quai des Orfèvres, Xavier Guichard comenzaba a mostrarse bastante satisfecho. Todos los periódicos describían a los anarquistas como bestias feroces capaces de matar a dos pobres ancianos a martillazos. Un conocido ilustrador esbozó incluso un cartel de lo más pintoresco, de gran impacto visual, cuyo original fue vendido por una suma exorbitante.

Jouin era consciente de cómo estaban de verdad las cosas, pero también creía haber atado los cabos justos. A su escritorio llegaban centenares de informaciones anónimas entre las cuales podía encontrar nuevas piezas del rompecabezas. Su instinto lo guiaba a la hora de descartar las venganzas personales y los ofuscamientos y a tener en cuenta las denuncias más vagas y extrañas, muchas veces las únicas dignas de consideración. Además, conocía los ambientes anarquistas y hacía tiempo que sabía hacer las distinciones oportunas. Fue así como localizó la habitación de Octave Garnier en Vincennes, aunque con un día de retraso: él y Marie se acababan de marchar. Cambiar de lugar a toda prisa se había convertido, por otra parte, en una práctica extendida: Valet, Soudy, Monnier. Incluso Dieudonné se había mudado a una pensión con nombre falso. En la misma época se instituía el Gran Ministerio Nacional de Poincaré, que asumió los poderes el 14 de enero: un gobierno nacionalista estrechamente ligado al poder financiero que prepararía a Francia para la Gran Guerra. En política exterior se necesitaban cañones para tener bajo control a Alemania y en política interior se imponía el puño de hierro para barrer definitivamente a los «traidores».

Una de las muchas redadas se efectuó en L'Idée Libre. El botín, dos arrestados: Lorulot y una mujer de nombre Marie Vuillemain. Jouin la conocía. Era la compañera de Octave Garnier. Marie resistió días y noches de interrogatorios. Por suerte para ella, realmente no sabía

dónde se encontraba Octave. Que de todos modos fue reconocido en una foto por el portavalores Caby. En cuanto a Carouy, Caby dijo que era «probablemente» el hombre que conducía.

Guichard presionaba para dar el golpe de gracia y, entre otras cosas, declaró ilegal *L'Anarchie*. Pero Jouin consiguió convencerlo de que Víctor Kibalcic y Rirette Maitrejean eran más útiles libres para poderlos seguir usando como cebo. No era exactamente lo que pensaba, pero consiguió aplazar su arresto.

GOLPE TRAS GOLPE

Las convicciones «científicas» de Raymond empezaron a resquebrajarse. Y también la fe en la acción ejemplar sufrió un compás de espera. Por primera vez, las palabras de Víctor se habían revelado como una carcoma que roía incesantemente sus certezas absolutas, y la constatación del poder que implicaba controlar la información sobre la opinión pública hizo añicos cualquier pretensión de vacua coherencia. Le manifestó a Octave las propias dudas y obtuvo a cambio un silencio sepulcral. Acordaron que no se verían durante algún tiempo y Octave le dijo adiós consciente de haberlo perdido.

Raymond no admitía que Louise pudiese haber jugado un rol decisivo en sus replanteamientos. Ciertamente, no renegaba de nada, pero sentía la necesidad de vivir la oportunidad que el destino le ofrecía sin rechazarla en nombre de la causa. Porque, con Louise, la cercanía amistosa se había transformado gradualmente en contacto físico, en instintiva tendencia a sustituir las interminables charlas por el lenguaje de las manos y de los cuerpos, y al final empezaron a hacer el amor todas las noches en la buhardilla del número 48 de rue de la Tour d'Auvergne, donde Raymond había encontrado refugio gracias a un amigo, Pierre Jourdan.

Una noche, Raymond convenció a Louise para cenar en un restaurante en el que regalarse una pausa en aquella existencia de ratones de desván. Louise trató de persuadirlo de no bajar la guardia, de no hacerse ilusiones por el hecho de que los periódicos nunca le hubiesen mencionado. Pero Raymond insistió,

y Louise, tensa y preocupada, aceptó salir después de la caída del sol.

Raymond estaba radiante, parecía haber recuperado el optimismo de los mejores tiempos. Louise miraba a su alrededor, bajaba la vista cuando el camarero se acercaba, pero se esforzaba por secundar el entusiasmo de Raymond, que hablaba enfervorizado y no dejaba de llenarle el vaso, bebiendo él también, ex teórico de la férrea dieta vegetariana y del rechazo del alcohol.

Finalmente, hacia la medianoche, decidieron volver a casa. Louise salió la primera, mientras Raymond pagaba la cuenta. Cuando fue a su encuentro se dio cuenta de que ella estaba hablando con un hombre, un señor elegante con sombrero y bastón, cuyo rostro quedaba en penumbra a un lado del restaurante. Louise se apresuró a coger el brazo de Raymond para encaminarse hacia casa. Él le preguntó quién era aquel tipo y ella le respondió que no lo conocía, que solo quería una información, quizás buscaba compañía y había pensado que estaba sola.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que esperaba a mi novio —respondió Louise con una sonrisa. Luego, seria, añadió—: No salgamos más por la noche, te lo ruego.

Edouard Carouy se volvió a poner en contacto con Octave Garnier y más tarde ambos se encontraron con Jules. El primero no tenía ya

nada que perder y decidió sustituir a Raymond en el trío. Jules propuso trasladarse durante algún tiempo a Bélgica, donde el aire era menos irrespirable; además, tenían que organizar, por fuerza, un nuevo golpe, no ya para dar ejemplo a los oprimidos, sino para procurarse con qué subsistir.

En Gand, el 31 de enero, descubrieron un garaje privado que parecía perfecto. Pero, mientras Jules trataba de poner en marcha un Hotchkiss cuatro cilindros que no daba señales de vida, llegó el chófer del propietario, Marcel Maurey. Octave, de guardia en el exterior, lo empujó adentro. El hombre reaccionó y le golpeó con un directo al mentón. Edouard estaba a punto de dispararle; Jules lo detuvo. Pero, antes de que pudiese intervenir, Octave agarró un grueso tronco de madera que estaba bajo una rueda y atizó al chófer en la nuca con todas sus fuerzas. Marcel Maurey cayó hacia adelante, golpeándose la sien contra el buje que sobresalía. Murió al instante. Los tres se alejaron a pie pocos segundos antes de que el propietario del auto apareciese con una escopeta en mano.

Caminaron durante al menos veinte kilómetros, hasta Wetteren, donde cogieron el tren para Anversa, y así llegaron a Ámsterdam. Se encontraron con Vandenberg, que aún no había conseguido colocar los títulos. Y regresaron a Francia.

En el tren directo a París, Edouard fue al baño. Al inclinarse sobre el lavabo, se le cayó la pistola que llevaba en un bolsillo interior. Los tres las llevaban siempre cargadas. Edouard, menos experto en armas, no había puesto el seguro. Su Steyr del calibre 9 golpeó contra el suelo de hierro por la parte del percusor y el proyectil se disparó solo. La bala le atravesó el brazo derecho y se incrustó en el techo.

Volvió al compartimento, pálido y tambaleante. Mordiéndose los labios, se abrió el abrigo y mostró la mancha de sangre que se extendía por la chaqueta. Se había taponado la herida con toallitas de papel pero la hemorragia no parecía detenerse. Mientras Octave montaba guardia en el pasillo, Jules improvisó un vendaje uniendo los pañuelos de los tres. No era una herida grave, pero había que desinfectarla lo antes posible. Edouard intentaba a duras penas volverse a poner el abrigo cuando Octave le advirtió de que se acercaba el revisor. Edouard fingió dormir con el abrigo puesto por encima. El revisor no se dio cuenta de nada. Salió, y poco después, Edouard, por el esfuerzo y la tensión, se desmayó.

Ya había perdido mucha sangre, y cuando llegaron a París los dos amigos tuvieron que sostenerlo, arriesgándose a llamar la atención de los gendarmes. Compraron lo necesario para atenderlo y Jules decidió coger una habitación en la zona de Porte de Clignancourt. Era peligroso dejarse ver en aquellas condiciones y con los hoteles vigilados, pero Edouard tenía que descansar y recuperar fuerzas. Jules se quedaría con él. Octave no quería ni oír hablar de tener que marcharse para verse al día siguiente en una estación del metro, pero Jules fue inflexible: era inútil que corrieran riesgos los tres. Mientras lo abrazaba en la puerta, Octave parecía rumiar algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jules.

Octave se mordió el labio.

—Nada... solo que hace tiempo que quería preguntarte una cosa...

Jules esperó, con una mano posada sobre su brazo.

—Sabes —murmuró Octave con la mirada baja— yo nunca me he creído la versión de los periódicos... respecto a Plátano.

Jules se puso tenso. Ninguno de ellos le había preguntado nunca nada sobre aquel asunto.

—¿Qué quieres saber?

Octave sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Fue... fue un accidente, ¿verdad?

Jules continuó observándole. Luego inspiró aire en los pulmones y dijo:

—Era el mejor. No encontraremos nunca otro como él.

Octave asintió, con expresión entristecida: ya tenía la confirmación que buscaba. Se fue sin prisas, mirando a su alrededor, atento a cada sombra en la noche.

Al 24 de rue Fessart llegaron unos sesenta, entre agentes de uniforme y funcionarios de la Sûreté de paisano. Fue al amanecer del 31 de enero de 1912. Jouin había intentado resistirse a las presiones de Guichard pero había intervenido el ministro de Poincaré con una orden categórica: había llegado el momento de dar el golpe de gracia al anarquismo parisino. Y para el gobierno, Víctor Kibalcic era mucho más peligroso que cualquier ilegalista armado.

Fue el propio Jouin el que condujo la operación. Al menos podría frenar ciertas actitudes «expeditivas». Sabía que dentro de la Sûreté muchos apostaban por la eliminación física de los subversivos, argumentando falsos intentos de fuga o de resistencia. Pero ignoraba un detalle: Guichard había encargado a uno de sus hombres introducir en el apartamento, al comienzo del registro, dos revólveres provenientes de un asalto a la armería de rue La Fayette, en su momento atribuido a «la banda del automóvil». Y fue el propio

Jouin quien encontró el fardo mal escondido detrás de un mueble. Víctor dijo solamente:

—Debería darle vergüenza.

Jouin, que parecía el único sorprendido, no fue capaz de replicar.

Por la tarde, el comisario interrogó a Víctor sin testigos.

—Los números de registro de los dos revólveres os vinculan con el atraco de rue Ordener. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Víctor lo miró con desprecio.

—Lo único que tengo que decir es que me había equivocado.

Jouin lo observó interrogativo.

—Respecto a usted —prosiguió Víctor—. Pensaba que era un enemigo leal. ¿Se acuerda de aquel discurso sobre que los policías no son todos iguales?

El comisario no reaccionó. Los dos continuaron mirándose fijamente; Víctor con un imperceptible temblor de rabia, Jouin con una expresión cada vez más tétrica.

—¿Qué espera de mí? —murmuró al final el subjefe de la Sûreté.

—Que al menos no se ensañe con Rirette.

—Pero la señora Maîtrejean es la titular del apartamento. No puedo dejarla en libertad.

—Y entonces —dijo Víctor en voz baja, inclinándose sobre el escritorio—, visto que aquí estamos solo usted y yo, me espero un mínimo de honestidad.

—Explíquese.

—¿Quién ha puesto las pistolas detrás de ese mueble?

—Yo no —dijo Jouin con los dientes apretados.

—Bien. Podemos estar así hasta mañana. Nosotros nunca las habíamos visto. Usted tampoco. ¿Entonces?

Jouin miró hacia la ventana. Había comenzado a nevar. Se levantó y permaneció algún tiempo observando los copos que caían lentamente. Hasta la nieve era gris en Quai des Orfèvres. Luego se giró y dijo:

—Ya no hay ninguna salida posible, señor Kibalcic.

PARÍS-LYON-PARÍS

El despacho del abogado Julien se encontraba en pleno centro de Lyon. Los dos sacerdotes caminaban a paso ligero y sus largos hábitos ondeaban entre los transeúntes ateridos de frío. Cuando estuvieron delante de la secretaria dijeron que no tenían cita, pero que debían hablar urgentemente con el abogado por cuestiones de extrema importancia. Julien les rogó que se acomodasen mientras los observaba con una mezcla de sorpresa y divertida curiosidad. Una vez solos, el cura menos joven dijo en tono glacial:

—Soy Jules Bonnot y él es Octave Garnier.

El abogado dio un respingo. Trató de balbucear algo, miró a su alrededor alarmado, como para verificar que nadie hubiese oído la explosión de aquellos nombres en la habitación.

—Escúcheme bien porque tenemos poquísimo tiempo —continuó Jules—. Usted es el defensor de Judith Thollon. Tan solo quiero saber cómo está, y qué esperanzas tiene de salir airosa.

El abogado Julien se secó el sudor de la frente con la palma de la mano.

—¿Pero son conscientes de que toda la Policía de la ciudad les busca? —farfulló sin alzar la mirada.

—Eso es problema nuestro —le contestó Octave.

—También mío si les encuentran aquí.

—Es su oficio, ¿no? —añadió Jules—. Entonces, ¿qué tiene que decirme de Judith?

El abogado tomó aliento y se apresuró a abrir un expediente sobre el escritorio.

—Aquí está... la situación no es de las mejores...

—Si quisiera escuchar eso, me bastaría con leer los periódicos.

—Ya... pero en este país los periódicos pueden arruinar la posición de un acusado más que la propia Policía.

Jules continuó con la mirada clavada en él mientras Octave se dirigía a la ventana para controlar la llegada de posibles visitantes.

—Madame Thollon —dijo el abogado hojeando los folios—, en el fondo no está acusada de hechos graves... Encubrimiento, sí, y a lo mejor encubrimiento por los objetos robados hallados en su casa, pero... en el juicio nunca podrán probar que era su cómplice.

—Entonces, ¿hay esperanzas de que la liberen?

—Sí, creo que sí... Pero no antes del juicio.

—¿Y cuánto tiempo podría pasar?

—Ah... ¿y quién se aventura a hacer suposiciones en un caso semejante? Algunos meses o incluso un año, ni más ni menos...

—¿Un año? —dijo Jules, con la voz rota por primera vez.

—Es posible. Depende del alcance de las investigaciones. Desgraciadamente, el sumario está siendo mucho más amplio de lo

que parecía en un principio... Cada día, lo sabrá mejor que yo, se añaden hechos nuevos, nuevos arrestos...

Jules asintió. Y preguntó:

—La cárcel... ¿cómo la soporta?

El abogado hizo un gesto vago.

—Oh, mire... a la cárcel uno se acostumbra, antes o después. Quizás los primeros días madame Thollon sufrió una... cómo decirlo... una crisis depresiva... Pero la última vez que la vi, o sea, hace tres días, me pareció más serena.

El abogado Julien estaba mintiendo. Judith no comía, no dormía, no hablaba con nadie. Y no era la cárcel la que la destrozaba.

Pero Jules, en aquel momento, esperaba oír justamente aquella palabra: serena.

—¿Puede hacerle llegar un mensaje de mi parte?

—Oh, Dios... sí y no...

—Solo una frase. Y de palabra.

—Bueno, en tal caso... por supuesto.

—Dígale esto: «Te espero al día siguiente en la abadía de Sainte-Honorine».

—¿Al día siguiente?

—Sí. El día después de su excarcelación, sea cuando sea.

—De acuerdo.

—¿Lo ha entendido bien?

—Sí, sí.

—Adiós, abogado. Y cuento con su palabra.

—No se preocupe... me debo al secreto profesional —concluyó Julien, que suspiró con alivio al ver a Jules Bonnot levantarse y dirigirse hacia la puerta.

Regresaron a París en tren, como habían llegado. Se desharían de los hábitos en los baños de la estación. Durante el viaje, Jules no intercambió palabra con Octave. Le estaba agradecido por aquella ayuda de amigo pero no encontraba la manera de expresárselo. Solo pensaba en la mentira que había dicho. No viviría lo suficiente para volver a Le Havre, frente a la abadía de Sainte-Honorine. Era perfectamente consciente de ello, pero Judith necesitaba alguna esperanza.

Los periódicos habían aclamado el arresto de Víctor y Rirette como la decapitación del ilegalismo anarquista: quedaban algunos prófugos, pero para la Sûreté era cuestión de tiempo; el cerco tendido en torno a los criminales había comenzado a dar sus frutos.

Mientras Edouard Carouy se recuperaba de la herida sucedió que Louise volvió a ver a Eugène. Tras una tarde de lágrimas y arrepentimientos, acabaron volviendo juntos. Louise no estaba enamorada de Raymond y consideraba su relación como un paréntesis a mitad de camino entre las teorías del amor libre aprendidas con Lorulot y la necesidad de ternura recíproca. Raymond, en cambio, se lo tomó de un modo muy diferente. Y volvió a encontrarse con Octave, que lo llevó hasta Jules.

La noche del 27 de febrero, los tres robaron un auto en Saint-Mandé, en la avenue de la République. Era otra vez un Delaunay,

pero un modelo más deportivo, el seis cilindros de quince caballos, un coupé veloz y más estable que tenía el lugar del conductor al descubierto. Jules pensaba usarlo para un golpe estudiado hasta el más mínimo detalle. Pero ocurrirían muchas cosas, antes.

En Pont-sur-Yonne tuvieron que pararse: el impacto de una piedra en Montereau había torcido el eje de una rueda. Un mecánico intentó enderezarlo puesto que no tenía la pieza de recambio. Continuaron, y a primera hora de la tarde entraban en París por la Porte d'Italie. Se dirigieron a rue Nollet, a la pensión de siempre, donde habían dejado a Edouard. Pero él no estaba allí. Según madame Rollet, regresaría a última hora de la tarde, eso le había dicho al salir. Los tres esperaron hasta las siete, cambiando de sitio de vez en cuando para no llamar la atención. Al final, decidieron regresar al día siguiente. A lo mejor Edouard había encontrado un refugio más seguro. De todos modos, habían establecido encuentros fijos en días alternos y en diversas zonas de la ciudad para evitar perder el contacto en caso de peligro inminente. Jules estaba atravesando place du Havre cuando vio que un agente los estaba observando bajo una farola. Quizás le había llamado la atención que en el auto hubiera tres hombres sin las respectivas señoras, o igual era simplemente aquel singular Delaunay H6 el que le había hecho girarse. En cualquier caso, el policía actuó por instinto, se llevó el silbato a la boca y alzó un brazo. Jules aceleró y rápidamente giró por rue du Havre, pero se encontró la calle cortada por un tranvía. Se vio obligado a detener las ruedas contra la acera y a esperar a que el transporte público avanzase. Fueron unos pocos segundos, suficientes sin embargo para que el agente los alcanzase. Gritando como un loco, se agarró al montante de la ventanilla y saltó sobre el estribo. Jules arrancó bruscamente pero el policía no se soltó. Y le asestó un porrazo directo a la nuca. Lo salvaron los reflejos: Jules se

dobló hacia el asiento de al lado y recibió el golpe en la espalda. Siguió conduciendo, viró para intentar librarse del agente, pero este resistía, bien colocado sobre el estribo. Un segundo trompazo le dio en una mano y por poco se estrella contra una farola. Octave, llegados a ese punto, se asomó por la ventanilla y apoyó el cañón de la pistola en el tórax del policía. Disparó tres veces.

El agente moriría pocos minutos después. Se llamaba Garnier, como su asesino. Los periódicos no podían conocer ese detalle pero destacaron de todos modos la coincidencia que había hecho caer al pobre Garnier precisamente frente al conocido restaurante Garnier de rue du Havre.

Un soldado que había asistido a la escena se lanzó a la persecución en bicicleta, pero en rue Royale les perdió de vista. Avisó a dos agentes de los alrededores, que inmediatamente se apropiaron de un auto parado frente a un bistró y obligaron al propietario, un tal Armand de Veauce, a partir en tromba tras los asesinos. Un poco más adelante, el alteradísimo señor Armand embistió a una viandante, Marie Chandor, que acabaría pasando varios meses en el hospital sin disfrutar de ninguna indemnización a pesar del pleito interpuesto contra el conductor, en primer lugar, y contra la Policía, después.

Los tres se dirigieron hacia la periferia. A pocos kilómetros de Saint-Cyr-l'Ecole encontraron un cobertizo abandonado, donde escondieron el Delaunay. La muerte del policía les obligaba a aplazarlo todo. Era necesario esperar algunos días. Volvieron a París en tren y al día siguiente, Jules propuso contactar con un viejo conocido suyo de Lyon, David Bellonie, que podía ocuparse de los títulos dejados en Ámsterdam. Raymond se fue a su casa, y Bellonie aceptó, pero antes que nada debía resolver el problema de los

gastos que había que adelantar. Fue a ver a Rodríguez a Lilla, un tipo con antecedentes por trapicheos con monedas falsas y licencias de armas ilegales, que puso a su disposición la cantidad necesaria para los primeros desplazamientos a cambio de una parte de las ganancias.

Mientras tanto, Edouard Carouy se había refugiado en un caserío en el campo y solo lo había abandonado en una ocasión, para acudir a uno de los encuentros acordados.

Casi se había recuperado, pero la herida no le permitía aún utilizar el brazo. Octave le recomendó permanecer bien escondido, ellos lo avisarían en el momento de volver a la acción. Pero el hecho de haber aplazado el golpe estudiado por Jules comenzaba a causar problemas de supervivencia. Los tres casi habían agotado todo el dinero y Jules, con Octave, se había trasladado a una sórdida pensión de rue Cortot, detrás de Montmartre, la única donde todavía podían permitirse el precio de una habitación.

Decidieron preparar una salida simple, lo imprescindible para conseguir algún dinero a la espera de retomar su proyecto. La noche del 28 de febrero recuperaron el Delaunay y se desplazaron hasta Pontoise, donde Jules había localizado la casa de un notario, Tintant, en rue Lemercier. Otro desastre. El notario estaba aún despierto y al primer ruido se asomó a la ventana de su habitación y se puso a gritar como un loco. Acudió un panadero, que inmediatamente trató de echar la puerta abajo para ir en su ayuda. Octave disparó y el panadero se batió en retirada. Pero entonces empezó a disparar el notario también desde la planta de arriba, cuando los tres salían ya a la carretera. Raymond y Octave vaciaron sus cargadores a diestro y siniestro, una bala le arrancó un trozo de oreja al notario, y mientras las ventanas de rue Lemercier se iluminaban una tras otra, lograron

saltar al Delaunay y marcharse a toda prisa de Pontoise, antes de que un ejército de gendarmes acudiese desde todas las direcciones.

Al alba, se pararon junto al cementerio de Saint-Denis y allí le prendieron fuego al auto antes de ponerse de nuevo en camino a través de la niebla, a unos veinte metros uno de otro, para cubrirse entre ellos en caso de un nuevo enfrentamiento.

Solo quedaba volver a intentarlo con los títulos. El malhumor, a esas alturas, se estaba ya apoderando del trío y comenzaba a crecer la tácita convicción de que la mala suerte les perseguía. David Bellonie había vuelto a traer los títulos a París, convencido de poder vendérselos a un tal Georges, conocido usurero con muchos contactos. Rodríguez avisó a Jules y fueron con David a un encuentro fijado en place de la Nation. El usurero aceptó coger una parte de ellos: si lograba darles salida a los primeros, lo intentaría con el resto. Jules se los dio por dos mil quinientos francos, Georges sacó del bolsillo quinientos en metálico. Al día siguiente, otra cita con la misma cantidad de títulos y por el mismo precio. No era gran cosa, pero sí suficiente para ir tirando algunas semanas.

A pesar de las precauciones que tomaron para acudir a esos encuentros, ninguno de ellos se dio cuenta de que seguían a Georges.

Jouin se había encontrado con el usurero, que lo esperaba delante de su oficina, después de comer. El tipo tenía varias cuentas pendientes y, a cambio de un saldo retroactivo, se había ofrecido a darle información valiosa. Jouin lo había dejado hablar, sin mostrar ninguna implicación. Aunque se había dado cuenta enseguida de que el asunto presentaba aspectos interesantes. Georges Tazuard había mencionado el nombre de Rodríguez, registrado en el archivo

mental del comisario más como simpatizante anarquista que por sus faltas penales, y al escuchar que había de por medio títulos robados, aunque provinieran de Holanda, Jouin había pensado rápidamente en el atraco de rue Ordenen Todo ello sin mover un solo músculo de la cara, obviamente. Georges se había marchado con la vaga promesa de una «limpieza» de su expediente solo en caso de resultados concretos. Después, Jouin había escogido a dos funcionarios de entre los más expertos en seguimiento y les había dado amplia libertad de decisión respecto a los posibles refuerzos.

En el momento en que el usurero recibía los títulos de manos de Jules, el subjefe de la Sûreté se dedicaba a tirar de otros hilos de la trama, cada vez menos intrincada. Al mandar seguir a todos aquellos que pasaban por L'Idée Libre había localizado la pensión de rue Nollet, donde, para su desgracia, había alquilado una habitación Eugène Dieudonné. Allí recibió la visita del tipógrafo De Boe, que nada más salir fue detenido e inmediatamente trasladado a Quai des Orfèvres. En el bolsillo traía una pistola y en la Sûreté tenía una larga ficha a su nombre: Jouin ordenó arrestar también al otro. Y Dieudonné, algunas horas más tarde, se vio tirado en el suelo de la esquina con rue des Dames, con un pie en el cuello y una pistola en la cara. Eugène no iba armado. Pero Jouin, al verlo, supo de quién se trataba. Y sabía dónde vivía su compañera Louise, desde hacía algún tiempo en casa de una costurera amiga suya, de nombre Bouchet. Ordenó un registro. Los agentes de la Sûreté encontraron un mapa de carreteras con los pasos de frontera sin control señalados y dos resguardos del depósito de equipajes de la Gare du Nord. Allí requisaron dos bolsas llenas de instrumentos de topista. Suficiente como para no creer en las aserciones de inocencia de Dieudonné. Además, madame Rollet, la propietaria de la pensión, había

reconocido la foto de Jules Bonnot como la de un cliente que respondía al nombre de Jules Comtesse.

El juez instructor Gilbert, que seguía el caso de rue Ordener, mandó poner cara a cara a Eugène Dieudonné con Caby, el portavalores. Y Caby, que en su momento había reconocido a Carouy en foto, exclamó que finalmente ya no tenía ninguna duda: era Dieudonné el hombre que le había disparado. Inútil fue el testimonio de la madre, que juró que Eugène había estado en Nancy el día del atraco, hecho confirmado también por un funcionario administrativo que aseguraba haberlo visto el 21 de diciembre. Pero para el juez bastaba con la existencia de un tren expreso que conectaba París con Nancy en cuatro horas. Dieudonné podía perfectamente haber participado en el asalto y luego refugiarse en Nancy el mismo día. En cuanto a la madre, no podía considerarse fiable.

Ocurrió un hecho extraño: Jouin evitó interrogar a Louise y ordenó su excarcelación la mañana siguiente misma. No dio explicaciones a los colegas, y mucho menos a Guichard. El motivo, de todas formas, era muy simple: Jouin guardaba solo para sí algunas pistas, las seguía personalmente. Intuía que Louise, a pesar de no tener responsabilidades directas, representaba lo que en su jerga llamaban «una liebre». Si la dejaba libre podía seguir sembrando indicios y, con un poco de suerte, atraer a visitas interesantes o conducirlo hasta refugios todavía no descubiertos. Louise era perfecta para esa finalidad dado que, como no figuraba entre las personas más sospechosas, podía gozar de la confianza de los que ya lo eran. Además, si el día de mañana sus propios compañeros la consideraran una posible informadora a raíz de su inexplicable excarcelación, ello también le resultaría útil a la Sûreté. Divide et impera era una práctica mucho más eficaz, a largo plazo, que cualquier ataque

directo. Jouin, aunque no amaba ciertos métodos, era un policía fantástico, capaz de elegir la vía menos breve pero la más rentable para los fines de la investigación. Y el fin, en aquel momento, era desmantelar «la banda del automóvil».

Los dos funcionarios de la Sûreté siguieron a Jules, Bellonie y Rodríguez hasta la pensión de rue Cortot. A los tres se les había unido Octave, que se había quedado aparte para cubrirlos pero que no se había fijado en los hombres que les seguían. Cuando Rodríguez y Bellonie salieron algunos minutos más tarde, uno de los dos les siguió mientras el otro corría a buscar un teléfono para pedir refuerzos. Por una vez, Jules y Octave, sin saberlo, se beneficiaron de una utilísima pausa en el ensañamiento de su mala suerte. Abandonaron la pensión justo en el momento en que la calle estaba libre y dejaron atrás a sus perseguidores. Gracias a los francos recibidos del usurero, habían decidido cambiar de zona y buscarse algo menos deprimente.

Jouin ordenó detener a los otros dos esperando conseguir algo. David Bellonie fue arrestado mientras se dirigía al segundo encuentro con el usurero, precaución necesaria para no quemar al informador. Rodríguez, que volvía a Lilla, fue detenido nada más bajar del tren. En casa le encontraron todo lo necesario para fabricar monedas falsas. Jouin lo mandó traer de nuevo a París, y en una celda de los sótanos de Quai des Orfèvres Rodríguez fue interrogado durante siete días y siete noches. Al final, extenuado y casi incapaz de articular palabra, admitió cualquier cosa. Le preguntaron incluso si Dieudonné había participado en el atraco. Rodríguez hizo un gesto afirmativo. Más tarde, cuando ya estaba solo, intentó suicidarse golpeándose la cabeza contra la plancha de hierro de la puerta. Lo bloquearon y él se retractó de toda la confesión. Pero, a esas alturas,

todos los periódicos habían publicado en primera página el nombre de Eugène Dieudonné y el ministro del Interior Steeg ya se había felicitado con Xavier Guichard.

El 19 de marzo, al diario *Le Matin* llegó una carta escrita y firmada por Octave Garnier en la cual este asumía toda la responsabilidad de los disparos en rue Ordener y exculpaba a Eugene Dieudonné, declarando que no tenía nada que ver con su grupo. Como conclusión, decía: «Solo yo soy culpable, y la Policía lo sabe perfectamente. Por mi parte, sé cómo acabará esta lucha contra el formidable arsenal puesto en marcha por la Sociedad. Sé que seré vencido, que soy el más débil, pero solo espero haceros pagar cara vuestra victoria.»

Jules hizo incluso algo peor: se presentó en la redacción del *Petit Parisien*, posó una Browning sobre el escritorio de un periodista y dictó una declaración sobre la inocencia de Dieudonné en la que añadió una frase sarcástica referida a la Sûreté, que solo sabía detener a quien no tenía nada que ver.

Carouy, que no estaba muy familiarizado con la escritura, envió una carta con simples insultos, pero hizo tres copias para tres periódicos diferentes.

Cuando todo ello fue publicado, en la Sûreté hubo un encuentro borrascoso entre Jouin y Guichard, a quien en ese asunto le había tocado la peor parte. Jouin presentó la dimisión. El prefecto Lépine la rechazó y le garantizó todo su apoyo. El comisario retomó su puesto en silencio, consciente de que, desde aquel día, podía esperarse cualquier cosa de Xavier Guichard.

CHANTILLY

La constatación de que ya no había ninguna diferencia entre actuar y mantenerse al margen convenció a los otros para lanzarse a la acción sin reservas. Después del arresto de Víctor y Rirette quedó claro que Policía, magistratura y gobierno no hacían ya ninguna distinción. No había nada que perder llegados a aquel punto, pensaron René Valet, Elie Monnier y André Soudy. Así, uno tras otro, buscaron el contacto con Jules, Octave y Raymond. Juntos decidieron dejar a Carouy en su refugio del campo. Todavía no conseguía mover el brazo, además de que seis en un automóvil era ya el número máximo de ocupantes. Edouard recibiría su parte de todos modos.

La mañana del 25 de marzo de 1912 se encontraron en Porte de Bercy. Caminaron a lo largo de la nacional 5, en dirección a Alfortville. Soudy tosía, se detenía de vez en cuando a coger aliento y hacía una señal a los otros para que no se preocupasen. Parecía el más sereno. La conciencia de que no le quedaba demasiado tiempo, con esa tuberculosis que lo devoraba, era justamente la razón de aquella expresión suya de curiosidad y satisfacción. Soudy estaba contento. Bajo el largo gabán que rozaba sus zapatos medio rotos, custodiaba un Winchester de repetición del calibre 44 de doce disparos.

Encontraron la barraca de un guardavía y se pararon a descansar. Más tarde, Monnier se colocó detrás de la curva, unos doscientos metros más allá del cobertizo, mientras Jules, Octave y Raymond iban a esconderse en las cunetas a los lados de la carretera. Hacia las ocho, Monnier lanzó el silbido de aviso. Una limusina Dion Bouton de catorce caballos, semidescapotable, azul oscuro, apareció en la curva. Jules salió de la espesura y agitó un pañuelo. El hombre al volante, que se llamaba Mathillé, al ver un poco más adelante una apisonadora cerca del cobertizo, pensó que estarían de obras. Junto a él, el colega Censóles maldijo contra aquel imprevisto que amenazaba con retrasarlos. Se dirigían a Cap Ferrat, en la Costa Azul, un trayecto que requería un día y medio de viaje. Cuando vieron a los otros y las armas que tenían en la mano, ambos cometieron el error de no pensar en nada más. Y reaccionaron impulsivamente. Cerisoles se agachó para abrir la bolsa en la que había un pequeño revólver mientras Mathillé trató de poner primera y avanzar. Raymond y Octave dispararon inmediatamente. Mathillé se desplomó sobre el volante, alcanzado en la garganta y el estómago. Cerisoles logró saltar del auto y cayó entre los matorrales. Solo estaba herido en las manos y, fingiendo estar muerto, se salvó.

Algunos campesinos, al oír los disparos, se acercaron a la carrera. No había tiempo para ocultar los cadáveres. Jules sacó al conductor, limpió a toda prisa el asiento de sangre y se puso al volante. Los otros se metieron dentro como pudieron, tratando de hacerse hueco entre el equipaje. Cambiaron de dirección y regresaron a París.

A través de carreteras periféricas y poco frecuentadas, la Dion-Bouton se dirigió al norte, hasta Chantilly. Antes de llegar a la place l'Hospice de Condé, Raymond repartió una pastilla de cianuro a cada uno. Soudy fue el único que se rio.

La plaza estaba abarrotada de gente. El plan de Jules había previsto inicialmente el asalto a la hora de apertura, cuando todavía había pocos transeúntes por la calle y menos dinero en la caja. Pero, desde el momento en que se habían convertido en seis, había decidido que valía la pena aspirar al máximo del botín y de paso darles una lección de coraje a esos cobardes de la Sûreté. Las injustas acusaciones a Eugène Dieudonné, unidas a la mala suerte de los últimos tiempos, habían despertado en el grupo una sed de venganza mezclada con fatalismo.

Jules permaneció al volante con dos Browning apoyadas sobre las rodillas. Soudy se colocó en la acera, el Winchester escondido bajo su impermeable de caucho. Los otros cuatro, con Octave a la cabeza, entraron en la sucursal de la Société Générale.

Raymond dio la orden de levantar las manos mientras desenfundaba dos revólveres y permanecía con las piernas abiertas en medio de la sala. Pero mientras Octave y Elie se acercaban al mostrador, se desencadenó el infierno. Ninguno pudo entender cómo comenzó, quizás un guardia armado que no habían visto, o un cajero que cogió la pistola y abrió fuego: en pocos instantes estallaron al menos cincuenta disparos. Octave alcanzó al cajero Trinquet en la frente, Raymond hirió al contable Guilbert en la espalda. Dispararon también Elie y René y, entre las balas que volaban por todas partes, el empleado Legendre recibió una en la sien y otra en el corazón.

En el exterior, el tiroteo paralizó a la muchedumbre, que, inmediatamente después, comenzó a correr hacia el banco. Soudy desenfundó el Winchester, pegó un tiro al aire, accionó el resorte del cargador, disparó por segunda vez y gritó:

—¡Fuera de mi camino o disparo al bulto!

Estaba a punto de añadir algo más pero la tos se lo impidió. Por la rabia, disparó un tiro contra una farola cercana y la hizo añicos. Jules, que estaba preparado para derribar a posibles asaltantes, se giró para mirarlo. Y le sonrió, mientras asentía con un gesto de aprobación. Soudy arqueó las cejas y sonrió a su vez, dando a entender que lo estaba haciendo lo mejor que podía.

En el interior del banco, los disparos cesaron. Octave saltó al otro lado del mostrador y empezó a meter fajos de dinero en la bolsa. Luego fue a la caja fuerte, donde lo alcanzó René. En pocos segundos arramplaron con todo el efectivo y con las monedas de oro que se encontraban al alcance de la mano. Los cuatro, al fin, intercambiaron un gesto de entendimiento. Salieron, retrocediendo lentamente, cubriéndose unos a otros.

Mientras se subían de nuevo al automóvil, Soudy no se movió, manteniendo bajo control a los transeúntes. A partir de aquel día sería rebautizado como «el hombre de la carabina». Cuando Jules metió la marcha y le hizo una señal para que saltase dentro, él se acercó con calma y se encaramó al estribo sin entrar en el auto. Quería cubrir la retirada hasta el final. Pero en el momento en que la Dion-Bouton saltó hacia adelante, Soudy perdió el equilibrio. Octave lo cogió al vuelo y lo metió dentro. Alguien, al ver el momento de dificultad, amagó un ataque. Se pusieron a disparar todos como endemoniados, unos al aire y otros contra los carros que amenazaban con obstruir el paso.

La Dion-Bouton enfiló la avenue de la Gare, giró hacia la avenue de la Morlaye y se alejó en dirección París sin más problemas.

Las cuentas pronto estuvieron hechas. Cuarenta y nueve mil francos entre billetes y monedas de oro y plata. No fue verdadera alegría, pero sí algo que se le parecía mucho. Soudy, en medio de la euforia general, fingió meterse en la boca la pastilla de cianuro, que había sustituido por un caramelo para la tos. Los demás lo miraron estupefactos, luego Octave le agarró las mejillas para hacérsela escupir. Soudy estalló en risas, tosió, engullió el caramelo y todos empezaron a darle manotazos en la espalda, abrumándolo a golpes. Cuando consiguió decirles que había sido solo una broma, le siguieron dando palmadas, esta vez más afectuosas pero no menos fuertes.

Jules conducía con la mirada fija en la carretera frente a él.

«VIVE LA FRANCE»

«Increíble», fue el titular a toda plana de *Le Matin* el 26 de marzo. El clamor que siguió al atraco de Chantilly fue monumental. Y la Sûreté se convirtió en el blanco principal, entre sarcasmo e histerismo. Después de haber vertido ríos de tinta sobre el desmembramiento de «la banda», esta reaparecía en versión duplicada. Y aún más sanguinaria que antes. Tendría que llegar el naufragio del Titanic, tres semanas más tarde, para arrebatárles a los «bandidos trágicos» las primeras páginas.

Decidieron separarse y se buscaron refugios alejados unos de otros para no llamar la atención. Francia entera parecía en estado de sitio, la vigilancia iba más allá de cualquier límite mientras las recompensas aumentaban de valor y mantenían en alerta a un ejército de informadores. André Soudy fue el primero en enriquecer a un espía ocasional.

Había ido a Berk-Plage con la vaga idea de gastar su parte del botín en un sanatorio de lujo, a la espera de la próxima acción. Allí tenía a un viejo amigo, Baraille, ex ferroviario sin trabajo por estar fichado como anarquista. Y cometió el error de dejarse ver por ahí; se negaba a permanecer encerrado en casa porque estaba convencido de no tener más tiempo y debía aprovechar cada hora, cada minuto que le concedían sus pulmones maltrechos. El hombre que lo señaló ante la Sûreté permaneció en el anonimato: fue a París, habló con el

inspector Colmar y se aseguró la recompensa una vez hubiese sido capturado.

Jouin decidió actuar personalmente. Soudy fue detenido en la calle. A Colmar no le resultó difícil ponerle las esposas a pesar del intento de resistencia: era tan débil que bastó un bofetón para aturdirlo. Mientras se lo llevaban, el inspector le preguntó:

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

Soudy no respondió.

—Bueno, solo espero que seas mayor de edad. Debe de haber alguna ley que impide a los menores subir a la guillotina, pero no creo que sea tu caso.

Los «patriotas» no se quedaron precisamente de brazos cruzados. Instigados por la prensa, que ridiculizaba a la Policía por su incapacidad de frenar a los traidores de la patria, miles de ciudadanos liderados por militares y diputados de la derecha empezaron a manifestarse por las calles de París. Al grito de «Vive la France!» asaltaron la Cámara de Trabajo. Dos obreros fueron linchados.

El 4 de abril le tocó a Edouard Carouy. Había abandonado su escondite en el campo y se había trasladado a Ivry, a casa del comerciante de ropa usada Gauzy, que no negaba nunca una ayuda aunque en verdad ignoraba quién era realmente Carouy. La necesidad de no permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar le llevó a aceptar la oferta de parte de un tal Granghaut, un tipo que decía ser anarquista y que Edouard había conocido hacía poco. Pensaba quedarse en su casa solo el tiempo necesario para encontrar otro alojamiento, pero Granghaut lo vendería a la mañana

siguiente. Intuyendo su verdadera identidad, había decidido asegurarse enseguida la recompensa. Granghaut no tenía nada que ver con los ambientes anarquistas, y su aparición en escena fue debida a la casualidad. Frecuentaba a Gauzy por motivos de trabajo y mantenía estupendas relaciones con la Gendarmería.

El 4 de abril, Granghaut llevó a Edouard a la estación de Lozère para que le ayudara a transportar un mueble que llegaba en tren. Todos en la estación, desde los mozos a los empleados de la taquilla de billetes, habían sido sustituidos por agentes de la Sûreté camuflados. La apariencia de Edouard no tenía nada que ver con la de Soudy: robusto, bien plantado, musculatura atlética y mirada altanera. Un sargento, temiendo una reacción por parte de él, le soltó un puñetazo en la barbilla antes aun de que pudiera darse cuenta de la situación. Edouard no cayó, permaneció en pie como si ni siquiera hubiese acusado el golpe, pero no reaccionó y se dejó esposar sin articular palabra. Parecía resignado. La explicación estaba en la pastilla que guardaba en un bolsillito de los pantalones. Evitaba el enfrentamiento para intentar disminuir la vigilancia sobre él. Y, una vez dentro de los pasillos de Quai des Orfèvres, Edouard logró recuperar la pastilla y se la tragó. Luego se rio a la cara de los policías y dijo:

—Si queréis interrogarme, os espero en el depósito.

Pero aquel último gesto arrogante acabaría convirtiéndose en una mofa atroz. Edouard había comprado la pastilla a un farmacéutico al cual había pedido cianuro. Pero le habían vendido un simple matarratas, insuficiente para matar a un hombre, sobre todo de su corpulencia. Pasó la noche retorciéndose en un camastro por los dolores del vientre, en la enfermería de un cuartel, y después fue llevado de nuevo a la Sûreté para el interrogatorio. A aquellas alturas

no tenía nada que perder. Y montó un gran alboroto cuando vio un par de tijeras al alcance de su mano, encima de un escritorio. No quería matar a nadie, solo cortarse el cuello. Con las tijeras logró herirse superficialmente; los porrazos, los puñetazos y las patadas de los agentes causaron mucho más. Él, perdida la esperanza de suicidarse, rompió alguna nariz y un par de dientes con las esposas en las muñecas.

A Jouin le costó mucho contener a sus colegas.

—Imbéciles, estabais a punto de hacer justo lo que él quería —les increpó más tarde, cuando se llevaban a Edouard Carouy semiinconsciente y sangrando.

A pesar de las múltiples obligaciones, el subjefe de la Sûreté continuaba con sus seguimientos en solitario. Louise parecía tranquila, no mostraba una actitud recelosa, pero tampoco sospechosa: al contrario, incluso se había aventurado a pedir un encuentro con su compañero Dieudonné, que obviamente le había sido negado por el juez. Jouin comenzaba a pensar en dejarla correr cuando Louise, una tarde, no regresó a casa después de dar un largo paseo sin rumbo fijo aparente. Y cuando de repente se puso en marcha a paso ligero, Jouin creyó que había decidido volver a la acción.

La siguió hasta rue de la Tour d'Auvergne. Louise entró en el número 48. El comisario esperó un par de horas. Luego paró una carroza y le dijo al cochero que esperase allí hasta nueva orden. Poco antes del alba, Louise salió. Jouin, que luchaba contra el sueño, se dio cuenta tarde. Pero en ese momento ya no era ella el principal motivo de interés.

Raymond le había propuesto que se marchase con él. No podía hacer nada por Eugéne, y quedarse en París era absurdo. Louise le había pedido un poco de tiempo, parecía indecisa y atormentada pero no había dicho que no, quería solo esperar un par de días. Raymond, al final, había decidido que se iría de todas maneras a Le Havre al día siguiente mismo. Allí esperaría a que ella se reuniese con él. La captura de Soudy y Carouy demostraba que ya no había nada que hacer y cada uno podía considerarse libre de actuar como mejor creyese. Si Louise lo hubiese seguido, Raymond lo habría dejado todo sin pensarlo dos veces. No se sentía culpable ante los compañeros: el haberse separado después del atraco de Chantilly, en el fondo, suponía eso. Cada uno por su propio camino.

Jouin se dio cuenta de que no podía actuar solo. Ni siquiera sabía cuántos serían allá arriba. Encontró un teléfono en un comercio de vinos situado a unos pocos cientos de metros. Llamó a Colmar a casa y le pidió que fuese inmediatamente a la Sûreté, cogiera a los primeros agentes que hubiera y fueran a encontrarse con él a la altura del número 48 de rue de la Tour d'Auvergne. Colmar obedeció, pero al llegar a Quai des Orfevres se topó con Guichard, que bajaba de una carroza a las siete y media de la mañana. Las broncas del ministro Steeg estaban reduciendo incluso sus horas de sueño. Y Jouin, una hora más tarde, vio llegar al Gran Jefe a la cabeza de un ejército que mezclaba funcionarios, agentes y policías encargados del tráfico recogidos por la calle.

Cuando Raymond cogió la bicicleta para ir a la estación, Guichard salió de su escondite y le dio el alto. Por suerte para él, el inspector Sevestre estaba apostado bajo la escalera, o sea, a dos metros de Raymond. Eso hizo que no pudiera empuñar una de las tres pistolas

que llevaba en el bolsillo, porque Sevestre lo golpeó en la base del cuello con la culata de la suya.

En la Sûreté, Raymond se cerró en un absoluto mutismo. Gritos, amenazas y golpes no sirvieron de nada. No hubiese hablado de todos modos. Pero quizás se habría dado la satisfacción de ostentar su habitual chulería. El motivo por el que mantenía la cabeza baja, lanzaba miradas tétricas y plegaba los labios en una mueca indescifrable no tenía nada que ver con sentirse perdido. Uno de los funcionarios que intentaban interrogarlo era obviamente el comisario Jouin. Y Raymond lo había reconocido como el hombre que aquella noche, fuera del restaurante, se había acercado a Louise.

Los supervivientes habían espaciado los fugaces encuentros. Lo único que podían hacer era permanecer escondidos, y si alguien se quería marchar, mejor para él. Pero Octave, Elie y René no parecían alimentar ya ningún sueño de fuga a tierras lejanas, si es que alguna vez lo habían tenido. Jules, en el último encuentro, había dicho que en aquel momento ninguna acción era posible. Solo si resistían durante algunos meses podrían intentar de nuevo una salida, quizás hacia el sur, en alguna ciudad donde la movilización de la Policía fuese menos obsesiva. Al dejar a los otros, Jules comenzó a preparar su acción. Consideraba inútil hacer arriesgarse a los compañeros. Con él bastaba.

Edouard, superviviente de todos sus intentos de suicidio, había dedicado sus días en la celda a estudiar un modo para conseguir que el nombre de Granghaut llegara fuera. Cuando finalmente le habían concedido media hora de aire libre, si bien en aislamiento y sin que los carceleros lo perdieran de vista, había conseguido comunicarse con un detenido encargado de la limpieza del patio. Antes de que los guardias interviniesen ordenándole mantenerse alejado, el detenido

había memorizado el nombre del traidor para después transmitírselo a un anarquista arrestado mucho tiempo atrás, ajeno al ambiente de los ilegalistas pero siempre disponible para avisar a los compañeros cuando se trataba de defenderse de un delator. La voz se había corrido inmediatamente. Así, pocos días después, un diligente periodista de crónica negra había vuelto a sacar la noticia del arresto de Carouy para revelar que un tal Granghaut había sido el ciudadano ejemplar a quien se había debido la captura del peligroso asesino. A Jules no le llevó mucho tiempo localizar a Granghaut. Se apostó en la calle, un poco alejado de su casa. Cuando lo vio, lo abordó y se presentó como un funcionario de la Sûreté parisina mientras le mostraba apresuradamente una especie de carné que traía en el bolsillo interior del gabán. Y antes de que el otro pudiese sospechar algo, le dijo que debía seguirlo por el asunto de la recompensa. Granghaut, ingenuo, exclamó algo que le confirmó a Jules que se encontraba frente al infame que buscaba. Lo empujó a una cuneta de un manotazo y le disparó un cargador entero en la espalda. Luego subió al auto que había robado la noche anterior y se fue a coger un tren a una estación que se encontraba a unos kilómetros de distancia.

HACIA LA RED

—Solo le estoy pidiendo una opinión basándose en sus intuiciones —le dijo Guichard a Jouin girando a su alrededor. El jefe de la Sûreté seguía caminando por su despacho mientras el comisario, delante del escritorio, se veía obligado a girar en la silla para seguir los movimientos circulares de su superior.

—Y la pregunta es esta: según usted, ¿cuántos quedan aún?

Jouin resopló e hizo temblar los bigotes de manecilla.

—Bah... no muchos a estas alturas.

Guichard se paró.

—¿Y eso le parece una respuesta, no muchos?

Jouin no respondió.

—En fin, al principio actuaban tres o cuatro, luego, cuando se suponía que estaban tocados, acorralados, reducidos al mínimo, ¡reaparecen seis! ¿Cómo se lo explica, señor comisario?

—Pues mire, para eso sí tengo una respuesta —contestó Jouin en tono cortante.

Guichard se movió y fue a detenerse frente a él. Jouin habló mirándole fijamente a los ojos.

—Nos hemos movido como apisonadoras cuando, en cambio, teníamos que haber apuntado directamente al blanco sin disparar a tontas y a locas. Con los arrestos indiscriminados seguramente hemos convencido a los indecisos para actuar. Después de cada redada siempre ha pasado alguien a la clandestinidad. Alguien que tiempo atrás nunca hubiera elegido la acción armada. Pero que al verse tratar del mismo modo, sin haber cometido todavía nada grave, ha decidido unirse al grupo. Así es como han razonado los nuevos reclutas.

Guichardladeó ligeramente la cabeza con una expresión de vaga conmiseración.

—Comisario Jouin, eso era justo lo que queríamos. ¿O quizás cree usted que un teórico de la insurrección es menos peligroso que un desesperado atracador de bancos? Nuestro fin era atraer a los peces hacia la red, no lanzar el anzuelo y quedarnos mirando. Hemos actuado para eliminar el cáncer de raíz, no para curar solamente una llaga aquí y otra allá. ¿Entiende?

—Perfectamente, señor Guichard —respondió tranquilo Jouin—. Pero en estos momentos, ¿qué es lo que se espera de mí?

—Solo que les dé el golpe de gracia a esos condenados. Los peces gordos ya han caído. Faltan los bala perdida. Pero querría saber con cuántos hombres puede aún contar ese Bonnot.

—Pocos —dijo Jouin.

—El señor ministro quiere un número, con nombres y fotos identificativas.

—Pues entonces dígame que son cuatro.

—¿Cuatro? —exclamó Guichard enrojeciendo— ¿Y le parece normal que cuatro anarquistas puedan tener en jaque a todas las fuerzas de Policía de París?

Jouin se encogió de hombros, sin responder.

—Está bien, comisario —prosiguió Guichard—, si son solo cuatro espero resultados inmediatos. Puede marcharse.

Jouin esbozó un saludo frío y se levantó.

—Ah, una última cosa... —dijo Guichard con un tono ambiguo que puso al otro a la defensiva— ¿No le consta que en la casa de Víctor Kibalcic y Rirette Maitrejean se hubiesen encontrado dos pistolas?

Jouin se puso rígido.

—Aquellas pistolas nunca deberían haber llegado allí, y usted lo sabe perfectamente.

—Prefiero hacer como que no he entendido... Es mejor para usted... Y pasaré por alto también el hecho de que en su informe no aparezcan.

—De acuerdo. Querrá decir que yo también olvidaré quién las llevó a aquella casa y de quién había recibido la orden de hacerlo.

El cuerpo de Guichard pareció sufrir una vibración interna que se descargó en un temblor en las manos y en los labios.

—Váyase, váyase. Regrese a su trabajo, será mejor. Total, ese Kibalcic es el verdadero inspirador de la banda y el juez sabrá cómo arreglarlo incluso sin las pistolas. Adiós, comisario.

Había un solo punto en el que Guichard estaba de acuerdo con Jouin: dejar libres a los peces pequeños para que continuasen

haciendo de cebo. A Lorulot, por ejemplo, no habría tenido ningún sentido encerrarlo en la cárcel. L'Idée Libre, de la cual él había acabado siendo el único gestor, constituía el último punto de referencia para los anarquistas, o sea, una torre de observación privilegiada para la Policía. Teniendo en cuenta que los habituales masculinos estaban todos detenidos o bajo orden de captura, por la librería se pasaban casi exclusivamente las mujeres: para Lorulot se había convertido en el lugar ideal. Los agentes de la Sûreté pululaban por la galería Clichy, anotaban las caras conocidas y seguían a las nuevas. El 23 de abril apareció Jeanne, la compañera de Carouy. Nada extraño dado que en L'Idée Libre se juntaban casi todas las mujeres y los amigos de los arrestados. Pero el inspector Sevestre decidió seguirla. Y Jeanne, aquel día, se encontró en place du Châtelet con un hombre. Fueron a comer a un restaurante del boulevard Delessert. El inspector corrió a buscar un teléfono. Luego volvió a situarse en las inmediaciones del restaurante, contando los minutos con ansia creciente. Los refuerzos llegaron en un cuarto de hora. Sevestre dio instrucciones a los tres agentes, les dijo que no interviniesen hasta nueva orden y que se limitasen al seguimiento cruzado. Después corrió a la Sûreté, a las oficinas de los Servicios antropométricos. El rostro de aquel hombre le recordaba a alguien, pero no lograba localizarlo en su memoria. Probablemente se había teñido el pelo, o dejado crecer el bigote, algo en su aspecto había cambiado... Una hora después, mientras continuaba repasando fotos identificativas, se iluminó: el rostro le recordaba a un anarquista conocido con el sobrenombre de «Simentov». En pocos minutos localizó la ficha. Simentov se llamaba en realidad Elie Monnier. El comisario Jouin lo había incluido entre los sospechosos de pertenecer a la que ya todos llamaban la «Banda Bonnot».

Jouin le felicitó y le ordenó no perder de vista a Monnier. Le siguieron con discreción en los varios desplazamientos por la ciudad, mientras vagabundeaba por mercados y comercios, luego en locales de mala muerte de Belleville. Al fin, bien entrada la noche, entró en el Hotel de la Lozère, en el boulevard Ménilmontant.

Fue Jouin quien dirigió la operación. Al alba, la puerta de su habitación se abrió de par en par y cinco inspectores irrumpieron con las armas apuntadas. Monnier se lanzó sobre la mesilla, cogió una de las dos pistolas, pero fue detenido y aturdido por una descarga de puñetazos.

Guichard quiso interrogarlo personalmente, pero Elie tampoco abrió la boca con él. Por otra parte, cuando Guichard se paró delante de él ya había recibido tantos golpes como para no distinguir bien ni el perfil de las cosas ni los sonidos de las voces.

Guichard montó en cólera mientras Elie balanceaba la cabeza emitiendo una especie de oda fúnebre, un débil lamento ronco e indescifrable.

Guichard le preguntó a Jouin qué habían obtenido del arrestado.

—Nada. Pero tenía esto en el bolsillo —dijo el comisario al mostrarle tres hojas de papel.

El primero era un recibo bancario por el depósito de mil trescientos francos: Guichard hizo un comentario en voz alta, dijo que aquellos bandidos eran unos sinvergüenzas absolutos, hasta el punto de atracar un banco para luego depositar parte del botín en otro. Los colegas allí presentes se rieron, todos menos Jouin. El segundo papel parecía una carta de amor firmada por Marie.

—¿No será un mensaje cifrado? —le preguntó Guichard a Jouin, que hizo una mueca vacilante.

El tercer folio era una hoja con pocas frases, una especie de saludo a un conocido en el que Monnier preguntaba cosas banales sobre la familia del destinatario, y esperaba poder volver a verlo pronto. A lo mejor pensaba refugiarse en su casa y estaba a punto de enviarle aquella breve carta para anunciarle su llegada. El sobre estaba cerrado cuando los inspectores de la Sûreté la habían encontrado en un bolsillo del abrigo. Tenía incluso el sello puesto. Unas horas más y Monnier la habría mandado. La dirección correspondía a un almacén de ropa usada de Ivry-sur-Seine. El destinatario era Antoine-Scipion Gauzy.

LEGIÓN DE HONOR

Jules ya no experimentaba ninguna emoción. No sentía ni siquiera el impulso del miedo que en momentos extremos conduce a la supervivencia. Confiaba en el puro instinto, sin razonar sobre los motivos de un gesto o de una decisión. Estaba muerto por dentro. Su cuerpo se movía como el de un animal perseguido que huele el peligro, un cuerpo que sobrevivía por inercia, privado de la voluntad de existir.

Se había encontrado con Elie Monnier algunos días antes. Le había aconsejado que se fuera al extranjero y que olvidase el pasado. Elie no se había negado, con la condición de que él hiciese lo mismo. Pero Jules simplemente había sacudido la cabeza, sin añadir ni una palabra. Entonces Elie le había dado una dirección, le había contado que se trataba de un tipo para el que había trabajado años antes, un buen hombre que simpatizaba con los anarquistas y que nunca negaba una ayuda. Jules lo había anotado mentalmente, y ambos se habían separado con un abrazo de despedida.

El 23 de abril Jules llegó a Ivry en tren. Se presentó a Gauzy como amigo de Monnier. El comerciante lo acogió cordialmente, le preguntó cómo estaba Elie. Jules dijo solo vaguedades y Gauzy evitó hacerle otras preguntas. Comentó que su mujer se había ido a Niza a

casa del hermano y que se había llevado a los dos niños, así que en la casa había incluso demasiado espacio: podía dormir algunos días en la habitación del primer piso, la que sus hijos usaban para jugar. Gauzy le dio a Jules una llave de casa para que se pudiese mover libremente mientras él estaba en el negocio de la planta baja. Jules le dio las gracias, sin explicarle que, seguramente, no saldría hasta el momento de cambiar de refugio.

Al día siguiente, Jules se despertó sobresaltado. Eran casi las seis y el negocio estaba abriendo. Fue a la ventana que daba a la calle. Vio a dos hombres que caminaban sin prisa, mirando hacia arriba. Se apartó. No parecían policías, pero el instinto le convenció para no ignorar aquella señal de alarma. Decidió marcharse. Bajó con la pequeña bolsa llena de pistolas y proyectiles y fue a saludar a Gauzy, que pareció muy sorprendido. Jules lo tranquilizó: no había nada que lo hubiese molestado, pero había decidido regresar a París por cierto asunto.

Una vez fuera, recorrió un centenar de metros con todos los sentidos en alerta. Los dos hombres habían desaparecido, nada parecía fuera de lugar en aquella zona de la periferia que lindaba con el campo, y muy pronto Jules se convenció de haber sido víctima de un exceso de paranoia. Además, no podía trasladarse en pleno día, sin ninguna meta precisa. Debía evitar hoteles y pensiones, y ni siquiera tenía la protección de una gran ciudad donde sumergirse en la confusión de las calles abarrotadas. Decidió volver a casa de Gauzy y quedarse hasta la puesta de sol. Tenía la llave, así que no debía de volver a verlo suscitando en él quién sabe qué conjeturas. Gauzy, obviamente, no sospechaba de su verdadera identidad, de lo contrario no habría tenido aquel comportamiento jovial y tranquilo. Pasó por detrás del negocio y entró de nuevo en su habitación. No

imaginaba que a aquella hora Elie Monnier estaba sufriendo el segundo día de interrogatorio, después de una noche insomne, con el rostro tumefacto y la garganta seca.

Guichard ordenó a Jouin ir a Ivry y registrar la casa de Antoine-Scipion Gauzy, llevando consigo a cuatro inspectores. Jouin habría preferido seguir algunas pistas que rastreaba, permanecer en París y mandar a Colmar en su lugar. Pero Guichard fue apremiante: a pesar de que aquel Gauzy no parecía jugar un papel de particular interés, quería que le interrogase Jouin. En cuanto a las pesquisas en la ciudad, Guichard había asumido el mando directo. Jouin comprendió que su superior quería concentrar en él los méritos de las futuras iniciativas, y obedeció sin añadir nada más.

Convencido de tener que realizar un trabajo de rutina, Jouin se presentó en el negocio de Ivry y entró sin perder tiempo en los habituales controles y precauciones rituales. Los demás inspectores lo siguieron y ninguno de ellos quedó apostado fuera. Jouin mostró a Gauzy una foto de Monnier: el hombre, balbuceando, dijo que se trataba de un ex dependiente suyo, pero al que no veía desde hacía tiempo. El inspector Hougaud fue a la trastienda, donde encontró a un hombre sentado leyendo el periódico. Era Cardi, un amigo de Gauzy fichado como simpatizante anarquista. El inspector lo esposó, y Cardi empezó a protestar: había ido solo a visitar a un conocido y no tenía nada que esconder.

Jules, en el piso de arriba, oyó el revuelo y se preparó para el enfrentamiento. No había vías de huida, a no ser las escaleras. Pero cuando se acercó a la puerta, oyó pasos que subían. Corrió a protegerse en el rincón menos iluminado de la habitación.

Gauzy, convencido de que el apartamento estaba vacío, abrió con su llave sin dejar de repetir que estaban cometiendo una injusticia, que él no guardaba armas ni propaganda subversiva. Jouin lo apartó de un empujón y entró.

Dio un par de pasos, tratando de habituar los ojos a la penumbra. Colmar lo siguió. En el instante en que Jouin descubrió una figura humana detrás de una mesa, Jules levantó el brazo y abrió fuego. Colmar disparó a su vez, e inmediatamente después lanzó un grito antes de desplomarse en el suelo, alcanzado en el pecho. Jules avanzó disparando y cayó agarrado a Jouin. El inspector Robert, en la puerta, bajó corriendo las escaleras, gritando.

Jules permaneció aturdido por un instante. Luego intentó liberarse del peso que lo oprimía. Se miró el brazo: una bala lo había rozado y la sangre que le manchaba la camisa era suya. Luego observó al hombre que había caído encima de él. Jouin tenía los ojos desorbitados. Y un pequeño agujero en medio de la frente.

Se precipitó afuera. En el rellano vio a la vecina que vivía en el apartamento contiguo. La mujer se llevó las manos a la boca, sin emitir sonido alguno. Jules la esquivó y se metió en su apartamento. Encontró una ventana que daba al tejado del gallinero. Con los dientes apretados por el dolor, usó también el brazo herido para agarrarse al canalón y deslizarse por él hasta saltar a tierra. Franqueó un muro casi sin darse cuenta y se vio en el callejón de detrás de la casa. Empezó a correr por los campos, dándose la vuelta de vez en cuando. Pero nadie le seguía.

Una hora más tarde, Xavier Guichard llegó a bordo de un auto, seguido por un cortejo de carrozas abarrotadas de agentes y funcionarios. Ante la casa ya se había congregado una muchedumbre

de curiosos. Guichard ordenó rápidamente una batida por la zona y movilizó a todas las fuerzas disponibles. Luego le cayó en las manos el pobre Gauzy. Y se desahogó: lo cubrió de puñetazos, bofetadas, patadas, sin preocuparse por la presencia de un fotógrafo que se abría paso entre la gente con su voluminosa cámara con trípode. Al día siguiente, un periódico publicaría la foto de Gauzy mientras se lo llevaban: tenía la cara hinchada, los labios rotos, un ojo cerrado y tumefacto y la nariz sangrante. El artículo explicaba que Gauzy había sido salvado in extremis de la muchedumbre enfurecida que había querido lincharlo. Fue acusado de complicidad en homicidio, con el agravante de haberle tendido una emboscada al comisario Jouin. Él ni siquiera sabía que Jules Bonnot había regresado a la casa, y de todas maneras no lo conocía. Pero, tras la enorme conmoción provocada por la muerte de Jouin y por las heridas de Colmar, el juez no creyó una palabra de la desesperada defensa de Gauzy.

A Jouin se le organizaron solemnes funerales de Estado. Le fue conferida la Legión de Honor postuma. En la Sûreté, algún funcionario hizo correr la voz de que Guichard había ideado el mejor sistema para librarse del incómodo subjefe. Todos, en Quai des Orfèvres, conocían sus discrepancias. Y no fueron pocos los que creyeron que Xavier Guichard sospechaba, o por lo menos esperaba, que en Ivry se encontraran algunos miembros de la «Banda Bonnot». Simples conjeturas, probablemente.

CHOISY-LE-ROI

Jules robó una chaqueta de trabajo que encontró en un jardín y con ella pudo ocultar las manchas de sangre. Cogió el tren que lo llevó de regreso a París, se acercó a la Gare de Austerlitz y recuperó, en la consigna, una bolsa donde guardaba un traje, una camisa, un rollo de francos, además de dos Browning y varias cajas de municiones. Compró vendas y desinfectante, se encerró en un baño público y taponó la herida, que casi había parado de sangrar. Se cambió, tiró la chaqueta y la camisa sucias, cargó las pistolas, luego se fue a beber algo fuerte en un bar para intentar librarse del aturdimiento. No tenía ya ningún lugar donde refugiarse. Solo le quedaba Dubois, que estaba fichado por la Policía como anarquista, con lo cual había riesgo de que estuviese controlado. Pero no tenía alternativa. Subió en el primer tren para Choisy-le-Roi.

Cerca de la casa todo parecía tranquilo. Jules observó las construcciones vecinas. Estaban demasiado lejos para esconder a posibles policías ocultos. Si estaban encima de Dubois, no podían vigilar la entrada del taller sin exponerse. Y en los campos yermos no había ni un alma, ni coches parados. Jules se puso en marcha con la cabeza baja, caminando deprisa.

Dubois estaba trabajando en el motor de un Panhard et Levassor. Alzó la cabeza y permaneció inmóvil unos instantes mientras lo miraba con sorpresa.

—Me iré pronto. Solo una noche —le dijo Jules, aún antes de saludarle.

Dubois se limpió la grasa de las manos y sin decir nada lo abrazó.

—¿Entonces, puedo quedarme? —preguntó Jules.

Dubois suspiró con un gesto de resignación.

—Vinieron aquí hace tres semanas. Lo registraron todo, pero no había ni siquiera un alfiler. Esperemos que no vuelvan a planteárselo justo ahora.

—No voy a quedarme mucho. Una noche, nada más.

Dubois le dio un manotazo en el brazo, como para decirle que no se preocupase. Jules hizo una mueca de dolor y el otro se dio cuenta de que estaba herido.

—Vamos arriba.

Jules lo siguió al apartamento que había encima del taller. Se quitó el gabán y la chaqueta, luego se desabrochó lentamente la camisa. Dubois le retiró el vendaje y observó atentamente la herida.

—Has tenido suerte.

—Ya —le respondió Jules con una extraña sonrisa mientras pensaba en la suerte que había tenido en treinta y seis años.

Dubois lo curó y le puso un nuevo vendaje. Después le apoyó la palma de la mano en la frente.

—Menuda fiebre —dijo en tono casi alegre.

—Pasará.

El mecánico asintió.

—Yo me vuelvo abajo. Trataré de no hacer demasiado ruido. Tú debes dormir al menos doce horas. Luego, si la fiebre no baja, ya veremos qué hacemos.

Jules se encogió de hombros, le miró a los ojos. Dubois lo echó hacia atrás y le obligó a acostarse. Después, fue a coger otra manta y se la puso encima.

—Pégate una buena sudada.

Salió y cerró de nuevo la puerta sin hacer ruido.

De vuelta al taller, cogió una pala y se fue al huerto. Con unos pocos golpes enérgicos excavó lo suficiente para descubrir una pequeña caja de hierro galvanizado. La sacó y volvió al garaje. La puso sobre el banco, la abrió, extrajo de ella un envoltorio untado de aceite. Deshizo el lazo y liberó del trapo el revólver Nagant del calibre 7,62. Probó el mecanismo del expulsor, levantó el can, apretó el gatillo. Luego recuperó los cartuchos de la caja y cargó el tambor. Entonces se colocó el Nagant en el cinturón, a la espalda, y volvió al motor del Panhard et Levassor.

Al día siguiente, 25 de abril, Jules seguía en la cama. La fiebre no acababa de bajar. Dubois comenzó a preocuparse. El 27, sábado, decidió ir a la farmacia a por los medicamentos adecuados. Al farmacéutico le contó que su tía se había caído sobre una hoz, y que no había modo de curarla en el pueblo cercano donde vivía. El tipo se mostró algo perplejo, preguntó qué había dicho el médico, y Dubois respondió que su tía era un poco excéntrica y que ponía siempre un montón de problemas con los médicos. Al final consiguió una caja de pastillas para bajar la fiebre, un remedio contra la infección y una tintura de yodo.

Jules mejoró hacia la tarde noche. La fiebre desapareció y la hinchazón alrededor de la herida había disminuido. Dubois le preparó una cena abundante, bebieron una botella de vino, charlaron como dos viejos amigos, pero ninguno de los dos sacó el tema de los compañeros arrestados o los policías muertos. Solo al final, cuando Dubois estaba a punto de retirarse a su habitación, Jules dijo:

—Mañana me voy. Gracias, de verdad.

—No hay prisa —respondió Dubois, que se esforzaba por sonreír de modo tranquilizador.

El domingo por la mañana Dubois se había puesto a trabajar en el Panhard, que debía entregar al día siguiente. De pronto resonaron ladridos en la lejanía y se paró para mirar hacia afuera. Los perros de los vecinos ladraban todos a la vez. Giró alrededor del auto y se asomó al portón. Vio a tres hombres avanzar deprisa por el claro que había entre los árboles y su casa. Dos iban armados con pistolas. El que parecía estar al mando nada más verlo se paró y gritó:

—¡Sal fuera con las manos bien a la vista!

Dubois saltó hacia el interior, se agachó, y las primeras balas se estrellaron contra la pared del fondo. Fue a refugiarse detrás del vehículo y empuñó la Nagant. Disparó nada más ver una figura parapetada en el umbral del portón. El inspector Arlon giró sobre sí mismo, alcanzado en el brazo. En el exterior se desencadenó un tiroteo ininterrumpido. La casa estaba rodeada por, al menos, veinte hombres, y todos disparaban hacia el garaje. Dubois disparó una vez más, pero desde la ventana de al lado asomó un agente que le apuntó a la espalda. Dubois rebotó contra el muro, resbaló, se expuso al fuego que invadía el portón de lado a lado. Una bala le

atravesó la pierna derecha, otra se incrustó en el estómago. Gritando insultos, Dubois se puso en pie y disparó los dos últimos tiros. Una ráfaga de proyectiles lo arrojó hacia atrás. Continuaron disparándole incluso cuando ya no era más que un manojo de trapos agujereados y embebidos de sangre.

El farmacéutico de aquella pequeña aldea sabía que Dubois había sido registrado e interrogado por la Policía. Lo consideraba un buen hombre, sin duda, pero el clima general había convertido al ferviente defensor del gobierno Poincaré y patriota obsesionado por el expansionismo prusiano en alguien mucho menos comprensivo con las razones de los subversivos, aunque fuesen honestos trabajadores como Dubois. Y pocas horas más tarde, a la hora de comer, se había encontrado con el responsable del cuartel local de la Gendarmería. Tras haber escuchado aquella historia de las heridas, con un anarquista como protagonista, el gendarme se había puesto en contacto con la Sûreté parisina. Guichard, inmediatamente advertido, había decidido guiar personalmente la expedición.

Al primer disparo, Jules corrió a la ventana con una Browning en la mano. Entendió rápidamente que los policías estaban disparando a Dubois. Reconoció a Guichard, el jefe de la Sûreté. Salió a la escalera de madera y apuntó con calma. Disparó siete proyectiles, pero Guichard fue rápido en protegerse detrás de una valla. Jules apuntó en el estómago al nuevo subjefe, Legrand D'Augéne, el funcionario designado para el puesto de Jouin. Luego volvió dentro a coger la otra pistola y las municiones. También Guichard lo había reconocido. Corrió hacia los suyos, que respondían al fuego desde posiciones resguardadas. Jules fue a la ventana, rompió los cristales y sacó ambas manos para disparar velozmente con las dos Browning. Estaban demasiado lejos para ser alcanzados, pero su actitud fue

suficiente para desencadenar una situación de batalla campal. Mientras a D'Augéne le prestaban los primeros auxilios, Guichard organizaba su cuartel general en el bosquecillo cercano, protegido de balas perdidas. Ordenó avisar a todos los gendarmes de Choisy y mandó un inspector a informar al alcalde. A las ocho y media llegó el primer ciudadano a la cabeza de un puñado de hombres armados: comerciantes, contables, notarios, toda la crema de vecinos que, con la pasión de la caza, había respondido a la llamada trayendo fusiles y confusión. Pocos minutos después llegaron los voluntarios de las vecinas localidades de Alfortville y Thiais. Guichard le dejó al alcalde la tarea de coordinar a aquel ejército de exaltados, a quienes ordenó mantenerse a resguardo y no obstaculizar las operaciones.

—¿Pero podemos disparar? —preguntó con aprensión el secretario del Ayuntamiento.

—Solo cuando yo lo ordene —respondió Guichard.

Pocos minutos después, Jules volvió a la ventana y vació otros dos cargadores hacia los árboles. Entre las filas de voluntarios estalló el pánico. Luego, superado el primer momento de desbandada, comenzaron a disparar todos a la vez, y Guichard tuvo que procurarse un megáfono y desgañitarse exigiendo que cesara el fuego. Cuando volvió a hacerse el silencio, de la casa partió otra descarga de proyectiles. Y así tres veces, con relativa respuesta de los asediantes y gritos furiosos de Guichard.

A las nueve, la escena asumió una dimensión grotesca: resonaron toques de trompeta y redobles de tambor que anunciaban la llegada de dos compañías de la Guardia Republicana al mando del teniente Fontan. Inmediatamente después, a paso de marcha, avanzó un escuadrón de la reserva de los Guardianes de la Paz, a las órdenes

del capitán Riondet. Así, sucesivamente, como ulteriores refuerzos de la Sûreté, oficiales de varias brigadas destacadas en la zona, gendarmes de Belle-Epine, un destacamento de bomberos armados con hachas, además de una marea creciente de curiosos. Guichard comenzaba a perder el control de la situación. Cada recién llegado se ponía a disparar sobre la casa sin respetar las órdenes y en la espesura reinaba el caos total. En determinado momento, el jefe de la Sûreté chocó contra un tipo que manejaba una especie de enorme cámara fotográfica a manivela.

—Usted, ¡quítese de en medio! —le gritó Guichard al fulano, que lo miró altanero y declamó con gran énfasis:

—Estimado señor, ¡yo soy el cine!

Guichard, entre asombrado y furioso, observó atentamente a aquel singular individuo

—¿Que es qué?

—Estoy filmando los acontecimientos. ¿Nunca ha oído hablar del cinematógrafo?

Guichard recuperó la compostura, asumiendo un aire severo y de autoridad. El fulano no perdió tiempo: dirigió la cámara hacia él y empezó a rodar la manivela. Guichard demostró una insospechable predisposición cinematográfica, permaneciendo impasible cuando estalló el enésimo tiroteo, y se hizo filmar como un general en el frente. Poco después llegó el prefecto, y Guichard perdió el mando de la operación. Ejercicio que no era nada fácil teniendo en cuenta que los armados eran ya más de quinientos y que, hacia las diez, los espectadores llegados de París ascendían a casi veinte mil. Más tarde

quedarían todos muy desilusionados al descubrir que las fuerzas enemigas estaban constituidas por un muerto y un herido.

Jules estaba sentado en el suelo, al fondo de la habitación. Se había puesto a escribir en una hoja cuadriculada con el lápiz que había encontrado en el cajón de la mesa.

No pedía gran cosa. Caminaba con ella bajo el claro de luna por el cementerio de Lyon, ilusionado con la idea de que no necesitaba nada más para vivir...

Una lluvia de disparos arrancó trozos de enlucido y esquirlas de madera. Jules agachó la cabeza y esperó pacientemente a que se desahogasen. Regresado el silencio, siguió escribiendo.

Era la felicidad que había perseguido toda la vida, sin ser capaz siquiera de soñarla. La había encontrado, había descubierto lo que era. La felicidad que me había sido siempre negada...

Un toque de trompeta anunció la enésima descarga de proyectiles. Jules blasfemó, mientras una nube de cascotes y polvo cubría el folio cuadriculado. Apenas cesaron los disparos, cogió las dos Browning y fue a descargarlas por la ventana. Los asediantes respondieron, y pasaron otros minutos infernales. Al final, Jules, en su rincón, escribió las últimas líneas.

Tenía el derecho de vivir aquella felicidad. No me lo habéis concedido. Y entonces, ha sido peor para mí, peor para vosotros, peor para todos... ¿Debería lamentar lo que he hecho? Quizás. Pero no tengo remordimientos. Arrepentimientos sí, pero, en cualquier caso, ningún remordimiento...

La primera explosión hizo temblar la casa desde los cimientos. Jules se encontró a dos metros del punto en que estaba sentado.

Arrastrándose por el suelo, buscó a tientas las pistolas, en medio del humo que lo hizo toser. Agarró el colchón y se lo tiró encima. Luego recuperó el folio y vio una, dos, tres gotas de sangre caer sobre la hoja. Se tocó la frente: alguna esquirla le había cortado y la herida del brazo derecho se había reabierto. Se movía con dificultad, un temblor difuso frustraba cualquier intento. Miró el folio. Le costaba mucho enfocar las palabras escritas. Se preguntó qué era lo que le había podido alcanzar para dejarlo en semejante estado. Cuando encontró de nuevo el lápiz, trazó una cruz y añadió una serie de rayas para tachar aquellas frases. Si hubiese tenido otro papel, lo habría destruido. Pero debía usar aquel único folio. Le dio la vuelta y, con mano temblorosa, escribió:

Madame Thollon es inocente. Nunca ha conocido mi verdadera identidad y nunca ha sido mi cómplice de nada.

Se detuvo. Sabía lo que tenía que añadir a aquellas palabras. Pero le costaba mucho escribirlo. Miró más allá de la ventana. Se lo debía a Judith.

Entre madame Thollon y yo no ha habido ninguna relación. Me había encaprichado de ella, pero la señora amaba demasiado a su marido para entregarse a un desconocido.

Se acercó el folio a los ojos. Sí, era justo. Y Judith lo entendería. Ella estaba todavía viva. Judith debía continuar viviendo. Luego añadió en mayúsculas:

Dieudonné no formaba parte de nuestro grupo y no participó nunca en ninguna acción. Gauzy no me conocía, y ni siquiera sabía que yo estaba en su casa. Ambos son inocentes. Dejadles en paz.

Inmediatamente después se sintió un ingenuo por aquel desesperado intento de exculpar a los inocentes. En cualquier caso, había que hacerlo.

La segunda explosión destruyó completamente el garaje. El suelo se había convertido en una vorágine y buena parte del techo se había derrumbado. Protegido por el colchón, Jules observó el trocito de cielo que aparecía lentamente de entre el humo. El silencio le sobrecogió. Un silencio absoluto, que volvía ensordecedor el zumbido de sus oídos. Cogió la pistola y se quedó mirándola. La expresión de su rostro podía resumirse en dos palabras: al fin.

Le costó mucho doblar el brazo. Los dedos no respondían y la pistola se balanceaba a merced de sus temblores. Cuando logró inmovilizarla contra el pecho, Jules se relajó mientras daba un largo suspiro. Y disparó.

El disparo aislado retumbó en el exterior. Guichard intercambió una mirada con el prefecto Lépine.

—Se ha disparado —murmuró un inspector a su espalda.

En pocos minutos la noticia corrió de boca en boca, suscitando una evidente desilusión entre los miles de personas allí presentes. Algunos maldijeron, otros se obstinaron en negarlo con esperanzas de prolongar aquella especie de concentración.

—Propongo hacer avanzar a mis hombres —dijo Guichard.

—Ni hablar —replicó el prefecto—. Esperamos. No quiero poner en peligro la vida de nadie.

—Pero siempre podemos usar el carro —insistió Guichard.

—Esperemos —concluyó perentorio Lépine.

Y así lo hicieron.

Transcurrió una hora interminable. El problema mayor fue contener a la muchedumbre de exaltados. Algunos militares se vieron incluso obligados a propinar sablazos al aire para mantener el orden. Finalmente, el prefecto dio permiso para avanzar. Guichard y el teniente Fontan se dividieron el honor: el primero a la cabeza de al menos cincuenta hombres entre agentes e inspectores de la Sûreté; el segundo, con el sable desenvainado, al mando de sesenta soldados de primera. Alcanzaron la casa, reducida a un cúmulo de escombros humeantes. Como por un encantamiento, todos contuvieron el aliento a la vez, para intentar percibir posibles ruidos en el interior. Guichard, pistola en mano, se movió en primer lugar. Y de ese modo la Sûreté tuvo el privilegio de subir las escaleras precediendo al Ejército.

Abrió los ojos. Entre el resplandor grisáceo, lentamente, comenzó a distinguir los contornos del techo derribado, del suelo irregular, los travesaños de madera ennegrecidos, el marco de la ventana. Se miró la mano: todavía tenía la pistola entre los dedos oscuros de sangre. Ladeó la cabeza y observó la mancha en el pecho. El agujero era bien visible. Pero el corazón continuaba latiendo. Había fallado el disparo. Seguía vivo. Un borbotón de sangre le subió hasta la garganta y le chorreó por el mentón y a lo largo del cuello. Tosió. Se quedó sorprendido de la total ausencia de dolor. No sentía dolor en ninguna parte. Ya no sentía nada.

Agarró con dificultad un borde del colchón y se lo tiró sobre la cabeza. Miró hacia la puerta.

A qué esperáis...

Los hombre de la Sûreté entraron apuntando las pistolas en todas direcciones. Por un instante, no se dieron cuenta de dónde estaba. Jules alzó el brazo y disparó tres balas. Se perdieron en la nada, entre los miles de agujeros y escombros. Los policías dispararon a su vez. Jules fue alcanzado por una bala en la espalda, una en el estómago y una en el pecho. Esta última chocó contra el reloj de bolsillo. Eran las once y cincuenta y ocho.

Todos los hombres de uniforme fueron desplegados para contener a la multitud. El cadáver de Dubois fue recogido del garaje y metido en una caja de la morgue. Resultó difícil rendirse a la evidencia: no había más cuerpos en la casa. Dos funcionarios de la Sûreté arrastraron por las escaleras a Jules, que aún respiraba. Decidieron llevarlo al hospital. A la una y cuarto un médico constató la defunción.

Al día siguiente, 29 de abril, se celebraron los funerales solemnes por Jouin. Los cuerpos de Bonnot y Dubois fueron arrojados a la fosa común del cementerio de Bagneux. Sus nombres no fueron escritos en ninguna lápida.

EPÍLOGO

El 14 de mayo, la Sûreté rodeó una casa colonial en el parque de Nogent, a pocos kilómetros de París. Eran las seis de la tarde. Octave Garnier y René Valet se atrincheraron dentro y comenzaron a disparar desde las ventanas, hiriendo a dos inspectores. Guichard, que dirigía la última acción contra la «Banda Bonnot», pidió refuerzos. Además de muchos policías, acudieron un batallón de zuavos, que traían dos ametralladoras con ellos, y un destacamento del 23º de Dragones. El asedio se prolongó hasta la mañana. Se emplearon incluso cargas de dinamita y bombas incendiarias. Entre la confusión de disparos y deflagraciones, varios soldados y agentes de la Sûreté resultaron heridos, casi siempre por el fuego cruzado de sus colegas y raramente por el fuego de los dos asediados. Poco más tarde de las dos, una carga mucho más potente que las anteriores reventó la casa. Policías, zuavos y dragones, obstaculizados por una multitud presa de la histeria, avanzaron, escrutando entre los escombros a la luz de los faros encendidos de los bomberos. Octave y René todavía estaban vivos. Dos ráfagas de fusilería, a breve distancia una de la otra, anunciaron a todos los que estaban en el exterior el final de la batalla. Los cuerpos de los dos anarquistas fueron desnudados y expuestos a docenas de fotógrafos, con un caballete colocado bajo la cabeza para hacer posar a los rostros. Aunque ya eran irreconocibles y no todos los periódicos publicaron aquellas imágenes.

El 3 de febrero de 1913 se abrió el proceso. Los inocentes intentaron inútilmente demostrar que eran ajenos al asunto y los supervivientes del grupo de «ilegalistas» rechazaron cualquier defensa y mantuvieron una actitud desdeñosa y sarcástica. Raymond Callemin, interrogado por el juez, respondió solamente: —Es verdad: a Luis XIV lo he estrangulado yo.

Cuando le tocó a Víctor Kibalcic, su modo de hablar, extremadamente lúcido y de una inusual firmeza para las salas de un tribunal, convenció al juez para no concederle de nuevo la palabra. Víctor no se comportaba como un acusado sino como un acusador. No se defendía, no pedía piedad ni se dejaba llevar por la arrogancia, no repudiaba sus ideas sino que reivindicaba cada escrito suyo y cada una de sus acciones. Afirmó no haber participado en ninguna acción armada, subrayó que aquel proceso era una infamia para el gobierno, la magistratura y las fuerzas de Policía, los verdaderos culpables de haber conducido a la oposición revolucionaria a un enfrentamiento suicida. Acusó al poder de usar la demagogia patriótica para preparar a la nación para un baño de sangre frente al cual, dijo con amargura, la violencia de los ilegalistas hubiese parecido irrisoria. El mazo del juez intentó acallarlo sin éxito. Más tarde, sin embargo, no se le concedió permiso para protestar hasta el final del plenario.

El 28 de febrero, la Corte emitió las sentencias. Eugéne Dieudonné fue condenado a muerte junto a Raymond Callemin, Elie Monnier y André Soudy. Raymond se levantó y empezó a gritar que Dieudonné no tenía nada que ver y que el testimonio del portavalores Caby no valía nada visto que no había sido capaz de reconocerle ni siquiera a él, el hombre que le había arrancado la bolsa.

Para Edouard Carouy y Metge, trabajos forzados de por vida. Pocas horas después, Carouy logró llevar a cabo la decisión que había tomado desde el momento del arresto; engulló una pastilla de cianuro verdadero. Nadie supo cómo la había conseguido.

A De Boe, que solo había intentado colocar los títulos, le cayeron diez años. Dettweiler, el mecánico que había guardado el Delaunay-Belleville en el cobertizo, cuatro años; la misma pena para Bellonie. A algunos simples figurantes, como Poyer, Crozat de Fleury y Bénard, seis años.

Con Gauzy no se ensañaron particularmente. Después de desestimarse la acusación de haberle tendido una trampa a Jouin, le infligieron dieciocho meses por haber hospedado a Jules Bonnot. Le esperaba un destino absurdo: una vez puesto en libertad, se le acercó un ex inspector de la Sûreté, un tal Mazoyer, expulsado por corrupción, que le propuso hacer negocios con él aprovechando los conocimientos de ambos. Gauzy perdió los estribos y lo agredió. El ex inspector le disparó y lo mató al instante.

A Víctor Kibalcic le cayeron cinco años, culpable de no haber renegado públicamente de los compañeros de antaño. Sería un hereje toda su vida: al salir de la prisión se trasladó a Barcelona, donde formó parte de la insurrección anarquista del diecisiete; huyendo de la represión que le siguió llegó a San Petersburgo y participó en la revolución rusa, aunque luego fue encarcelado por Stalin a raíz de sus críticas al autoritarismo bolchevique; fue liberado gracias a las presiones de escritores e intelectuales europeos y gracias al reconocimiento internacional del que gozaban sus libros. Regresó a Francia en 1941 pero tuvo que expatriarse a causa del avance nazi, y acabó sus días en México, donde murió en 1947. Las

causas de la muerte nunca fueron esclarecidas. Probablemente fue envenenado por sicarios de la GPU.

Rirette fue la única absuelta en aquel proceso. No volvió a ver a Víctor y se apagó en un asilo en 1968.

El abogado de Eugène Dieudonné continuó recogiendo muchos testimonios sobre su inocencia y al final obtuvo la gracia del presidente de la República, que le conmutó la pena de muerte por la de trabajos forzados de por vida. Eugène se pasó catorce años en la Guayana. Intentó fugarse dos veces. A la tercera logró que se perdiera su pista en la selva amazónica.

El lunes 21 de abril de 1913, a las cuatro de la mañana, Raymond, Elie y André fueron conducidos al boulevard Arago. El verdugo decidió seguir el orden de edad. Y Soudy fue el primero en subir a la guillotina. En el momento de bajar la cabeza, le dijo al hombre que esperaba con la mano en la palanca: «Qué frío, esta mañana. Solo tiemblo por eso, por el frío».

Contaron los testigos que Raymond se rio en la cara de los allí presentes y dijo en voz alta: «Os divertís, ¿verdad? Bueno, yo también me he divertido».

Elie Monnier tuvo un gesto de rabia cuando el verdugo lo empujó hacia el patíbulo: «Estate tranquilo. Tengo mucha más prisa yo porque acabe el espectáculo».

Judith Thollon fue condenada a cuatro años. Algunos meses más tarde la encontraron muerta en su celda, por «causas naturales».

ADVERTENCIA

Sin los siguientes libros, nunca habría podido escribir este:

—SERGE, Víctor: *Mémoires dun révolutionnaire*, París, 1951; trad. it. *Memorie di un rivoluzionario*, Florencia: La Nuova Italia, 1956, y Milán: Mondadori, 1983.

—THOMAS, Bernard: *La bande á Bonnot*, París, 1967; trad. it., *La banda Bonnot*, Milán: Forum Editoriale, 1968, y Milán: Squilibri, 1978.

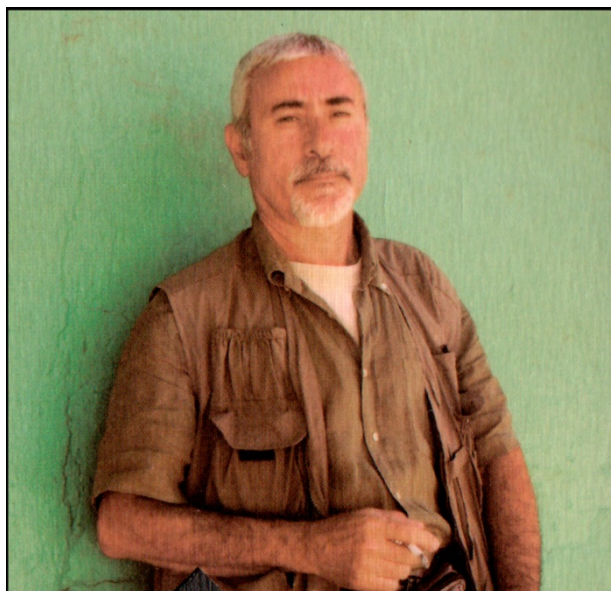
—GUILLEMINAULT, G. y MAHÉ, A.: *L'épopée de la révolte*, París, 1963; trad. it. *Storia dell'anarchia*, Florencia: Vallecchi, 1974.

—CONAN DOYLE, Arthur: *Memories and Adventures*, Londres, 1924; trad. it. *Uccideró Sherlock Holmes*, Milán: Diapress, 1987.

—GUÉRIN, Daniel: *Ni dieu ni maitre*, París, 1970; trad. it *Né dio né padrone*, Milán: Jaca Book, 1971.

—TARIZZO, Domenico: *L'anarchia - Storia dei movimenti libertari*, Milán: Mondadori, 1976.

Un agradecimiento particular a Michele Canosa, que puso a mi disposición la película original del asedio en Choisy-le-Roi, prueba documental cinematográfica del 28 de abril de 1912.



ACERCA DEL AUTOR

Pino Cacucci (Alessandria, 1955) es un novelista, guionista y traductor italiano. Ha ganado algunos de los principales galardones de la narrativa italiana, como Il Molinello (2004), el Fenice Europa (2006) o el Chiara (2012), además de ser finalista del Paolo Volponi (2003). «Cacucci es un artesano, un constructor de tramas, de atmósferas y de personajes», dijo de él Federico Fellini.

Es también el traductor al italiano de Enrique Vila-Matas, Rafael Chirbes, Manuel Rivas y Javier Cercas, entre otros.

Con *En cualquier caso, ningún remordimiento* (Hoja de Lata, 2013), la biografía novelada de Jules Bonnot, obtuvo el aplauso unánime de crítica y público, hasta el punto de convertirse en una novela

generacional para la juventud italiana. Hoja de Lata también ha publicado de Cacucci *Los del San Patricio* (2016), la historia real de una unidad militar de rebeldes irlandeses que se pasó al bando mexicano en la guerra fronteriza de este país contra los Estados Unidos.